



LEON TROTSKY

León  
Trotsky

TOMO  
II

STALIN



16

león  
trotsky

STALIN

TOMO II



 **el Yunque**  
editora

LEON TROTSKY

# STALIN

TOMO II

 **L'Yunque**  
editora

## **NOTA ACLARATORIA**

La señora Natalia Trotsky, viuda de León Trotsky, hizo la siguiente aclaración:

*“Las frases intercaladas en la presente obra por el traductor (C.M.) son exclusivamente de su responsabilidad. El fue encargado por Harber y Brothers, editores de la edición norteamericana de este libro, y no por Natalia Trotsky, viuda de León Trotsky, de dicha labor. Las interpolaciones no han sido revisadas por nadie que pudiera pretender haber sido colaborador de León Trotsky, y, en consecuencia, deben considerarse expresiones tan sólo de las ideas del traductor, adversario político de Trotsky”.*

CAPITULO VII

**EL AÑO 1917**

Este fue el año más importante en la vida del país y de la generación de revolucionarios a que pertenecía José Djugashvili. Como piedra de toque, aquel año puso a prueba ideas, partidos, hombres.

En San Petersburgo, llamada desde entonces Petrogrado, Stalin halló un estado de cosas que no había esperado. El bolchevismo había dominado el movimiento obrero antes de estallar la guerra, especialmente en la capital. En marzo de 1917, los bolcheviques en el Soviet eran una minoría insignificante. ¿Cómo había ocurrido aquello? La imponente masa que había participado en el movimiento de 1911-1914 no ascendía realmente más que a una pequeña fracción de la clase trabajadora. La Revolución había hecho ponerse en pie a millones de hombres, no a centenares de miles solamente. A causa de la movilización, casi un cuarenta por ciento de esos trabajadores eran gente nueva. Los veteranos estaban en el frente, poniendo su parte en el fermento revolucionario; sus puestos en las fábricas pasaban a extraños novatos recién venidos del campo, mozos y mozas de labranza. Estos novicios tenían que pasar por los mismos trances revolucionarios, aunque más breves, que la vanguardia del período precedente. La Revolución de febrero en Petrogrado fue dirigida por trabajadores bien perrechados de conciencia de clase, bolcheviques en su mayoría, pero no por el Partido bolchevique. La dirección en manos de bolcheviques de la base podía asegurar la victoria a la insurrección, pero no el Poder al Partido.

Menos propicios aún se presentan los asuntos en las provincias. La avenida de alborozadas ilusiones y de fraternización pro-

miscua, asociada a la candidez política de las masas recién despiertas, abonaban las condiciones apropiadas para el florecimiento del socialismo pequeñoburgués, del menchevismo y del populismo. Los trabajadores (y a su zaga, también los soldados) elegían para el Soviet a quienes, por lo menos de palabra, no sólo eran opuestos a la monarquía, sino también al régimen burgués. Los mencheviques y los populistas, que habían acogido en su seno a la totalidad de los intelectuales, contaban con un infinito número de agitadores, y todos ellos proclamaban la necesidad de unión, fraternidad y otras virtudes cívicas igualmente atractivas. Los portavoces del Ejército eran en su mayoría los *essars*, esos tradicionales protectores del campesinado, que se bastaban solos para apuntalar aquella autoridad del Partido entre los proletarios de la última vendimia. Por consiguiente, el predominio de los partidos acomodadizos parecía asegurado..., al menos para ellos.

Lo peor de todo es que el curso de los acontecimientos había sorprendido al Partido bolchevique en plena siesta. Ninguno de sus dirigentes probados y acreditados estaba en la capital. El Buró del Comité Central en Petrogrado sólo constaba de dos trabajadores, Shlyapnikov y Zalutsky, y un estudiante, Molotov. El «manifiesto» que publicaron en nombre del Comité Central después de la victoria de febrero «convocaba a los trabajadores de instalaciones y fábricas y a las tropas insurrectas asimismo, para que eligieran inmediatamente sus representantes en el Gobierno provisional revolucionario». Sin embargo, los autores de aquel «manifiesto» no atribuían importancia práctica a su llamamiento. Muy lejos de sus intenciones estaba emprender una lucha independiente por la conquista del Poder. Más bien estaban dispuestos a resignarse al papel más modesto de oposición izquierdista por muchos años todavía.

Desde el principio las masas repudiaron a la burguesía liberal, considerándola poco distinta de la nobleza y de la burocracia. Era cosa descartada, por ejemplo, que los trabajadores o los soldados votasen a un cadete. El poder estaba por completo en manos de los complacientes socialistas, respaldados por el pueblo en armas. Pero, faltos de confianza en sí mismos, los transaccionistas cedieron sus poderes a la burguesía. Esta última era detestada por las masas, y se hallaba políticamente aislada. El régimen se basaba en un *quid pro quo*. Los trabajadores, y no únicamente los bolcheviques, veían en el Gobierno provisional un enemigo. En los mítines de fábricas se aprobaban por unanimidad los acuerdos exigiendo la cesión del Poder gubernamental a los So-

viets. El bolchevique Dingelstead, otra víctima ulterior de la purga, ha dejado escrito: «No había una sola reunión de trabajadores capaz de negarse a adoptar un acuerdo que nosotros propusiésemos...» Pero, cediendo a la presión de los transaccionistas, el Comité de Petrogrado del Partido bolchevique suspendió su campaña. Los trabajadores avanzados hicieron lo posible por sacudirse la tutela de los de arriba, pero no sabían cómo parar los eruditos argumentos de aquéllos acerca del carácter burgués de la revolución. Varios matices de opinión entrecucharon dentro del propio bolchevismo, pero no se sacaron las necesarias deducciones de los diversos debates. El Partido atravesaba una etapa de insondables caos. «Nadie sabía cuáles eran las consignas de los bolcheviques —recordaba más tarde el destacado bolchevique Antonov, de Saratov—. Era un espectáculo deplorable.»

Los veintidós días que pasaron entre la llegada de Stalin de Siberia (domingo, 12 [25] de marzo) y la de Lenin de Suiza (lunes, 3 [16] de abril) tienen excepcional interés por la luz que arrojan sobre la contextura política de Stalin. Se vio de repente empujado a un campo de lucha abierta. Ni Lenin ni Zinoviev estaban aún en Petrogrado. Kamenev sí, el Kamenev comprometido por su reciente conducta en la vista de su causa, y generalmente conocido por sus tendencias oportunistas. También estaba el joven Sverdlov, apenas notorio en el Partido, más organizador que político. El fogoso Spandaryan ya no existía; había sucumbido en Siberia. Como en el año 1912, de nuevo era Stalin, si no el principal, al menos uno de los dos principales bolcheviques en Petrogrado. El Partido, desorientado, esperaba instrucciones claras. No era ya posible evadir las decisiones permaneciendo quietos. Stalin tenía que dar la respuesta a las cuestiones más urgentes: sobre los Soviets, el Gobierno, la guerra, la tierra. Sus respuestas se publicaron, y hablan por ellas mismas.

Tan pronto como llegó a Petrogrado, que era un solo mitin monstruo de masas en aquellos días, Stalin se dirigió inmediatamente al cuartel general bolchevique. Los tres miembros del Buró Central, ayudados por varios escritores, estaban tomando acuerdos sobre el sesgo que había de darse al periódico. Aunque tenían la dirección del Partido en sus manos, ellos no acertaban a llevar adelante la tarea. Dejando a los demás enronquecer dirigiendo arengas en los mítines de obreros y soldados, Stalin se atrincheró en las oficinas del Partido. Hacía más de cuatro años, tras la Conferencia de Praga, que había sido incluido por cooptación en el Comité Central. Desde entonces había pasado mucha agua por

la presa. Pero el deportado Kureika tuvo la maña de apoderarse de la máquina del Partido; seguía considerando válido su viejo mandato. Ayudado por Kamenev y Muranov, apartó ante todo de la dirección al Buró «izquierdista» del Comité Central y al Consejo de redacción de *Pravda*. Y lo hizo sin contemplaciones, pues no tenía miedo de hallar resistencias y le corría prisa demostrar que era el amo.

«Los camaradas que llegaron —escribía más tarde Shlyapnikov— se mostraron exigentes y negativos en su actitud hacia nuestra labor.» No les pareció mal por su falta de brío y su indecisión, sino, al contrario, por su persistente esfuerzo en trazar la línea entre ellos y los transaccionistas. Como Kamenev, Stalin estaba más cerca de la mayoría del Soviet. *Pravda*, después de pasar a manos del nuevo Consejo de redacción, declaraba ya el 15 (28) de marzo que los bolcheviques apoyarían resueltamente al Gobierno provisional «siempre que éste se opusiera a la reacción o a la contrarrevolución». La paradoja de esta declaración está en que el único agente importante de la contrarrevolución era el Gobierno provisional. La posición de Stalin respecto a la guerra era del mismo temple; mientras el Ejército alemán permaneciese fiel a su emperador, el soldado ruso debía «continuar firme en su puesto, contestando un tiro con otro, una descarga con otra». ¡Como si todo el problema del imperialismo consistiese en el emperador! El artículo era de Kamenev, pero Stalin no opuso la menor objeción a él. Si alguna diferencia acusó con Kamenev en aquellos días, consistió precisamente en expresarse de un modo más evasivo aún que él. «Todo derrotismo —explicaba en *Pravda*—, o más bien lo que la Prensa venal estigmatiza bajo ese nombre tras el escudo de la censura zarista, había muerto tan pronto como el primer regimiento revolucionario apareció en las calles de Petrogrado.»

Esto era una franca desautorización de Lenin, que había predicado el derrotismo fuera del alcance de la censura zarista, y al mismo tiempo una reafirmación de lo declarado por Kamenev en el juicio contra la fracción de la Duma. Pero en esta ocasión iba refrendado por Stalin. En cuanto al «primer regimiento revolucionario», todo lo que significaba su aparición era el tránsito del barbarismo bizantino a la civilización imperialista.

«El día en que apareció transformado *Pravda*... —relata Shlyapnikov—, fue un día de triunfo para los defencistas. Todo el palacio Taurid, desde la Comisión de la Duma al Comité Ejecutivo, el corazón mismo de la democracia revolucionaria, resonaban con

una sola noticia: el triunfo de los bolcheviques moderados y sensatos sobre los extremistas. En el propio Comité Ejecutivo nos saludaron con maliciosas sonrisas... Cuando aquel número de *Pravda* llegó a las fábricas, sembró allí la confusión y la indignación entre los miembros de nuestro Partido y sus simpatizantes, y una satisfacción maligna entre nuestros adversarios... La indignación en los distritos de las afueras fue enorme, y cuando los trabajadores se enteraron de que *Pravda* era llevada a remoque por tres de sus antiguos directores recién venidos de Siberia, pidieron que se les expulsara del Partido.»

La reseña de Shlyapnikov fue retocada y suavizada por él mismo en el año 1925, a instancias de Stalin, Kamenev y Zinoviev, el «triumvirato» que entonces regía el Partido. Pero describe con bastante claridad los primeros pasos de Stalin en el palenque de la Revolución y el modo de reaccionar frente a ellos la clase trabajadora. La enérgica protesta de los viborgitas que *Pravda* hubo de publicar bien pronto en sus propias columnas, obligó al Consejo de redacción a formular en adelante sus opiniones de un modo más circunspecto, aunque no a cambiar de política.

La política del Soviet se veía cada vez más adulterada por la transacción y el error. Lo que las masas necesitaban ante todo era encontrar a alguien que llamase a las cosas por su verdadero nombre; esto es, naturalmente, la suma y compendio de la política revolucionaria. Todo el mundo rehuía hacerlo, temiendo quebrantar la delicada estructura del poder dual.

El mayor volumen de falsedades se acumuló en torno al asunto de la guerra. El 14 (27) de marzo, el Comité Ejecutivo propuso al Soviet la redacción del manifiesto *A los Pueblos del Mundo*. Este documento exhortaba a los trabajadores de Alemania y de Austria-Hungría a negarse «a servir de instrumento de conquista y violencia en manos de reyes, terratenientes y banqueros». Pero los mismos dirigentes del Soviet no tenían la menor intención de romper con los reyes de la Gran Bretaña y de Bélgica, con el emperador del Japón y con los banqueros y terratenientes, suyos y de los países de la *Entente*. El periódico del ministro de Negocios Extranjeros, Miljukov, señalaba con satisfacción que «en aquel llamamiento se desplegaba la ideología compartida por nosotros y nuestros aliados». Aquello era verdad..., y se ajustaba exactamente al espíritu de los ministros socialistas franceses desde el comienzo de las hostilidades. Prácticamente a la misma hora, Lenin escribía a Petrogrado, por intermedio de Estocolmo, que la revolución estaba amenazada por el riesgo de continuar la vieja

política imperialista encubierta tras nuevas frases revolucionarias. «Prefiero incluso romper con todo el mundo dentro del Partido antes de someterme al socialpatriotismo...» Pero en aquellos días las ideas de Lenin no contaban con un solo campeón.

Además de apuntar un triunfo al imperialista Miliukov sobre los demócratas pequeñoburgueses, la adopción unánime del citado manifiesto por el Soviet de Petrogrado significaba el de Stalin y Kamenev sobre los bolcheviques del ala izquierda. Todos inclinaron la cabeza ante la disciplina de la hipocresía política. «Damos nuestro cordial parabién —escribía Stalin en *Pravda*— al llamamiento del Soviet del día de ayer... Este llamamiento, si llega a las grandes masas, restituirá indudablemente a cientos de trabajadores a su olvidada consigna: ¡Trabajadores de todos los países del mundo, uníos!» En realidad, no eran llamamientos de parecido jaez lo que faltaba en el Oeste, y toda su utilidad consistía en ayudar a las clases dominantes a mantener el espejismo de una guerra por la democracia.

El artículo de Stalin sobre el manifiesto, no sólo aclara perfectamente su posición sobre este extremo, sino su manera de pensar en general. Su oportunismo orgánico, forzado por el momento y las circunstancias a buscar apoyo temporal en principios revolucionarios abstractos, prescindía de tales principios cuando llegaba la ocasión. Comenzaba su artículo repitiendo casi a la letra la argumentación de Lenin de que, aun después de derribado el zarismo, la participación de Rusia en la guerra continuaría siendo imperialista. Sin embargo, al llegar al terreno de las conclusiones prácticas, no sólo encontraba plausible el manifiesto socialpatriótico y le atribuía virtudes equívocas, sino que, en pos de Kamenev, rechazaba como improcedentes la movilización revolucionaria de las masas contra la guerra. «Ante todo —escribía—, es innegable que la mera consigna "¡Abajo la guerra!" es completamente inaplicable como solución práctica...» Y la solución que sugería era: «presionar al Gobierno provisional exigiéndole que inmediatamente exprese estar dispuesto a emprender negociaciones de paz...». Con ayuda de una «presión» amistosa sobre la burguesía, para quien la conquista es la finalidad integral de la guerra, Stalin pretendía conseguir la paz «sobre la base de la autodeterminación de las naciones». Desde el comienzo de la guerra, Lenin había estado dirigiendo sus propios golpes más duros precisamente contra esta especie de utopismo positivista. No hay «presión» bastante para que la burguesía deje de ser burguesa: hay que derrocarla, sencillamente. Pero Stalin rehuía llegar a esta

conclusión, de puro miedo, exactamente lo mismo que los transaccionistas.

La Conferencia de bolcheviques de toda Rusia, convocada por el Buró del Comité Central, se inauguró en Petrogrado el 28 de marzo, a la vez que la Conferencia de los Soviets más importantes de Rusia. Aunque había pasado ya un mes desde la Revolución, el Partido estaba aún en las angustias de una extrema confusión, aumentada aún por la dirección impuesta durante las dos últimas semanas. La diferenciación de las tendencias políticas no había cristalizado aún. En el destierro había requerido la llegada de Spandaryan; ahora, el Partido tenía que esperar la llegada de Lenin. *Chauvinistas* furibundos como Voitinsky y Eli'ava, entre otros, continuaban llamándose bolcheviques y tomaron parte en la Conferencia del Partido junto a los que se tenían por internacionalistas. Los patriotas daban aire a sus sentimientos del modo más explícito y atrevido que los semipatriotas, que constantemente se retractaban y daban excusas. Como una mayoría de los delegados pertenecían al Pantano (expectantes, de opinión intestable), su portavoz natural fue Stalin. «Todos pensamos lo mismo del Gobierno provisional», dijo el delegado Vassiliev, de Saratov. «No hay diferencias en cuanto a medidas prácticas entre Stalin y Voitinsky», convino Krestinsky alborozado. No más tarde del día siguiente, Voitinsky se unió a los mencheviques, y siete meses después luchó al frente de un destacamento de cosacos contra los bolcheviques.

Al parecer, la conducta de Kamenev en el acto de la vista no se había olvidado. Es posible que los delegados hablaran también del misterioso telegrama al gran duque. Tal vez Stalin se tomó la molestia de recordar a los otros estos errores de su amigo. Sea como fuere, el caso es que no fue Kamenev, sino Stalin, mucho menos conocido, quien resultó delegado para exponer el principal informe político sobre la actitud frente al Gobierno provisional. Se ha conservado el acta de aquel informe; es un documento que no tiene precio para historiadores y biógrafos. Su tema era el problema central de la Revolución, esto es, las relaciones entre los Soviets apoyados directamente por los trabajadores armados y los soldados, y el Gobierno burgués, que sólo existía por merced de los dirigentes de los Soviets. «El Gobierno —decía Stalin en parte— está escindido en dos órganos, ninguno de los cuales tiene plena soberanía... Ciertamente es que el Soviet ha tomado la iniciativa de los cambios revolucionarios; el Soviet es el único dirigente revolucionario del pueblo en armas, el órgano que controla



el Gobierno provisional. El Gobierno provisional se ha encargado de la tarea de reforzar de manera efectiva las realizaciones del pueblo revolucionario. El Soviet moviliza las fuerzas y ejerce el control, en tanto que el Gobierno provisional, inseguro y claudicante, se reserva el papel de defensor de las conquistas que el pueblo ya ha conseguido.» ¡Este extracto vale por todo un programa!

El informante exponía las relaciones entre las dos clases básicas de la sociedad como una división de trabajo entre dos «órganos». Los Soviets, esto es, los trabajadores y los soldados, hacen la Revolución; el Gobierno, es decir, los capitalistas y los hacendados rurales, la «fortifican» o consolidan. Durante 1905-1907, Stalin mismo había escrito una y otra vez, parafraseando a Lenin: «La burguesía rusa es antirrevolucionaria; no puede ser primer móvil, y menos directora de la Revolución; es enemiga jurada de la Revolución, y con ella habrá que librar una lucha tenaz.» Y la idea política mentora del bolchevismo no había sido anulada en sentido alguno por la marcha de la Revolución de febrero. Miliukov, el jefe de la burguesía liberal, dijo en la conferencia de su partido pocos días antes del levantamiento: «Estamos caminando sobre un volcán... Sea cual fuere el carácter del Gobierno (bueno o malo), necesitamos un Gobierno fuerte, ahora más que nunca.» Cuando el levantamiento comenzó, a pesar de la resistencia de la burguesía, no les quedó a los liberales más recurso que asentarse en el terreno preparado por su triunfo. Ningún otro, sino Miliukov, que habiendo declarado la víspera ser preferible una monarquía rasputiniana que una erupción volcánica, dirigía ahora el Gobierno provisional que, en concepto de Stalin, había de «fortificar» las conquistas de la Revolución, pero que, en realidad, hacía todo lo posible por estrangularla. Para las masas insurgentes, el sentido de la Revolución estaba en la abolición de las antiguas formas de propiedad, que precisamente el Gobierno provisional defendía. Stalin presentaba la lucha irreconciliable de clases que, a despecho de todos los esfuerzos de los transaccionistas, se iba haciendo cada vez más violenta para convertirse en guerra civil, como una mera división de trabajo entre dos máquinas políticas. Ni siquiera el menchevique de izquierda, Martov, habría planteado el caso de tal manera. Esta era la teoría de Tseretelli (y Tseretelli era el oráculo de los transaccionistas) en su más vulgar forma de expresión: fuerzas «moderadas» y otras más «resueltas» actúan en un palenque llamado «democracia», y se dividen la tarea, unas «conquistando» y las otras «consolidando». Aquí, p.c.

parada para nosotros, tenemos la fórmula de la futura política staliniana en China (1924-1927), en España (1936-1939), y, en general, en todos sus malhadados «Frentes Populares».

«No nos conviene forzar ahora el curso de los acontecimientos —continuaba el informante— acelerando la secesión de las capas burguesas... Tenemos que ganar tiempo frenando la secesión de las capas intermedias de la burguesía para estar dispuestos a la lucha contra el Gobierno provisional.» Los delegados escuchaban estos argumentos con vagos recelos. «No espantar a la burguesía» había sido siempre la consigna de Plejanov, y, en el Cáucaso, de Jordania. El bolchevismo alcanzó su madurez luchando fieramente contra aquella tendencia. Es imposible «frenar la secesión» de la burguesía sin frenar a la vez la lucha de clases proletaria; en esencia, ambas cosas son simplemente los dos aspectos de un mismo proceso. «La cháchara sobre la cuestión de no asustar a la burguesía... —había escrito Stalin mismo en 1913, poco antes de ser detenido—, sólo suscitaba sonrisas, porque era evidente que la tarea de la Socialdemocracia no era sólo "asustar" a la mismísima burguesía, sino desalojarla en la persona de sus abogados, los cadetes.» Incluso es difícil comprender cómo ningún antiguo bolchevique podía haber olvidado los catorce años de historia de su facción para recurrir en el momento más crítico a la más odiosa de las fórmulas mencheviques. La explicación ha de encontrarse en el modo de discurrir de Stalin; no tiene capacidad para las ideas generales, y su memoria no las conserva. Las usa de vez en cuando, según se necesitan, y las arroja a un lado sin el menor remordimiento, casi como un reflejo. En su artículo de 1913 se refería a las elecciones para la Duma. «Desalojar» a la burguesía significaba sólo arrebatarse actas a los liberales. La referencia del momento afectaba a la deposición revolucionaria de la burguesía. Aquella era una faena que Stalin relegaba al remoto futuro. Por lo pronto, justamente igual que los mencheviques, creía necesario «no espantarlos».

Después de leer la resolución del Comité Central, que había contribuido a redactar, Stalin declaró más bien de improviso que no estaba totalmente de acuerdo con la resolución propuesta por el Soviet de Krasnoyarsk. El secreto significado de esta maniobra no está claro. En su viaje desde Siberia, Stalin pudo haber participado en la redacción del acuerdo del Soviet de Krasnoyarsk. Es posible que, dándose cuenta de la actitud de los delegados, pensara lo mejor no disentir de Kamenev en lo más mínimo. Sin embargo, la resolución de Krasnoyarsk aún era de calidad peor que

el documento de Petrogrado: «... poner bien de manifiesto que la única fuente del poder y la autoridad del Gobierno provisional, es la voluntad popular, a la que el Gobierno provisional debe someterse en absoluto, y sostener al Gobierno provisional... sólo en tanto siga la pauta de satisfacer los anhelos de la clase trabajadora y del campesinado revolucionario». La panacea acarreada de Siberia resultaba muy sencilla: la burguesía «debe someterse en absoluto» al pueblo y «seguir la pauta» de los obreros y campesinos. Pocas semanas más tarde, la fórmula de apoyar a la burguesía «en tanto, etc.» habría de convertirse en el blanco de las burlas de todos los bolcheviques. Pero ya algunos de los delegados protestaban contra la idea de apoyar al Gobierno del príncipe Lvov; sólo el pensarlo chocaba con excesiva crudeza con la constante tradición del bolchevismo. Al día siguiente, el socialdemócrata Steklov, partidario también de la fórmula del «en tanto, etc.», y al mismo tiempo miembro de la «Comisión de contacto» inmediata a las esferas rectoras, tuvo en la Conferencia de los Soviets la poca habilidad de pintar las maquinaciones reales del Gobierno provisional con tan negras tintas (oposición a las reformas sociales, esfuerzos en favor de la monarquía y de las anexiones), que la Conferencia de los bolcheviques se apartó alarmada de la fórmula de apoyo. «Ahora se ve —dijo el delegado moderado Nogin, expresando los sentimientos de muchos otros— que no debemos discutir el apoyo, sino la oposición.» El delegado del ala izquierda, Skrypnik, manifestó el mismo criterio: «Mucho ha cambiado desde el informe que ayer hizo Stalin... El Gobierno provisional está intrigando contra el pueblo y la Revolución..., y, no obstante, la resolución habla de apoyo.» El alicaído Stalin, cuya manera de apreciar la situación no podía resistir la prueba del tiempo siquiera veinticuatro horas, «propuso instruir al Comité para alterar la cláusula relativa al apoyo». Pero la Conferencia adoptó un acuerdo mejor: «Por una mayoría contra cuatro, se suprime de la resolución la cláusula relativa al apoyo.»

Pudiera pensarse que, en adelante, todo el esquema del informante sobre la división del trabajo entre el proletariado y la burguesía quedaría relegado al olvido. En realidad, de la resolución desaparecieron las palabras, pero no la idea. El temor de «espartar a la burguesía» subsistió. En sustancia, la resolución era una apelación al Gobierno provisional exhortándole a «emprender la lucha más enérgica para liquidar por completo el viejo régimen», en el mismo momento en que se disponía a emprender «la lucha más enérgica» para restaurar la monarquía. La conferencia no se

arriesgó más allá de una presión amistosa sobre los liberales. No se hablaba para nada de una lucha independiente para la conquista del Poder, aunque no fuese más que en aras de objetivos democráticos. Como de propósito para exponer a la luz más atrayente el verdadero espíritu encerrado en las resoluciones aprobadas, Kamenev declaró en la Conferencia de los Soviets, que se celebraba al mismo tiempo, que en cuanto a la cuestión del Poder, tenía el «gusto» de agregar el voto de los bolcheviques a la resolución oficial que había sido presentada y patrocinada por el dirigente derechista menchevique Dan. A la vista de estos hechos, la escisión de 1903, que hizo permanente la Conferencia de Praga en 1913, debe de haber parecido una ligera disensión.

Así, pues, no fue por casualidad por lo que en la sesión del día siguiente la Conferencia bolchevique estaba discutiendo la propuesta del dirigente menchevique de la derecha, Tseretelli, de fusionar los dos partidos. Stalin reaccionó a ello con gran simpatía: «Debíamos hacerlo. Es necesario definir nuestras proposiciones en cuanto a los términos de una unificación. Esta no es posible sino sobre la línea de Zimmerwald-Kienthal». Se aludía con estas palabras a la «línea» de dos conferencias socialistas celebradas en Suiza, donde habían preponderado pacifistas moderados. Molotov, que dos semanas antes había sido reprendido por su izquierdismo, salió al paso con tímidas objeciones: «Tseretelli desea unir elementos divergentes... La unidad sobre tal línea equivocada...» Más resuelta fue la protesta de Zalutsky: «Sólo un posibilista puede sentirse impulsado por el mero deseo de unidad, no un socialdemócrata... Es imposible unirse sobre la base de una adhesión superficial a Zimmerwald-Kienthal... Es necesario proponer una plataforma definida.» Pero Stalin, que había sido tildado de posibilista, se atuvo a lo suyo: «No debemos anticiparnos a señalar discrepancias. La vida del Partido es imposible sin que las haya. Hemos de dirimir estas menudas discordias dentro del Partido.» Apenas puede uno creer a sus ojos: Stalin calificaba las diferencias con Tseretelli, inspirador del bloque dominante del Soviet, de menudas discordias que podían «dirimirse» dentro del Partido. La discusión tuvo lugar el 1 (14) de abril. Tres días después, Lenin había de declarar guerra a muerte a Tseretelli. Y dos meses después, Tseretelli estaría desarmando y deteniendo a bolcheviques.

La conferencia de marzo de 1917 es de extraordinaria importancia en cuanto a percepción del estado de ánimo de los miembros prominentes del Partido bolchevique inmediatamente des-

pués de la Revolución de febrero, y particularmente de Stalin, que acababa de regresar de Siberia después de cuatro años de cavilar por su cuenta. De la sucinta crónica de las actas, emerge como un vulgar demócrata y un provinciano obligado por el sesgo de la hora a adoptar el color marxista. Sus artículos y discursos de esas semanas proyectan una luz clara y sin manchas sobre su posición durante los años de guerra: si hubiera derivado lo más mínimo hacia las ideas de Lenin durante su permanencia en Siberia, como alegan Memorias escritas veinte años después de los hechos, no se habría hundido de modo tan irremediable en el fango del oportunismo como lo hizo en marzo de 1917. La ausencia de Lenin y la influencia de Kamenev, hicieron posible que Stalin apareciera al estallar la revolución como realmente era, mostrando sus características más hondamente arraigadas: desconfianza en las masas, falta total de imaginación, miopía, propensión a buscar la línea de menor resistencia. Por eso, la conferencia de marzo, en la que Stalin se reveló a sí mismo tan explícitamente como político, se suprime hoy de la historia del partido, y sus actas se guardan bajo siete llaves. En 1923, se prepararon secretamente tres copias para los miembros del «triumvirato»: Stalin, Zinoviev y Kamenev. Sólo en 1926, cuando Zinoviev y Kamenev se unieron a la oposición contra Stalin, pude procurarme de ellos este notable documento, lo que me permitió publicarlo en el extranjero, en ruso y en inglés.

Pero, después de todo, este documento no difiere en nada esencial de sus artículos en *Pravda*, a los que sirve tan sólo de suplemento. Ni una simple declaración, propuesta o protesta en que Stalin opusiera más o menos articuladamente el punto de vista bolchevique a la política de los demócratas pequeñoburgueses ha llegado hasta nosotros de aquellos días. Un testigo presencial de aquellos tiempos, el menchevique de izquierda Sujanov (autor del manifiesto *A los Trabajadores del Mundo*, ya mencionado), escribía en sus inestimables *Notas sobre la Revolución*: «Además de Kamenev, los bolcheviques tenían entonces a Stalin en el Comité Ejecutivo... Durante su rara actuación... daba (y no sólo a mí) la impresión de una mota gris que, de vez en cuando, se hacía levemente visible, sin dejar rastro. Realmente, de él no hay nada más que decir.» Tal descripción, que hemos de reconocer bastante parcial, costó a Sujanov la vida tiempo después.

El 3 (16) de abril, después de atravesar Alemania en guerra, Lenin, Krupskaja, Zinoviev y otros cruzaban la frontera de Finlandia y llegaron a Petrogrado... Un grupo de bolcheviques, con

Kamenev al frente, acudieron a recibir a Lenin en Finlandia. Stalin no estaba entre ellos, y este ligero dato muestra mejor que nada la inexistencia de cuanto significara intimidad personal entre él y Lenin. «Tan pronto como llegó Vladimiro Ilich y se sentó en la otomana —refiere Raskolnikov—, la emprendió con Kamenev: “¿Qué habéis estado escribiendo en *Pravda*? Hemos visto varios números, y nos pusieron de muy mal humor...”» Durante los años que pasó junto a Lenin en el extranjero, Kamenev se había acostumbrado a aquellas duchas frías. No eran obstáculo para que estimase a Lenin, y aun le adorase por entero con su vehemencia, su profundidad, su sencillez, sus salidas, que le hacían reír aun antes de oírlas, y su carácter de letra, que imitaba sin darse cuenta de ello. Muchos años más tarde, alguien recordaba que durante el viaje, Lenin había preguntado por Stalin. Aquella pregunta natural (Lenin preguntaría indudablemente por todos los miembros de la plana mayor bolchevique), sirvió después como punto de partida para urdir una película soviética.

Un reseñador minucioso y consciente de la revolución escribió lo siguiente acerca de la primera aparición de Lenin en público ante los bolcheviques reunidos al efecto: «Nunca olvidaré aquel discurso que, como el trueno, conmovió y asombró no a mí solamente, un hereje a quien la casualidad había llevado allí, sino incluso a todos los creyentes. Seguro es que nadie se esperaba aquello.»

No se trataba de un trueno retórico, que no era cosa del agrado de Lenin, sino de todo el sesgo de sus ideas. «¡No necesitamos una república parlamentaria, ni una democracia burguesa; no necesitamos Gobierno alguno que no sea el Soviet de los diputados de los obreros, los soldados y los campesinos pobres!» En la coalición de los socialistas con la burguesía liberal (esto es, en el «frente popular» de nuestros días), Lenin sólo veía traición al pueblo. Hizo despiadada mofa de la frase de moda «democracia revolucionaria», que confundía en una mezcolanza a los trabajadores y a la pequeña burguesía, a populistas, mencheviques y bolcheviques. Los partidos transaccionistas que predominaban en los Soviets no eran para él aliados, sino enemigos irreconciliables. «¡Sólo aquello —advierte Sujanov— era suficiente entonces para que al auditorio le diese vueltas la cabeza!»

El Partido estaba tan falto de preparación para Lenin como lo había estado para la Revolución de febrero. Todos los juicios, consignas y giros verbales acumulados durante las cinco semanas de revolución quedaron reducidos a añicos. «Atacó resueltamente las

tácticas de los grupos situados a la cabeza del Partido y de los camaradas individuales, ya antes de llegar —escribe Raskolnikov, refiriéndose ante todo a Stalin y Kamenev—. Los activistas más responsables del Partido estaban presentes. Pero aun para ellos resultó algo totalmente nuevo el discurso de Ilich.» No hubo discusión. Estaban todos demasiado confusos para ello. Ninguno quiso exponerse a los golpes de aquel intrépido líder. Por los rincones cuchicheaban que Ilich había pasado demasiado tiempo en el extranjero, que había perdido contacto con Rusia, que no comprendía la situación, y, lo que es peor, que se había pasado a la oposición del trotskismo. Stalin, informante de la víspera en la Conferencia, permanecía callado. Se daba cuenta de haber cometido un terrible error, mucho más grave que en aquella ocasión del Congreso de Estocolmo en que había defendido la división de la tierra, o un año después, cuando transitoriamente formó entre los boicotistas. Decididamente, lo mejor era no prodigarse. Nadie se inquietaba por conocer la opinión de Stalin sobre el asunto, en modo alguno. Después, nadie pudo recordar la menor cosa para sus memorias de lo que Stalin hizo durante las semanas que sucedieron.

Entretanto, Lenin, estaba lejos de perder el tiempo: pasaba revista a la situación con sus perspicaces ojos, atormentaba a sus amigos con preguntas, y sonsacaba a los trabajadores. Al día siguiente mismo presentó al Partido un resumen de sus impresiones, que vinieron a ser más tarde el documento más importante de la Revolución, famoso por el nombre de *Las tesis del 4 de abril*. Lenin no sólo no se asustaba de «espantar» a los liberales, sino tampoco a los miembros del Comité Central bolchevique, No jugaba al escondite con los presuntuosos dirigentes del partido bolchevique. Ponia al desnudo la lógica de la guerra de clases. Arrojando a un lado la cobarde y fútil fórmula del «en tanto, etc.», situó al Partido frente a la tarea de incautarse del Gobierno. Pero lo primero y principal era determinar quién fuese el enemigo. Los monárquicos de las centurias negras, acurrucados en sus rincones y encrucijadas, no tenían la menor importancia. La plana mayor de la contrarrevolución burguesa se componía del Comité Central del partido cadete y del Gobierno provisional que él inspiraba. Pero este último existía por gracia de los social-revolucionarios y los mencheviques, que, a su vez, ejercían el Poder por la credulidad de las masas. En tales condiciones no había que pensar en la aplicación de violencias revolucionarias. Lo primero que interesaba era conquistar a las masas. En lugar de unirse y fraternizar

con los populistas y los mencheviques, era necesario desenmas-cararlos ante los trabajadores, los soldados y los campesinos como agentes de la burguesía. «El Gobierno auténtico es el Soviet de delegados de los trabajadores... Nuestro Partido es una minoría en el Soviet... ¡No se puede evitar! A nosotros toca explicar, pacientemente, con persistencia, de un modo sistemático, lo erróneo de su táctica. Mientras no seamos más que una minoría, nuestra tarea consiste en criticar, para desengañar a las masas.» Todo aquel programa era sencillo y seguro, y cada clavo estaba firmemente clavado. Estas tesis llevaban sólo una firma: «Lenin». Ni el Comité Central del Partido ni el Consejo de redacción de *Pravda* consintieron en poner su rúbrica al pie de aquel explosivo documento.

El mismo 4 de abril, Lenin compareció ante la misma Conferencia del Partido en que Stalin había explicado su teoría de la división pacífica del trabajo entre el Gobierno provisional y los Soviets. El contraste era demasiado cruel. Para moderarlo, Lenin, abandonando su costumbre, no sometió a análisis las resoluciones que se habían tomado, sino que les volvió la espalda. Lo que hizo fue elevar la Conferencia a un plano mucho más alto. Le hizo ver nuevas perspectivas que los supuestos líderes no habían sospechado siquiera. «¿Por qué no os apoderasteis del Poder?», preguntaba el nuevo ponente, y procedió a resumir las explicaciones de rigor: la revolución se consideraba burguesa; estaba sólo en su fase inicial; la guerra creaba dificultades imprevistas, y otras por el estilo. Todo eso es desatinado. El punto está en que el proletariado no tiene suficiente conciencia ni está bien organizado. Esto debe admitirse. La fuerza material está en manos del proletariado, pero la burguesía se halla alerta y preparada. Lenin desvió la cuestión de la esfera de pseudo objetivismo en que Stalin, Kamenev y otros trataban de ocultar las tareas de la revolución, a la esfera de apercebimiento y acción. El proletariado había dejado de incautarse del Poder en febrero, no porque la toma del Poder estuviese proscrita por la Sociología, sino porque su incapacidad permitió a los transaccionistas defraudar al proletariado en interés de la burguesía..., ¡y eso era todo! «Incluso nuestros bolcheviques —continuó, sin mencionar nombres para nada— muestran confianza en el Gobierno. Esto sólo puede explicarse por haberse embriagado con la revolución. Es el fin del socialismo... Si esto es así, no puedo seguir adelante. Prefiero quedarme en minoría.» No era difícil para Stalin y Kamenev reconocer la alusión a ellos. Todos los presentes se dieron cuenta de quiénes eran los aludidos

por el informante. Los delegados no tenían la menor duda de que Lenin hablaba en serio al decir que se apartaba. Aquello era algo muy distinto de la fórmula «en tanto, etc.»

El eje de la cuestión relativa a la guerra se desvió con no menos resolución. El Gobierno provisional había medio prometido una república. Pero, ¿cambiaba esto el carácter de la guerra? Francia llevaba mucho tiempo de república, y lo había sido más de una vez, pero su participación en la guerra seguía siendo imperialista. La índole de la guerra se determina por el carácter de la clase que gobierna. «Cuando las masas declaran que no quieren ningún género de conquista, yo lo creo. Cuando Guchkov y Lvov declaran que no quieren conquistas, mienten con todo descaro.» Este sencillo juicio es profundamente científico y, al mismo tiempo, comprensible para todos los soldados de las trincheras. Lenin asestó luego un golpe directo al llamar a *Pravda* por su verdadero nombre. «Pedir de un Gobierno de capitalistas que repudie las anexiones es una simpleza, una burla a voces...» Estas palabras afectaban directamente a Stalin. «Es imposible terminar esta guerra sin una paz de violencia, a menos que el capitalismo sea derrocado.» Y, sin embargo, los partidarios de la transacción seguían apoyando a los capitalistas, y *Pravda* los apoyaba a ellos. «La petición del Soviet... no contiene una sola palabra que revele conciencia de clase. Toda ella es pura fraseología.» Esto se refería a aquel mismo manifiesto saludado por Stalin como la voz del internacionalismo. Las frases pacifistas, a la vez que mantenían las viejas alianzas, los viejos tratados, los viejos objetivos, sólo tenían por finalidad engañar a las masas. «Lo que es único en Rusia es la transición inconcebiblemente rápida de la violencia irreprimible a la decepción más sutil.» Tres días antes, Stalin había declarado estar dispuesto a unirse con el partido de Tseretelli. «He oído que existe en Rusia una tendencia a la unificación; la unidad con un defensor es traición al socialismo. Creo que es mejor quedarse solo, como Liebknecht, junto contra ciento diez!» Ya no se podía tolerar siquiera llevar el mismo nombre de los mencheviques, el nombre de Socialdemocracia. «Por mi parte, propongo que cambie el nombre del Partido, que en adelante nos llamemos Partido Comunista.» Ni uno siquiera de los asistentes a la Conferencia, ni el mismo Zinoviev, que acababa de llegar con Lenin, apoyó esta propuesta, que parecía una ruptura sacrilega con su propio pasado.

*Pravda*, que continuaba dirigiendo Kamenev y Stalin, declaró que las tesis de Lenin reflejaban su personal opinión, que no

compartía el Buró del Comité Central, y que *Pravda* continuaría su política de siempre. Aquella declaración llevaba la firma de Kamenev. Stalin le apoyaba con su silencio. Tuvo que permanecer así durante mucho tiempo. Las ideas de Lenin le parecían ilusiones de un emigrado, pero él permanecía atento esperando la reacción del Partido. «Debe reconocerse abiertamente —escribía más tarde el bolchevique Angarsky, que había pasado por la misma evolución que los otros— que muchos de los viejos bolcheviques... mantenían las opiniones bolcheviques de 1905 respecto al carácter de la Revolución de 1917, y que no era cosa fácil repudiar tales opiniones.» En realidad, no se trataba de «muchos de los viejos bolcheviques», sino de todos, sin excepción. En la Conferencia de marzo, donde se reunieron los cuadros del Partido de todo el país, no se alzó una sola voz en favor de esforzarse en recabar el Poder para los Soviets. Todos ellos tenían que reeducarse. De los dieciséis miembros del Comité de Petrogrado, sólo dos apoyaron las tesis, y aun no lo hicieron desde el primer momento. «Muchos de los camaradas insinuaron —recordaba Tsjon— que Lenin había perdido contacto con Rusia, que no tenía en cuenta las condiciones actuales, etcétera.» El bolchevique de provincias, Lebedev, refiere que al principio los bolcheviques condenaban la agitación de Lenin, «que parecía utópica y que se explicaba sólo por su prolongada falta de contacto con la vida rusa». Uno de los inspiradores de tales juicios fue sin duda Stalin, que siempre había mirado con desdén a los «emigrados». Algunos años después, Raskolnikov recordaba que «la llegada de Vladimiro Ilich planteó un marcado rubicón en la táctica de nuestro Partido... La tarea de tomar posesión del poder del Estado se concebía como un ideal remoto... Se consideraba suficiente apoyar al Gobierno provisional en una u otra forma... El Partido no tenía dirigente de autoridad capaz de soldarle en una firme unidad y llevarlo adelante.» En 1922, no podía habersele ocurrido a Raskolnikov ver a Stalin el «dirigente de autoridad». Escribía el trabajador de los Urales, Markov, a quien la revolución había encontrado junto a su torno: «Nuestros dirigentes marchaban a tientas hasta que llegó Vladimiro Ilich... La posición de nuestro Partido fue haciéndose clara al aparecer sus famosas tesis.» «Recordad la recepción dispensada a las tesis de abril de Vladimiro Ilich —decía Bujarin poco después de morir Lenin—, cuando parte de nuestro propio Partido las miraba como una traición virtual a la ideología marxista consagrada.» Esa «parte de nuestro propio Partido» era toda su dirección, sin exceptuar a nadie. «Con la llegada de Lenin a Rusia

en 1917 —escribía Molotov en 1924—, nuestro Partido comenzó a pisar terreno firme... Hasta aquel momento sólo había ido caminando inseguro y vacilante... El Partido carecía de la claridad y la resolución que requería el momento revolucionario...» Antes que los demás, de un modo más concluyente y preciso, Ludmila Stahl define el cambio ocurrido. «Hasta la llegada de Lenin, todos los camaradas erraban en la oscuridad...», decía el 4 (17) de abril de 1917, en el momento más culminante de la crisis del Partido. «Al ver la inventiva independiente del pueblo no podíamos menos de tenerla en cuenta... Nuestros camaradas se contentaban con meros preparativos para la Asamblea Constituyente, a base de métodos parlamentarios, y no admitían siquiera la posibilidad de ir más lejos. Aceptando las consignas de Lenin, haremos lo que la vida misma nos empuja a hacer.»

El rearme del Partido en abril fue un rudo golpe para el prestigio de Stalin. Había venido de Siberia con la autoridad de un viejo bolchevique, con la categoría de miembro de Comité Central, ayudado por Kamenev y Muranov. También él inició su propio estilo de «rearme», rechazando la política de los dirigentes locales como excesivamente radical y comprometiéndose mediante varios artículos de *Pravda*, un informe en la Conferencia y la resolución del Comité de Krasnoyarsk. En medio de esta actividad, que por su misma índole era labor de un dirigente, apareció Lenin. Se presentó en la Conferencia como entra un inspector en el aula. Después de escuchar varias frases volvió la espalda al maestro y con una esponja mojada borró del encerado todos sus fútiles garabatos. Los sentimientos de asombro y protesta de los delegados se resolvieron en una expresión admirativa. Pero Stalin no tenía admiración que ofrecer. Había sido el suyo un golpe muy duro, una sensación de desamparo y de profunda envidia. Le habían humillado delante de todo el Partido mucho más que en la Conferencia reservada de Cracovia después de su desgraciada dirección de *Pravda*. Era inútil luchar contra ello. También él entreveía ahora nuevos horizontes que no hubiera sido capaz de presentir el día antes. No le quedaba otro remedio que rechinar los dientes y aparentar calma. El recuerdo de la revolución provocada por Lenin en abril del año 1917, quedó grabado para siempre en su conciencia, y allí se encontró. Se apoderó de las actas de la conferencia de marzo y trató de ocultarlas al Partido y a la historia. Pero aquello no puso arreglo en nada. Seguía habiendo en las bibliotecas colecciones de *Pravda*. Además, aquellas ediciones de *Pravda* se reimprimieron más tarde, y los artículos de

Stalin hablaban por sí mismos. Durante los primeros años de régimen soviético, innumerables Memorias referentes a la crisis de abril llenaron todos los periódicos históricos y las ediciones conmemorativas de los diarios. Todo ello tenía que ser retirado gradualmente de la circulación, falseado y sustituido por nuevo material. La misma palabra «rearme» del Partido, usada por mí casualmente, en 1922, fue a su tiempo objeto de ataques cada vez más furiosos de Stalin y sus satélites.

Verdad es que en 1924 Stalin aún estimó lo más sensato admitir, con la debida indulgencia para sí mismo, el error de sus métodos al comienzo de la Revolución: «El Partido —escribía— aceptó la política de presionar desde los Soviets al Gobierno en la cuestión de la paz y no decidió al momento dar un paso hacia adelante... hacia la nueva consigna del poder para los Soviets... Aquella fue una posición profundamente errónea, pues multiplicaba las ilusiones pacifistas, vertía agua en el molino del defensismo y estorbaba la educación revolucionaria de las masas. Yo compartía aquella posición errónea en aquella ocasión con otros camaradas del Partido, y no la repudí por completo hasta mediados de abril, después de suscitar las tesis de Lenin.» Este reconocimiento público, necesario para proteger su propia retaguardia en su lucha contra el trotskismo, que comenzaba por entonces, resultó muy limitado dos años más tarde. En 1926, Stalin negaba categóricamente el carácter oportunista de su política en marzo de 1917 («¡No es cierto, camaradas, eso no es más que comadreo!») y admitía solamente que tuvo «algunas vacilaciones... pero, ¿quién entre nosotros no las tuvo pasajeraamente?». Cuatro años después, Yaroslavsky, que en su calidad de historiador mencionó el hecho de que Stalin había asumido al iniciarse la revolución «una posición errónea», se vio sometido a una feroz persecución de todos lados. Ya no era tolerable mencionar siquiera las «vacilaciones momentáneas». ¡El ídolo del prestigio es un monstruo voraz! Finalmente, en la «historia» del Partido, dirigida por el mismo Stalin, éste se atribuye la posición de Lenin, cargando las propias opiniones a sus enemigos. Kamenev y ciertos activistas de la organización de Moscú, como Rikov, Bubnov, Nogin, proclaman esta notable historia, «se mantuvieron en la posición semi-menchevique de apoyo condicional al Gobierno provisional y a la política de los defensistas. Stalin, que acababa de regresar del destierro, Molotov y otros, así como la mayoría del Partido, defendían la política de no confiar en el Gobierno provisional y se manifestaban contra el defensismo», y así por el estilo. De este

modo, por cambios graduales del hecho a la ficción, lo negro se convirtió en blanco. Semejante método, que Kamenev llamó «dosificar la mentira», transpira en toda la biografía de Salin, y halla su expresión cumbre y al mismo tiempo su colapso en los juicios de Moscú.

Analizando las ideas básicas de las dos facciones de la Socialdemocracia en 1909, escribía yo: «Los aspectos antirrevolucionarios del menchevismo se destacan ya en toda su fuerza; las características antirrevolucionarias del bolchevismo son una amenaza de gran peligro sólo en el caso de un triunfo revolucionario.» En marzo de 1907, después de derrocado el zarismo, los antiguos cuadros del Partido llevaron estas características antirrevolucionarias del bolchevismo a su extrema expresión: hasta la distinción entre bolchevismo y menchevismo parecía haberse esfumado. Era imperativo un rearme radical del Partido. Lenin, el único hombre de talla para la tarea, lo hizo en el curso de abril. Al parecer, Stalin no deseaba oponerse en público a Lenin; pero tampoco salió en su favor. Sin meter mucho ruido, se desligó de Kamenev como diez años antes había abandonado a los boicotistas y como en la Conferencia de Cracovia dejó a los conciliadores entregados a su suerte. No estaba habituado a defender idea alguna que no prometiese un éxito inmediato. La Conferencia de la organización de Petrogrado celebró sesiones desde el 14 al 22 de abril. Aunque ya predominaba la influencia de Lenin, los debates eran bastante movidos en ocasiones. Entre los que intervinieron se cuentan Zinoviev, Tomsy, Molotov y otros bolcheviques muy conocidos. Stalin ni siquiera se dejó ver; sin duda trataba de refugiarse en el olvido una temporada.

La Conferencia de toda Rusia se reunió en Petrogrado el 24 de abril. Se proponía dilucidar todos los asuntos que quedaron en suspenso en la Conferencia de marzo. Unos 150 delegados representaban a 79.000 miembros del Partido, de ellos, 15.000 de la capital. No es una marca desdeñable para un Partido antipatriótico que apenas había salido de la ilegalidad. La victoria de Lenin se apreció desde un principio en las elecciones a la Presidencia de cinco miembros, pues entre los elegidos no estaban Kamenev ni Stalin, los dos responsables de la política oportunista de marzo. Kamenev tuvo suficiente valor para pedir la concesión de un informe de minoría en la Conferencia. «Reconociendo que formalmente y de hecho el remanente clásico del feudalismo, la propiedad de la tierra por los hacendados, no ha sido aún liquidada..., es demasiado pronto para aseverar que la democracia burguesa ha

agotado todas sus posibilidades.» Tal fue la idea básica de Kamenev y de Rikov, Nogin, Dzerhinsky, Angarsky y otros. «El ímpetu para la revolución social —decía Rikov—, debió haber venido del Oeste.» La revolución democrática no había terminado, decían los oradores de la oposición, apoyando a Kamenev. Era verdad. Sin embargo, la misión del Gobierno provisional no consistía en dar cima a la revolución, sino en invertir su curso. Por consiguiente, la revolución democrática sólo podría completarse bajo el mando de la clase trabajadora. Los debates eran animados, pero apacibles, puesto que en lo esencial todo había sido decidido de antemano y Lenin hacía lo posible por facilitar la retirada de sus antagonistas.

Durante estos debates, Stalin intervino con una breve declaración contra su aliado de ayer. En su informe de minoría, Kamenev arguyó que no exigiendo nosotros la caída inmediata del Gobierno provisional lo procedente era pedir autoridad sobre él; de otro modo, las masas no nos comprenderían. Lenin opuso que el «control» del proletariado sobre un Gobierno burgués, especialmente en tiempos de revolución, sería ficticio o se reduciría a una simple colaboración con aquél. Stalin creyó llegado el momento de hacer constar su disconformidad con Kamenev. Para dar una especie de explicación sobre su cambio de actitud, se sirvió de una nota emitida el 19 de abril por el ministro de Negocios Extranjeros, Miliukov. La extrema franqueza imperialista de este último, empujó literalmente a los soldados a la calle y originó una crisis gubernamental. El concepto de Lenin acerca de la revolución se basaba en la correlación de clases, y no en una nota diplomática aislada que difería bien poco de otros actos del Gobierno. Pero Stalin no estaba interesado en ideas generales. Todo lo que necesitaba era un pretexto evidente para cambiar de postura con el menor quebranto para su vanidad. Estaba «dosificando» su retirada. Al principio, según decía, «era el Soviet quien trazó el programa, mientras que ahora lo hacía el Gobierno provisional». Después de la nota de Miliukov, «el Gobierno se adelanta al Soviet, y éste pierde terreno. Hablar entonces de control era desatinar». Aquello: sonaba a forzado y falso. Pero surtió efecto: Stalin se las compuso de este modo para separarse a tiempo de la oposición, que obtuvo sólo siete votos al hacer el escrutinio.

En su informe sobre la cuestión de las minorías nacionales, Stalin hizo todo lo posible por salvar el bache entre su informe de marzo, que veía el origen de la opresión nacional meramente en la aristocracia hacendada, y la nueva posición que el Partido

estaba asimilando. «La opresión nacional —dijo, arguyendo inevitablemente contra sí mismo— no sólo está sostenida por la aristocracia terrateniente, sino también por otra fuerza: los grupos imperialistas, que aplican el método de esclavizar a las naciones, aprendido en las colonias, a su propio país también...» Además, la gran burguesía lleva tras ella a «la pequeña burguesía, a parte de los intelectuales y a parte de la aristocracia del trabajo, que disfrutan asimismo de los despojos de este latrocinio». Éste era el tema en que precisamente había insistido Lenin durante los años de guerra. «Así —continuaba el informe—, hay todo un coro de fuerzas sociales que apoyan la opresión nacional.» Para poner fin a tal opresión, era necesario «apartar a este coro de la escena política». Situando en el poder a la burguesía imperialista, la Revolución de febrero no preparaba ciertamente el camino para la liberación de las minorías nacionales. Por ejemplo, el Gobierno provisional se resistía con todas sus fuerzas a los intentos de ampliar la autonomía de Finlandia. «¿A qué lado hemos de estar? Sin duda alguna, al lado del pueblo finés...» El ucraniano Pyatakof y el polaco Dzerzhinsky se pronunciaron en contra del programa de autodeterminación nacional, como utópico y reaccionario. «No deberíamos plantear la cuestión nacional —decía con ingenuidad Dzerzhinsky— porque ésta retrasa el momento de la revolución social. Por consiguiente, propondría suprimir de la resolución el punto relativo a la independencia de Polonia.» «La Socialdemocracia —replicó Stalin—, puesto que sigue una ruta que conduce a la revolución socialista, debe apoyar el movimiento revolucionario de los nacionalistas contra el imperialismo.» Entonces, por primera vez en su vida, dijo Stalin algo a propósito de «una ruta que conduce a la revolución socialista». La hoja del calendario juliano llevaba aquel día la fecha de 29 de abril de 1917.

Habiendo asumido las prerrogativas de un Congreso, la Conferencia eligió nuevo Comité Central, compuesto de Lenin, Zinoviev, Kamenev, Milutin, Nogin, Sverdlov, Smilga, Stalin, Fedorov; y como suplentes Teodorovich Bubnov, Glebov-Avilov y Pravdin. De los 133 delegados, por alguna razón sólo 109 tomaron parte en la votación secreta con pleno voto; es posible que algunos de ellos se hubieran marchado ya de la capital. Lenin obtuvo 104 votos (¿sería acaso Stalin uno de los delegados que no le dio el suyo?); Zinoviev, 101; Stalin, 97, y Kamenev, 95. Por primera vez era elegido Stalin para el Comité Central por el procedimiento usual del Partido. Iba ya a cumplir los treinta y ocho años. Rikof,

Zinoviev y Kamenev tenían veintitrés o veinticuatro cuando fueron elegidos por congresos del Partido para formar parte de la plana mayor bolchevique.

En la Conferencia hubo un intento de dejar a Sverdlov fuera del Comité Central. Lenin habló de ello después del fallecimiento de aquél, juzgándolo como una notoria equivocación suya. «Por fortuna —añadió—, nos rectificaron desde abajo.» Es difícil que Lenin tuviese motivo alguno para oponerse a la candidatura de Sverdlov; sólo le conocía por correspondencia como un revolucionario profesional incansable. No es improbable que la oposición procediera de Stalin, que no había olvidado cómo Sverdlov anduvo enderezando entuertos tras él en San Petersburgo y reorganizando *Pravda*; su vida en común en Kureika no consiguió más que agravar su enemistad. Stalin nunca olvidaba nada. Al parecer, trató de vengarse en la Conferencia, y de un modo u otro (no podemos sino figurárnoslo) consiguió ganarse el apoyo de Lenin. Pero su tentativa no dio resultado. Si en 1912, Lenin tropezó con la resistencia de los delegados cuando trató de incorporar a Stalin al Comité Central, esta vez no fue menor la que le opusieron para no excluir a Sverdlov. De los miembros de este Comité Central elegido en la Conferencia de abril, sólo Sverdlov llegó a morir de muerte natural. Todos los demás (con excepción del mismo Stalin), así como los cuatro suplentes, han sido oficialmente fusilados o suprimidos sin trámites oficiales.

Sin Lenin nadie hubiera sabido afrontar aquella situación sin precedentes; todos estaban esclavizados por viejas fórmulas. Pero trepar hasta la consigna de la dictadura democrática suponía ahora, según decía Lenin, «pasar realmente por encima de la pequeña burguesía». Es muy posible que la ventaja de Stalin sobre los demás estuviese en su falta de escrúpulos para hacerlo así y en su disposición a acercarse a los transaccionistas y a fusionarse con los mencheviques. No le imponía lo más mínimo la reverencia a las viejas fórmulas. El fetichismo ideológico le era extraño; así, sin el menor remordimiento, renegó de la teoría, largo tiempo sostenida, del papel contrarrevolucionario de la burguesía rusa. Como siempre, Stalin actuaba de un modo empírico, presionado por su oportunismo natural, que siempre le había empujado a buscar la línea de menor resistencia. Pero no había estado solo en su postura; en el curso de las tres semanas que precedieron a la llegada de Lenin, su expresión traducía fielmente las ocultas convicciones de muchos de los «viejos bolcheviques».

No debe olvidarse que la máquina política del partido bolche-



vigue se componía principalmente de la intelectualidad, que era de origen y ambiente pequeñoburgués, y marxista en sus ideas y en sus relaciones con el proletariado. Los trabajadores que pasaban a ser revolucionarios profesionales se unieron a aquel grupo con mucho afán, y dentro de él perdieron su identidad. La peculiar estructura social de la máquina del Partido y su autoridad sobre el proletariado (ambas nada accidentales, y sí dictadas por estricta necesidad histórica) fueron, una vez más, causa de la vacilación del Partido), y finalmente se convirtieron en origen de su degeneración. El Partido persistía en la doctrina marxista, que expresaba los intereses históricos del proletariado en conjunto; pero los seres humanos de la máquina del Partido asimilaban sólo proporciones dispersas de tal doctrina, de acuerdo con su propia experiencia, relativamente limitada. Muchas veces, como se lamentaba Lenin, sólo aprendían maquinalmente fórmulas hechas de antemano, y cerraban los ojos a los cambios de situación. En la mayoría de los casos, carecían de diario contacto independiente con las masas obreras, así como de apreciación comprensiva del proceso histórico. De este modo, quedaban expuestos a la influencia de las otras clases. Durante la guerra, los capitostes del Partido se vieron seriamente afectados por tendencias transaccionistas emanadas de círculos burgueses, en tanto que los trabajadores bolcheviques de la base desplegaban una estabilidad mucho más firme para resistir el histerismo patriótico que se había propagado por todo el país.

Al abrir un amplio campo de acción a procesos revolucionarios, la revolución estaba dando mucha más satisfacción a los «revolucionarios profesionales» de todos los partidos que a los soldados de las trincheras, a los campesinos de las aldeas y a los trabajadores de las fábricas de municiones. Los oscuros hombres de la clandestinidad de la víspera se convertían de repente en figuras políticas rectoras. En vez de Parlamentos tenían Soviets, y estaban en libertad de discutir y gobernar. Por lo que a ellos afecta, las contradicciones de clase que habían sido causa de la revolución parecían haberse liquidado bajo los rayos del sol democrático. Por eso, casi en todas partes de Rusia, bolcheviques y mencheviques se dieron la mano. Incluso donde continuaron separados, como en Petrogrado, los apremios hacia la unidad eran resueltamente imperiosos en ambas organizaciones. Mientras tanto, en las trincheras, en los pueblos y en las fábricas, los antagonismos crónicos tomaban un carácter abierto y más intenso, presagio de guerra civil más que de unidad. Como sucede con frecuencia, se abría

una profunda sima entre las clases en movimiento y los intereses de las máquinas de partido. Hasta los cuadros del Partido bolchevique, que tenían la ventaja de una excepcional preparación revolucionaria, estaban decididamente resueltos a dar de lado a las masas e identificar sus propios y especiales intereses con los de la máquina al día siguiente mismo del derrocamiento de la monarquía. ¿Qué podía, pues, esperarse de aquellos cuadros cuando se convirtiesen en una burocracia estatal todopoderosa? No es verosímil que Stalin dedicase un solo pensamiento a esta cuestión. Era carne de la carne de la máquina, y el más duro de sus huesos.

Pero, ¿por qué milagro consiguió Lenin cambiar en pocas semanas el curso del Partido, llevándolo por otro cauce? La respuesta debe buscarse simultáneamente en dos direcciones: los atributos personales de Lenin y la situación objetiva. Lenin era fuerte, no sólo porque comprendía las leyes de la lucha de clases, sino porque tenía el oído perfectamente acordado a la agitación de las masas en movimiento. Para él no era tanto la máquina del Partido como la vanguardia del proletariado. Estaba convencido en absoluto de que millares de aquellos trabajadores que habían sobrellevado lo más duro del trabajo ilegal estarían ahora a su lado. Las masas, a la sazón, eran más revolucionarias que el Partido, y el Partido más revolucionario que su máquina. Ya en marzo, la actitud real de los trabajadores y de los soldados se había manifestado en forma tumultuosa, y difería mucho de las instrucciones dictadas por todos los partidos, incluyendo al bolchevique. La autoridad de Lenin no era absoluta, pero sí enorme, porque toda la experiencia recogida confirmaba su presencia. Por el contrario, la autoridad de la máquina del Partido, como su conservadurismo, estaba sólo en formación por entonces. Lenin ejercía influencia, no tanto como individuo, sino como encarnación de la influencia de la clase sobre el Partido y del Partido sobre su máquina. En tales circunstancias, quien trataba de resistir perdía pronto pie. Los vacilantes se alineaban con los de enfrente, y los precavidos se unían a la mayoría. Así, con pérdidas relativamente escasas, Lenin consiguió orientar a tiempo al Partido y prepararlo para la nueva revolución.

Cada vez que los dirigentes del bolchevismo tenían que actuar sin Lenin incurrían en error, inclinándose por lo común a la derecha. Entonces surgía Lenin como un *deus ex machina*, y señalaba el camino recto. ¿Significa esto que Lenin lo fuese todo dentro del Partido bolchevique, y los demás nada? Tal conclusión, muy extendida en los círculos democráticos, es sumamente parcial,

por ello falsa. Lo mismo pudiera decirse de la ciencia. La mecánica sin Newton y la biología sin Darwin parecieron no ser nada durante muchos años. Esto es a la vez cierto y falso. Representa la labor de miles de hombres de ciencia sencillos al reunir los hechos, agruparlos, plantear los problemas y preparar el terreno para las soluciones inteligentes de un Newton o un Darwin. Y cada solución, a su vez, afectaba a la labor de otros miles de investigadores modestos. Los genios no crean la ciencia; no hacen sino acelerar el proceso de la reflexión colectiva. El Partido bolchevique tenía un dirigente de genio, y no por accidente. Un revolucionario de la contextura y los arrestos de Lenin sólo podía estar al frente del partido más intrépido, capaz de llevar sus ideas y acciones a su lógica conclusión. Pero el genio en sí es la más rara de las excepciones. Un dirigente genial se orienta más aprisa, aprecia la situación más plenamente, ve más allá que los otros. Era inevitable que se abriese una ancha sima entre el líder genial y sus más íntimos colaboradores. Hasta puede concederse que en cierto grado la perspicacia de Lenin actuase como freno sobre el desarrollo de la confianza de sus colaboradores en sus propias aptitudes. Sin embargo, esto no significa que Lenin lo fuese «todo» y que el Partido sin Lenin no fuese nada. Sin el Partido, Lenin se hubiese visto tan desvalido como Newton y Darwin sin el trabajo científico colectivo. Por consiguiente, no se trata de efectos especiales inherentes al bolchevismo, y producto probable de la centralización, la disciplina, etc., sino del problema del genio dentro del proceso histórico. Los escritores que intentan desacreditar el bolchevismo sobre la base de que el Partido bolchevique tuvo la fortuna de contar con un dirigente genial, no hacen otra cosa que confesar su propia vulgaridad mental.

La dirección bolchevique hubiera llegado a encontrar el camino recto sin Lenin, pero despacio, a costa de fricciones y luchas intestinas. Los conflictos de clase habrían seguido condenando y rechazando las consignas insípidas de la vieja guardia bolchevique. Stalin, Kamenev y los demás segundones se hallaban ante la alternativa de dar una expresión consistente a las tendencias de la vanguardia proletaria o de desertar pasándose al otro lado de la barricada. No hemos de olvidar que Shlyapnikov, Zalutsky y Molotov trataron de seguir un rumbo más izquierdista desde el primer momento de la revolución.

Pero esto no quiere decir que el verdadero camino se hubiese encontrado de todos modos. El factor tiempo desempeña un papel decisivo en política, especialmente en una revolución. La lucha

de clases difícilmente ha de esperar indefinidamente a que los dirigentes políticos descubran lo que procede hacer. El líder genial es importante porque, al abreviar el plazo de aprendizaje mediante lecciones objetivas, permite al Partido influir en el desarrollo de los acontecimientos en el instante adecuado. Si Lenin no hubiera llegado a primeros de abril, sin duda el Partido habría ido tanteando su ruta hasta coincidir tal vez con la orientación señalada en sus *Tesis*. Pero, ¿existía ningún otro capaz de haber preparado al Partido para el desenlace de octubre? Esta interrogación no puede contestarse categóricamente. Una cosa es cierta: en esta situación (que exigía oponer resueltamente a la perezosa máquina del Partido las masas e ideas de movimiento), Stalin no habría podido actuar con la necesaria iniciativa creadora, y hubiera sido más bien freno que impulsor. Su poder comenzó sólo cuando se hizo posible aparejar a las masas con ayuda de la máquina.

Es difícil seguir el rastro de las actividades de Stalin durante los dos meses siguientes. De pronto se vio replegado a una posición de tercer orden. El mismo Lenin estaba ahora directamente encargado del cuadro de redacción de *Pravda* casi a diario (no por intervención desde lejos, como antes de la guerra), y *Pravda* marcaba el compás a todo el Partido. Zinoviev era dueño y señor en materia de agitación. Stalin no participaba aún en mítines. Kamenev, algo mohíno ante la nueva política, representaba al Partido en el Comité Ejecutivo Central del Soviet y en el terreno del Soviet. Stalin desapareció prácticamente de aquella liza y apenas se le vio ni aun en Smolny. Sverdlov asumió la alta dirección de la actividad organizadora más destacada, señalando tareas a los activistas del Partido, tratando con los de provincias, resolviendo conflictos. Además de sus obligaciones corrientes en *Pravda* y su asistencia a las sesiones del Comité Central, se confiaron a Stalin eventuales misiones de carácter administrativo, técnico o diplomático, nada numerosas, por cierto. Perezoso por naturaleza, Stalin puede trabajar a presión sólo cuando están en juego sus propios intereses; de otro modo, prefiere fumar una pipa y pasar el rato. Durante una temporada se sintió muy a disgusto. En todas partes se encontraba sustituido por hombres más importantes o mejor dotados. Su vanidad sentía en lo vivo la punzada de los días de marzo y abril. Violando su propia integridad, fue lentamente dando vuelta al rumbo de sus ideas. Pero, a fin de cuentas, sólo dio media vuelta.

En la Conferencia de las organizaciones militares bolcheviques

celebrada en junio, después de los discursos políticos fundamentales de Lenin y Zinoviev, Stalin informó sobre «el movimiento nacionalista en los regimientos de este matiz». En el Ejército activo, influido por el despertar de las nacionalidades oprimidas, hubo una espontánea reagrupación de unidades armadas de acuerdo con la nacionalidad. Así surgieron regimientos ucranianos, musulmanes, polacos, etc. El Gobierno provisional se opuso abiertamente a esta «desorganización del Ejército», mientras que los bolcheviques, como siempre, se pusieron de parte de las nacionalidades oprimidas. El discurso de Stalin no se conserva; pero difícilmente podía agregar nada nuevo.

El primer Congreso de los Soviets de toda Rusia, el 3 de junio, se prolongó durante casi tres semanas. Los veinte o treinta delegados bolcheviques de las provincias, perdidos entre la masa de transaccionistas, constituían un grupo nada homogéneo y sujeto aún a las corrientes de marzo. No era fácil acaudillarlos. En este Congreso hizo una referencia de interés un populista a quien ya conocemos, y que en alguna ocasión pudo observar a Koba en una cárcel de Bakú. «Trataré de esforzarme para comprender el papel de Stalin y Sverdlov en el Partido bolchevique —escribía Vereshchak en el año 1928—. Mientras que Kamenev, Zinoviev, Nogin y Krylenko se hallaban sentados a la mesa presidencial del Congreso, y Lenin, Zinoviev y Kamenev eran los principales oradores, Sverdlov y Stalin dirigían en silencio a la fracción bolchevique. Ellos eran la fuerza táctica. Entonces me di cuenta por vez primera del pleno significado del hombre.» Vereshchak no estaba equivocado. Stalin era muy valioso tras la cortina, preparando a la fracción para votar. Nunca recurrió a argumentos de principios. Pero se daba maña para convencer a los dirigentes de talla normal, excepcionalmente a los de provincias; si bien incluso en esa tarea el lugar preeminente correspondía a Sverdlov, que era presidente permanente de la fracción bolchevique en el Congreso.

Entretanto, el Ejército venía siendo objeto de una preparación «moral» para la ofensiva, que enervaba a las masas en la retaguardia como en el frente. La fracción bolchevique protestó resueltamente contra aquella aventura militar y vaticinó la catástrofe. La mayoría del Congreso apoyó a Kerensky. Los bolcheviques decidieron responder con una manifestación callejera, pero mientras se estudiaba el asunto se exteriorizaron diferencias de opinión. Volodarsky, sostén principal del Comité de Petrogrado, no estaba seguro de que los trabajadores quisieran echarse a la calle. Los representantes de las organizaciones militares insistie-

ron en que los soldados no saldrían sin armas. Stalin opinó que «existía fermento entre los soldados, pero no se advertía lo mismo entre los trabajadores»; no obstante, suponía que era necesario oponer resistencia al Gobierno. La manifestación se acordó por último para el domingo, 10 de junio. Los transaccionistas estaban alarmados, y en nombre del Congreso prohibieron la manifestación. Los bolcheviques se sometieron. Pero, asustados de la mala impresión que su propio veredicto causó entre las masas, el propio Congreso convocó una manifestación general para el 18 de junio. El resultado fue inesperado: todas las fábricas y todos los regimientos se presentaron con letreros bolcheviques. Aquello fue un rudo golpe para la autoridad del Congreso. Los trabajadores y los soldados de la capital se dieron cuenta de su propio poder. Dos semanas más tarde intentaron hacerlo efectivo. Así se desarrollaron los «días de julio», lindero el más importante entre las dos revoluciones.

El 4 de mayo escribía Stalin en *Pravda*: «La Revolución crece en anchura y profundidad... Las provincias marchan a la cabeza del movimiento. Así como Petrogrado iba delante en los primeros días de la Revolución, ahora comienza a quedarse rezagado.» Exactamente dos meses después, los «días de julio» demostraban que las provincias iban muy a la zaga de Petrogrado. Lo que Stalin tenía presente al escribir así era las organizaciones, no las masas. «Los Soviets de la capital —observaba Lenin ya en la Conferencia de abril— dependen políticamente más del Gobierno central burgués que los Soviets provinciales.» Mientras que el Comité Ejecutivo Central trataba con todas sus fuerzas de concentrar el poder en manos del Gobierno, los Soviets provinciales, constituidos por mencheviques y *essars*, en muchos casos se incautaron de los gobiernos locales contra la voluntad de éstos, y aun intentaron regular la vida económica. Pero el «atraso» de las instituciones soviéticas en la capital obedecía al hecho de que el proletariado de Petrogrado había ido tan lejos, que el radicalismo de sus peticiones asustaba a los demócratas pequeñoburgueses. Cuando se discutía el asunto de la manifestación de julio, Stalin argüía que los trabajadores no tenían deseos de refriega. Este argumento quedó desmentido por los mismos días de julio, en que, desafiando la proscripción de los transaccionistas y aun las advertencias del Partido bolchevique, el proletariado se volcó en las calles, dando el hombro a la guarnición. Ambos errores de Stalin son característicos suyos, sin duda alguna: no respiraba el ambiente de los mítines obreros, no estaba en contacto con las masas ni

confiaba en ellas. La información le llegaba a través de la máquina. Pero las masas eran incomparablemente más revolucionarias que el Partido, que, a su vez, lo era más que sus hombres de Comité. Como en otras ocasiones, Stalin expresaba las inclinaciones conservadoras de la máquina del Partido, y no la fuerza dinámica de las masas.

A primeros de julio, Petrogrado estaba ya por completo de parte de los bolcheviques. Informando al nuevo embajador francés de la situación actual de la capital, el periodista Claude Anet señalaba por encima del Neva hacia el distrito de Viborg, donde estaban concentradas las fábricas más importantes: «Allí, Lenin y Trotsky son los amos. Los regimientos de la guarnición eran bolcheviques o vacilaban en la misma dirección. Si Lenin y Trotsky quisieran apoderarse de Petrogrado, ¿quién podría impedirselo?» Tal pintura de la situación era justa. Pero aún no era posible tomar el poder porque, a pesar de lo que Stalin había escrito en mayo, las provincias estaban a gran distancia detrás de la capital.

El 2 de julio, en la Conferencia bolchevique de todas las ciudades rusas, donde Stalin representaba al Comité Central, dos soldados de ametralladoras aparecieron muy excitados declarando que sus regimientos habían acordado salir a la calle inmediatamente, armados por completo. La Conferencia se pronunció contra tal decisión. Stalin, en nombre del Comité Central, sostuvo este parecer de la Conferencia. Trece años después, Pestkovsky, uno de los colaboradores de Stalin y opositorista contrito, recordaba esta conferencia. «Allí conocí a Stalin. El local en que se celebraba la Conferencia no podía albergar a todos los concurrentes; parte del público seguía el curso de los debates desde el pasillo, a través de la puerta abierta. Yo estaba entre aquella parte del público, y, por consiguiente, no pude oír el informe muy bien... Stalin intervino en nombre del Comité Central. Como hablaba en voz baja, no percibí gran cosa de lo que dijo desde mi sitio del pasillo. Pero sí me di cuenta de una cosa: cada frase de Stalin era tajante y rotunda, y sus declaraciones se distinguían por la claridad con que las formulaba...»

Los miembros de la Conferencia se separaron y fueron a sus regimientos y fábricas para disuadir a las masas de una manifestación pública. «Alrededor de las cinco —informaba Stalin después del suceso—, en la sesión del Comité Ejecutivo Central, declaré, oficialmente, en nombre suyo en la Conferencia, que decidíamos no salir.» No obstante, la manifestación se efectuaba alrededor de las seis. «¿Tema el Partido derecho a lavarse las

manos... y quedar al margen...? Como Partido del proletariado, debimos haber intervenido en su manifestación pública y haberle dado un carácter pacífico y organizado, sin tender a una toma del poder por las armas.» Algo más tarde, dijo Stalin en un Congreso del Partido, a propósito de los días de julio: «El Partido no deseaba la manifestación; el Partido deseaba dar tiempo a que la política de la ofensiva en el frente se desacreditara. Sin embargo, hubo manifestación, provocada por el caos en que se hallaba el país, por las órdenes de Kerensky y por el envío de destacamentos al frente.» El Comité Central decidió dar a la manifestación un carácter pacífico. «A la cuestión planteada por los soldados de si era permisible salir con armas, el Comité Central contestó que no. Pero los soldados replicaron que no podían salir desarmados..., que llevarían las armas solamente para su propia defensa.»

Sobre este punto, sin embargo, nos encontramos con el enigmático testimonio de Dyemyan Byendy. En un tono muy alborozado, el laureado poeta dijo en 1929 que en las oficinas de *Pravda* llamaron a Stalin por teléfono desde Kronstadt, y éste, respondiendo a lo que le preguntaban, respecto a si saldrían con armas o sin ellas, dijo: «¿Fusiles...? ¡Vosotros sabréis! Los oficinistas siempre llevamos encima nuestras armas, los lápices, adonde quiera que vamos. ¡En cuanto a vosotros y vuestras armas, es cosa vuestra...!» Probablemente, el lance está estilizado; pero se percibe un grano de verdad en ello. Por lo general, Stalin se sentía inclinado a menospreciar la disposición de los trabajadores y los soldados a luchar; siempre recelaba de las masas. Pero tan pronto estallaba una trifulca, fuese en una plaza de Tiflis, en la cárcel de Bakú o en las calles de Petrogrado, invariablemente se inclinaba a darle el carácter de máxima violencia posible. ¿La decisión del Comité Central? Podía perfectamente volverse del revés por medio de la palabra de los lápices. Con todo, no debe exagerarse la importancia de aquel episodio. La pregunta procedía sin duda del Comité Central del Partido de Kronstadt. En cuanto a los marineros, habrían salido armados de todos modos.

Sin degenerar en insurrección, los días de julio traspasaron el marco de una simple manifestación. Hubo disparos de provocación desde ventanas y tejados. Se produjeron algunos choques armados sin plan ni finalidad, pero con muchos muertos y heridos. Los marineros de Kronstadt se apoderaron accidentalmente a medias de la fortaleza de Petropavlosk y el palacio de Taurid estuvo sitiado. Los bolcheviques demostraron ser los dueños de la situa-

ción, pero deliberadamente repudiaron la insurrección como una aventura. «Podríamos haber tomado el Poder el 3 y el 4 de julio —dijo Stalin en la Conferencia de Petrogrado—. Pero contra nosotros se hubieran levantado los frentes, las provincias, los Soviets. Sin el apoyo en las provincias, nuestro Gobierno hubiera estado sin manos ni pies.» Falto de una finalidad inmediata, el movimiento fue extinguiéndose. Los trabajadores volvieron a sus fábricas y los soldados a sus cuarteles. Quedaba el problema de la fortaleza de Petropavlovsk, que seguía ocupada por los *kronstادتitas*. «El Comité Central me envió como delegado a la fortaleza —ha dicho Stalin—, donde pude convencer a los marineros presentes para que rehuyesen el combate... Como representante del Comité Ejecutivo Central, fui con Bogdanov (menchevique) a ver a Kozmin (oficial comandante). Estaba preparado a luchar... Le persuadimos a que no recurriese a la fuerza... Era evidente para mí que el ala derecha quería sangre para dar una "lección" a los trabajadores, soldados y marineros. Pero pudimos malograr sus deseos.» Stalin logró desempeñar con éxito su delicada misión sólo porque no era una figura odiosa a los ojos de los transaccionistas: el odio de éstos se dirigía hacia otras personas. Además, era capaz como nadie de adoptar en tales negociaciones el tono de un bolchevique moderado, que huía de los excesos y propendía a la transigencia. Seguramente, nada dijo de su consejo a los marineros, a propósito de «los lápices».

A pesar de la evidencia de los hechos, los transaccionistas calificaron la manifestación de julio de sublevación armada, y acusaron a los bolcheviques de conspirar. Cuando el movimiento había pasado ya, llegaron del frente tropas reaccionarias. En la Prensa se publicaron noticias basadas en los «documentos» del ministro de Justicia, Pereverzev, según los cuales Lenin y sus colaboradores eran colaboradores declarados del Estado Mayor alemán. Comenzaron días de calumnia, persecuciones y tumulto. Las oficinas de *Pravda* fueron destruidas. Las autoridades promulgaron una orden de detención contra Lenin, Zinoviev y otros responsables de la «insurrección». Los burgueses y los transaccionistas, en su Prensa, pedían, amenazadores, que los culpables se entregaran en manos de la justicia. Hubo conferencias en el Comité Central de los bolcheviques: ¿Comparecería Lenin ante las autoridades, para dar franca batalla a los calumniadores, ó era mejor que se ocultase? ¿Llegaría el asunto hasta un Consejo de

Guerra? No faltaron los titubeos, inevitables en medio de una solución de continuidad tan brusca en la situación.

La cuestión de quién «salvó» a Lenin en aquellos días y quién deseaba «hundirle» ocupa no poco espacio en la literatura soviética. Dyemyan Bynedy dijo hace algún tiempo que acudió precipitadamente con un coche a ver a Lenin, diciéndole que no imitara a Cristo «entregándose por sí mismo a sus enemigos». Bronch-Bruyevich, el ex gerente del Sovnakon (Consejo de Comisarios del Pueblo), contradijo en absoluto a su amigo, diciendo en la Prensa que Dyemyan Byedny pasó aquellas horas críticas en su residencia campestre de Finlandia. La alusión a que el honor de haber convencido a Lenin «correspondía a otros camaradas», indica claramente que Bronch se vio obligado a molestar a su buen amigo para dar satisfacción a alguien más influyente.

En sus Memorias, dice Krupskaja: «El 7 de julio visité a Ilich en su habitación del piso de los Alliluyev, en compañía de María Ilinichna (la hermana de Lenin). En aquel preciso momento Ilich estaba indeciso. Exponía un argumento tras otro en pro de la necesidad de comparecer en juicio. María Ilinichna le contradijo con vehemencia. "Gregory Zinoviev y yo hemos decidido presentarnos. Ve a decirselo a Kamenev", me dijo Ilich. Lo hice apresuradamente. "Despidámonos —me dijo Vladimiro Ilich—, es posible que no nos volvamos a ver." Nos despedimos. Fui a ver a Kamenev y le di el mensaje de Vladimiro Ilich. Por la noche, Stalin y otros disuadieron a Ilich de presentarse, y así le salvaron la vida.»

Ordzhonikidze ha descrito con más detalle estas horas de prueba. «Comenzó la furiosa caza de nuestros dirigentes... Algunos camaradas sostenían el punto de vista de que Lenin no debía ocultarse, sino comparecer... Así razonaban muchos bolcheviques prominentes. Encontré a Stalin en el palacio Taurid. Fuimos juntos a ver a Lenin...» Lo primero que salta a la vista es el hecho de que en aquellos momentos en que se desarrollaba «una furiosa caza de los dirigentes del Partido», Ordzhonikidze y Stalin se encontraran tranquilamente en el palacio Taurid, cuartel general enemigo, y salieran de allí sin quebranto. El mismo argumento se reprodujo en el piso de Alliluyev: ¿Entregarse o esconderse? Lenin suponía que no se le juzgaría en público. Más categórico que los demás contra la presentación se manifestó Stalin: «Los *junkers* (cadetes de la Academia Militar) no le llevarán siquiera a la cárcel, le matarán en el camino...» En aquel momento llegó Stassova y les informó de un nuevo rumor: de que Lenin, según

los informes del Departamento de Policía, era un agente provocador. «Aquellas palabras produjeron en Lenin una profundísima impresión. Contrajo nerviosamente el rostro y declaró categóricamente que debía ir a la cárcel.» Ordzhonikidze y Nógin fueron enviados al palacio Taurid para tratar de arrancar de los partidos del Gobierno la garantía de que Ilich no sería linchado... por los *juñkers*. Pero los espantados mencheviques estaban buscando garantías para ellos mismos. Stalin, por su parte, informó en la Conferencia de Petrogrado: «Personalmente, planteé la cuestión de hacer una declaración a Lieber y Anisinov (mencheviques, miembros del Comité Ejecutivo Central del Soviet), y ellos replicaron que no podían dar garantías de ningún género.» Después de esa tentativa en el campo enemigo, se decidió que Lenin abandonara Petrogrado y se ocultase con toda seguridad. «Stalin se encargó de organizar la partida de Lenin.»

La razón que asistía a los adversarios de la entrega de Lenin a las autoridades se demostró más tarde por el relato del jefe de las tropas, general Polovtsev. «El oficial enviado a Terioki (Finlandia) con la misión de capturar a Lenin me preguntó si deseaba recibir a aquel caballero en una sola pieza o en varias... Le contesté sonriendo que los detenidos suelen tratar de huir.» Para los organizadores de intrigas judiciales, no se trataba en aquel caso de hacer «justicia», sino de atrapar a Lenin y darle muerte, como dos años más tarde hicieron en Alemania con Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Stalin estaba aún más convencido que los otros de lo inevitable de una sangrienta represalia; tal solución concordaba en absoluto con su propio modo de pensar. Además, estaba lejos de inquietarse por lo que dijese la «opinión pública». Otros, incluso el mismo Lenin y Zinoviev, vacilaban. Nogin y Lunacharsky se pusieron en contra de la entrega en el curso del día, después de haber sido partidarios de ella al principio. Stalin se mantuvo con más tenacidad que los otros, y demostró estar en lo cierto.

Veamos ahora lo que el postrer historiógrafo soviético ha hecho de este episodio dramático. «Los mencheviques, los *essars* y Trotsky, que luego se convirtió en un bandido fascista —dice una publicación oficial de 1938—, pedían que Lenin compareciese voluntariamente en juicio. También pensaban lo mismo los que más tarde se han revelado como enemigos del pueblo, los mercenarios fascistas Kamenev y Rikov. Stalin les hizo frente con tesón, etc. En realidad, personalmente no intervine en aquellas conferencias, pues en aquellos momentos yo me tuve que ocultar también. El

10 de julio me dirigí por escrito al Gobierno de los mencheviques y los *essars*, declarando mi completa solidaridad con Lenin, Zinoviev y Kamenev, y el 22 de julio fui detenido. En una carta a la Conferencia de Petrogrado, Lenin consideraba necesario hacer constar particularmente que «durante los difíciles días de julio (Trotsky) supo estar a la altura de la situación». Stalin no fue detenido, ni aun formalmente inculcado en este caso, por la sencilla razón de que políticamente no existía por lo que afectaba a las autoridades y a la opinión pública. Durante la enconada persecución contra Lenin, Zinoviev, Kamenev, el que esto escribe y otros, Stalin apenas fue objeto de mención en la Prensa, aunque era redactor de *Pravda* y firmaba sus artículos. Nadie prestaba la más mínima atención a estos artículos, ni se interesaba por su autor.

Lenin se escondió primero en casa de Alliluyev, y luego fue a Sestroretsk, donde vivió con el trabajador Emelyanov, en quien tenía plena confianza, y a quien se refiere con respeto, sin mencionar su nombre, en uno de sus artículos. «Cuando Vladimiro Ilich partió para Sestroretsk (la noche del 11 de julio), el camarada Stalin y yo —relata Alliluyev— le acompañamos a la estación de Sestroretsk. Durante su estancia en la tienda de Razliv, y después en Finlandia, Vladimiro Ilich enviaba notas a Stalin por mediación mía de vez en cuando. Las notas me llegaban a casa; y como había que contestarlas inmediatamente, Stalin vino a vivir con nosotros en agosto y ocupó la misma habitación en que había estado oculto Vladimiro Ilich durante los días de julio.» Allí, por lo visto, conoció a su futura mujer, Nadezhda (Esperanza), hija de Alliluyev, una adolescente a la sazón. Otro de los activistas bolcheviques veteranos, Rahja, finés rusificado, refirió en letras de molde cómo Lenin le encargó en cierta ocasión de «llevarle a Stalin la siguiente noche. Me dijo que le encontraría en la redacción de *Pravda*. Estuvieron hablando largo rato». Con Krupskaya, Stalin fue durante aquella temporada un importante instrumento de enlace entre el Comité Central y Lenin, quien indudablemente confiaba en él por completo como conspirador precavido. Por otra parte, todo contribuía de un modo natural a confiarle tal misión: Zinoviev estaba oculto, Kamenev y yo en presidio, y Sverdlov encargado de la labor organizadora. Stalin tenía más libertad que otros, y no era tan conocido de la Policía.

Durante el período de reacción que siguió al movimiento de julio, el papel de Stalin creció considerablemente en importancia. Pestkovsky escribía en sus *Memorias Apologéticas*, a propósito de

las actividades de Stalin durante el verano de 1917: «Las masas obreras de Petrogrado no conocían apenas a Stalin entonces. Ni él buscaba tampoco la aclamación popular. Como no tenía aptitudes de orador, evitaba intervenir en mítines de masa. Pero no había Conferencia del Partido ni reunión organizadora sería que transcurriera sin un discurso político de Stalin. Por eso los activistas del Partido le conocían bien. Cuando se suscitó la cuestión de presentar candidatos bolcheviques de Petrogrado para la Asamblea Constituyente, los activistas del Partido le propusieron en uno de los primeros puestos.» El nombre de Stalin en la lista de Petrogrado figuraba en sexto lugar... Todavía en 1936, para explicar por qué Stalin no gozaba de popularidad, seguía juzgándose necesario advertir que carecía de «talento retórico». Hoy, semejante expresión sería totalmente inadmisibles. Stalin ha sido proclamado ídolo de los trabajadores de Petrogrado y orador clásico. Pero es cierto que, aún no presentándose ante las masas, Stalin, en compañía de Sverdlov, desempeñaron en julio y agosto una labor de suma responsabilidad en la oficina central, en reuniones y conferencias, en contactos con el Comité de Petrogrado, etc.

En cuanto al director del Partido durante aquel lapso, Lunacharsky escribía en 1923: «... Hasta los días de julio, Sverdlov estuvo, por decirlo así, en la oficina central de los bolcheviques, encargado de todo, con Lenin, Zinoviev y Stalin. Durante los días de julio se puso a la cabeza.» Así es la verdad. En medio de la dura ofensiva que se abatió sobre el Partido, aquel hombrecillo moreno, con sus lentes, se comportaba como si nada hubiera pasado. Continuó señalando a cada cual su respectiva tarea, animaba a los que lo requerían, daba consejos, y cuando hacía falta, también órdenes. Era el auténtico «secretario general» del año revolucionario, aunque no llevara ese título. Pero era el secretario de un Partido cuyo líder político indiscutible, Lenin, permanecía en la clandestinidad. Desde Finlandia, Lenin escribía artículos, cartas, minutas de resoluciones, sobre las cuestiones políticas fundamentales. Aunque el hecho de hallarse alejado le condujese no raras veces a errores de táctica, ello le permitía definir con tanta mayor seguridad la estrategia del Partido. La dirección cotidiana recaía sobre Sverdlov y Stalin, y sobre los miembros más influyentes del Comité Central que permanecían en libertad. El movimiento de masas, entretanto, había disminuido mucho. La mitad del Partido se había acogido a la ilegalidad. En correspondencia, había crecido la preponderancia de la máquina. Dentro de la máquina, el papel de Stalin se amplió automáticamente. Esta ley

rige invariablemente a lo largo de toda su biografía política, y forma, como si dijéramos, su venero principal.

En los días 21 y 22 de julio se celebró en Petrogrado una conferencia de importancia excepcional, que permaneció ignorada de las autoridades y de la Prensa. Después del trágico fracaso de la arriesgada ofensiva, comenzaron a llegar a la capital, cada vez con más frecuencia, delegados del frente, con protestas contra la supresión de libertades en el Ejército y contra la prosecución de la guerra. No fueron admitidos ante el Comité Ejecutivo Central, porque los transaccionistas nada tenían que decirles. Los soldados que venían del frente se conocieron unos a otros en los pasillos y en las antecámaras, y cambiaban impresiones sobre los magnates del Comité Ejecutivo Central con vigorosas palabras de soldados. Los bolcheviques, que tenían habilidad para introducirse por todas partes, aconsejaron a los enfurecidos delegados que se entrevistasen con los trabajadores, los soldados y los marineros de la capital. La conferencia así provocada reunió a representantes de 29 regimientos del frente, de 90 fábricas de Petrogrado, de marineros de Kronstadt y de varias guarniciones circunvecinas. Los soldados del frente hablaron de la estúpida ofensiva, de la matanza, y de la colaboración entre los comisarios transaccionistas y los oficiales reaccionarios, que se habían vuelto de nuevo arrogantes. Aunque la mayoría de los soldados del frente continuaban considerándose *essars*, la enérgica resolución propuesta por los bolcheviques se aprobó por unanimidad. Desde Petrogrado, los delegados regresaron a las trincheras como agitadores incomparables para una revolución de trabajadores y campesinos. Podría parecer que los papeles de dirección en la organización de esta notable Conferencia correspondieron a Sverdlov y Stalin.

La Conferencia de Petrogrado, que en vano había intentado disuadir a las masas de manifestarse, se prolongó, después de una larga interrupción, hasta la noche del 20 de julio. El curso de sus actividades arroja considerable luz sobre la labor de Stalin y su puesto en el Partido. La dirección de organización en nombre del Comité Central corría a cargo de Sverdlov, quien sin pretensiones ni falsa modestia dejó la esfera de las teorías y las cuestiones importantes de política a otros. La conferencia se ocupó principalmente de examinar la situación política derivada del desastre de julio. Volodarsky, miembro prominente del Comité de Petrogrado, declaró al empezar: «En este momento sólo Zinoviev puede informar... Sería bueno oír a Lenin...» Nadie mencionó a Stalin. La Conferencia, interrumpida bruscamente por el movimiento

de masas, no se reanudó hasta el 6 de julio. Pero entonces, Zinoviev y Lenin estaban escondidos, y el informe fundamental sobre política correspondió a Stalin, en sustitución de Zinoviev. «A mi parecer —dijo—, de momento, la contrarrevolución nos ha vencido. Estamos aislados, traicionados por los mencheviques y los *essars*, que se han confabulado...» El punto principal para el informante era la victoria de la contrarrevolución burguesa. Sin embargo, era un triunfo inestable; mientras la guerra continuase, mientras el colapso económico no se hubiera superado, mientras los campesinos no hubieran recibido su parte de tierra, «habría seguramente crisis, las masas se echarán una y otra vez a la calle y, además, tendremos choques violentos. El período apacible de la revolución ha pasado...». De ahí que la consigna: «Todo el Poder para los Soviets», no fuese ya práctica. Los Soviets transaccionistas habían ayudado a la contrarrevolución burguesa militarista a aplastar a los bolcheviques y a desarmar a los obreros y a los soldados, y de ese modo habían perdido su derecho al Poder. La víspera misma habrían podido apartar al Gobierno provisional con un simple decreto; dentro de los Soviets, los bolcheviques podrían haberse asegurado el Poder en sencillas elecciones parciales. Pero aquello no era ya posible. Ayudada por los transaccionistas, la contrarrevolución se había pertrechado. Los Soviets no eran más que una mera pantalla de la contrarrevolución. ¡Sería bobo pedir el Poder para esos Soviets! «No es la institución lo que importa, sino la política de clase que desarrolle.» La conquista pacífica del Poder había dejado de ser cuestión discutible. No había ya más que prepararse para un alzamiento armado, que se haría posible tan pronto como los aldeanos más humildes, y con ellos los soldados de los frentes, se aliasen con los trabajadores. Pero esta atrevida perspectiva estratégica iba seguida de una directiva táctica en extremo prudente para el período inmediato. «Nuestra tarea es reunir fuerzas, reforzar las organizaciones ya existentes, y prevenir a las masas contra manifestaciones prematuras: Esta es la línea táctica general del Comité Central.»

Aunque muy elemental en la forma, este informe contenía un estudio completo de la situación desarrollada en los últimos días. Los debates agregaron poca cosa al contenido del informe. En 1927, el Consejo de edición de las actas consignaba: «Las proposiciones básicas de este informe se han convenido con Lenin y trazado de acuerdo con el artículo de Lenin, *Tres crisis*, que aún no ha habido ocasión de editar.» Además, los delegados sabían, seguramente por mediación de Krupskaja, que Lenin había escrito tesis

especiales para el informante. «El grupo de los asistentes a la conferencia —dicen las actas— solicitó que las tesis de Lenin se hicieran públicas. Stalin manifestó que las tesis no estaban en su poder...» La petición de los delegados era bien comprensible: el cambio de orientación era tan radical que descaban oír la auténtica voz de su líder. Pero lo que no se comprende es la contestación de Stalin: Si había dejado las tesis en casa, pudo haberlas presentado en la siguiente sesión; sin embargo, las tesis no aparecieron nunca. La impresión así creada fue la de que se habían sustraído a la Conferencia. Aún es más sorprendente el hecho de que las «tesis de julio», al contrario de todos los demás documentos escritos por Lenin en la clandestinidad, no se hayan publicado hasta la fecha. Como el único ejemplar estaba en posesión de Stalin, es de presumir que las perdiera. Sin embargo, él mismo nada dice de haberlas extraviado. El Consejo de edición mencionó expresamente la suposición de que las tesis de Lenin estuvieran redactadas con sujeción al espíritu de sus artículos *Tres crisis* y *Sobre consignas*, escritos antes de la Conferencia, pero publicados después en Kronstadt, donde seguía habiendo todavía libertad de Prensa.

En efecto, una yuxtaposición de textos demuestra que el informe de Stalin no era más que una sencilla exposición de ambos artículos, sin una sola palabra de su propia cosecha. Evidentemente, Stalin no había leído los artículos e ignoraba su existencia; pero se sirvió de las tesis, que eran idénticas a los artículos en cuanto a contenido, y esta circunstancia explica suficientemente por qué el informante «olvidó» llevar las tesis de Lenin a la Conferencia y por qué no se ha conservado el documento. El carácter de Stalin hace esta hipótesis no solamente admisible, sino probable.

Dentro del Comité de la Conferencia, donde se agitaba una furiosa contienda, Volodarsky, que se negó a admitir que la contrarrevolución había logrado un triunfo decisivo en julio, consiguió atraerse a la mayoría. La resolución que salió entonces del Comité no fue ya defendida por Stalin ante la Conferencia, sino por Volodarsky. Stalin no solicitó informe de minoría, ni tomó parte en el debate. Entre los delegados había confusión. Al cabo, la resolución de Volodarsky fue apoyada por 28 delegados contra 3 y 28 abstenciones. El grupo de los delegados de Viborg explicó su abstención por el hecho de que «las tesis de Lenin no se habían hecho públicas, y la resolución no había sido defendida por el informante». La alusión a la ocultación indebida de las tesis no puede ser más clara. Stalin nada dijo. Había sufrido una doble



derrota, pues además de suscitar descontento ocultando las tesis, no había podido conseguir para ellas mayoría.

En cuanto a Volodarsky, seguía defendiendo en sustancia el esquema bolchevique para la Revolución del año 1905: primero, la dictadura democrática; luego, la inevitable ruptura con el campesinado; y, en el caso de triunfar el proletariado en el Oeste, la lucha por la dictadura socialista. Stalin, con la ayuda de Molotov y de otros varios, defendió la nueva concepción de Lenin: la dictadura del proletariado, con el concurso de los campesinos más pobres, era lo único que podía asegurar la solución de las tareas de la revolución democrática y al mismo tiempo abrir la era de las transformaciones sociales. Stalin tenía razón oponiéndose a Volodarsky, pero no supo demostrarlo. En cambio, al negarse a reconocer que la contrarrevolución burguesa hubiera ganado una victoria decisiva, Volodarsky demostró estar más en lo cierto que Lenin y Stalin. Aquel debate estaba destinado a reproducirse en el Congreso del Partido varios días después. La Conferencia terminó aprobando una proclama escrita por Stalin: «A todos los trabajadores», que decía, entre otras cosas: «... Los corrompidos mercenarios y cobardes calumniadores osan acusar abiertamente a los dirigentes de nuestro Partido de "traición...". ¡Nunca como ahora han sido los nombres de nuestros dirigentes tan queridos y tan familiares a la clase trabajadora como en este momento, en que la imprudente chusma burguesa lanza contra ellos fango!» Aparte Lenin, las principales víctimas de la persecución y de la calumnia eran Zinoviev, Kamenev y el que esto escribe. Estos nombres eran especialmente caros a Stalin «cuando la chusma burguesa» lanzaba fango contra ellos.

La Conferencia de Petrogrado fue como una especie de ensayo general para el Congreso del Partido que se reunió el 27 de julio. Por entonces, casi todos los Soviets del distrito de Petrogrado estaban en manos de los bolcheviques. En los centros de los Sindicatos, lo mismo que en los Comités de fábricas y almacenes, la influencia de los bolcheviques había llegado a dominar. Los preparativos de organización del Congreso estaban concentrados en manos de Sverdlov. La preparación política derivaba de Lenin, desde su escondite ilegal. En las cartas al Comité Central y publicadas en la Prensa bolchevique, que comenzaba a publicarse de nuevo, dilucidaba la situación bajo diversos aspectos. Él fue quien redactó las minutas de las resoluciones fundamentales para el

Congreso, pesando con cuidado todos los razonamientos en entrevistas efectuadas clandestinamente con los diversos informantes.

El Congreso se denominó de «Unificación», porque en él había de tener lugar la fusión en el Partido de la organización común a los distritos de Petrogrado (*Mezhrayonnaya*), a la que pertenecían Joffe, Uritsky, Ryazanov, Lunacharsky, Pokrovsky, Manuisky, Yurenev, Karajan y el autor, así como otros revolucionarios que de un modo u otro se incorporaron a la historia de la Revolución soviética. «Durante los años de la guerra —dice una nota de pie de página en las obras de Lenin—, los de la organización interdistritos (*Mezhrayontsy*) estuvieron muy en contacto con el Comité bolchevique de San Petersburgo.» En la época del Congreso, la organización sumaba unos cuatro mil trabajadores.

Noticias del Congreso, que se reunió semilegalmente en dos diferentes distritos obreros, se publicaron en los periódicos. En los círculos gubernamentales se habló de disolverlo. Pero, al llegar a los hechos, Kerensky decidió que era mejor dejar tranquilo el distrito de Viborg. En cuanto al público en general, no conocía a los organizadores del Congreso. Entre los bolcheviques asistentes al mismo, que después se hicieron famosos, se cuentan Sverdlov, Bujarin, Stalin, Molotov, Vorochilov, Ordzhonikidze, Yurenev, Manuisky... La mesa presidencial estaba formada por Sverdlov, Olmisky, Lomov, Yurenev y Stalin. Aun así, con las figuras más destacadas del bolchevismo ausentes, figura Stalin en último lugar. El Congreso resolvió enviar saludos a «Lenin, Trotsky, Zinoviev, Lunacharsky, Kamenev, Kollontai y a todos los demás camaradas detenidos o perseguidos». Estos fueron elegidos para la presidencia de honor. La edición de 1938 sólo registra la elección de Lenin.

Sverdlov informó sobre la labor de organización del Comité Central. Desde la Conferencia de abril, el Partido había aumentado de 80.000 a 240.000 miembros, es decir, había triplicado la cifra. Este crecimiento bajo los golpes de julio, era reconfortante. Asombrosa por su insignificancia era la circulación conjunta de la Prensa bolchevique: ¡sólo 320.000 ejemplares para un país tan inmenso! Pero la exaltación revolucionaria es eléctrica: las ideas bolcheviques se abrieron paso en la conciencia de millones.

Stalin repitió dos de sus informes, sobre la actividad política del Comité Central y sobre el estado del país. Refiriéndose a las elecciones municipales, en las que los bolcheviques lograron alrededor del veinte por ciento de los votos en la capital, Stalin manifestó: «El Comité Central... hizo lo posible por luchar, no sólo

contra los cadetes, fuerza básica de la contrarrevolución, sino también contra los mencheviques y los *essars*, quienes de grado o por fuerza iban a la zaga de los cadetes.» Mucha agua había pasado por el puente desde los días de la Conferencia de marzo, cuando Stalin había considerado a mencheviques y *essars* como parte de «la democracia revolucionaria» y confiado en los cadetes para «consolidar» las conquistas de la Revolución.

Contra la costumbre, las cuestiones relativas a la guerra, al patriotismo socialista, al colapso de la II Internacional y a los grupos dentro del socialismo mundial, se excluyeron del informe político y se confiaron a Bujarin, ya que Stalin no sabía desenvolverse en materia de política internacional. Bujarin manifestó que la campaña por la paz mediante «presión» sobre el Gobierno provisional y los otros Gobiernos de la Entente había resultado infructuosa por completo, y que sólo la caída del Gobierno provisional podía traer consigo un modo rápido de liquidar democráticamente la guerra. Después de intervenir Bujarin, Stalin hizo un informe sobre las tareas del Partido. Los debates versaron conjuntamente sobre ambos informes, aunque pronto se advirtió que los dos informantes no se hallaban de acuerdo.

«Algunos camaradas han opinado —decía Stalin— que porque el capitalismo está poco desarrollado en nuestro país es una utopía plantear el problema de la revolución socialista. Hubieran tenido razón de no haber habido guerra, ni desplome, de no haberse desmoronado hasta los cimientos mismos de la economía nacional. Pero hoy, esas cuestiones de intervención en la esfera económica se plantean en todos los países como cuestión imperativa...» Además, «en ninguna parte tenían los trabajadores organizaciones tan vastas como los Soviets... Todo esto excluye la posibilidad de que las masas obreras renuncien a intervenir en la vida económica. Ahí radica el fundamento realista para plantear la cuestión de la revolución socialista en Rusia.»

Durante los debates, Bujarin trató en parte de defender el viejo esquema bolchevique: en la primera revolución, el proletariado ruso marcha unido con el campesino, en nombre de la democracia; en la segunda revolución, unido con el proletariado de Europa, en nombre del socialismo. «¿Cuál es el sentido de la perspectiva de Bujarin —replicó Stalin—. Según él estamos trabajando por una revolución campesina durante la primera fase. Pero eso... no puede menos de coincidir con la revolución de los trabajadores. Es imposible que la clase obrera, vanguardia de la revolución, deje de combatir, además, por sus propias reivindicaciones.

Por eso considero el esquema de Bujarin inconsistente.» Esto era rigurosamente cierto. La revolución campesina no podía ganar sino colocando al proletariado en el Poder. El proletariado no podía tomarlo sin iniciar la revolución socialista. Stalin empleó contra Bujarin las mismas reflexiones que, expuestas por primera vez en los comienzos de 1905, fueron calificadas de «utópicas» hasta abril de 1917. Pero a los pocos años, Stalin habría de olvidar tales argumentos por él defendidos en el VI Congreso; en su lugar, juntamente con Bujarin habría de revivir la fórmula de la «dictadura democrática», que desempeñaría importante papel en el programa del Komintern y tendría una influencia fatal en el movimiento revolucionario de China y de otros países.

En una publicación de 1938, relativa al VI Congreso, leemos: «Lenin, Stalin, Sverdlov, Dzerzhinsky y otros, fueron elegidos miembros del Comité Central.» Sólo tres difuntos se citan al lado de Stalin. Sin embargo, las actas del Congreso nos informan que se eligieron 21 miembros y 10 suplentes para el Comité Central. Por la semiilegalidad en que se hallaba el Partido, los nombres de las personas elegidas por voto secreto, no se dieron a conocer en el Congreso, con excepción de los cuatro que obtuvieron el número mayor de votos. Lenin, 133 de un posible 134; Zinoviev, 132; Kamenev, 131. Además, fueron elegidos los siguientes: Nogin, Kollontai, Stalin, Sverdlov, Rikov, Bobnov, Artem, Uritsky, Milutin, Berzin, Dzerzhinsky, Kerestinsky, Muranov, Smilga, Sokolnikov y Sha'umyan. Los nombres se han ordenado según el número de votos recibidos. Los de ocho suplentes, a saber: Lomov, Joffe, Strassova, Yakovieva, Dzhaparidze, Kisselev, Preobrazhenky y Skrypink, se han podido reconstituir definitivamente.

El Congreso terminó sus sesiones el 3 de agosto. Al siguiente día salió de la cárcel Kamenev. Desde entonces, no sólo habló regularmente en instituciones soviéticas, sino que ejerció una influencia inconfundible sobre la política general del Partido y sobre la personalidad de Stalin. Aunque en diverso grado ambos se habían adaptado a la nueva línea, no les era fácil liberarse de sus propios hábitos mentales. Siempre que podía, Kamenev redondeaba las agudas aristas de la política de Lenin. Stalin no hacía objeciones; sencillamente se mantenía a cubierto de posibles daños. Un conflicto abierto surgió como resultado de la Conferencia socialista de Estocolmo, convocada a iniciativa de los socialdemócratas alemanes. Los patriotas y transaccionistas rusos, inclinados a agarrarse a un clavo ardiendo, vieron en aquella Conferencia una oportunidad excelente para «luchar por la paz». Pero Lenin, que había

sido acusado de inteligencia con el Estado Mayor alemán, se declaró resueltamente opuesto a toda participación en tal empresa, patrocinada sin posible duda por el Gobierno alemán. En la sesión del Comité Ejecutivo Central del 6 de agosto, Kamenev se manifestó partidario de intervenir en la Conferencia. Stalin no pensó siquiera en defender la posición del Partido en el *Proletarium* (que era entonces el nombre de *Pravda*); lejos de eso, retuvo sin publicar un enérgico artículo de Lenin contra Kamenev, que no apareció sino diez días más tarde, y sólo por insistentes demandas de su autor, reforzadas por su apelación a otros miembros del Comité Central. Sin embargo, aun entonces, Stalin no se puso francamente de parte de Kamenev.

Inmediatamente después de la liberación de Kamenev, el ministro democrático de Justicia hizo correr un rumor que le acusaba de mantener ciertas relaciones con la policía secreta del zar. Kamenev solicitó una investigación. El Comité Central encargó a Stalin «discutir con Gotz (uno de los dirigentes *essars*) el caso de Kamenev». Ya en otras ocasiones se le habían confiado gestiones análogas: «discutir con el menchevique Bogdanov el caso de los kronstadtitas», «discutir» con el menchevique Anissimov el asunto de las garantías para Lenin. Como permanecía detrás del escenario, Stalin estaba mejor situado que otros para toda clase de misiones escabrosas. Además, el Comité Central siempre estaba seguro de que discutiendo con adversarios, Stalin no se dejaría engañar por nadie.

«El silbido de reptil de la contrarrevolución —escribía Stalin el 13 de agosto, refiriéndose a la calumnia contra Kamenev— va haciéndose oír otra vez. La odiosa serpiente de la reacción proyecta de nuevo sus venenosos colmillos desde detrás de la esquina. Y después de morder, volverá a recogerse en su tenebroso cubil...», y así, sucesivamente, en el estilo de los «camaleones» de Tiflis. Pero el artículo es interesante, no sólo por su estilo. «La infame añagaza, la bacanal de mentiras y calumnias, la desvergonzada defraudación, el fraude y la falsificación de baja estofa —continuaba el autor— alcanzan proporciones hasta ahora desconocidas en la historia... Al principio trataron de manchar a las probadas figuras revolucionarias con el dictado de espías alemanes, y, visto su fracaso, pretenden convertirlos ahora en espías zaristas. Así intentan estigmatizar a quienes llevan dedicando toda su vida consciente a la causa de la lucha revolucionaria contra el régimen zarista... como lacayos del zarismo... La intención política de todo ello es evidente: los jefes de la contrarrevolución están

decididos a toda costa a incapacitar a Kamenev y a extirparlo en su calidad de uno de los líderes reconocidos del proletariado revolucionario.» Es una pena que este artículo no figurase en el material del fiscal Vichinsky durante la causa contra Kamenev en 1936.

La reanimación del movimiento de masas y la vuelta a la actividad de los miembros del Comité Central que habían estado temporalmente alejados de ella, naturalmente desalojó a Stalin de la posición de prominencia en que había permanecido durante el Congreso de julio. Desde entonces, sus actividades se desarrollaron en la oscuridad, desconocido de las masas, inadvertido por el enemigo. En 1924, la Comisión de historia del Partido publicó una copiosa crónica de la Revolución en varios volúmenes. Las 422 páginas del IV tomo, que tratan de agosto a setiembre, registran todos los sucesos, ocurrencias, disputas, resoluciones, discursos, artículos, etc., que en algún sentido merecen anotarse. Sverdlov, entonces prácticamente desconocido, aparece citado tres veces en dicho volumen; Kamenev, 46 veces; yo, que estuve todo el mes de agosto y los primeros días de setiembre preso, 31 veces; Lenin, que estaba oculto, 16 veces; Zinoviev, que compartió la suerte de Lenin, 6 veces; Stalin no se menciona una sola vez. Su nombre no se incluye siquiera en el índice de 500, aproximadamente, que lleva el libro. En otras palabras, en el transcurso de aquellos dos meses, la Prensa no se ocupó de nada de cuanto hiciera, ni de un solo discurso que pronunciara, y ni uno solo de los participantes más o menos destacados en los acontecimientos de aquellos días le nombró siquiera una vez.

Afortunadamente, es posible seguir el papel de Stalin en la vida del Partido, o más bien de su plana mayor, examinando más o menos detenidamente las actas del Comité Central relativas a siete meses (agosto de 1917 a febrero de 1918), pues se han conservado, aunque ciertamente incompletas. Durante la ausencia de los dirigentes políticos, Milutin, Smilga, Glebov, figuras de escasa influencia, pero más aptas para presentarse en público que Stalin, actuaban como delegados en conferencias y congresos. El nombre de Stalin rara vez suena en decisiones del Partido. Uritsky, Sokolnikov y Stalin fueron delegados para organizar un Comité de elecciones a la Asamblea Constituyente. Los mismos tres recibieron encargo de redactar la «resolución de la Conferencia de Estocolmo». Stalin fue delegado para negociar con una imprenta acerca de la reaparición del órgano central. También figuró en otro Comité para redactar una resolución, etc. Después del Congreso de julio, se aprobó una moción de Stalin para organizar el trabajo del

Comité Central con sujeción al principio de «estricta asignación de funciones». Sin embargo, tal moción fue más fácil de aprobar que de llevar a la práctica: la marcha de los acontecimientos hizo que continuaran confundidas las funciones y trastocadas las decisiones. El 2 de setiembre el Comité Central designó Consejos de redacción para el semanario y el diario, y en ambos figuraba Stalin. El 6 de setiembre (después de salir yo de la cárcel), Stalin y Riazanov fueron sustituidos en el Consejo de redacción del periódico teórico por Kamenev y por mí. Pero aquella decisión no pasó tampoco de las actas. En realidad, ambas publicaciones no editaron más que un número cada una, y el Consejo de redacción efectivo fue distinto por completo del designado.

El 5 de octubre, el Comité Central nombró un Comité para redactar un esbozo de programa del Partido con destino a la Convención inmediata. Componíamos aquel Comité, Lenin, Bujarin, yo, Kamenev, Sokolnikov y Kollontai. Stalin no fue incluido en él, no porque hubiese oposición a su candidatura, sino simplemente porque a nadie se le ocurría su nombre cuando se trataba de redactar un documento teórico del Partido de gran importancia. Pero el Comité de programas no se reunió ni una sola vez. Había tareas muy distintas en el orden del día. El Partido venció en la insurrección y llegó al Poder sin un programa definido. Aun en las cuestiones puramente de Partido, los acontecimientos no encontraron siempre gente a la altura de la perspicacia y de los planes de la jerarquía del Partido. El Comité Central designaba Consejos de redacción, Comités, grupos de tres, de cinco, de siete, que, antes de poder reunirse, quedaban desbaratados por nuevos sucesos, y cada cual se olvidaba de lo resuelto el día anterior. Además, por razones de conspiración, las actas se mantenían bien escondidas, y nadie hacía a ellas la menor alusión.

Algo extrañas eran las ausencias de Stalin, relativamente frecuentes. Faltó seis veces en veinticuatro sesiones del Comité Central, durante agosto, setiembre y la primera semana de octubre. La lista de participantes en otras sesiones, no aparece. Esta falta de puntualidad, es tanto más inexcusable en Stalin cuanto que no intervino en la labor del Soviet y de su Comité Ejecutivo Central, ni habló nunca en reuniones públicas. Evidentemente, él no daba entonces a su propia participación en las sesiones del Comité Central la importancia que hoy se le atribuye. En varios casos, su ausencia se explica, sin duda, por susceptibilidad e irritación: siempre que no puede imponer su criterio se siente inclinado a pasar el berrinche escondido y pensando en el desquite. Es de

interés el orden en que se reseña en las actas la asistencia de los miembros del Comité Central: 13 de setiembre: Trotsky, Kamenev, Stalin, Sverdlov y otros; 15 de setiembre: Trotsky, Kamenev, Rikov, Nogin, Stalin, Sverdlov y otros; 20 de setiembre: Trotsky, Uritskii, Bubnov, Bujarin y otros (Stalin y Kamenev, ausentes); 21 de setiembre: Trotsky, Kamenev, Stalin, Sokolnikov y otros; 23 de setiembre: Trotsky, Kamenev, Zinoviev, etc. (Stalin, ausente). El orden de los nombres no estaba regulado, naturalmente, y, en ocasiones, se alteraba. Pero no es casual, especialmente cuando se considera que en el período anterior el nombre de Stalin figuraba a veces en primer término. Claro es que éstas son cuestiones triviales. Pero nada de más importancia puede encontrarse con relación a Stalin; además, estas menudencias reflejan imparcialmente la vida diaria del Partido y el lugar que en ella ocupaba Stalin.

Cuanto mayor campo abarcaba el movimiento, más pequeña era la posición de Stalin dentro de él, y más difícil que destacase entre los miembros habituales del Comité Central. En octubre, el mes decisivo del año decisivo, Stalin descolló aún menos que de ordinario. El Comité Central truncado, su única base sustancial, estuvo exento de confianza en sí mismo durante esos meses. Sus decisiones quedaban con demasiada frecuencia anuladas por la iniciativa de fuera. En junto, la máquina del Partido no se vio nunca firmemente cimentada en el torbellino revolucionario. Cuanto más amplia y profunda era la influencia de las consignas bolcheviques, tanto más difícil era para los hombres del Comité captar el movimiento. A medida que los Soviets iban cayendo bajo la influencia del Partido, la máquina iba quedándose más falta de sitio. Ésa es una de las paradojas de la revolución.

Transfiriendo a 1917 situaciones que cristalizaron, mucho después, cuando las aguas de la marea habían refluído a su cauce, muchos historiadores, aun de los más concienzudos, se expresan como si el Comité Central hubiera encarrilado directamente la política del Soviet de Petrogrado, que se hizo bolchevique a principios de setiembre. En realidad, no sucedió así. Las actas muestran de modo indiscutible que con excepción de algunas sesiones plenas, en las que Lenin, Zinoviev y yo participamos, el Comité Central no intervino políticamente. No asumió la iniciativa en ningún asunto de importancia. Muchas decisiones del Comité Central de aquella fecha quedaron flotando en el aire, por haber chocado con las decisiones del Soviet. Las resoluciones más importantes de éste se transformaban en acción antes de que el Comité Central tuviera

tiempo de estudiarlas Sólo después de conquistado el Poder, terminada la guerra civil y establecido un régimen estable, podría ir al Comité Central empezando a concentrar la dirección de la actividad soviética en sus manos. Entonces le llegaría el turno a Stalin.

El 8 de agosto, el Comité Central emprendió una vigorosa campaña contra la Conferencia del Gobierno convocada por Kerensky en Moscú, y descaradamente amañada en provecho de la burguesía. La Conferencia se inauguró el 12 de agosto bajo la tensión de la huelga general que traducía la protesta de los trabajadores de Moscú. Al no ser admitidos en la Conferencia, los bolcheviques encontraron un medio más eficaz de exhibir su fuerza. La burguesía estaba asustada y furiosa. Habiéndose rendido Riga a los alemanes el 21, el comandante en jefe, Kornilov, inició su marcha sobre Petrogrado el 25, con el propósito de instaurar una dictadura personal. Kerensky, que se había equivocado en sus cálculos respecto a Kornilov, declaró al comandante en jefe «traidor a la patria». Incluso en aquel momento crítico, el 27 de agosto, Stalin no compareció en el Comité Ejecutivo Central del Soviet. Sokolnikov se presentó allí en nombre de los bolcheviques. Hizo constar que los bolcheviques estaban dispuestos a tratar de las medidas militares procedentes con los órganos de la mayoría del Soviet. Los mencheviques y los *essars* aceptaron la oferta, dando las gracias y rechinando los dientes, porque los soldados y los trabajadores seguían ahora a los bolcheviques. La rápida e incruenta liquidación del motín de Kornilov restauró por completo el Poder que los Soviets habían perdido parcialmente en julio. Los bolcheviques volvieron a exhibir la consigna de «Todo el Poder para los Soviets». En la Prensa, Lenin propuso un arreglo a los transaccionistas: que los Soviets se incautasen del Poder y garantizaran completa libertad de propaganda, y los bolcheviques se mantendrían en absoluto dentro de la legalidad soviética. Los transaccionistas, belicosos, rehusaron pactar con los bolcheviques, y siguieron buscando sus aliados en la derecha.

La despótica repulsa de los transaccionistas sólo sirvió para fortificar a los bolcheviques. Como en 1905, la preponderancia que la primera oleada revolucionaria aportó a los mencheviques se disipó pronto en la atmósfera de la aleccionadora lucha de clases. Pero en oposición a la tendencia observada en la primera Revolución, el crecimiento del bolchevismo correspondía ahora más bien

a la subida que a la declinación del movimiento de masas. El mismo proceso esencial adoptaba forma distinta en los pueblos: del partido Essar, dominante entre el campesinado, se desgajó un ala izquierda, que trató de ir al compás de los bolcheviques. Las guarniciones de las ciudades grandes estaban casi por completo del lado de los trabajadores. «Realmente, los bolcheviques trabajaron con afán y sin descanso —atestiguaba Sujanov, menchevique izquierdista—. Estaban entre las casas, junto al torno, diariamente, de continuo... La masa vivía y respiraba con los bolcheviques. Estaba en las manos del Partido de Lenin y Trotsky.» En las manos del Partido, pero no en las manos de la máquina del Partido.

El 31 de agosto, el Soviet de Petrogrado aprobó, por primera vez, una resolución política de los bolcheviques. Decididos a no ceder, los transaccionistas determinaron probar de nuevo su fuerza. Nueve días después la cuestión se dilucidó en el Soviet. La antigua presidencia y la política de coalición obtuvieron 414 votos frente a 519 y 67 abstenciones. Los mencheviques y los *essars* recogían la cosecha de su política de pactos con la burguesía. Los Soviets dieron la bienvenida al nuevo Gobierno de coalición que organizaron con un acuerdo que di a conocer yo como nuevo presidente. «El nuevo Gobierno... entrará en la historia de la revolución como el Gobierno de la guerra civil... El Congreso de los Soviets en toda Rusia organizará un Gobierno genuinamente revolucionario.» Aquella era una declaración franca de guerra a los transaccionistas que habían rechazado nuestra propuesta de «transacción».

La Conferencia llamada democrática, convocada por el Comité Ejecutivo Central del Soviet, ostensiblemente para contrarrestar la Conferencia del Gobierno, pero en realidad para sancionar la misma vieja coalición desacreditada, comenzó en Petrogrado el 14 de setiembre. Los transaccionistas perdían los estribos. Unos días antes, Krupskaja fue secretamente a ver a Lenin a Finlandia. En un vagón de ferrocarril lleno de soldados, no se hablaba de coalición, sino de insurrección. Cuando le referí a Ilich esta conversación de los soldados, se quedó pensativo; después, se hablara de lo que se hablase, aquella expresión preocupada no se borró de su cara. Era evidente que estaba diciendo una cosa y pensando en otra muy distinta: en la insurrección y en el modo de prepararse para ella.

El día en que se inauguró la Conferencia democrática (el más necio de todos los seudoparlamentos de la democracia), Lenin escribió al Comité Central del Partido sus famosas cartas *Los bolcheviques deben tomar el Poder y El marxismo y la insurrección*. Esta vez pedía que se actuara inmediatamente: sublevación de regimientos y fábricas, detención del Gobierno y de la Conferencia democrática, e incautación del Poder. Naturalmente, el plan no podía llevarse a efecto aquel mismo día; pero orientó el pensamiento y la actividad del Comité Central hacia nuevos rumbos. Kamenev insistió en que se rechazara categóricamente la proposición de Lenin... ¡por desastrosa! Temiendo que estas cartas pudieran circular por el Partido lo mismo que en el Comité Central, Kamenev consiguió reunir seis votos en favor de que se destruyeran todos los ejemplares, salvo el destinado a los archivos. Stalin propuso «enviar las cartas a las más importantes organizaciones y sugerir que se discutieran». El comentario más moderno pone de relieve que la finalidad de la proposición de Stalin era «organizar la influencia de los Comités locales del Partido sobre el Comité Central y que le apremiaran a realizar las directivas de Lenin». De haber sido esto cierto, Stalin se hubiera pronunciado desde un principio en pro de las instrucciones de Lenin, oponiéndose a la propuesta de Kamenev. Pero aquello estaba lejos de su pensamiento. La mayoría de los hombres de Comité en provincias eran más derechistas que el Comité Central. Enviarles las cartas de Lenin sin el aval del Comité Central era tanto como expresar la disconformidad de éste con ella. La proposición de Stalin se hizo para ganar tiempo, y, en caso de conflicto, asegurarse la posibilidad de alegar que los Comités locales estaban indecisos. El Comité Central quedó paralizado por efecto de las vacilaciones. Se decidió diferir el asunto de las cartas de Lenin para la próxima sesión. Lenin estaba esperando la respuesta con febril impaciencia. Pero Stalin ni siquiera se presentó en la siguiente sesión, que no se celebró hasta cinco días después, y el asunto de las cartas tampoco figuraba en el orden del día. Cuanto más calor hay en la atmósfera, más fríos son los manejos de Stalin.

La Conferencia democrática resolvió organizar, de acuerdo con la burguesía, una especie de institución representativa, a la que Kerensky prometió asignar funciones consultivas. ¿Cuál debería ser la actitud de los bolcheviques respecto a este Consejo de la República o Parlamento previo? Esta fue al punto la cuestión crítica de táctica entre los bolcheviques. ¿Participarían en él, o harían caso omiso de su existencia, en su marcha hacia la

insurrección? Como informante del Comité Central en la futura fracción del Partido dentro de la Conferencia democrática, propuse la idea de un boicot. El Comité Central, que se dividió en dos mitades sobre este punto discutible (nueve en favor del boicot y ocho en contra), transfirió la cuestión a la facción para que ella decidiera. Con el fin de explicar los puntos de vista contradictorios «se propusieron dos informes: el de Trotsky y el de Rikov». «En realidad —insistía Stalin en 1925—, hubo cuatro informantes: dos en favor del boicot al Parlamento previo (Trotsky y Stalin), y dos partidarios de la participación (Kamenev y Nogin).» Esto es casi cierto: Cuando la fracción decidió terminar los debates, se convino en permitir que por cada bando hablara, además, otro representante: Stalin por los boicotistas, y Kamenev (pero no Nogin) por los partidarios de participar. Rikov y Kamenev obtuvieron 77 votos; Stalin y yo, 50. La derrota de la táctica del boicot se debió a los de provincias, cuya separación de los mencheviques era reciente en muchos puntos del país.

En el aspecto superficial puede parecer que las discrepancias no tenían gran relieve. Pero es lo cierto que se trataba de si el Partido estaba en condiciones de servir de oposición en una república burguesa o de atribuirse la tarea de tomar el Poder por asalto. Stalin recordaba después su intervención como informante por considerar de importancia el episodio dentro de la historiografía oficial. El obsequioso editor añadía de su cosecha que yo me había pronunciado por una posición intermedia». En ediciones sucesivas se ha suprimido mi nombre por completo. La nueva historia proclama: «Stalin se alzó resueltamente contra la participación en el Parlamento previo.» Pero, además del testimonio de las actas, está el de Lenin. «Hemos de boicotear el Parlamento previo —escribía el 23 de setiembre—. Iremos... a las masas. Tenemos que darles una consigna clara y justa: derribar la pandilla bonapartista de Kerensky y a su pretendido Parlamento previo.» Y en una nota al pie: «Trotsky estaba por el boicot. ¡Bravo, camarada Trotsky!» Pero, naturalmente, el Kremlin ha prescrito la eliminación de todos esos pecados en la nueva edición de las obras de Lenin.

El 7 de octubre, la fracción bolchevique se retiró con ostentación del Parlamento previo. «Apelamos al pueblo. ¡Todo el Poder para los Soviets!» Aquello significaba predicar la insurrección. El mismo día, en la sesión del Comité Central, se decretó organizar una Oficina de Información sobre el modo de combatir la contrarrevolución. Este nombre, deliberadamente vago, cubría una tarea

concreta: reconocer y preparar la insurrección. Sverdlov, Bubnov y yo fuimos encargados de organizar dicha Oficina. Por el lacónismo de las reseñas y la ausencia de otros documentos, el autor se ve obligado a fiarse a este propósito de su memoria. Stalin rehusó participar en ella, recomendando en su lugar a Bubnov, persona de escasa autoridad. Su actitud era de reserva, cuando no de escepticismo, respecto a la idea en sí. El era partidario de una insurrección; pero no creía que los trabajadores y los soldados estuvieran ya en condiciones de actuar. Vivía aislado no sólo de las masas, sino también de su representación dentro del Soviet, y se contentaba con las impresiones reflejadas por la máquina del Partido. Por lo que se refiere a las masas, las experiencias de julio no habían pasado sin dejar huella. La presión ciega había desaparecido para dejar sitio a la precaución. En cambio, la confianza en los bolcheviques aparecía ya matizada de recelos: ¿serán capaces de hacer lo que han prometido? Los agitadores bolcheviques se quejaban a veces de cierta frialdad por parte de las masas hacia ellos. Y es que las masas se iban cansando de esperar, de tanta indecisión y de meras palabras. Pero en la máquina aquel cansancio se calificaba con frecuencia de «falta de ánimos de lucha». De ahí la sombra de escepticismo que se advertía en muchos hombres del Comité. Además, incluso los más arrojados sienten algo de frío en la boca del estómago en vísperas de una insurrección. No siempre se reconoce así, pero es la verdad. El mismo Stalin se hallaba en un estado de ánimo algo equívoco. No se le olvidaba abril, con su terrible fracaso de ciencia «práctica». En compensación, Stalin confiaba en la máquina mucho más que en las masas. En todas las ocasiones de más importancia, se aseguraba votando con Lenin. Pero no mostraba ninguna iniciativa en favor de los acuerdos aprobados, se abstenía de emprender ninguna acción decisiva, preparaba sus líneas de retirada, influía sobre otros como amortiguador, y al final desperdió la Revolución de octubre por hallarse desviado sobre una tangente.

Cierto es que nada salió de la Oficina para combatir la contrarrevolución, pero no fue culpa de las masas. El día 9, Smolny entró de nuevo en serio conflicto con el Gobierno, que había decretado el transporte de las tropas revolucionarias de la capital al frente. La guarnición se agrupó más de cerca en torno a su protector, el Soviet. De repente, los preparativos de la insurrección adquirieron una base concreta. El que la víspera fue iniciador de la Oficina, trasladó toda su atención a crear un Estado Mayor en el mismo Soviet. El primer paso se dio aquel mismo día 9 de octu-

bre. «Para contrarrestar los intentos del Estado Mayor General de conducir a las tropas fuera de Petrogrado», el Comité Ejecutivo decidió crear el Comité Revolucionario Militar. Así, por la lógica de los hechos, sin discusión alguna en el Comité Central, casi inesperadamente, comenzó la insurrección en el palenque del Soviet, y se inició la recluta del Estado Mayor de éste, mucho más eficaz que la Oficina del 7 de octubre.

La sesión inmediata del Comité Central, con participación de Lenin disfrazado bajo una peluca, tuvo lugar el 10 de octubre, y alcanzó resonancia histórica. El punto central de la discusión fue la moción de Lenin, quien propuso la insurrección armada como tarea práctica urgente. La dificultad, incluso para el más convencido partidario de la insurrección, era la cuestión de tiempo. Ya en los días de la Conferencia democrática, el transaccionista Comité Ejecutivo Central, bajo la presión de los bolcheviques, había señalado el 20 de octubre como fecha para el Congreso. Por lo menos en Petrogrado, la insurrección tenía que producirse antes del día 20; de otro modo, el Congreso no estaría en condiciones de empuñar las riendas del Poder, y corría el riesgo de ser dispersado. Se resolvió en la reunión del Comité Central, sin trasladarlo al papel, comenzar la insurrección en Petrogrado hacia el 15. Quedaban, por consiguiente, unos cinco días para prepararla. Todo el mundo se daba cuenta de que esto no bastaba. Pero el Partido estaba prisionero de la fecha que él mismo había impuesto a los transaccionistas en otra ocasión. Mi aviso de que el Comité Ejecutivo había decidido organizar un Estado Mayor propio causó gran impresión, pues era más bien asunto de plan que de realidad. La atención de todos estaba concentrada en las polémicas con Zinoviev y Kamenev, quienes se pronunciaban decididamente contra la insurrección. Al parecer, Stalin no habló una sola palabra en aquella ocasión, o se limitó a una ligera observación; el hecho es que en las actas nada se registra de lo que dijese. La moción se aprobó por diez votos contra dos. Pero todos se quedaron algo recelosos en cuanto a la fecha.

Hacia el final de aquella sesión, que duró hasta bien pasadas las doce de la noche, por iniciativa más bien casual de Dzerzhinsky, se convino en «organizar para la orientación política de la insurrección un Buró constituido por Lenin, Zinoviev, Trotsky, Stalin, Sokolov y Bubnov». Pero esta importante decisión, sin embargo, no condujo a nada: Lenin y Zinoviev continuaron escondidos, y Zinoviev y Kamenev se mostraron irreconciliablemente opuestos a la decisión del 10 de octubre. «El Buró para la orientación política

de la insurrección», no se reunió una sola vez. Sólo ha quedado su nombre consignado con tinta al pie del acta inconexa recogida a lápiz. Bajo la denominación abreviada de «los siete», este Buró fantasma entró en la ciencia oficial de la historia.

La labor de organizar el Comité Revolucionario Militar del Soviet avanzaba rápidamente. Como es natural, la pesada maquinaria de la democracia del Soviet impedía cualquier impulso decisivo.

Y, sin embargo, quedaba poco tiempo hasta el Congreso. No sin motivo temía Lenin un retraso. Por petición suya se convocó otra reunión del Comité Central para el 16 de octubre, en presencia de los más importantes organizadores de Petrogrado. Zinoviev y Kamenev persistieron en su oposición. Exteriormente, su posición se había hecho más sólida que nunca: al cabo de seis días la insurrección aún no había comenzado. Zinoviev solicitó que la decisión se aplazara hasta que se reuniese el Congreso de los Soviets, a fin de «conferenciar» con los delegados que acudieron de las provincias: en el fondo de su corazón confiaba en su apoyo. Las pasiones se desataron durante el debate. Por primera vez intervino en esta discusión Stalin. «La oportunidad debe decidir el día de la insurrección —dijo—. Sólo ése es el sentido del acuerdo... Lo que Kamenev y Zinoviev proponen conduce objetivamente a la oportunidad para que se organice la contrarrevolución; si continuamos retirándonos sin cesar, perderemos la revolución. ¿Por qué no fijar nosotros el día y las circunstancias, para no dar lugar a que la contrarrevolución se organice?» Estaba defendiendo el derecho abstracto del Partido a escoger su momento para el golpe, cuando el problema radicaba en fijar una fecha definida. Si el Congreso bolchevique de los Soviets se hubiese mostrado incapaz de tomar las riendas del Gobierno al instante, hubiera comprometido sencillamente la consigna de «Todo el Poder para los Soviets», convirtiéndola en una frase hueca. Zinoviev insistió: «Tenemos que confesarnos francamente que no intentaremos una insurrección en estos cinco días próximos.» Kamenev tendía a lo mismo. Stalin no se opuso concretamente a esta posición; antes bien la soslayó con las sorprendentes palabras que siguen: «El Soviet de Petrogrado ha elegido ya el camino de la insurrección al negarse a sancionar el traslado de las tropas.» No hacía más que reiterar la fórmula, ajena en absoluto a su propia intervención abstracta, defendida hacía poco por los dirigentes del Comité Revolucionario Militar. Pero, ¿qué significaba lo de «estar ya en el camino de la insurrección»? ¿Era cuestión de días o de semanas? Stalin se

abstuvo cautelosamente de especificarlo. No estaba dentro de sí muy seguro de la situación.

El acuerdo del 10 de octubre fue refrendado por una mayoría de veinte votos contra dos y tres abstenciones. Sin embargo, nadie había respondido a la cuestión crucial de si la decisión de comenzar la insurrección en Petrogrado antes del 20 de octubre seguía siendo válida. Era difícil hallar esa respuesta. Políticamente, el acuerdo de que comenzara antes del Congreso era justo en absoluto; pero quedaba demasiado poco tiempo para hacerlo así. La reunión del 16 de octubre no acertó tampoco a conciliar aquella contradicción. Pero en este punto los transaccionistas aportaron la solución: el mismo día siguiente, acordaron, por razones que ellos sabrían, demorar la fecha del Congreso, que no les era nada grato, hasta el 25 de octubre. Los bolcheviques recibieron este inesperado aplazamiento con una protesta expresa, pero con tácita satisfacción. Cinco días suplementarios resolvían por completo las dificultades del Comité Revolucionario Militar.

Las actas del Comité Central y los números de *Pravda* correspondientes a las últimas semanas que precedieron a la insurrección marcan la carrera política de Stalin sobre el fondo de ésta con suficiente relieve. Así como antes de la guerra se había puesto de parte de Lenin, buscando a la vez apoyo en los conciliadores contra el emigrado «que trepaba por la pared», esta vez formó con la mayoría oficial del Comité Central, apoyando simultáneamente la oposición derechista. Como siempre, procedía con cautela; sin embargo, la amplitud de los acontecimientos y la agudeza de los conflictos le forzaron en ocasiones a aventurarse más lejos de lo que hubiera deseado.

El 11 de octubre, Zinoviev y Kamenev publicaron en el periódico de Máximo Gorki una carta contra la insurrección. En el acto, la situación entre los dirigentes del Partido se hizo sumamente violenta. Lenin renegaba indignado en su escondite. Para quedar en libertad de exponer su parecer respecto a la insurrección, Kamenev dimitió su cargo en el Comité Central. Se discutió el asunto en la sesión del 20 de octubre. Sverdlov dio a conocer la carta de Lenin que tildaba a Zinoviev y a Kamenev de rompehuelgas y pedía su expulsión del Partido. La crisis se complicó inesperadamente por el hecho de publicar *Pravda* aquel mismo día una declaración del Consejo de redacción en defensa de Zinoviev y Kamenev: «La aspereza de tono del artículo del camarada Lenin no altera el hecho de que, en lo esencial, seguimos compartiendo su opinión.» El órgano central juzgaba oportuno censurar



«la aspereza» de la protesta de Lenin antes que la pública actitud del Partido en pro de la insurrección, y, además, expresaba su solidaridad con Zinoviev y Kamenev en puntos «fundamentales». ¡Como si en aquel momento hubiera algo más fundamental que la cuestión del levantamiento! Los miembros del Comité Central se frotaban los ojos con extrañeza.

El único asociado de Stalin en la redacción era Sokolnikov, el futuro diplomático de los Soviets y más tarde víctima de la «purga». Sin embargo, Sokolnikov declaró que él nada tenía que ver con aquel reproche a Lenin; y que lo consideraba erróneo. Así, pues, Stalin solo (enfrente del Comité Central y de su propio colega de redacción) defendió a Kamenev y a Zinoviev cuatro días justos antes de la insurrección. El Comité Central contuvo su indignación por miramiento de no hacer mayor la crisis.

Continuando sus manejos entre los protagonistas y los adversarios de la insurrección, Stalin se manifestó opuesto a admitir la dimisión de Kamenev, alegando que «toda nuestra situación era inconsistente». Por cinco votos contra el de Stalin y otros dos, se aceptó la dimisión de Kamenev. Y por seis, también contra Stalin, se aprobó una resolución prohibiendo a Kamenev y a Zinoviev empeñar combate contra el Comité Central. En las actas se lee: «Stalin declaró que dejaba el Consejo de redacción.» En su caso, aquello significaba abandonar el único puesto que era capaz de desempeñar en las circunstancias del momento revolucionario. Pero el Comité Central se negó a aceptar la retirada de Stalin, cortando así el paso a otra nueva desgajadura.

La conducta de Stalin pudiera parecer inexplicable a la luz de la leyenda que se ha creado en su torno; pero, en realidad, está perfectamente de acuerdo con su textura interna. La desconfianza en las masas y su recelosa cautela le fuerzan, en momentos de decisiones históricas, a sumirse en las tinieblas, esperando su hora, y, a ser posible, asegurarse yendo y viniendo. Su defensa de Zinoviev y Kamenev no obedecía ciertamente a consideraciones sentimentales. En abril, Stalin había cambiado de posición oficial, pero no de estructura mental. Aunque votó con Lenin, por sus ideas estaba mucho más cerca de Kamenev. Además, el descontento con su propio papel le inclinaba naturalmente a unirse con otros descontentos, aunque en política no estuviese por completo de acuerdo con ellos.

Durante toda la última semana anterior a la insurrección, Stalin estuvo maniobrando entre Lenin, Sverdlov y yo, por un lado, y Kamenev y Zinoviev, por otro. En la sesión del Comité

Central del 21 de octubre, restableció el recién alterado equilibrio proponiendo designar a Lenin para preparar las tesis destinadas al próximo Congreso de los Soviets, y a mí para disponer el informe político. Ambas mociones se aprobaron por unanimidad. Si entonces hubiera habido la menor desavenencia entre el autor y el Comité Central (infundio ideado varios años después), ¿me hubiera confiado éste, por iniciativa de Stalin, el informe más importante en el momento más crítico? Habiéndose ganado así a la izquierda, Stalin volvió a hundirse en las sombras y a esperar su momento.

El biógrafo, no importa si de grado, nada tiene que decir respecto a la participación de Stalin en la Revolución de octubre. En ninguna parte encuentra mención de su nombre: ni en los documentos ni en las numerosas memorias publicadas. A fin de colmar de algún modo esta laguna tan patente, el historiógrafo oficial le hace participar en la insurrección relacionando ésta con cierto misterioso «centro» del Partido que, al parecer, había organizado él mismo. Pero nadie nos dice una palabra acerca de la actividad de ese «centro», el lugar y la fecha de sus reuniones, los medios que utilizó para encauzar la insurrección. Y no es de extrañar: nunca existió semejante «centro». Pero el relato de esta leyenda es digno de anotarse.

En la XVI Conferencia del Comité Central con algunos de los principales organizadores del Partido en Petrogrado, celebrada en octubre, se decidió organizar «un centro revolucionario militar» de cinco miembros del Comité Central. «Este centro —dice la resolución, escrita a toda prisa por Lenin en un rincón del vestíbulo— formará en su día parte del Comité Revolucionario del Soviet.» Así, en el sentido real de lo acordado, «el centro» no se creaba para dirigir separadamente la insurrección, sino para completar la plana mayor del Soviet. Sin embargo, como muchas otras improvisaciones de aquellos días febriles, esta idea estaba destinada a no realizarse jamás. Durante las horas en que, ausente yo, el Comité Central organizaba un nuevo «centro» en una hoja de papel, el Soviet de Petrogrado, bajo mi presidencia, creó definitivamente el Comité Revolucionario Militar, que desde su mismo nacimiento se hizo cargo de todos los preparativos para la insurrección. Sverdlov, cuyo nombre figuraba en primer lugar (y no el de Stalin, como falsamente se hace constar en recientes publicaciones soviéticas) en la lista de miembros del «centro», trabajó antes y después de la resolución de 16 de octubre en estrecho contacto con el presidente del Comité Revolucionario Mili-

tar. Otros tres miembros del «centro», Uritsky, Dzerzhinsky y Bubnov, fueron designados para trabajar con el Comité Revolucionario Militar, cada cual por separado, el 24 de octubre, como si el acuerdo del 16 no se hubiese aprobado. En cuanto a Stalin, conforme a su línea de conducta política durante aquel período, se mantuvo tercamente a distancia del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado y del Comité Revolucionario Militar, y no hizo acto de presencia en ninguna de sus sesiones. Todas estas circunstancias se confirman fácilmente a base de las actas oficialmente publicadas.

En la sesión del Comité Central de 20 de octubre, el «centro» creado cuatro días antes debía presentar un informe de su labor o mencionar al menos lo que hubiese comenzado a hacer; sólo quedaban cinco días hasta el Congreso de los Soviets, y se suponía que la insurrección se anticipara a la inauguración del Congreso. Stalin estaba demasiado ocupado para eso. En defensa de Zinoviev y Kamenev dimitió su puesto en la dirección de *Pravda* en aquella misma sesión. Pero ninguno de los otros miembros del «centro» que asistían a la sesión (Sverdlov, Dzerzhinsky, Uritsky) se molestaron en decir lo más mínimo sobre ello. El acta de la sesión de 16 de octubre se había retirado evidentemente por precaución, a fin de ocultar todo rastro de la participación «ilegal» de Lenin en ella, y durante los cuatro dramáticos días siguientes el «centro» pasó al olvido tanto más fácilmente cuanto que la intensa actividad del Comité Revolucionario Militar descartó en absoluto la necesidad de cualquier institución auxiliar o suplementaria.

En la reunión siguiente, el 21 de octubre, con asistencia de Stalin, Sverdlov y Dzerzhinsky, tampoco hubo informe a propósito del «centro», ni la menor mención del mismo. El Comité Central continuaba desenvolviéndose como si no hubiese habido tal acuerdo de creación del «centro». De pasada, diré que en esta ocasión se resolvió incorporar otros diez bolcheviques destacados, entre ellos Stalin, al Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado, para incrementar su actividad. Pero también éste fue un acuerdo que no pasó del papel.

Los preparativos para la insurrección adelantaban mucho, pero por un cauce totalmente distinto. El dueño efectivo de la guarnición de la capital, o sea el Comité Revolucionario Militar, andaba buscando una excusa para romper abiertamente con el Gobierno. Este pretexto fue suministrado el 22 de octubre por el oficial que mandaba las tropas del distrito, al negarse a que los comisarios

del Comité inspeccionara las dependencias de su Plana Mayor. Había que batir el hierro caliente. El Buró del Comité Revolucionario Militar, del que formábamos parte Sverdlov y yo, decidió reconocer la ruptura con la Plana Mayor de la guarnición como un hecho consumado y emprender la ofensiva. Stalin no estuvo en esta conferencia. Cuando se trataba de quemar todos los puentes, no hubo quien aludiese a la existencia del llamado «centro».

La sesión del Comité Central, que efectivamente inició la insurrección, se celebró en Smolny, transformada ya en fortaleza, en la mañana del 24 de octubre. Apenas comenzó se aprobó una moción de Kamenev<sup>1</sup>: «Ningún miembro del Comité Central podrá ausentarse hoy de Smolny sin especial permiso.» En el orden del día figuraba el informe del Comité Revolucionario Militar. Justamente al empezar la insurrección nadie mencionó el llamado «centro». El acta dice así: «Trotsky propuso que se pusieran dos miembros del Comité Central a disposición del Comité Revolucionario Militar para mantener contacto con los servicios de Correos y Telégrafos y con los ferroviarios; y un tercero para vigilar al Gobierno provisional.» Dzerzhinsky fue designado para entenderse con los funcionarios de Correos y Telégrafos, y Bubnov para enlazar con los ferroviarios. La vigilancia del Gobierno provisional se confió a Sverdlov. Y más adelante: «Trotsky propuso establecer un Estado Mayor suplente en la fortaleza de Petropavlovsky, y enviar allí con tal fin a un miembro del Comité Central.» Acordado: «Sverdlov, delegado para mantener contacto constante con la fortaleza.» De modo que tres miembros del «centro» quedaban por primera vez colocados a disposición directa del Comité Revolucionario Militar. Naturalmente, esto no hubiera sido necesario de existir el «centro» y hallarse ocupado con los preparativos de la insurrección. El acta hace constar que un cuarto miembro del «centro», Uritsky, hizo algunas sugerencias de orden práctico. Pero, ¿dónde estaba el quinto miembro, Stalin?

Lo más notable de todo es el hecho de que Stalin no estuvo en esta sesión decisiva. Los miembros del Comité Central se obligaban a no salir de Smolny. Pero Stalin ni siquiera se presentó allí. Esto lo consignan de manera irrefutable las actas publicadas en 1929. Stalin no ha explicado nunca su ausencia, verbalmente, para no dar lugar a innecesarias molestias. Todas las decisiones de importancia sobre el modo de llevar adelante la insurrección se tomaron sin Stalin, incluso, sin su más mínima

<sup>1</sup> Kamenev había sido reincorporado entretanto al Comité Central. — L. T.

intervención directa. Cuando se asignaron las partes a los diversos actores de aquel drama, nadie mencionó a Stalin ni propuso confiarle misión alguna. Simplemente quedó fuera de la partida. ¿Es que dirigió su «centro» desde algún lugar oculto? Pero los demás miembros del «centro» permanecieron continuamente en Smolny...

Durante las horas en que había comenzado ya la insurrección abierta, Lenin, que estaba consumido de impaciencia en su aislamiento, apeló a los dirigentes de distrito: «¡Comaradas! Estoy escribiendo estas líneas la víspera del 24... Os aseguro de todo corazón que ahora todo pende de un hilo, que estamos frente a cuestiones que no pueden decidirse en conferencias ni en congresos (ni siquiera en congresos de Soviets), sino exclusivamente de la lucha de las masas en armas...» De esta carta se desprende claramente que hasta la misma víspera del 24 de octubre, Lenin se mantenía principalmente por medio de Stalin, porque era uno de los que menos inquietaban a la Policía. Es inevitable deducir de aquí que no habiendo asistido a la sesión matutina del Comité Central ni acudido a Smolny en todo el resto del día, Stalin no se enteró de que la insurrección había empezado y se hallaba en pleno curso hasta la última hora de aquella noche. No es que fuese cobarde. No hay base para acusar a Stalin de cobardía. Simplemente, era cuco en materia de política. El cauteloso intrigante prefería estar en la valla en el momento crítico. Esperaba ver el giro que tomaba la insurrección antes de adoptar una postura definida. En caso de que fallara, podría decir a Lenin, a mí y a nuestros adeptos: «¡Todo es culpa vuestra!» Hay que evocar claramente el temple rojo vivo de aquellos días para evaluar conforme a sus méritos la sangre fría del hombre, o, si se prefiere, su insidiosidad.

No, Stalin no dirigió la insurrección, ni personalmente ni por medio de «centro» alguno. En las actas, en las memorias, en los incontables documentos, obras de referencia y tratados de historia publicados en vida de Lenin, y aun después, el llamado «centro» no se mencionó jamás, ni mencionó nadie el nombre de Stalin como dirigente o destacado participante en la insurrección por cualquier otro concepto. La Memoria del Partido lo pasó por alto. Sólo en 1924, el Comité de Historia del Partido, al coleccionar toda suerte de datos, sacó el texto de la resolución de organizar un «centro» práctico. La lucha contra la oposición de izquierda y contra mí personalmente, entonces en pleno apogeo, reclamaba una nueva versión de la historia del Partido y de la Revolución.

Recuerdo que Serebryakov, que tenía amigos y relaciones en todas partes, me dijo una vez que reinaba gran regocijo en la secretaría de Stalin por el descubrimiento del «centro».

«¿Qué importancia puede tener eso?», pregunté extrañado.

«Algo se proponen devanar en torno a ese carrete», me contestó el ladino Serebryakov.

Pero incluso el asunto del «centro» no pasó de ser una reimpresión del acta y vagas referencias a la misma. Los sucesos de 1917 estaban todavía demasiado frescos en la memoria de todos. Los participantes en la Revolución no habían sido aún liquidados. Dzerzhinsky y Bubnov, que figuraban como miembros del «centro», seguían con vida. Por puro fanatismo de facción, Dzerzhinsky era sin duda muy capaz de atribuir a Stalin proezas que éste nunca había realizado; pero no de atribuírselas a sí mismo: eso era superior a sus fuerzas. Dzerzhinsky se murió a tiempo. Una de las causas de que Bubnov cayera en desgracia y le liquidaran fue sin duda su negativa a dar falso testimonio. Nadie más recordaba absolutamente nada de la existencia del «centro». El fantasma de las actas continuó arrastrando su documental existencia..., sin huesos ni carne, sin ojos ni oídos.

Esto no las libró de ser incorporadas al meollo de una nueva versión de la Revolución de octubre. En 1925 ya argüía Stalin: «Es extraño que el camarada Trotsky, el "inspirador", la "figura principal" y "único líder" de la insurrección no fuese miembro del centro práctico llamado a dirigir la insurrección. ¿Cómo es posible conciliar eso con la opinión corriente acerca de la misión especial del camarada Trotsky?» El argumento era ilógico sin duda alguna: de conformidad con el sentido preciso de la resolución, el «centro» estaba destinado a convertirse en parte del mismo Comité Revolucionario Militar que yo presidía. Stalin exhibía de lleno su intención de «devanar» una nueva historia de la insurrección en torno a aquellas actas. Lo que no acertó a explicar fue la fuente de la «opinión corriente acerca de la misión especial del camarada Trotsky». Sin embargo, esto vale la pena de traerlo a consideración.

Lo siguiente se incluye bajo mi nombre en las notas a la primera edición de las obras de Lenin: «Después de pasar el Soviet de San Petersburgo a manos de los bolcheviques (Trotsky) fue elegido presidente, y como tal, organizó y dirigió la insurrección del 25 de octubre.» La «leyenda» encontró, pues, sitio apropiado en las obras de Lenin mientras vivió éste. Nunca pensó nadie en discutirlo hasta 1925. Además, el mismo Stalin rindió en cierta

ocasión tributo a esta «opinión corriente». En el artículo del primer aniversario, en 1918, escribía: «Todo el trabajo de organización práctica de la insurrección se efectuó bajo la dirección inmediata del presidente del Soviet de Petrogrado, camarada Trotsky. Puede decirse con certeza que el rápido paso de la guarnición a favor del Soviet, y la ávida ejecución de la labor del Comité Revolucionario Militar, aseguran la gratitud del Partido principalmente al camarada Trotsky; los camaradas Antonov y Podvoisky fueron los principales auxiliares del camarada Trotsky.» Hoy, tales palabras suenan como un panegírico. En realidad, lo que el autor estaba pensando al escribirlas era recordar al Partido que durante los días de la insurrección, además de Trotsky, existía también un Comité Central, del que Stalin era miembro. Pero obligado a dar a su artículo siquiera una apariencia de objetividad, Stalin no pudo menos de decir en 1918 lo que dijo. De todos modos, en el primer aniversario del Gobierno de los Soviets atribuyó a Trotsky «la organización práctica de la insurrección». Entonces, ¿qué misterioso papel era el del «centro»? Stalin no lo menciona siquiera; habían de pasar aún seis años hasta que se descubrieran las actas del 16 de octubre.

En 1920, sin mencionar a Trotsky, Stalin presentaba a Lenin en contra del Comité Central, como autor de un plan equivocado de insurrección. Así lo repetía en 1922, pero, sustituyendo a Lenin por «una parte de los camaradas», y cautamente insinuaba que él (Stalin) tenía algo que ver con la abolición del plan erróneo que comprometía el éxito de la insurrección. Pasaron otros dos años, y parece que Trotsky fue el inventor de la especie relativa al equivocado plan de Lenin; lo cierto era que Trotsky mismo lo había propuesto, y que por fortuna lo rechazó el Comité Central. Por último, la «historia» del Partido, publicada en 1938, presenta a Trotsky como furibundo adversario de la Revolución de octubre, que, en realidad, fue dirigida por Stalin. Paralelo a todo esto es lo ocurrido con la movilización de las artes: la poesía, la pintura, el teatro, el cine, descubrieron de pronto la urgente necesidad de infundir al mítico «centro» aliento de vida, aunque los historiadores más asiduos se vieron incapaces de hallar el menor rastro de él con una buena lupa. Actualmente, Stalin consta como líder de la Revolución de octubre en las pantallas del mundo, para no citar las publicaciones del Komintern.

Los hechos de la historia se revisaron de igual modo, aunque acaso no con tanto descaro, respecto a todos los viejos bolcheviques, una y otra vez, según las combinaciones políticas cambian-

tes. En 1917, Stalin defendió a Zinoviev y Kamenev, intentando utilizarlos contra Lenin y contra mí, y como preparación de su futuro «triumvirato». En 1924, cuando el «triumvirato» era ya dueño de la máquina política, Stalin decía en la Prensa que las diferencias de opinión con Zinoviev y Kamenev antes de octubre eran de carácter pasajero y secundario. «Las divergencias duraron sólo unos días, y esto sólo porque en las personas de Kamenev y Zinoviev teníamos leninistas, bolcheviqués.» Cuando el «triumvirato» se deshizo, la conducta de Zinoviev y Kamenev en 1917 figuró durante varios años como motivo principal para denunciarlos como «agentes de la burguesía», hasta que por último se incluyó en la fatal acusación que condujo a ambos ante el pelotón.

Por fuerza tiene uno que detenerse asombrado ante esta persistencia fría, paciente y a la vez cruel encaminada a una finalidad personal invariable. Exactamente como en cierta ocasión, en Bakú, el joven Koba había minado con perseverancia la reputación de los miembros del Comité de Tiflis, que eran sus superiores; como en la prisión y en el destierro había incitado a algunos papanatas contra sus rivales, así en Petrogrado intrigaba infatigable con las gentes y las circunstancias, con el propósito de apartar, borrar, oscurecer y empequeñecer a cualquiera que de un modo u otro le eclipsara o estorbara su ambición.

Naturalmente, la Revolución de octubre, como fuente del nuevo régimen, ha ocupado la posición central en la ideología de los nuevos círculos rectores. ¿Cómo ha ocurrido todo ello? ¿Quién dirigió por el centro y en las ramas? Stalin tenía que contar prácticamente con veinte años para imponer al país un panorama histórico en el que remplazó a los efectivos organizadores de la insurrección y les atribuyó el papel de traidores a la Revolución. Sería injusto pensar que comenzó con un plan de acción ya perfilado para su personal engrandecimiento. Circunstancias históricas extraordinarias han dado a su ambición un vuelo asombroso aun para él mismo. En un sentido se ha mantenido firme: prescindiendo de otras consideraciones, aprovechó toda situación concreta para consolidar su propia posición a expensas de sus camaradas..., paso a paso, piedra a piedra, pacientemente, sin alterarse, ¡pero también sin conmoverse! En la tarea de urdir constantemente intrigas, en la cauta dosificación de verdades y mentiras, en el ritmo orgánico de sus falsificaciones, es donde mejor se refleja Stalin como personalidad humana y jefe de la nueva capa privilegiada.

Habiendo comenzado mal en marzo, sin enmendarse en abril,

Stalin se quedó tras la cortina durante todo el año de la Revolución. Nunca conoció la frecuentación directa de las masas, ni se sintió responsable de la suerte de aquéllas. En ciertos momentos fue jefe de Estado Mayor, pero nunca comandante en jefe de la Revolución. Dado a conservar su tranquilidad, aguardaba a que otros tomaran la iniciativa, apuntaba sus debilidades y errores, y él iba a la zaga de los acontecimientos. Tenía que contar con cierta estabilidad de relaciones y mucho tiempo por delante para triunfar. La revolución le dejó sin ambas cosas.

Como nunca se vio forzado a analizar los problemas de la Revolución con aquella presión mental que engendra sólo el sentido de responsabilidad inmediata y directa, Stalin no llegó a adquirir un concepto íntimo de la lógica inherente a la Revolución de octubre. Por eso sus recuerdos de ella son tan empíricos, dispersos y faltos de coordinación, tan contradictorios sus juicios de última hora sobre la estrategia revolucionaria, y tan monstruosos sus errores en varias revoluciones contemporáneas (Alemania, China, España). En verdad, la Revolución no es el elemento de este antiguo «revolucionario profesional».

Sin embargo, 1917 fue una etapa de suma importancia en el desarrollo del futuro dictador. Él mismo dijo más tarde que en Tiflis fue un escolar, en Bakú se hizo aprendiz y en Petrogrado oficial artesano. Después de cuatro años de invernada política e intelectual en Siberia, donde descendió al nivel de los mencheviques de izquierda, el año de la Revolución, durante el cual estuvo bajo la inmediata dirección de Lenin, en el círculo de camaradas muy calificados, tuvo importancia enorme en su desenvolvimiento político. Por primera vez tuvo la oportunidad de aprender mucho que hasta entonces había estado fuera del radio de su experiencia. Escuchaba y observaba con malevolencia, pero atento y vigilante. En la medula de la vida política estaba el problema del Poder. El Gobierno provisional, apoyado en los mencheviques y en los populistas, camaradas de antaño en la clandestinidad, la cárcel y el destierro, le permitió explorar más a fondo aquel misterioso laboratorio, donde, como saben todos, no son dioses precisamente los alquimistas. La distancia insalvable que en la época del zarismo separaba a los revolucionarios clandestinos del Gobierno, se había convertido en nada. El Gobierno pasó a ser algo contiguo, un concepto familiar. Koba arrojó de sí buena parte de su provincianismo, si no en hábitos y costumbres, sí al menos en lo tocante a sus ideas políticas. Advertía (acrememente, resentido) lo que le faltaba como individuo, pero al mismo tiempo tomó el

pulso a una compacta colección de revolucionarios expertos y capaces, dispuestos a luchar hasta el fin. Llegó a ser un miembro reconocido en la plana mayor del Partido que las masas iban a elevar al Poder. Dejó de ser Koba y se convirtió definitivamente en Stalin.

CAPÍTULO VIII

**COMISARIO DEL PUEBLO**

Los bolcheviques habían realizado tan a conciencia la labor de atraerse a todas las fuerzas armadas del país, que su victoria final del 7 de noviembre se logró prácticamente por falta de enemigo. El golpe de octubre fue «más fácil que levantar una pluma», para servirse de las palabras de Lenin. Ni un sólo regimiento se alzó para defender la democracia rusa. Con las fuerzas de la antigua policía dispersas, el Gobierno de Kerensky en Petrogrado no contaba más que con los cadetes militares y los batallones de mujeres, muy defectuosos, frente a los destacamentos al mando de revolucionarios profesionales bolcheviques. La lucha por el poder supremo en un Imperio que comprendía la sexta parte del globo terráqueo se decidió entre fuerzas asombrosamente reducidas por ambas partes, tanto en las provincias como en las dos ciudades principales.

(El Oeste democrático civilizado, que caminaba hacia su cuarto año de guerra, no quería creer en el hecho consumado. Después de llevar los bolcheviques casi una semana en el Poder, Kerensky aseguró sinceramente al mundo sorprendido, que el bolchevismo «como fuerza organizada... no existe ya, ni siquiera en Petrogrado». El triunfo bolchevique había sido más fácil y seguro en Petrogrado que en Moscú y en las provincias. Los cosacos estacionados en Petrogrado eran «neutrales» [incluso el cuartel general y los más declarados reaccionarios], y rehusaban prestar ayuda al Gobierno provisional, reservándose el derecho de obrar por cuenta propia, mientras que el general Krassnov marchaba sobre la capital con un número desconocido de tropas. Los jefes y empleados de los Bancos, Ministerios y prácticamente todas las instituciones de la Administración Pública se habían declarado en

huelga. Los Sindicatos de Ferrocarriles, Teléfonos, Telégrafos y Correos, dirigidos por mencheviques, amenazaron con ir a la huelga y paralizar todos los servicios de comunicaciones y transportes mientras los vencedores no consintieran en formar un Gobierno de coalición de todos los partidos socialistas, pero sin participación de Lenin ni de Trotsky. Aquella amenaza produjo una crisis más aparente que real en la dirección del Partido bolchevique.)

Inmediatamente después de la insurrección, por insistencia del ala derecha bolchevique (Zinoviev, Kamenev, Rikov, Lunacharsky y otros), se iniciaron negociaciones con los mencheviques y los populistas respecto a un Gobierno de coalición. Entre otras condiciones, los partidos derribados por el alzamiento pedían una mayoría para ellos, y, por encima de todo, que se apartase del Gobierno a Lenin y a mí, como responsables personales de la «aventura» de octubre. Los miembros derechistas del Comité Central se inclinaban a aceptar esta petición. Se estudió el asunto en el Comité Central durante la sesión del 1.º (14) de noviembre. He aquí lo que dice el acta: «Se propone expulsar a Lenin y a Trotsky. Esto significa decapitar a nuestro Partido, y no lo aceptamos.» La facilidad con que los derechistas se prestaban incluso a entregar sumisamente el Poder, fue condenada por el Comité Central como «miedo de la mayoría del Soviet a utilizar su propia mayoría». Los bolcheviques no se negaban a compartir el Poder con otros partidos, pero sólo a base de la debida proporción de fuerzas dentro de los Soviets. Lenin declaró que las negociaciones con los partidos pequeñoburgueses sólo tenían sentido como pantalla para apartar la atención de las acciones militares.

Mi moción para concluir las negociaciones con los transaccionistas fue aprobada. Stalin no tomó parte en los debates; pero votó con la mayoría. En protesta, los representantes de la derecha se retiraron del Comité Central y del Gobierno. La mayoría del Comité Central se dirigió a la minoría exigiéndole someterse incondicionalmente a la disciplina del Partido. El ultimátum iba firmado por diez miembros y candidatos del Comité Central: Lenin, Trotsky, Stalin, Sverdlov y otros. Respecto al origen del documento, uno de los miembros del Comité Central, Bubnov, declara: «Después de escribirlo (Lenin), hizo entrar uno a uno en su despacho a los miembros del Comité Central, informándoles del texto de la declaración e invitándoles a firmarla.» La narración es interesante porque permite evaluar con justeza la importancia del orden de las firmas. Lenin me enseñó el ultimátum en primer lugar, y después de firmar yo, llamó a los otros, comen-

zando por Stalin. Así era siempre, o casi siempre. Si el documento no se hubiese dirigido contra Zinoviev y Kamenev, las firmas de éstos probablemente figurarían delante de la de Stalin.

Pestkovsky refiere cómo durante los días de octubre «hubo de elegir entre los miembros del Comité Central a los directores de la insurrección. Fueron elegidos Lenin, Stalin y Trotsky». Al confiar la dirección a estos tres, digamos de pasada que el colaborador de Stalin sepulta definitivamente el «centro» práctico al que ni Lenin ni yo pertenecíamos. En el testimonio de Pestkovsky hay esta vez un grano de verdad. No durante los días del alzamiento, pero sí después de su victoria en los centros importantes, aunque antes de establecer ningún género de régimen estable, fue necesario crear una compacta plana mayor del Partido, que pudiese imponer localmente todas las decisiones necesarias. Como consta en el acta, el 29 de noviembre (12 de diciembre) de 1916, el Comité Central eligió para resolver cuestiones perentorias un Buró compuesto de cuatro personas: «Stalin, Lenin, Trotsky y Sverdlov.» «A este cuarteto se dio el derecho de resolver todos los asuntos extraordinarios, pero con obligación de incluir en la decisión a todos los miembros del Comité Central que estuviesen a la sazón en Smolny.» Zinoviev, Kamenev y Rikov se habían apartado del Comité Central a causa de su acusada disconformidad. Esto explica la composición del cuarteto. Pero Sverdlov se veía absorbido por la Secretaría del Partido, hablaba en mítines, arreglaba conflictos y rara vez estaba en Smolny. El cuarteto se redujo prácticamente a un terceto.

(En la noche del 19 al 20 de febrero de 1918, el Consejo de Comisarios del Pueblo, formado por la coalición bolchevique-essar de izquierda) eligió un Comité Ejecutivo (compuesto de Lenin, Trotsky, Stalin, Proshyan y Karelin, que fue autorizado a realizar todo el trabajo ordinario en los intervalos de una a otra sesión del Consejo. (Este Comité Ejecutivo del Gobierno comprendía a los mismos tres bolcheviques y a dos essars de izquierda. Sin embargo, no hay motivo para imaginar que esos tres formasen un «triumvirato».) El Comité Central se reunía frecuentemente, y resolvía todas las cuestiones importantes y particularmente complicadas. El terceto era necesario para decidir sin dilación asuntos inaplazables relacionados con el curso del alzamiento en provincias, los intentos de Kerensky para entrar en Petrogrado, el suministro de víveres a la capital, y otros análogos. Este terceto perduró, al menos nominalmente, sólo hasta que el Gobierno se trasladó a Moscú.



Fustigando la política de los bolcheviques después de 1917, Iremashvili escribe: «El triunvirato, hecho de ideas inextinguibles de venganza, comenzó a exterminar con inhumana crueldad todo lo vivo y lo muerto», etc. En el triunvirato, Iremashvili incluye a Lenin, a mí y a Stalin. Puede decirse con seguridad que esta idea del triunvirato nació en el ánimo de Iremashvili sólo mucho después, cuando Stalin hubo llegado al primer plano de importancia. Hay, sin embargo, una chispa de verdad (o, al menos, de apariencia de verdad) en esas palabras de Iremashvili. Con relación a las negociaciones en Brest-Litovsk, se citan una y otra vez estas palabras de Lenin: «Consultaré a Stalin y le contestaré.» Lo cierto es que el terceto existió solamente en ciertos momentos, aunque no siempre con la participación de Stalin. Dimitrievsky se refiere asimismo a este terceto, aunque en un tono y con un punto de referencia distintos:

«Incluso Lenin en aquel período sintió la necesidad de Stalin a tal grado, que cuando llegaron noticias de Trotsky desde Brest y hubo que tomar una decisión mientras Stalin no estaba en Moscú, Lenin informó a Trotsky:

«Quisiera consultar con Stalin antes de contestar a tu pregunta».

Y sólo tres días después telegrafió Lenin: «Stalin acaba de llegar. Lo estudiaré con él y te daremos en seguida nuestra respuesta.»

Las decisiones más importantes de aquella época se adoptaron no pocas veces por acuerdo entre Lenin y yo. Pero en este caso, en que había disparidad de criterio, era necesaria una tercera persona. Zinoviev estaba en Petrogrado, y Kamenev no siempre permanecía en Moscú. Además, él, como otros miembros del Politburó y del Comité Central, dedicaban una parte considerable de su tiempo a la agitación, a la dirección de los Soviets y a otros menesteres apremiantes. Por eso, antes de salir de Tsaritsyn, solía desempeñar las obligaciones del «tercero». Lenin era muy escrupuloso en cuestiones de forma, y, naturalmente, nunca se permitía responder en su solo nombre. Por lo general, las observaciones que con cierta frecuencia figuraban en la literatura reciente a propósito de que Lenin dirigía, ordenaba, etc., están inspiradas solamente por analogía con el régimen stalinista. Lo cierto es que tal estado de cosas nunca existió. Se daban instrucciones, en efecto, y se dictaban órdenes únicamente por el Politburó, y durante la ausencia de miembros del mismo, hacía sus veces el terceto, que constituía el *quorum* de sus cinco componentes.

Cuando Stalin estaba ausente, Lenin consultaba con Kretinsky, secretario del Comité Central, con la misma escrupulosidad, y en los archivos pueden verse muchas referencias a tales consultas.

Pero por entonces se hablaba mucho más de un «diunvirato». Durante la guerra civil, el «laureado poeta» del Soviet, Dyemyan Byedny, escribió unos versos sobre «nuestro dueto». Nadie hablaba entonces de un triunvirato. En todo caso, cualquier persona que usara tal expresión nunca se habría referido a Stalin como tercero, sino a Sverdlov, que era el popularísimo presidente del Comité Ejecutivo Central de los Soviets y firmaba todos los decretos más importantes. Recuerdo haber hablado con él varias veces sobre la insuficiente autoridad de algunos de nuestros miembros directivos en provincias. En una de estas ocasiones, Sverdlov observó: «En las localidades aceptan sólo tres firmas: la de Ilich, la tuya y hasta cierto punto la mía.» (Sverdlov, dijo Lenin, era persona de aptitudes organizadoras verdaderamente notables, y de prodigiosa capacidad para trabajar duro, muy superior a Stalin.) «Nadie era tan capaz de llevar a la vez tareas de organización y políticas como Sverdlov —dijo Lenin en el Congreso del Partido de 1920—. Y tendremos que probar a remplazar su actividad con la labor de toda una junta.»

Cuando llegué a Petrogrado a principios de mayo, apenas me acordaba del nombre de Stalin. Probablemente lo habría encontrado en la Prensa bolchevique, al pie de artículos que no atraían gran cosa mi atención. Mis primeras entrevistas fueron con Kamenev, Lenin y Zinoviev. Con ellos se hicieron negociaciones sobre fusión. No encontré a Stalin en las sesiones de los Soviets, ni en el Comité Ejecutivo Central, ni en los numerosos mítines que consumían considerable parte de mi tiempo. Al llegar, inmediatamente me puse en estrecho contacto con todas las figuras dirigentes en virtud de mi misión dentro del Comité Central, pero no eché de ver a Stalin ni entre los miembros de segunda fila del Comité Central, como Bubnov, Milutin, Nogin y otros. (Después de la fusión de los interdistritos, [*Mezhraiontsy*] con los bolcheviques, Stalin continuó siendo una figura secundaria.) «En la Mesa presidencial del Parlamento previo —dicen las actas del Comité Central del Partido—, Trotsky y Kamenev representaban a los bolcheviques.» (Cuando llegó el momento de enviar representantes rectores del Partido a la Asamblea Constituyente repetidas veces mencionada, a la que se asignaba la labor de determinar en forma parlamentaria democrática el futuro Gobierno de Rusia, Stalin fue designado portavoz del Comité Central del Partido

para nombrarlo. Como dice el acta, las palabras de Stalin fueron: «Camaradas, propongo como candidatos a la Asamblea Constituyente a Lenin, Zinoviev, Kollontai, Trotsky y Lunacharsky.» Éstas fueron las cinco personas propuestas en nombre de todo el Partido. Recordemos que (según la historiografía oficial) sólo dos semanas antes, yo, en unión de los mencheviques y los *essars*, había expuesto al parecer que Lenin se presentara a consorcio.

En la lista completa de bolcheviques delegados para la Asamblea Constituyente, encabezada por Lenin, el nombre de Stalin se consigna en octavo lugar. Los veinticinco nombrados eran primeros candidatos oficiales del Comité Central. La lista fue preparada por una Comisión a la que asesoraban tres miembros del Comité Central: Uritsky, Sokolnikov y Stalin. Lenin protestó energicamente contra la lista: había en ella demasiados intelectuales dudosos, pocos trabajadores de confianza.

«Totalmente inadmisibles era también el número desproporcionado de candidatos elegidos entre personas poco probadas que habían ingresado recientemente en el Partido (como U. Larin). Al llenar la lista de este modo, y no con candidatos que realmente hayan trabajado meses y meses en el Partido, el Comité Central abre la puerta de par en par al arribismo, a los que buscan puestos en la Asamblea Constituyente... Es evidente que entre los interdistritos (*Mezhraiontsy*), poco hechos aún al trabajo proletario y a la dirección de nuestro Partido, ninguno se opondría, por ejemplo, a la candidatura de L. D. Trotsky, porque, en primer lugar, Trotsky, en cuanto llegó adoptó la posición de los internacionalistas; en segundo lugar, luchó entre los interdistritos por la fusión; en tercer lugar, durante los difíciles días de julio se mostró a la altura de las tareas y fue un campeón leal del Partido del proletariado revolucionario. Es claro que no puede decirse otro tanto de muchos de los miembros que ingresaron en el Partido ayer mismo, y cuyos nombres figuran en la lista...»

De los veinticinco (representantes bolcheviques), trece fueron castigados más tarde por Stalin, o condenados después de morir.

Después de la conquista del Poder, Stalin comenzó a sentirse más seguro de sí mismo, aunque siguió siendo una figura de segunda fila. Pronto observé que Lenin estaba «ascendiendo» a Stalin, apreciando en él la firmeza, la sangre fría, la tenacidad y hasta cierto punto la astucia, como atributos necesarios para la lucha. No esperaba de él ideas independientes, iniciativa política o imaginación creadora. Stalin avanzaba lentamente y con cautela; cuando podía, se quedaba quieto. Pero la victoria en Petrogrado

y luego en Moscú le convencieron. Comenzó a acostumbrarse al Poder. «Después de octubre —escribe Alliluyev—, Stalin se trasladó a Smolny y ocupó allí dos cuartitos del piso bajo.» (Era miembro del primer Consejo de Comisarios del Pueblo, como Comisario de Nacionalidades.) Después de la Revolución, la primera sesión del Gobierno bolchevique se celebró en Smolny, en el despacho de Lenin, donde un tabique de madera sin pintar separaba el rincón de la telefonista y la mecanógrafa. Stalin y yo fuimos los primeros en llegar. De detrás del tabique llegó hasta nosotros el vozarrón de Dybenko; estaba hablando con Finlandia y la conversación era un tanto tierna. El corpulento y arrogante marinero de veintinueve años y negra barba, había intimidado hacia poco con Alejandra Kollontai, mujer de antecedentes aristocráticos, que conocía media docena de lenguas extranjeras y se acercaba a los cuarenta y seis. En ciertos círculos del Partido se murmuraba no poco a propósito de aquello. Stalin, con quien hasta entonces no había sostenido yo una conversación personal, vino hacia mí con una especie de inesperado alborozo, y señalando con el hombro hacia el tabique, dijo a través de una sonrisa forzada: «¡Ahí está ése con Kollontai, con Kollontai!» Sus gestos y su risa me parecieron fuera de lugar y de una vulgaridad insostenible, especialmente en aquella ocasión y aquel lugar. No recuerdo si le contesté algo, volviendo la cabeza a otro lado, o si le respondí secamente: «Es asunto suyo.» Pero Stalin se dio cuenta de que había cometido un error. Cambió de expresión, y en sus ojos brilló el mismo relámpago de animosidad que había sorprendido en Viena<sup>1</sup>. Desde entonces, nunca más intentó conversar conmigo sobre temas personales.

A fines de enero de 1918, como representante del Partido, Stalin participó en una conferencia de representantes de varios partidos socialistas de izquierda del extranjero. En ella se llegó a la conclusión de que «debía convocarse una conferencia socialista internacional... bajo las siguientes condiciones: primera, que los partidos y organizaciones convengan en seguir el camino de la lucha revolucionaria contra "sus propios Gobiernos" para lograr la paz inmediata; segunda, que apoyen la Revolución rusa de octubre y al Gobierno de los Soviets».

Por la época de las negociaciones de Brest-Litovsk se disolvió

<sup>1</sup> Trotsky conoció a Stalin en Viena a primeros de 1913, cuando Stalin se ocupaba en escribir su ensayo *El marxismo y el problema de las nacionalidades*. Por entonces, Trotsky no era miembro de la facción bolchevique del partido Socialdemócrata. — C. M.

la Asamblea Constituyente. La iniciativa fue de Lenin, que también tomó sobre sí la tarea de trazar el instrumento correspondiente. Durante aquellos días se publicó la *Declaración de los Derechos de los Trabajadores y de los Pueblos Oprimidos*. En el texto de estos documentos históricos hay correcciones hechas por Bujarin y Stalin. «La mayoría de sus correcciones —declara una nota al pie de las obras de Lenin— no tienen carácter de principio.»

Los puestos que Stalin ocupó durante los primeros años posteriores a la Revolución, y las misiones especiales, sobre todo de carácter organizador o diplomático que desempeñó fueron muy diversas. Pero otro tanto sucedió a la mayoría de los funcionarios responsables de aquella época. Directa o indirectamente, todo el mundo estaba ocupado con la guerra civil; las obligaciones corrientes solían confiarse a los auxiliares más próximos. Stalin figuraba como miembro del cuadro de dirección del órgano central, pero, de hecho, nada tenía que ver con *Pravda*. Realizaba una labor más sistemática, interrumpida por viajes al frente, en el Comisariado de Nacionalidades. El Estado Soviético estaba en plena formación, y no era fácil determinar en el nuevo orden de cosas esta relación recíproca entre las distintas nacionalidades. La orientación general de esta labor, y, como es natural, también la iniciativa, era completamente de Lenin, quien desde tiempo inmemorial había atribuido a la cuestión nacional una enorme importancia, sólo superada por la del problema agrario. Resulta claro, por el Diario de su secretaria, que con frecuencia recibía delegaciones y dirigía cartas, indagaciones e instrucciones con referencia a uno u otro grupo nacional. Todas las medidas más principales habían de pasar por el Politburó; las de menos importancia se trataban por teléfono con Lenin. En el Comisariado de Nacionalidades recaía simplemente la ejecución técnica de las decisiones ya adoptadas.

La información concerniente a la labor de este Comisariado puede hallarse en las Memorias de Pestkovsky, publicadas en 1922 y 1930. Fue el auxiliar principal de Stalin durante los primeros veinte meses del régimen soviético. Viejo revolucionario polaco que había sido condenado a trabajos forzados en Siberia, y partícipe en la Revolución de octubre, que ocupó después de la victoria los puestos más diversos, entre ellos el de ministro soviético en México de 1924 a 1926, Pestkovsky estuvo durante largo tiempo en uno de los grupos de oposición, pero acertó a rectificar a tiempo. La señal de arrepentimiento reciente se encuentra en la se-

gunda edición de esas Memorias, pero ello no les priva de su espontaneidad e interés.

La iniciativa de su colaboración salió de Pestkovsky, que había llamado a varias puertas sin encontrar aplicación para sus modestas aptitudes:

\* «—Camarada Stalin —dije—, ¿eres el comisario del Pueblo para los asuntos de las Nacionalidades?

—Sí.

—Pero, ¿tienes un comisariado?

—No.

—Bueno, entonces yo te haré un comisariado.

—Magnífico. ¿Qué necesitas primero?

—De momento, me basta una credencial.

Entonces, Stalin, que detestaba las palabras inútiles, fue a la oficina ejecutiva del Consejo de Comisarios del Pueblo, y regresó a los pocos minutos con la credencial solicitada.»

En una de las habitaciones de Smolny ya ocupadas, Pestkovsky encontró una mesa libre que arrimó a la pared, y por encima de ella clavó un pliego de papel con la inscripción: «Comisariado del Pueblo para Asuntos de las Nacionalidades.» Luego agregó a la instalación dos sillas.

\* «—Camarada Stalin —dije—, no hay cosignado un céntimo a nuestro nombre.

Por entonces, el nuevo Gobierno no había tomado posesión del Banco del Estado.

—¿Necesitas mucho dinero? —preguntó Stalin.

—Para comenzar, con mil rublos tendría suficiente.

—Ven dentro de una hora.

Cuando me presenté una hora después, Stalin me mandó pedir a Trotsky tres mil rublos prestados.

—El tiene dinero. Lo encontró en el antiguo Ministerio de Negocios Extranjeros.

Fui a ver a Trotsky y le entregué un recibo por tres mil rublos. Que yo sepa, el Comisariado del Pueblo de las Nacionalidades no ha devuelto aún ese dinero al camarada Trotsky.»

[Stalin estuvo al lado de Lenin] el 9 (22) de noviembre de 1917, desde las dos hasta las cuatro y media de la madrugada, cuando Vladimiro Ilich, conferenciando por hilo directo con el coman-

dante en jefe general Dujonnin, daba órdenes para entablar inmediatamente negociaciones de paz con todas las naciones en guerra. Al negarse Dujonnin, escribió una orden destituyéndolo y nombrando a N. V. Krylenko comandante en jefe. [A propósito de incidentes como éste] Pestkovsky escribe que Stalin se convirtió en el «lugarteniente» de Lenin en la dirección de las acciones revolucionarias de lucha. Estaba encargado de vigilar las operaciones del Don, de Ucrania y otras partes de Rusia. La palabra «lugarteniente» no encaja bien aquí; más corriente sería decir «ayudante técnico». Como la observación del curso de la guerra civil en el país se hacía principalmente por vía telegráfica directa, esta función corría asimismo a cargo de Stalin, porque sus obligaciones le dejaban más tiempo libre que las suyas a los restantes miembros del Comité Central.

Las conversaciones de Stalin por telégrafo directo eran esencialmente entre técnicas y políticas. Cumplía instrucciones. De sumo interés resulta una de sus primeras conversaciones por línea directa, el 17 (30) de noviembre de 1917, con Porsh, representante de la Rada ucraniana. Esta institución era similar al Gobierno de Kerensky, y se apoyaba en la capa superior de la pequeña burguesía. Indudablemente, también contaba con la ayuda de la gran burguesía y de los aliados contra los bolcheviques. Los Soviets de Ucrania iban cayendo por aquel tiempo bajo la influencia de los bolcheviques, y estaban en abierta oposición con la Rada. Era inevitable un choque entre ésta y los Soviets, especialmente después de la Revolución de octubre en Petrogrado y Moscú. Porsh, en nombre de la Rada, preguntaba cuál era la actitud del Gobierno de Petrogrado respecto al problema de las nacionalidades y a la suerte de Ucrania y de su régimen interno y particular. Stalin contestó sin concretar nada. «El Poder de Ucrania, como en otras regiones —decía Stalin—, debe pertenecer a la totalidad de diputados de los trabajadores, soldados y campesinos, incluyendo en él también la organización de la Rada. En esa esfera hay un gran margen para la coincidencia entre la Rada Central y el Soviet de Comisarios del Pueblo.» Ésta era precisamente la combinación que los mencheviques y los *essars* pidieron después de la Revolución de octubre, y sobre esta cuestión versaban las negociaciones que Kamenev no había podido llevar a buen fin.

Al otro extremo de la línea, en Kiev, junto al ministro ucraniano Porsh, estaba el bolchevique Sergio Bakinsky, quien también solicitaba respuesta a varias preguntas. Uno y otro se vigi-

laban. Bakinsky representaba a los Soviets. Dijo que la Rada central no creía posible transferir el Poder localmente a los Soviets. Contestando a Bakinsky, Stalin dijo que si la Rada Central no se prestaba a convocar un Congreso de Soviets con los bolcheviques, «lo convocase él sin la Rada». Además: «El Gobierno de los Soviets debe aceptarse localmente. Este es un mandamiento revolucionario que no podemos dar de lado, y no comprendo cómo la Rada Central de Ucrania puede argumentar contra un axioma.»

Un cuarto de hora antes Stalin había declarado que era posible combinar los Soviets con las organizaciones democráticas de la Rada; ahora se pronunciaba por el Gobierno de los Soviets sin ningún género de combinación, como axiomático. ¿Cómo explicarse esta contradicción? No tenemos documentos a la vista. Pero la mecánica que encubre la conversación está muy clara. Durante las negociaciones, Stalin enviaba la cinta del piso bajo del Smolny al piso superior, a Lenin. Habiendo leído éste la proposición de Stalin de combinar los Soviets con las organizaciones de la Rada, no pudo menos de enviarle una enérgica nota. Tal vez bajase corriendo al cuarto del telégrafo para decir a Stalin lo que pensaba. Stalin no discutió, y en la segunda parte de su conversación dio instrucciones totalmente opuestas a las transmitidas en la primera parte de ella.

Como miembro del Politburó, Stalin estaba incluido en la delegación del Partido Comunista ruso al Congreso del Partido Socialista finés. Pero esta inclusión sólo tenía carácter nominal. Stalin no tomó parte en la labor de aquél. «Cuando a fines de diciembre de 1917 se reunió el Congreso del Partido finlandés —escribe Pestkovsky—, surgió la cuestión de señalar a quién seguiría la clase trabajadora de Finlandia. El Comité Central de los bolcheviques envió a aquel Congreso a Stalin como representante suyo.» Ni Lenin, ni yo, ni Sverdlov podíamos abandonar Petrogrado; y, por otra parte, Zinoviev y Kamenev no servían en aquella época para la tarea de provocar una insurrección en Finlandia. La candidatura de Stalin parecía la más apropiada. En aquel Congreso fue, seguramente, donde Stalin conoció a Tanner, con quien, veintidós años después, hubo de tratar en vísperas de la guerra finosoviética.

El mismo Pestkovsky se refiere a la íntima colaboración entre Lenin y Stalin. «Lenin no podía prescindir de Stalin siquiera un día. Probablemente por eso nuestro despacho en el Smolny estaba “bajo las alas” de Lenin. Durante el día llamaban a Stalin infinitas veces, o se presentaba en nuestro despacho para llevarse. Stalin pasaba con Lenin la mayor parte del día. No sé lo que hicier-

ran, pero en cierta ocasión, al entrar en el despacho de Lenin, sorprendí un cuadro interesante. De la pared pendía un gran mapa de Rusia. Delante había dos sillas, y en ellas estaban sentados Ilich y Stalin, moviendo los dedos por la zona Norte, creo que por Finlandia.

»Por la noche, cuando la agitación en el Smolny cedía un poco, Stalin iba al hilo directo y se pasaba allí horas enteras. Llevaba las más largas negociaciones, bien con nuestros jefes militares (Antonov, Pavlunovsky, Muravyov y otros), bien con nuestros enemigos, con el ministro de la Guerra de la Rada ucraniana, Porsh. De vez en cuando, si por un asunto urgente se veía obligado a salir, me llamaba al telégrafo.» Los hechos se refieren aquí más o menos correctamente; la interpretación es parcial. En aquel período, Lenin necesitaba mucho de Stalin; de eso no puede dudarse. Zinoviev y Kamenev habían estado sosteniendo una lucha contra Lenin; yo pasaba mi tiempo en los mítines o en Brest-Litovsk, sobre todo esto último; Sverdlov cargaba con la responsabilidad de todo el trabajo de organización del Partido. Stalin, en realidad, no tenía obligaciones definidas. El Comisariado de las Nacionalidades, sobre todo al principio, le consumía poco tiempo. Por consiguiente, desempeñaba las funciones de jefe de personal o de empleado de confianza a las órdenes de Lenin. Las conversaciones por telégrafo directo eran esencialmente técnicas, aunque de gran responsabilidad, y Lenin sólo podía confiarlas a una persona experta, perfectamente informada de todas las tareas y cuidados de Smolny.

[Incluso después del traslado de Petrogrado a Moscú, Lenin continuó fiel a la regla axiomática de no dar órdenes personales. Unos tres años más tarde cuando el 24 de setiembre de 1920, Ordzhonikidze le pidió permiso por telégrafo desde Bakú para enviar un destructor a Enzeli (Persia), Lenin escribió en el mismo telegrama: «Preguntaré a Trotsky y a Krestinsky.» En efecto, hay multitud de notas de esta clase en telegramas, cartas e informes. Lenin nunca decidía por sí mismo; siempre acudía al Politburó. Dos o tres de sus miembros solían estar en Moscú. De estos cientos de notas sobre el propósito de consultar con miembros del Politburó, sólo se han extraído las que llevan la inscripción de «consultar con Stalin», para interpretarlas en el sentido de que Lenin no sabía dar un paso sin él.

[Con referencia a las negociaciones de Brest-Litovsk], los historiógrafos de Stalin se han despachado a su gusto. [Tenían documentos auténticos que citar en apoyo de su mitología, documentos

de los archivos del Comisariado de Negocios Extranjeros, presidido entonces por Trotsky. Así, en 1935, escribía un tal Sorin:]

\* «En una carta a Lenin, desde Brest, Trotsky proponía el siguiente plan, profundamente aventurado en esencia: no firmar una paz anexionista, sino continuar la guerra, y desmovilizar a la vez el ejército. El 15 (2) de enero, en una conversación por hilo directo con Trotsky, que pedía una respuesta, Vladimiro Ilich calificó el plan de Trotsky de «disputable», y demoraba la contestación definitiva hasta que llegase Stalin, que por entonces no estaba en Petrogrado, y a quien Vladimiro Ilich deseaba consultar. Reproducimos la reseña completa de estas conversaciones:

»15 (2) enero. Trotsky y Lenin sostuvieron por hilo directo las siguientes conversaciones: Trotsky pregunta a Lenin si recibió una carta que le dirigió por medio de un soldado lituano. Trotsky necesita una respuesta inmediata a esa carta. La respuesta debe estar concebida en términos de conformidad o de desacuerdo.»

«Lenin al aparato: Acabo de recibir tu carta especial. Stalin no está aquí, y no he podido enseñársela aún. Tus planes me parecen contestables. ¿No es posible aplazar la decisión final hasta después de una sesión especial del Comité Ejecutivo Central? Tan pronto como vuelva Stalin le enseñaré la carta. — Lenin.»

«Debemos procurar diferir la decisión todo lo posible, esperando tus noticias. Trata de apresurarte. La delegación de la Rada está realizando una política de traición flagrante. El estudio del plan en el Comité Central me parece inconveniente, pues puede provocar una reacción antes de llevar el plan a efecto. — Trotsky.»

Respuesta a Trotsky: «Desearía consultar primero con Stalin antes de contestar a tu pregunta. Hoy sale a visitarte una delegación del Comité Ejecutivo Central de Ucrania en Jarkov, que se asegura que la Rada de Kiev está en la agonía. — Lenin.»

Cuando las negociaciones de 18 (5) de enero alcanzaron un punto crítico, L. D. Trotsky pidió normas por hilo directo, y recibió, una tras otra, las dos siguientes notas:

1. «A Trotsky: Stalin acaba de llegar. Consultaré el caso con él y te daremos nuestra contestación. — Lenin.»
2. «Informad a Trotsky que consiga una tregua y venga a Petrogrado. — Lenin, Stalin.»

[La historia oficial del Partido bolchevique, publicada en 1939, se desborda aquí por completo. Afirma lo siguiente:]

\* «El 10 de febrero de 1918 se interrumpieron las negociaciones de paz de Brest-Litovsk. A pesar de que Lenin y Stalin insistían en firmar la paz en nombre del Comité Central del Partido, Trotsky, que presidía la delegación soviética en Brest, traidoramente violó las instrucciones explícitas del Partido bolchevique. Declaró que la República Soviética se negaba a firmar la paz en las condiciones propuestas por Alemania, y al mismo tiempo informó a los alemanes que la República Soviética no continuaría la guerra y seguiría desmovilizando el ejército.

»Esto era monstruoso. Los imperialistas alemanes no podían pedir más de este traidor a los intereses de la patria soviética.»

[Pasando de la página 207 a la 208 del mismo libro, encontramos la siguiente invención:]

\* Lenin calificó esta decisión de «extraña y monstruosa».

En aquel tiempo, el Partido no comprendía aún cuál era la razón de la conducta hostil al mismo de Trotsky y los «comunistas de izquierda». Pero como se ha probado últimamente en la causa contra el «Bloque de derechistas y trotskistas» antisoviéticos (iniciado en 1938), Bujarin y el grupo de «comunistas de izquierda», encabezado por él, en unión de Trotsky y de los *essars* «de izquierda», ya conspiraban entonces secretamente contra el Gobierno soviético. Bujarin, Trotsky y sus cómplices conspiradores según ha resultado, tendían a anular el tratado de paz de Brest, detener a V. I. Lenin, J. V. Stalin, Ya. M. Sverdlov, matarlos y formar un nuevo Gobierno de bujarinistas, trotskistas y *essars* «de izquierda».

[Examinemos ahora las actas. Sesenta y tres bolcheviques asistieron a la Conferencia del 21 (8) de enero 1918, de los cuales una mayoría absoluta (32) votaron en favor de emprender una guerra revolucionaria. La posición de Trotsky (ni paz ni guerra), obtuvo 16 votos; la de Lenin (paz con el Imperio alemán), 15 votos. La cuestión se examinó de nuevo tres días después por el Comité Central del Partido. Las actas de la sesión del 24 (11) de enero de 1918, dicen lo siguiente:]

\* «El camarada Trotsky propone que se someta a votación la siguiente fórmula: "Terminemos la guerra, no hacemos la paz,

desmovilicemos el Ejército." Para someter a votación. En favor, 9; en contra, 7.

»Se puso a votación la propuesta de Lenin: "Insistimos en que la paz se firme de todos modos." (En favor, 12; en contra, 1.) La de L. D. Trotsky: "¿Vamos a lanzar una apelación a la guerra revolucionaria?" (En favor, 2; en contra, 11; abstenciones, 1); y "Paramos la guerra, no hacemos la paz, desmovilizamos el Ejército". (En favor, 9; en contra, 7.)»

En aquella sesión, Stalin fundaba la necesidad de firmar una paz separadamente en este argumento: «No hay ningún movimiento revolucionario en el Oeste; no hay hechos, sino tan sólo potencialidades, y no podemos tener éstas en cuenta.» «¿No podemos tenerlas en cuenta?», fue la refutación inmediata de Lenin; es verdad que la revolución en Occidente no ha empezado; «sin embargo, si cambiáramos nuestra táctica por eso, seríamos traidores al socialismo internacional».

El día siguiente, 25 (12) de enero, se examinó la cuestión de la paz en la sesión conjunta de los Comités Centrales de los bolcheviques y de los socialrevolucionarios (*essars*) de izquierda. por mayoría de votos se acordó someter a la consideración del Congreso de los Soviets la fórmula: «Ni empeñar guerra ni firmar paz.»

¿Cuál fue la actitud de Stalin respecto a esta fórmula? Esto es lo que Stalin declaraba una semana después de la reunión en que la fórmula fue aprobada por 9 votos contra 7:

«Sesión de 1 de febrero (19 de enero) de 1918. Camarada Stalin: "... La salida de esta difícil situación se nos brinda en el punto de vista intermedio, o sea en la posición de Trotsky".»

Las palabras de Stalin se harán perfectamente comprensibles teniendo presente que en todo aquel período crítico la inmensa mayoría de las organizaciones del Partido y Soviets estaban por la guerra revolucionaria, y que, por tanto, la posición de Lenin sólo podía resolverse en una revolución del Partido y del Estado (lo que, naturalmente, no era posible). Así, lejos de equivocarse, Stalin reconocía un hecho incontrovertible, al decir que mi proposición era entonces la única salida de la situación para el Partido.

[En 1 de febrero] la delegación de los Soviets en la Conferencia de la Paz, en Brest-Litovsk, hizo pública la declaración oficial

de la negativa del Gobierno soviético a firmar la paz anexionista y de la terminación de la guerra con las potencias de la Cuádruple Alianza. [Dos días después se publicó] la orden del generalísimo N. V. Krylenko, dando fin a la actividad militar contra dichas potencias y desmovilizando el Ejército ruso.

[Refiriéndose a estos sucesos un año después, Lenin escribió:]

\* «¿Cómo ocurrió que no hubiese una sola tendencia, sentido ni organización del Partido que se opusiera a aquella desmovilización? ¿Qué nos ocurrió? ¿Es que habíamos perdido la cabeza por completo? Nada de eso. Oficiales no bolcheviques andaban diciendo, aun antes de octubre, que el Ejército no podía seguir luchando, que no podía mantenerse en el frente unas semanas más. Después de octubre, eso se hizo palpable a todo el mundo, que quisiera mirar las cosas cara a cara, que no tratase de volver la espalda a la cruda y desagradable realidad, ni de ocultarse o echarse el sombrero ante los ojos, contentándose con frases arrogantes. No había Ejército. Era imposible atenerse a él. Lo mejor era proceder a la desmovilización lo antes posible.

Aquél era el lado enfermo del organismo estatal ruso, que no podía sostener un momento más la carga de la guerra. Cuanto antes lo desmovilizásemos, antes se disolvería en partes no enfermas todavía, y el país estaría en condiciones de prepararse para sus nuevas y difíciles tareas. Esto es lo que sentíamos cuando por unanimidad, sin la más leve protesta, aprobamos la resolución, la decisión que, desde el punto de vista de los acontecimientos exteriores, era absurda: desmovilizar el Ejército. Era lo que debía hacerse. Decíamos que sostener el Ejército era una vana ilusión. Cuanto antes lo desmovilizáramos, antes comenzaría la convalecencia de todo el organismo social en conjunto. De aquí que las frases revolucionarias: "Los alemanes no pueden avanzar", y su consecuencia: "No podemos declarar terminado el estado de guerra; ni guerra ni firma de paz" envolviesen un error tan profundo, una valoración tan excesiva de los hechos. Pero, supongamos que avanzan los alemanes. "No, no serán capaces de avanzar."»

En realidad, el avance de las tropas alemanas duró catorce días, del 18 de febrero al 3 de marzo. Todo el día 18 de febrero dedico el Comité Central a la cuestión de cómo reaccionar al avance alemán que había comenzado.

Después de romperse las negociaciones de Brest, el 10 de febrero, y de publicar los delegados rusos una declaración de terminación de la guerra y de negativa a firmar la paz con Alemania, el «partido militar» (el partido de anexión a toda costa) había vencido. En una conferencia celebrada en Hamburgo el 13 de febrero, bajo la presidencia del emperador Guillermo, se aprobó la siguiente declaración que él mismo propuso: «La negativa de Trotsky a firmar el tratado de paz conduce automáticamente a la terminación del armisticio.» El 16 de febrero, el mando militar alemán informó oficialmente al Gobierno soviético de la terminación del armisticio con la República de los Soviets, a contar del mediodía del 18 de febrero, violando así la condición estipulada de que el aviso de finalizar el armisticio debía darse siete días antes de iniciar la acción militar.

La cuestión de cómo reaccionar ante el avance alemán se planteó primeramente en la reunión del Comité Central del Partido, de la noche del 17 de febrero. La proposición inmediata de Alemania de abrir nuevas negociaciones para la firma de la paz fue rechazada por seis votos contra cinco. En cambio, nadie votó por «la guerra revolucionaria»; N. I. Bujarin, G. I. Lomov y A. A. Joffe «renunciaron a votar por plantearse así la cuestión». Por mayoría de votos se aprobó una resolución «diferiendo la reanudación de negociaciones de paz hasta que el avance se manifestase en grado suficiente y se haga notar su influencia sobre el movimiento obrero». Con tres abstenciones, se aprobó por los votos restantes la siguiente decisión: «Si es hecho el avance alemán y no hay sublevación revolucionaria en Alemania y Austria, tenemos que hacer la paz.»

El 18 de febrero, iniciado ya el avance alemán, el Comité Central del Partido estuvo reunido todo el día, con breves interrupciones (en una de las actas se cita como hora «por la noche», sin mencionarse la de las otras dos). En la primera sesión, después de intervenir Lenin y Zinoviev en favor de firmar la paz, y yo y N. I. Bujarin en contra, se rechazó por siete votos contra seis la moción de «presentar inmediatamente una proposición para reanudar las negociaciones de paz». En la segunda sesión, o sea la de la noche, después de hablar Lenin, Stalin, Sverdlov y Krestinsky en favor de reanudar las gestiones de paz, y Uritsky y Bujarin en contra, y de manifestarme yo en el sentido de no reanudarlas, sino solicitar de los alemanes sus condiciones, se sometió a votación el punto siguiente: «¿Debemos presentar inmediatamente al Gobierno alemán una proposición de concertar la paz en

el acto?» Esta proposición fue aprobada por siete votos (Lenin, Smilga, Stalin, Sverdlov, G. Sokolnikov, Trotsky, Zinoviev) contra cinco (Uritsky, Lomov, Bujarin, Joffe, Kretinsky) y una abstención (Stassova). Entonces se convino en formular una declaración explícita del acuerdo y redactar el texto de la comunicación que había de dirigirse al Gobierno alemán. Se puso a votación la propuesta de Lenin sobre los puntos de que había de constar el telegrama. Salvo dos abstenciones, el resto votó por anotar y referirse a la dureza de las condiciones de paz; en el sentido de firmar, desde luego, las condiciones conocidas, indicando que no había posibilidad de rechazar otras aún peores, se pronunciaron siete contra cuatro y dos abstenciones. La tarea de formular el texto se delegó en Lenin y en mí. Lenin escribió acto seguido el radiograma, y, con leves correcciones mías, se aprobó éste en la reunión conjunta de los Comités Centrales de los bolcheviques y de los *essars* de izquierda, mandándose las firmas del Consejo de Comisarios del Pueblo a Berlín el 19 de febrero.

En la sesión del Consejo de Comisarios del Pueblo de 21 de febrero, los representantes de la izquierda *essar* votaron en contra de utilizar la ayuda de la Entente para contrarrestar el avance alemán. Se habían iniciado negociaciones con los aliados sobre ayuda militar y técnica poco después de la revolución de octubre. Las llevábamos Lenin y yo con los generales Lavergne y Niessel y el capitán Jacques Sadoul por los franceses, y con el general Raymond Robbins por los norteamericanos. El 21 de febrero, en relación con el *continuado avance de los alemanes*, el embajador francés Noulens me telegrafió: «En su resistencia a Alemania, pueden contar con la cooperación militar y económica de Francia.» Naturalmente, la diferencia entre el militarismo alemán y el militarismo francés no era para nosotros cuestión de principio. Era sólo cuestión de asegurar la necesaria neutralización de ciertas fuerzas antagónicas a fin de salvar al Gobierno soviético. (Pero el Gobierno francés no cumplió su palabra.) Clemenceau proclamó una guerra santa contra los bolcheviques. Entonces nos vimos obligados a firmar la paz de Brest-Litovsk.

La respuesta al radiograma de los Soviets que bosquejaba las condiciones alemanas de paz se recibió en Petrogrado a las diez y media de la mañana (del 23 de febrero). Comparadas con las condiciones de paz ofrecidas el 10 de febrero, las nuevas eran mucho peores. El Ejército rojo debía evacuar inmediatamente Letonia y Estonia, que ocuparía la Policía alemana; Rusia se comprometía a concertar la paz con los Gobiernos burgueses de Uera-

nia, Finlandia, etc. Se discutió (el mismo día) si se aceptaban los términos de paz alemanes, primero en la sesión del Comité Central del Partido bolchevique, y luego en una reunión conjunta de nuestro Comité Central y el de los *essars* izquierdistas, y, por último, en la sesión plenaria del mismo Comité Ejecutivo Central de toda Rusia.

En la reunión del Comité Central del Partido bolchevique, Lenin, Zinoviev, Sverdlov y Sokolnikov hablaron en favor de aceptar aquellas condiciones y firmar la paz. Bujarin, Dzerzhinsky, Uritsky y Lomov se manifestaron contrarios a ello. Yo declaré que, «de haber tenido unanimidad, podíamos habernos encargado personalmente de organizar la defensa. Hubiéramos podido hacerlo... Pero eso requería la máxima unidad. Como no la había, no quería cargar con la responsabilidad de votar por la guerra». El Comité Central resolvió por siete votos contra cuatro, con cuatro abstenciones, aceptar en el acto la proposición alemana, prepararse para una guerra revolucionaria y (unánimemente, con tres abstenciones), efectuar una votación entre los electores del Soviet en Petrogrado y Moscú, para cerciorarse de la actitud de las masas respecto a la conclusión de la paz.

En aquella sesión del Comité Central de 23 de febrero, Stalin declaró: «No necesitamos firmar, pero hay que iniciar en seguida negociaciones de paz.» A lo que Lenin replicó: «Stalin no tiene razón al decir que no necesitamos firmar. Las condiciones deben firmarse. De no hacerlo, firmáis la sentencia de muerte del Gobierno de los Soviets para dentro de tres semanas.» (Y el acta dice además: «El camarada Uritsky, contestando a Stalin, dijo que las condiciones habían de aceptarse o rechazarse, pero que ya no era posible entablar negociaciones.»)

A cualquier enterado de los asuntos en aquellos momentos (incluso a un ardiente y tenaz defensor de una guerra revolucionaria contra la Alemania imperial como Uritsky) le era evidente la inutilidad de resistirse. La propuesta de Stalin obedecía totalmente a la falta de una posición meditada. Ya el 18 de febrero, el Ejército alemán [había ocupado] Minsk. Su avance se desarrollaba con extraordinaria rapidez. La política de retroceder se había apurado hasta las heces. [Y, sin embargo,] Stalin proponía [cinco días después,] el 23 de febrero, no firmar la paz, sino... entablar negociaciones.

Stalin habló de nuevo en la sesión del 23 de febrero, esta vez en defensa de la necesidad de firmar el tratado de paz. Aprovechó la ocasión para rectificarse igualmente en cuanto al punto de la



revolución internacional [al verse criticado] por Lenin. [Stalin dijo:] «También nosotros apostamos por la Revolución, pero vosotros contáis por semanas, mientras que nosotros lo hacemos por meses.» Esto se ajustaba enteramente al humor de aquellos días y a las palabras de Sergeyev (Artemio) [en la sesión del 24 (11) de enero de 1918], de que todos los miembros del Comité Central estaban conformes en una cosa: en que sin la victoria de la Revolución en el plazo más breve posible (según Stalin de allí a pocos meses), la República de los Soviets perecería. Así, por entonces prevalecía unánimemente el «trotskismo» en el Comité Central del Partido.

Esencialmente, Stalin no adoptó una posición independiente en el período de las negociaciones de Brest. Vacilaba, esperaba la ocasión, mantenía la boca cerrada... intrigaba. «El viejo espera aún la paz —me decía, moviendo la cabeza en dirección a Lenin—, pero no la conseguirá.» Luego, probablemente iría a decir a Lenin algo parecido respecto a mí. La verdad es que nunca se ponía al descubierto, seguramente porque nadie se interesaba por su opinión ni por sus contradicciones. Tengo la certeza de que mi tarea principal, consistente en hacer nuestra actitud respecto a la paz lo más comprensible que pudiera al proletariado del mundo, era una consideración secundaria para Stalin. Él estaba interesado por la «paz en un país», lo mismo que después había de interesarse por el «socialismo en un país». Durante la votación decisiva se unió a Lenin. Sólo al cabo de unos años, en provecho de su lucha contra el trotskismo se tomó la molestia de componer para su uso cierta apariencia de «punto de vista» sobre los acontecimientos de Brest. Compárese su actitud con la de Lenin, quien, dirigiéndose al VII Congreso del Partido, el 8 de marzo, inmediatamente después de la enconada lucha de facciones, dijo:

\* «Además, debo referirme a la posición del camarada Trotsky. Es necesario distinguir dos aspectos de su actividad; cuando comenzó las negociaciones en Brest, utilizándolas espléndidamente para la agitación, todos estábamos de acuerdo con el camarada Trotsky... La táctica de Trotsky, en cuanto tendía a ganar tiempo, era justa. Pero se hizo injusta cuando se declaró terminado el estado de guerra sin haber firmado aún la paz... Pero como la Historia ha disipado aquello, no vale la pena recordarlo.»

Evidentemente, había una profunda diferencia entre la política de Lenin en todo el asunto de la crisis de Brest-Litovsk y la

política de Stalin, que estaba más cerca de Zinoviev. Debe consignarse que únicamente Zinoviev tuvo el valor de reclamar la inmediata firma de la paz, profetizando que la suspensión de las negociaciones llevaría de seguro a una agravación de las condiciones inmediatamente; pero Lenin pensaba que dando largas a las negociaciones de paz se hacía agitación revolucionaria y que las tareas de la revolución internacional estaban por encima de las consideraciones patrióticas, por encima de las condiciones territoriales y de todo otro orden del tratado de paz. Para Lenin, la cuestión era asegurarse un respiro en la lucha por la revolución internacional. Stalin seguramente opinaba que la revolución internacional era algo «potencial» con lo que no podía contarse. Verdad es que más tarde, rectificó estas palabras, para imponerse a otros, pero, en esencia, la revolución internacional en aquellos días, como mucho más tarde, siguió siendo para él una fórmula sin vida, de nula utilidad para la política práctica.

Precisamente en la época de esta crisis fue cuando se vio claro que los factores de la política mundial eran incógnitas para Stalin. Nada sabía de ellas, ni le interesaban. Entre las capas mejor preparadas de los trabajadores alemanes se entablaron discusiones apasionadas sobre las negociaciones iniciadas por los bolcheviques con objeto de concertar la paz. No pocos exteriorizaban la opinión de que los bolcheviques y el Gobierno de los Hohenzollern estaban representando una comedia en la que el desenlace era conocido de antemano. La lucha por la revolución requería que aclarásemos a los trabajadores que no podíamos proceder de otra manera, que los enemigos nos arrollaban y nos veíamos forzados a firmar el tratado de paz. Precisamente por esa razón, el avance alemán era nuestra mejor prueba de la índole obligada del tratado. Un ultimátum de Alemania no hubiera sido bastante; un ultimátum pudiera haberse tomado también como parte de la comedia ensayada. Era muy diferente, en cambio, el movimiento efectivo de las tropas alemanas, la ocupación de ciudades y de efectos militares. Estábamos perdiendo una enorme riqueza, pero ganábamos a su costa la confianza política de la clase trabajadora de todo el mundo. Tal era el sentido del desacuerdo.

Según el texto de la Constitución, un Comisariado del Pueblo se componía del presidente<sup>1</sup> y de la Junta que constaba, a su vez, de media docena y hasta de una docena de miembros. No era tarea

<sup>1</sup> El comisario del Pueblo. — C. M.

fácil dirigir un departamento. Según Pestkovsky, «todos los miembros de la Junta sobre Asuntos Nacionales estaban en oposición con Stalin, y con frecuencia dejaban a su comisario del Pueblo en minoría». El contrito autor se apresura a añadir: «Stalin decidió reeducarnos, y a ello se consagró con perseverancia, poniendo en tal propósito infinita perspicacia y discreción.» Es lástima que Pestkovsky no entre en pormenores sobre este aspecto de la cuestión. Pero si nos enteramos por él del original modo de resolver Stalin sus conflictos con la Junta. «A veces perdía la paciencia —relata Pestkovsky—, pero nunca lo demostraba durante las reuniones. En esos casos, cuando a causa de nuestras inacabables discusiones en las conferencias se impacientaba, salía de la habitación con gran habilidad; “por un momento” desaparecía de pronto de la habitación para retirarse a un rincón del Smolny, y más tarde del Kremlin. Era imposible encontrarle. Al principio solíamos esperarle; pero, al cabo, aplazábamos la reunión. Yo me quedaba solo en nuestro despacho común, aguardando pacientemente su vuelta, pero en vano. En aquellos momentos solía sonar el teléfono; era Vladimiro Ilich llamando a Stalin. Le replicaba que Stalin había desaparecido, y él contestaba invariablemente: “Buscadle en seguida.” No era cosa fácil. Salía a dar una larga carrera por los corredores interminables del Smolny o del Kremlin en busca de Stalin, para encontrarle en los sitios más inesperados. Un par de veces le hallé en el cuarto del marinero camarada Vorontsov, en la cocina, tendido en un diván y fumando una pipa mientras cavilaba sobre su tesis.»

No menos colorido hay en la descripción que hace Pestkovsky de la búsqueda de local para el Comisariado en Moscú, cuando el Gobierno se trasladó allí en marzo siguiente desde Petrogrado. Entre los Departamentos se desencadenó una furiosa pelea por las casas particulares de los comerciantes. El Comisariado Popular de Nacionalidades no consiguió absolutamente nada al principio. «Yo puse a contribución a Stalin.» Ignoro a quién pondría Stalin a contribución. «Al poco tiempo, el Comisariado Popular de Nacionalidades estaba en posesión de varias casa particulares. La Oficina central y los bielorrusos se alojaron en la Povarskaya; los letones y los estonios en la Nikitskaya; los polacos en el Arbat, los judíos en Prechistenka, y los tártaros en un local de la ribera. Además, Stalin y yo teníamos despachos en el Kremlin. Stalin no pareció satisfecho ni mucho menos con la situación. “Ahora es completamente imposible teneros a todos a la vista. Deberíamos encontrar una casa grande y estar allí todos reunidos.” Esta idea no le abandonó un solo mi-

nuto. Pocos días después, me dijo: “Nos han dado el ‘Gran Hotel’ de Siberia, pero el Consejo Supremo de Economía Nacional se lo ha apropiado. Sin embargo, yo no pienso ceder. Di a Alliluyeva que escriba lo siguiente en varias cuartillas: *Estos locales están ocupados por el Comisariado Popular de Nacionalidades. Y llévate unas chinches.*”»

Alliluyeva, futura esposa de Stalin, era mecanógrafa en el Comisariado de Nacionalidades. Armados de las mágicas cuartillas y de chinches, Stalin y su ayudante fueron en automóvil a la calle de Ziatoustensky. «Ya estaba oscureciendo. La entrada principal del hotel estaba cerrada. En la puerta se veía un trozo de papel con el siguiente texto: “Esta casa está ocupada por el Consejo Supremo.” Stalin lo arrancó, y en su lugar pusimos nuestros letreos. “Ya no nos queda más que entrar aquí”, dijo Stalin. No era fácil hacerlo. Con gran dificultad encontramos la entrada posterior. Por una razón ignorada la electricidad no funcionaba. Nos alumbramos con cerillas. En el segundo piso tropezamos con un largo pasillo. Clavamos nuestros avisos en varias puertas, al azar. Cuando llegó el momento de volvernos, se nos habían terminado los fósforos. Al bajar en la más completa oscuridad, nos caímos hasta el piso de abajo y casi nos rompimos la cabeza. Al fin, pudimos encontrar el camino hasta nuestro automóvil.»

Exige algún esfuerzo de imaginación figurarse a un miembro del Gobierno, al amparo de la oscuridad, entrando violentamente en un edificio ocupado por otro Ministerio, arrancando unos avisos y poniendo otros en su lugar. Puede decirse con certeza que no se le hubiera ocurrido tal cosa a ningún otro comisario del Pueblo miembro del Comité Central. En este rasgo reconocemos al Koba de los días de la cárcel de Bakú. Stalin no podía menos de saber que la cuestión discutible de un edificio había de decidirse en última instancia por el Consejo de Comisarios del Pueblo ante un hecho consumado. El intento fracasó; el edificio fue concedido al Consejo Supremo de Economía Nacional, que era un Ministerio más importante<sup>1</sup>. Ya tenía Stalin otra rencilla secreta contra Lenin.

<sup>1</sup> En 1930, el poder de Stalin ya no admitía competencia. Pero el culto estatal de su personalidad comenzaba entonces a establecerse. Así ha de explicarse la circunstancia de que en estas memorias, a pesar de su tono panegírico general, se advierta aún una nota de familiaridad, e incluso se consienta un matiz de ironía bonachona. Unos años después, cuando las «purgas» y las ejecuciones impusieron el necesario sentido de la distancia, contar cómo Stalin se refugió en la cocina del comandante o tomó posesión de una casa por la noche, hubieran parecido ya impropias y convertido el documento en «tabú». Es verosímil que este autor pagase muy cara tal falta de etiqueta. — L. T.

La mayoría de la Junta razonaba, según el relato de Pestkovsky, del siguiente modo: toda opresión nacional era solamente una de las manifestaciones de la opresión de clase. La Revolución de octubre ha destruido la base de la opresión clasista. Por consiguiente, no había necesidad de organizar en Rusia repúblicas y regiones autónomas. La división territorial debía hacerse sólo con sujeción a normas económicas. «... La oposición a la política leninista, por extraño que parezca de primera intención, era especialmente fuerte entre los bolcheviques no rusos (letones, ucranianos, armenios, judíos, etc.). Los bolcheviques de las tierras fronterizas que sufrían opresión se habían formado en la lucha con partidos nacionalistas, y se inclinaban a rechazar, no sólo el veneno del patrioterismo, sino incluso las reivindicaciones sociales progresivas. La Junta del Comisariado Popular de Nacionalidades contaba con dos no rusos rusificados, que oponían su abstracto internacionalismo a las necesidades de desenvolvimiento de las nacionalidades oprimidas. Realmente, su política apoyaba la vieja tradición de la rusificación, y era intrínsecamente un peligro especial en las circunstancias de la guerra civil.»

El Comisariado Popular de Nacionalidades se creó para organizar todas las antiguas naciones oprimidas de Rusia mediante Comisariados nacionales (como el armenio, el bielorruso, el judío, el letón, el musulmán —llamado más tarde tártarobashkir—, el polaco y las secciones de los montañeses del Cáucaso, los alemanes, los kirghises, los ucranianos, los chuvash, los estonios, los calmuco, los yugoslavos, los checoslovacos —para servir a los prisioneros militares checos—, los votiacos y los komis). El Comisariado trataba de organizar la educación de las nacionalidades sobre una base soviética. Publicaba un periódico semanal, *La Vida de las Nacionalidades*, en ruso, y varias publicaciones en diversas lenguas nacionales. Pero se dedicaba principalmente a organizar repúblicas nacionales y regionales, para encontrar los necesarios cuadros dirigentes entre los mismos naturales de ellas; a la orientación general de las entidades territoriales recién organizadas, y a cuidar de las minorías nacionales que residían fuera de su propio territorio segregado. A los ojos de las nacionalidades atrasadas que por primera vez se vieron solicitadas por la Revolución a llevar una existencia nacional independiente, el Comisariado de Nacionalidades tenía una indudable autoridad. Les abría las puertas que llevaban a una vida independiente dentro del marco del régimen soviético. En aquella esfera, Stalin era un ayudante insustituible para Lenin. Stalin conocía la vida del pueblo aborigen del Cáucaso, ínti-

mamente, como sólo un nativo podía conocerla. Llevaba aquel primitivismo en la sangre. Le gustaba la sociedad de aquella gente, encontraba un lenguaje común para conversar con ellos, no recibía que pudiesen superarle en nada, y, por consiguiente, los trataba con aire democrático, amistoso. Lenin apreciaba estas cualidades de Stalin, que otros no compartían, y en todos sentidos trató de respaldar la autoridad de Stalin frente a toda clase de delegaciones nacionales. «Trátalo con Stalin. Conoce bien ese asunto. Sabe cómo andan las cosas. Discute el asunto con él.» Tales consejos salieron de sus labios centenares de veces. En todas aquellas ocasiones en que Stalin tenía serios conflictos con los delegados nacionales, o con su propia Junta, se acudía al Politburó, donde todas las cuestiones en litigio se resolvían invariablemente en favor de Stalin. Esto reforzó, seguramente, su autoridad aún más en el concepto de los círculos rectores de las nacionalidades atrasadas: del Cáucaso, del Volga, de Asia. La nueva burocracia de las minorías nacionales llegó a ser más tarde un baluarte no despreciable del poder de Stalin.

El 27 de noviembre de 1919 se celebró en Moscú el II Congreso de Organizaciones comunistas musulmanas de toda Rusia y de los pueblos del Este. Abrió el Congreso Stalin en nombre del Comité Central del Partido. Fueron elegidos cuatro miembros honorarios: Lenin, Trotsky, Zinoviev y Stalin. El presidente del Congreso, Sultán-Galiyev<sup>1</sup>, uno de los que después tuvieron mal fin, propuso que el Congreso saludara a Stalin como «uno de esos luchadores que arden con una llama de odio contra el imperialismo internacional». Pero es muy característico para la gradación de los dirigentes en aquel tiempo, que incluso en este Congreso terminase el informe de Sultán-Galiyev sobre la revolución política en general con la salutación: «¡Viva el Partido Comunista ruso! ¡Vivan sus dirigentes, camaradas Lenin y Trotsky!» Aun este Congreso de los Pueblos del Este, celebrado bajo la dirección inmediata de Stalin, no creyó necesario incluir a Stalin entre los líderes del Partido.

Stalin fue comisario Popular de Nacionalidades desde el momento de la Revolución hasta la liquidación del Comisariado en 1923, al crearse la Unión Soviética y el Consejo de Nacionalidades del Comité Ejecutivo Central de la U.R.S.S. Puede considerarse firmemente comprobado que, por lo menos hasta mayo de 1919, Stalin no tuvo mucho que hacer con los asuntos del Comisariado.

<sup>1</sup> Véase Suplemento II

Al principio, Stalin no escribía los editoriales de *La Vida de las Nacionalidades*; luego, cuando el periódico empezó a salir en formato grande, comenzaron a aparecer los editoriales de Stalin un número tras otro. Pero la productividad literaria de Stalin no era grande, y fue disminuyendo de año en año. En 1920-1921 sólo encontramos dos o tres artículos suyos. En 1922, ni uno solo. Por entonces, Stalin se había pasado por completo a la política de máquina.

En 1922, el Consejo de dirección del periódico decía: «Al iniciar la publicación de *La Vida de las Nacionalidades*, el camarada Stalin, comisario Popular de Asuntos de las Nacionalidades, tomó en ella parte activa. Escribió en aquel periódico no sólo artículos editoriales, sino también a menudo revistas informativas y colaboraba con notas para la sección de "Vida del Partido" y otras.» Leyendo estas colaboraciones, reconocemos al antiguo director de las publicaciones de Tiflis y de la *Pravda* de San Petersburgo en 1913.

Así, en varios números, dedicó su atención al Este. Esta fue una idea directriz de Lenin. Puede seguirse en varios de sus artículos y discursos. Indudablemente, el interés de Stalin por el Este revestía en gran medida carácter personal. Él mismo era natural del Este. Si ante representantes del Oeste, desconocedor como era de la vida occidental y de sus lenguas, se encontraba siempre apurado, con representantes de las naciones atrasadas del Este, cuya suerte dependía en considerable proporción de él en calidad de comisario, se hallaba incomparablemente más a gusto y pisaba terreno más firme. La idea básica era de Lenin. Pero en Lenin, las perspectivas del Este y del Oeste estaban íntimamente trabadas. En primer plano, en 1918, estaban los problemas de Occidente, no de Oriente; la guerra se hallaba a punto de terminar, había motines en todos los países, revoluciones en Alemania y Austria-Hungría y en otras partes. Por ejemplo, el artículo de Stalin titulado *No hay que olvidar el Este* apareció en el número de 24 de noviembre de 1918, esto es, coincidiendo con la revolución en Austria-Hungría y en Alemania. Todos nosotros habíamos mirado estas revoluciones como precursoras de las revoluciones socialistas de Europa. Y entonces escribía Stalin que «sin el movimiento revolucionario en el Este, es inútil pensar en el triunfo final del socialismo»; en otras palabras, Stalin consideraba el triunfo del socialismo imposible, no sólo en Rusia, sino en Europa, sin el despertar revolucionario del Este. Aquello era una repetición de la idea directriz de Lenin; pero en esa repetición había una división, no

sólo de trabajo, sino también de intereses: Stalin no tenía absolutamente nada que decir con referencia a las revoluciones del Oeste. No conocía Alemania, su vida ni su lengua, y otros escribían sobre ello con mucho más conocimiento de causa. Stalin se encontraba sobre el Este.

En 1 de diciembre de 1918, Stalin escribió en *La Vida de las Nacionalidades* un artículo titulado «Ucrania se está liberando.» Era la misma vieja retórica seminarista. La repetición ocupa el puesto de otros recursos: «No dudamos de que el Gobierno Soviético de Ucrania será capaz de ofrecer la debida resistencia a sus nuevos huéspedes importunos, los esclavizadores venidos de Inglaterra y Francia. No dudamos de que el Gobierno Soviético de Ucrania sabrá desenmascarar la misión reaccionaria de tales huéspedes», y así *ad nauseam*. En un artículo publicado en la misma revista el 22 de diciembre de 1918, escribía: «Con ayuda de las mejores fuerzas comunistas, la máquina estatal soviética (en Ucrania) se está reorganizando. Los miembros del Comité Central de los Soviets en Ucrania tienen a su frente al camarada Pyatakov...» Las mejores fuerzas comunistas que componían el Gobierno de Ucrania eran: Pyatakov, Vorochilov, Sergejev (Artemio), Kviring, Zatonsky y Kotsubinsky. De todos ellos sólo Vorochilov ha sobrevivido y llegó a mariscal. Sergejev (Artemio) murió en accidente; los demás fueron ejecutados sin reservas o desaparecieron sin dejar huellas. Tal fue el sino de «las mejores fuerzas comunistas».

El 23 de febrero publicó un editorial titulado *Dos campos*, en el que decía, entre otras cosas: «El mundo se ha dividido resuelta e irrevocablemente en dos campos: el campo del imperialismo y el campo del socialismo... Las olas de la revolución socialista crecen sin freno, y asaltan las fortalezas del imperialismo... Su fragor resuena en las tierras de los pueblos oprimidos... Bajo los pies del imperialismo, el suelo se enciende...» A pesar de las olas, estas imágenes son estereotipadas, y no están muy de acuerdo unas con otras. En todo ello se advierte cierto tonillo de insinceridad bajo el énfasis de la pobreza de estilo burocrático. El 9 de marzo de 1919, *La Vida de las Nacionalidades* publicó un artículo de Stalin bajo el título de *Después de dos años*, que expresaba sus conclusiones: «La experiencia de los dos años de lucha del proletariado confirma cuanto vaticinó el bolchevismo..., la inevitabilidad de la revolución proletaria mundial...» En aquellos días, la perspectiva del bolchevismo no se había reducido a socialismo en ningún otro país. Del mismo tipo eran todos los demás artículos, todos ellos completamente horros de originalidad de pensamiento y de atrac-

tivos de forma. Los artículos eran francamente de carácter doctoral, sin sustancia, lacios y falsos.

El 7 de noviembre (esto es, el tercer aniversario de la Revolución de octubre), encontramos a Stalin en Bakú, donde habló en la sesión solemne de los Soviets, pronunciando un informe titulado *Tres años de dictadura proletaria*. En el Congreso del Pueblo de Daguestán, el 13 de noviembre, Stalin proclamó la autonomía de Daguestán. «El discurso del camarada Stalin —según nos informa el periódico del Comisariado de Nacionalidades— fue interrumpido en varios de sus pasajes por tempestades de aplausos y la *Internacional*, y terminó en medio de una ovación estruendosa.» El 17 de noviembre, en el Congreso del Pueblo del Territorio de Terek, celebrado en Vladikavkaz, Stalin en persona «proclamó la autonomía soviética del Pueblo de Gurian», y se presentó con un informe sobre la mencionada República Soviética autónoma de Gurian. Entre el 18 y el 21 de diciembre de 1920 tuvo lugar la primera Conferencia de Repúblicas Autónomas, territorios y regiones de toda Rusia. Kaminsky transmitió a la Conferencia saludos en nombre de Stalin, que no pudo asistir por hallarse enfermo. La moción para enviar un saludo a Stalin se aprobó por unanimidad. Pero en ese Congreso de los Pueblos del Este, dicen las actas: «Fueron elegidos presidentes honorarios del Congreso: los camaradas Lenin, Zinoviev y Trotsky... Estruendosos aplausos... Miembros honorarios de la presidencia fueron elegidos... y Djughashvili-Stalin...» ¡Otra vez en último lugar!

En Viena, asesorado por Lenin, había escrito Stalin una obra interesante sobre el problema nacional, pero su intento de continuarla independientemente en Siberia dio tal resultado que Lenin juzgó imposible publicar siquiera su artículo. En la Conferencia de marzo de 1917, Stalin desarrollaba la tesis de que la opresión nacional es producto del feudalismo, perdiendo totalmente de vista el imperialismo como principal factor de la opresión nacional en nuestra época. En 1923 situaba en el mismo plano del nacionalismo granruso, que tenía tras sí tradiciones seculares y la opresión de naciones débiles, el nacionalismo defensivo de estas últimas. Estos errores palmarios, errores estalinistas, son explicables en conjunto, como ya se ha apuntado, por el hecho de que no hay una sola cuestión en que se eleve a una concepción sistemática. Se sirve de proposiciones inconexas del marxismo conforme las necesita de momento, eligiéndolas como quien escoge zapatos por el tamaño de una zapatería. Por eso se contradice con tanta facilidad a cada nuevo sesgo de los acontecimientos. Así, aun en el

campo del problema nacional, que se convirtió en su especialidad, Stalin no pudo llegar a un concepto integral.

«Reconocer el derecho a la secesión no significa recomendarla —escribía en *Pravda* el 10 de octubre del año 1920—. La secesión de las comarcas limítrofes hubiese minado el poder revolucionario de la Rusia central, que estimulaba el movimiento liberador del Oeste y del Este. Las naciones limítrofes segregadas hubieran caído inevitablemente bajo la dominación del imperialismo internacional. Basta echar una ojeada a Georgia, Armenia, Polonia, Finlandia, etc., que se han separado de Rusia y sólo conservan una mera ilusión de independencia, puesto que, en realidad, se han convertido en vasallas incondicionales de la Entente. Basta recordar la reciente historia de Ucrania y de Azerbaiján, la primera violada por el capitalismo alemán, y el segundo por la Entente para comprender en toda su plenitud el sentido contrarrevolucionario de la exigencia de secesión de un país limítrofe en las condiciones internacionales reinantes.»

«La oleada revolucionaria del Norte —escribía Stalin en el primer aniversario de la Revolución de octubre— se ha difundido por toda Rusia, inundando una comarca tras otra. Pero en este punto se ha encontrado con un dique formado por los “Consejos nacionales” y los “Gobiernos” territoriales (Don, Kubán, Siberia), que se organizaron incluso antes de octubre. Burgueses por naturaleza, no deseaban de ningún modo destruir el viejo mundo burgués. Antes al contrario, juzgaban deber suyo preservarlo y robustecerlo con todas sus fuerzas. Naturalmente, se convirtieron en focos de reacción, agrupando en torno suyo cuanto había de contrarrevolucionario en Rusia... Pero la lucha de los “Gobiernos nacionales” y territoriales (contra el Centro soviético) resultó desigual. Atacados por ambos lados, de fuera por el Gobierno soviético, y de dentro por sus propios trabajadores y campesinos, los “Gobiernos nacionales” hubieron de retroceder después del primer choque... Completamente derrotados, los “Gobiernos nacionales” tuvieron que solicitar ayuda, contra sus propios trabajadores y campesinos, de los imperialistas de Occidente.»

Así comenzó la ola de intervención extranjera y la ocupación de las comarcas limítrofes, pobladas predominantemente por nacionalidades no rusas, que no podían menos de odiar a Koltchak, Denikin, Wrangel, o a su policía imperialista y rusificante. En un informe que presentó Stalin en Bakú, el 8 de noviembre de 1920, con el título de *Tres años de revolución proletaria*, encontramos las siguientes palabras decisivas: «No cabe duda de que nuestro

camino dista mucho de ser fácil, pero tampoco es dudoso que no nos asustan las dificultades...» Parafraseando ciertas palabras de Lutero, Rusia podría haber dicho: «Aquí estoy, en la frontera entre el viejo mundo capitalista y el mundo socialista; en esta frontera uno los esfuerzos de los proletarios del Oeste con los del campesinado del Este, para echar abajo el viejo mundo. ¡Que el Dios de la Historia me ayude!»

[Según] Petskovsky:

\* «En la primavera de 1918, el Comité Central decretó crear la República tártaro-bashkir. Para dar cumplimiento a esta decisión más concretamente, se convocó en el mes de mayo una Conferencia en Moscú, compuesta de representantes del Partido y organizaciones soviéticas del territorio del Ural, representantes de las nacionalidades tártara y bashkir, y funcionarios del Comisariado Popular de Nacionalidades.

»Los delegados del territorio del Ural en esta Conferencia eran los camaradas Syromolotov y Tintul, y traían con ellos a un comunista bashkir "auténtico", el camarada Shamigulov. Los tres eran adversarios resueltos de la creación de la República tártaro-bashkir, considerándola en cierto modo como una concesión al nacionalismo panislámico. Habiendo recibido este inesperado refuerzo, nosotros, los "izquierdistas" de la Junta del Comisariado de Nacionalidades, cobramos ánimos y resolvimos oponer firme resistencia al "oportunismo" de Stalin. De este modo, los partidarios de crear una República se encontraron en minoría. El único que resueltamente apoyó a Stalin fue Nur-Vajitov, dirigente de los comunistas tártaros, con Ibragimov, un *essar* de izquierda representante de los tártaros de Ufa. El comunista único de Bashkir, Shamigulov, se expresó en contra de la República, estimándola una concesión innecesaria al nacionalismo. Peor fue la conducta de otro bashkir, Manatov. En la reunión votó por la República, para no "reñir con sus superiores", pero en el vestíbulo nos estimulaba a luchar resueltamente contra su creación, porque, a su parecer, los bashkires no deseaban formar con los tártaros en una misma República.

»Después convocó Stalin una sesión de la Conferencia y declaró que, por haber resuelto de antemano el asunto el Comité Central, *había que votar* en favor de la organización de la República; nos resistimos, y después de protestar contra la decisión del asunto antes de haber reunido la Conferencia, abandonamos el mitin de fracción y nos negamos a participar en ulteriores deliberaciones

del Consejo. Al mismo tiempo nos mofábamos de Stalin, diciendo que "se quedaba con un *essar* de izquierda". Aquello nos valió una reprimenda escrita del Comité Central.»

Después de proclamada la República autónoma de Bashkir en noviembre de 1917, brotó de las masas una gran simpatía por el Gobierno soviético. La dirección de estas masas de Bashkir pasó a manos de los elementos nacionalistas acaudillados por Zak-Validov, que representaba los intereses de los burgueses *kulaks* de la población. Gradualmente, este grupo degeneró en una avanzada de actividad antisoviética, y estableció contacto con Dutov y Koltchak. Sin embargo, por presión de las masas, después de liquidar Koltchak la autonomía de Bashkir, Zar-Validov se vio forzado a entablar negociaciones con el Gobierno soviético. En febrero de 1919, después de la liquidación por parte de Koltchak, el Gobierno de Bashkir se pasó al lado del Gobierno soviético, y hacia fines del mismo mes, en Simbirsk, en el Cuartel general del frente Este, la delegación del Gobierno bashkir firmó un acuerdo preliminar que garantizaba la autonomía al pueblo bashkir a condición de establecer un Gobierno a base de la Constitución soviética y de actuar en común los destacamentos bashkires con el Ejército rojo contra los blancos, entre otros puntos.

A primeros de marzo de 1919, Stalin comenzó en Moscú las negociaciones con la delegación bashkir a propósito de crear la República Soviética de Bashkiria. El resultado de estas negociaciones fue el convenio del Gobierno soviético central con el Gobierno de Bashkir respecto a la Bashkiria soviética autónoma, concertado el 20 de marzo de 1919. A primeros de marzo también tuve que salir de Moscú, habiendo declinado participar en el VIII Congreso del Partido en vista de los reveses militares sufridos en las cercanías de Ufa. Stalin continuó tranquilamente en Moscú, en el Congreso, y hasta el 20 del mismo mes llevó adelante las negociaciones con la delegación bashkir. Sin embargo, los historiadores contemporáneos de Bashkiria apenas citan a Stalin en relación con este asunto. [Las dos citas siguientes (la primera de Antagulov y la segunda de Samoïlov) son típicas]:

1

«La lucha entre los camaradas rusos y bashkires se hizo más honda, y comenzó una anarquía completa. En un sitio los rusos eran detenidos en nombre del Gobierno de Bashkiria; en otros, los

bashkires eran detenidos en nombre del Gobierno local. El viaje del camarada Trotsky a Ufa coincidió casualmente con esta situación (marzo de 1920). Los funcionarios bashkires comenzaron de nuevo negociaciones con el Gobierno soviético en la persona del camarada Trotsky, y consiguieron ponerse de acuerdo en muchos puntos.»

2

«Entretanto, como resultado de informaciones recibidas de Bashkiria, el Centro dedicó no escasa atención al asunto bashkir. A mediados de marzo, el camarada Trotsky, que llegó a Ufa con poderes especiales, nos llamó allí para conferenciar sobre las cuestiones bashkires. A aquella conferencia de Sterlitamak, representando a los bashkires acudieron Validov, Tujvatulin, Rajmatulin y Kasprensky representando al Comité territorial, y a los funcionarios del Centro, fueron Dudnik, Samoilov, Sergejev (Artemio), Preobrazhensky, y el presidente del Comité Ejecutivo provisional de Ufa, Eltsin.»

Durante los años iniciales del régimen soviético, el bolchevismo en Ucrania era débil. La causa debe buscarse en la estructura nacional y social del país. Las ciudades, cuya población estaba constituida por granrusos, judíos, polacos y sólo en pequeña proporción por ucranianos, eran en grado considerable una especie de colonias. Entre los obreros industriales de Ucrania, buena parte eran granrusos. Entre la ciudad y el campo había un abismo casi imposible de salvar. Aquellos intelectuales ucranianos que se interesaban por la aldea, por el idioma y la cultura ucranianos, encontraban en la ciudad una acogida semiburlesca, y aquello, naturalmente, los impelía con resentimiento en dirección al patriotismo. Las facciones socialistas no ucranianas de las ciudades no tenían sentido de afinidad con la vida de las masas en los pueblos. En las ciudades ucranianas representaban la cultura de los granrusos con la que la mayoría de ellos, especialmente los intelectuales judíos, no estaban sobradamente familiarizados. De ahí, en buena parte, el carácter exótico del bolchevismo ucraniano, la ausencia del mismo durante el período en que pudo haber echado sólidas raíces, su profunda independencia, y los múltiples conflictos, reyertas y constantes disputas faccionales intestinas.

Era deber de Stalin, en su calidad de comisario popular de Nacionalidades, no perder de vista el desarrollo del movimiento

nacionalista en Ucrania. Sólo por eso estaba más íntimamente relacionado que otros con el Partido bolchevique ucraniano. Aquella afinidad comenzó ya en 1917, poco después de la Revolución de octubre, y se prolongó varios años. En Ucrania, Stalin representaba al Comité Central ruso de los bolcheviques. En cambio, en ciertos Congresos generales del Partido representaba a las organizaciones ucranianas. Esto era corriente por aquella época. Tomó parte en las conferencias del Partido Comunista ucraniano como uno de sus dirigentes efectivos, y como la vida de la organización ucraniana se consumía en gran parte en continuas querellas, conflictos y agrupaciones faccionales, Stalin se sentía en tal atmósfera como un pez en el agua.

Su período ucraniano estuvo lleno de deslices, y por eso permanece totalmente secreto. [Los relatos oficiales estalinianos, obligados a consignar un fracaso tras otro en el intento de imponer la línea del Partido en Ucrania durante toda la permanencia de Stalin al frente del Comisariado Popular de Nacionalidades, soslayan cuidadosamente toda mención de su nombre en conexión con la epidemia de fracasos. No afirman que, en fin de cuentas, «los errores en las cuestiones campesina y nacional cometidos en Ucrania a principios de 1919, y que contribuyeron a la caída del Gobierno soviético allí» se debían a la poca adecuada defensa que Stalin hizo de la política fijada por el Comité Central del Partido Comunista ruso. Criticando este desacierto, decía Lenin: «Sólo una parte muy pequeña de las granjas bien administradas debieran convertirse en granjas soviéticas, pues de otro modo no nos entenderemos con los campesinos... Necesitamos una política similar a la que nos hizo falta a fines de 1917 y muchos meses de 1918... Por consiguiente, hemos de dedicar un gran número de granjas soviéticas al reparto general de tierras.»]

[Al presentarse en la IV Conferencia del Partido de toda Ucrania el 16 de marzo de 1920, como representante plenipotenciario del Comité Central, armado de la explícita resolución de aquel organismo sobre la cuestión ucraniana, Stalin se halló de nuevo frente a una abigarrada oposición, cuyo punto de vanguardia eran los adeptos de la tendencia del «centralismo democrático» de Sapronov, derrotada al discutirse en la Conferencia del Partido de toda Rusia en diciembre anterior. Esta vez se conocían de antemano todos los argumentos de esa oposición, y el comisario popular de Nacionalidades adujo las refutaciones que para el caso le había preparado Trotsky, a quien confió dicha tarea el Politburó. Sin embargo, fue derrotado en la liza de la Conferencia ucraniana.

El Comité Central tuvo que intervenir disolviendo el Comité Central ucraniano elegido por la IV Conferencia y haciendo volver de Ucrania a varios funcionarios adictos al *chauvinismo* granruso, antes de que pudieran difundir su política, que insistía sobre la inflexible imposición del principio de la «autodeterminación de las naciones». El punto cardinal de la resolución del Comité Central adoptado en la Conferencia del Partido en toda Rusia, celebrada en diciembre de 1919, declaraba:]

«En vista del hecho de que la cultura ucraniana... ha sido suprimida durante siglos por el zarismo y las clases explotadoras de Rusia, el Comité Central del Partido Comunista ruso hace obligatorio para todos los miembros del Partido contribuir por todos los medios a orillar cualquier obstáculo que se oponga al libre desenvolvimiento de la lengua y la cultura ucranianas. A causa de siglos de opresión, las tendencias nacionalistas se encuentran entre los sectores más atrasados de las masas ucranianas, y teniendo esto en cuenta, es deber de los miembros del Partido tratarlos con extrema tolerancia y discreción, ofreciéndoles una amistosa explicación de la identidad de intereses de las masas trabajadoras de Ucrania y de Rusia. Los miembros del Partido... deben imponer efectivamente el derecho de las masas trabajadoras a estudiar en lengua ucraniana y usar ésta en todas las instituciones soviéticas... esforzándose por hacer de la lengua ucraniana un arma para la educación comunista de las masas obreras. Deben emprenderse en el acto gestiones para conseguir un número suficiente de funcionarios, en todas las instituciones soviéticas, que conozcan el idioma ucraniano, procurando que, en lo sucesivo, todos los empleados estén en condiciones de hablar dicho idioma.»

Esto debería haber sido una tesis de fácil defensa: Aunque, por regla general, Stalin no era un polemista afortunado, considerando la relación de fuerzas sorprende su derrota, de todos modos. Es muy posible que habiendo advertido desde un principio que la actitud de la Conferencia era adversa a su tesis, Stalin resolviera jugar al ganapierde, dando a entender por intermediarios que defendía aquella tesis, no por propia convicción, sino por cuestión de disciplina. De este modo podía contar con matar dos pájaros de un tiro: ganarse la simpatía de los delegados ucranianos y transferir la abominación de la derrota sobre mí, como autor de la tesis. ¡Semejante intriga cabía muy bien en la índole del hombre!

[Los siguientes documentos de la época arrojan nueva claridad sobre la soviétización de Georgia]:

1

\* Al Consejo Revolucionario de Guerra del frente caucásico. Para Ordzhonikidze.

Recibimos tu carta de queja. Estás equivocado al juzgar mi pregunta, que es mi deber, como falta de confianza. Espero que antes de una entrevista personal conmigo abandonarás este injustificado tono de molestia.

*Lenin.*

//96.

3 de abril de 1920.

2

\* A Bakú, por Rostov.

Al miembro del Consejo Revolucionario de Guerra del frente caucásico, Ordzhonikidze:

(Para entregar por personas responsables, informando de la entrega a Sklyansky, del Consejo Revolucionario de Guerra de la República.)

El Comité Central te ordena retirar todas las unidades del territorio de Georgia a la frontera, y abstenerse de penetrar en Georgia. Después de las negociaciones de Tiflis, es evidente que no está descartada la paz con Georgia. Informa inmediatamente de todos los hechos más precisos acerca de los rebeldes.

Por orden del Politburó:

*Lenin. Stalin.*

3

//004/109.

5 de mayo de 1920.

[Hay una carta escrita en papel con membrete del comandante en jefe de todas las fuerzas armadas de la República, fechada en Moscú el 17 de febrero de 1921, 864, y con la indicación de «Secreto, Personal», dirigida al vicepresidente del Consejo Revolucionario de Guerra de la República. Llevaba dos inscripciones al margen,



una de Sklyansky, transfiriéndola a Lenin; otra de Lenin, devolviéndola a Sklyansky. Lo esencial del texto era]:

\* ... Por iniciativa del mando del II Ejército, nos encontramos ante el hecho consumado de la incursión en Georgia: se han cruzado las fronteras y el Ejército Rojo ha entrado ya en contacto con el de Georgia...

Comandante en jefe, S. Kamenev.  
Comisario Militar del E. M. / S. / Danilov.  
Jefe de Personal del Consejo Revolucionario  
de Guerra, / P. / Lebedev.

4

Ekaterinburg.

\* A Moscú, para Sklyansky. Secreto.

Haz el favor de escribirme un resumen sucinto de lo relativo a las operaciones militares contra Georgia, cuándo comenzaron, por orden de quién, y lo demás. Necesito esa nota para el Pleno.

Trotsky.

//16.

21 de febrero de 1921.

5

\* (Escrita a máquina, firmada por el camarada Sklyansky.)  
(Escrito por Lenin; copia de un documento secreto.)

*Absolutamente secreto.*

El Comité Central estaba inclinado a permitir que el II Ejército ayudase activamente la sublevación en Georgia y la ocupación de Tiflis, ajustándose a las normas internacionales y siempre que todos los miembros del Consejo Revolucionario de Guerra II, después de examinar seriamente todos los testimonios, estén seguros del éxito. Os advertimos que estamos reunidos sin pan, a causa del transporte, y que, por consiguiente, no os daremos un solo tren ni un solo vagón. Nos vemos forzados a obtener del Cáucaso tan sólo grano y aceite. Pedimos inmediatamente respuesta por hilo

directo, con la firma de todos los miembros del Consejo Revolucionario de Guerra II, así como de Smilga, Sytin, Trifonov, Frumkin. Hasta nuestra respuesta a los telegramas de todas estas personas, no emprendáis nada decisivo.

Por orden del Comité Central:

*Krestinsky, Sklyansky.*

[Sin fecha.]

6

\* Camarada Sklyansky: Inmediatamente haz poner esto en clave en tu presencia y con sumo cuidado, después de fotografiar el original, y mándalo a Smilga, para que acuda personalmente al hilo directo y lo descifre él mismo. (Informa de ello al comandante en jefe, pero sin enseñárselo.)

*Stalin mismo enviará a Ordzhonikidze.*

Así, una precaución triple y diversa. Bajo tu responsabilidad.

*Lenin.*

14 de febrero de 1921.

(Escrito de propia mano por el camarada Lenin.)

La Georgia menchevique no podía resistir. Eso lo comprendíamos todos. Sin embargo, no había unanimidad en cuanto al movimiento y a los métodos de soviétización. Yo era partidario de un período preliminar de trabajo dentro de Georgia, a fin de desarrollar la sublevación y acudir después en su ayuda. Pensaba que después de la paz con Polonia y la derrota de Wrangel, no había peligro directo desde Georgia, por lo que el desenlace podía aplazarse. Ordzhonikidze, secundado por Stalin, insistía en que el Ejército Rojo invadiese inmediatamente Georgia, donde suponía la sublevación ya madurada. Lenin se inclinaba a unirse con los dos miembros georgianos del Comité Central. La cuestión se decidió en el Politburó el 14 de febrero de 1921, mientras yo estaba en los Urales.

La intervención militar se realizó con pleno éxito y no provocó ninguna complicación internacional, de no tener en cuenta la frenética campaña de la burguesía y de la II Internacional. Y, sin embargo, el método de soviétización de Georgia tuvo enorme importancia durante los años siguientes. En regiones donde las masas obreras antes de la Revolución habían procurado, en la mayo-

ría de los casos, pasarse al bolchevismo, aceptaron las dificultades y sufrimientos subsiguientes como vinculados a su propia causa. Esto ocurrió así en las regiones más atrasadas, donde la soviectización corría a cargo del Ejército. Allí, las masas trabajadoras consideraban las privaciones adicionales como resultado del régimen impuesto desde fuera. En Georgia, la soviectización prematura dio alientos a los mencheviques durante cierto período, y condujo a la insurrección de masas de 1924, cuando, según admitió el propio Stalin, «Georgia debía ser "arada de nuevo"».

## CAPÍTULO IX

# LA GUERRA CIVIL

Hay un motín a cada paso cuando se examinan las publicaciones históricas: en Brest-Litovsk, Trotsky no cumplió las instrucciones de Lenin; en el frente meridional, Trotsky procedió en contra de las normas de Lenin; en el frente oriental, Trotsky actuó en oposición a las órdenes de Lenin, y así sucesivamente. En primer lugar, debe advertirse que Lenin no podía darme normas personales. En el Partido no se procedía así. Ambos éramos miembros del Comité Central, que resolvía todas las divergencias de opinión. Siempre que Lenin y yo disentíamos, y esto ocurría más de una vez, la cuestión pasaba inmediatamente al Politburó del Comité Central, el cual se encargaba de decidir. Así, pues, en sentido estricto nunca pudo hablarse de que yo violase normas de Lenin. Pero ése es sólo un aspecto del asunto, el aspecto formal. Entrando en lo esencial, es inevitable preguntar: ¿Era razonable atenerse a las normas de Lenin, que había colocado a la cabeza del Departamento de Guerra a una persona que no hacía sino cometer yerros y crímenes; al frente de la economía nacional a Ríkov, «convicto» restaurador del capitalismo y futuro agente del fascismo; al frente de la Internacional Comunista a aquel futuro fascista y traidor, Zinoviev; y en la dirección del periódico oficial del Partido y entre los dirigentes de la Internacional Comunista a aquel futuro bandido fascista, Bujarin?

Todos cuantos acaudillaron el Ejército Rojo durante el período estalinista (Tujachevsky, Yegorov, Blücher, Budienny, Yakir, Ubovich, Gamarnik, Dybenko, Fed'ko [Kork, Putna, Feldman, Alksnis, Eideman, Primakov y muchos otros]), fueron promovidos cada cual a su tiempo a puestos militares de responsabilidad

cuando estuve regentando el Departamento de Guerra, en la mayoría de los casos ascendidos por mí personalmente durante mis visitas a los frentes y mi directa observación de su labor castrense. Por muy defectuosa que fuere mi dirección, por consiguiente, al parecer era bastante buena para haber elegido los jefes militares mejores de que se disponía, puesto que durante diez años Stalin no pudo hallar quien les remplazase. Es verdad que casi todos los jefes del Ejército Rojo de la guerra civil, todos los que más tarde organizaron nuestro Ejército, resultaron casualmente «traidores» y «espías». Pero eso no altera la cuestión. Ellos fueron quienes defendieron la Revolución y el país. Si en 1933 se descubrió que fue Stalin y nadie más quien había organizado el Ejército Rojo, entonces sería natural que la responsabilidad de elegir semejante cuadro de mandos recayese sobre él. De esta contradicción, los historiadores oficiales se desembarazan no sin cierta dificultad, pero con aplomo. La responsabilidad de la designación de traidores para ocupar puestos de mando recae enteramente sobre mí, mientras que el honor de las victorias conseguidas por esos mismos traidores precisamente pertenece a Stalin. Hoy no hay chico de la escuela que no conozca, por una *Historia*, editada por el mismo Stalin, tan singular división de funciones históricas.

La labor militar presentaba dos aspectos en la época de la guerra civil. Una era el de elegir los colaboradores necesarios, sacar de ellos el mejor partido, montar la inspección imprescindible sobre el personal de mando, apartar a los sospechosos, presionar, castigar. Todas esas actividades de la máquina administrativa se ajustaban exactamente a los talentos de Stalin. Pero había otro aspecto, que era el de la necesidad de improvisar un ejército a expensas del material humano disponible, apelando al corazón de los soldados y de los comandantes, despertando en ellos lo mejor de su personalidad, e inspirarles confianza en la nueva dirección. De eso era absolutamente incapaz Stalin. Es imposible, por ejemplo, imaginarse a Stalin presentándose a cielo abierto ante un regimiento; para eso carecía totalmente de aptitudes. Nunca se dirigió a las tropas con arengas escritas, sin duda por no fiarse de su propia retórica de seminario. Su influencia en los sectores del frente donde actuó fue insignificante. Permaneció sin personalidad, burocrático y policiaco.

Si el frente atraía a Stalin, también le repelía. La máquina militar garantizaba la posibilidad de emitir órdenes. Pero Stalin no estaba a la cabeza de aquella máquina. Al principio tuvo a su cargo sólo un ejército entre veinte; más tarde se ocupó de uno

de los cinco o seis frentes. Impuso una disciplina severa, empuñó firmemente todos los resortes, no toleró la desobediencia. Al mismo tiempo, mientras estaba a la cabeza de un ejército, incitaba sistemáticamente a los demás a violar las órdenes del frente. Al mando del frente Sur o Sudeste, infringió órdenes del Mando en jefe. En el ejército zarista, además de su subordinación militar había otra implícita; los grandes duques que desempeñaban un alto puesto de mando o administrativo superior solían pasar por alto a sus oficiales superiores e introducir el caos en la administración del Ejército y de la Marina. Me acuerdo de haber advertido a Lenin que Stalin, aprovechándose indebidamente de su posición como miembro del Comité Central del Partido, estaba intraduciendo en nuestro Ejército el régimen de los grandes duques. (Diez años después) Vorochilov (reconocía volublemente en su ensayo sobre Stalin y el Ejército Rojo), que «Stalin contravenía fácilmente toda regulación, toda subordinación». Los gendarmes se reclutan entre los cazadores furtivos.

Los conflictos entre diversas categorías están en el orden natural de las cosas. El Ejército suele estar casi siempre descontento del frente; el frente se agita de continuo contra el Estado Mayor general, sobre todo cuando los asuntos no van muy bien. Lo que caracteriza a Stalin es que sistemáticamente explotaba estas fricciones y las hacía degenerar en pleitos irreconciliables. Enredando a sus colaboradores en conflictos peligrosos, Stalin los soldaba unos a otros y los colocaba bajo su personal dependencia. Dos veces le hizo venir del frente una orden directa del Comité Central. Pero a cada nuevo giro de los acontecimientos se le volvía a enviar allá. A pesar de repetidas oportunidades no consiguió ganar prestigio en el Ejército. Sin embargo, los colaboradores militares que estuvieron bajo sus órdenes quedaron luego íntimamente relacionados con él. El grupo de Tsaritsyn se convirtió en el núcleo de la facción estalinista.

El papel de Stalin en la guerra civil acaso pueda apreciarse mejor por el hecho de que al terminar aquella su autoridad personal no había aumentado lo más mínimo. A nadie podía caber por entonces en la cabeza decir o escribir que Stalin «salvó el frente Sur o que había desempeñado una parte esencial en el frente Este, o bien que había salvado a Tsaritsyn de la caída. En numerosos documentos, Memorias y antologías dedicadas a la guerra civil, el nombre de Stalin no se cita para nada o figura entre otros muchos. [Además, la guerra con Polonia puso una mancha indeleble en su reputación (al menos en los círculos mejor infor-

mados del Partido). Rehuyó participar en la campaña contra Wrangel, ya por encontrarse realmente enfermo, ya por otros motivos; difícil es ahora precisarlos. En todo caso, de la guerra civil emergió desconocido y extraño a las masas, como le sucedió al acabar la Revolución de octubre.]

«En aquel difícil período, 1918-1920 —escriben dos historiadores de ahora—, el camarada Stalin era trasladado de un frente a otro, a los sitios de más riesgo para la Revolución.» En 1922, el comisario popular de Educación publicó una *Antología de cinco años*, compuesta de quince artículos, entre ellos uno titulado «Organizando el Ejército Rojo», y otro sobre «Dos años en Ucrania», ambos relativos a la guerra civil. No hay una sola palabra de Stalin en ninguno de los dos artículos. Al año siguiente se publicó una antología en dos volúmenes con el título de *La Guerra Civil*. Consistía en documentos y otro material referente a la historia del Ejército Rojo. En aquel tiempo nadie estaba interesado en dar a una antología así carácter tendencioso. En toda ella no hay una palabra sobre Stalin. El mismo año 1923, el Comité Ejecutivo Central del Soviet publicó un volumen de 400 páginas titulado *Cultura Soviética*. En la sección dedicada al Ejército hay numerosos retratos bajo el epígrafe «Los creadores del Ejército Rojo». No figura Stalin entre ellos. En la sección denominada «Las fuerzas Armadas de la Revolución durante los primeros siete años de Octubre»<sup>1</sup>, no se menciona siquiera el nombre de Stalin. Y, sin embargo, en dicha sección, además de mi fotografía, figuran las de Budienny y Blücher e incluso de Vorochilov, y entre los jefes de la guerra civil que allí se nombran no sólo están Antonov-Ovsenko, Bybenko, Yegorov, Tujachevski, Ubovich, Putna, Sharangovich, sino muchos otros, casi todos los cuales han sido acusados más tarde de enemigos del pueblo y fusilados. De los [mencionados, sólo] dos (Frunze y S. Kamenev) murieron de muerte natural [sin duda por haber acertado a morir antes de la gran depuración]. Y aún flota una nube sobre las circunstancias de la muerte de Frunze. Entre los mencionados en este volumen, en concepto de comandante de las flotas del Báltico y del Caspio durante la guerra civil, está Raskolnikov (quien se negó a volver a la Unión Soviética al ser llamado cuando desempeñaba el cargo de ministro de los Soviets en Bulgaria en 1938, en los momentos en que la depuración de Stalin recaía sobre el Cuerpo diplomático. Después de escribir una

<sup>1</sup> «Octubre» es sinónimo de «Revolución de octubre» que aquí se considera como iniciada en 1917 y aún en curso; —C. M.

carta abierta acusando a Stalin, murió repentinamente en circunstancias misteriosas, al parecer envenenado).

Vorochilov sostiene descuidadamente que «en el período 1918-1920, Stalin era acaso el único hombre en el Comité Central enviado de una batalla a otra». La palabra «acaso» debe servir de bálsamo para la conciencia de Vorochilov, pues al escribir semejante cosa le constaba bien que muchos miembros y agentes del Comité Central desempeñaron en la guerra civil una parte no menor que Stalin, y la de otros (entre ellos I. N. Smirnov, Smilga, Sokolnikov, Lashevich, Muralov, Rosenholtz, Ordzhonikidze, Frunze, Antonov-Ovsenko, Berzin, Gussev) fue infinitamente mayor. Todos estos hombres, como él sabía, pasaron los tres años enteros en los diversos frentes, ya como miembros de los consejos revolucionarios de guerra de la república, los frentes y los ejércitos, ya a la cabeza de ejércitos y de frentes, e incluso (como Sokolnikov y Lashevich) como jefes militares, mientras que la permanencia total de Stalin en los frentes fue de menos de un año en el curso de los tres que duró la guerra civil.

En algunas de las publicaciones oficiales se menciona de pasada, al parecer a base de algún documento que consta en los archivos, que Stalin perteneció alguna vez al Consejo Revolucionario de Guerra de la República. No se hace referencia específica al período concreto de su participación en aquel supremo organismo militar. En una monografía especial, *El Consejo Revolucionario de Guerra de la U.R.S.S. en diez años*, compuesta por tres autores en 1938, cuando todo el poder estaba ya concentrado en las manos de Stalin, se dice:

«El 2 de diciembre de 1919, el camarada Gussev fue incorporado al Consejo Revolucionario de Guerra. Más adelante, en todo el curso de la guerra, fueron designados para el mismo en diversas ocasiones, los camaradas Stalin, Podvoisky, Okulov, Antonov-Ovsenko y Serebryakov.»

Una historia del Partido Comunista editada por N. L. Meshchervakov en 1934, después de repetir locuazmente el embuste de que Stalin «pasó el período de la guerra civil sobre todo en el frente», declara que Stalin «fue miembro del Consejo Revolucionario de Guerra de la República de 1920 a 1923». En el volumen XX de la miscelánea de Lenin (pág. 9), se menciona a Stalin como «miembro del *Presidium* del Consejo Revolucionario de Guerra de la República... desde 1920». En el número de *Pravda* dedicado en

1931 al aniversario del Ejército Rojo, se publicaron tres «documentos inéditos», todos ellos telegramas del año 1920. Uno de estos telegramas es de Stalin, como miembro del Consejo Revolucionario de Guerra de la República, a Budienny y Vorochilov, fechado el 3 de junio; el segundo, un informe corriente de la situación en el frente, que dirigen Budienny y Vorochilov a Stalin, en su citada calidad, con fecha 25 de junio; el tercer telegrama es de Frunze, comandante del frente Sur, a Lenin, presidente del Consejo de Defensa, anunciando la terminación de las operaciones militares contra Wrangel (esto es, al final de la guerra civil propiamente dicha, el 15 de noviembre). A base de estos documentos, único testimonio publicado hasta ahora podría parecer que Stalin fue efectivamente miembro del Consejo Supremo de Guerra de la República por lo menos desde el 3 de junio al 25 del mismo mes, o sea durante poco más de tres semanas, en 1920. No se aduce prueba alguna de que perteneciera al mismo antes o después de estas dos fechas de junio del citado año. ¿Por qué no? Ciertamente que los cinco tomos publicados por el Departamento de Guerra en que se recogían mis órdenes, proclamas y discursos, no sólo se han confiscado y destruido, sino que se han convertido en «tabú» las referencias o simples citas de ellos. *La Revolución Proletaria*, periódico histórico oficial del Partido, en su número de octubre del año 1924, hablaba de estos cinco volúmenes, que sólo contenían documentos de la guerra civil: «En estos... volúmenes, los historiadores de la revolución hallarán una gran cantidad de material de enorme valor documental.»

Pero en los archivos del Departamento de Guerra se conservan reseñas taquigráficas de las sesiones del Consejo de Guerra. Las actas de aquella institución se conservaron con escrupuloso cuidado y se guardaron en completa seguridad. ¿Por qué no se citan estas actas para fijar el período en que realmente fue Stalin miembro del Consejo Revolucionario de Guerra de la República? La respuesta es muy sencilla: porque Stalin no se menciona en las minutas de sus sesiones entre los presentes, salvo una o dos veces como peticionario en cuestiones de orden local, y nunca como miembro efectivo del Consejo, y menos de su *Presidium*, que no existía. Sin embargo, Stalin fue nombrado miembro de aquel organismo por orden del Comité Central del Partido en la primavera de 1920.

La explicación de este rompecabezas, por lo que recuerdo, es bastante reveladora del carácter de Stalin. Durante todo el curso

de la guerra civil, a cada conflicto con Stalin, traté de moverle a que formulase sus opiniones sobre los problemas militares de un modo claro y definido. Traté de convertir su cazarra y subrepticia oposición en abierto antagonismo, o remplazarla por su articulada participación en un órgano militar rector. De acuerdo con Lenin y Kretinsky, quienes sostenían cordialmente mi política militar, conseguí por fin (no recuerdo ahora con qué pretexto), que se designara a Stalin miembro del Consejo Revolucionario de Guerra de la República. No quedaba a Stalin más recurso que aceptar el nombramiento. Pero encontró modo de soslayarlo; bajo pretexto de estar abrumado de trabajo, no asistió a una sola sesión de (aquel organismo supremo militar).

Ahora bien, puede parecer extraño que nadie, en el curso de los primeros doce años de régimen soviético, haya mencionado la supuesta «dirección» de Stalin en cuestiones militares o incluso su «activa» participación en la guerra civil. Pero esto se explica fácilmente por el hecho sencillo de que hubo otros muchos miles de militares alrededor que sabían *lo que* ocurrió efectivamente y *cómo* ocurrió.

Incluso en el número de *Pravda* dedicado en 1930 al aniversario del Ejército Rojo, no se pretendía aún que Stalin hubiese sido el principal organizador del Ejército Rojo en conjunto, sino sólo de la Caballería Roja. Exactamente ocho años antes, el 23 de febrero de 1922, *Pravda* había publicado un relato algo diferente de la formación de la Caballería Roja en un artículo sobre la guerra civil:

\* Mamontov ocupó Kolzov y Tambov una temporada, causando gran estrago. «¡Proletarios, a caballo!» Aquella consigna del camarada Trotsky para la formación de masas montadas fue acogida con entusiasmo, y el 10 de octubre el ejército de Budienny estaba asestando golpes a Mamontov por debajo de Voronej.

[Ya en] 1926, no sólo después de mi separación del Departamento de Guerra, sino después de haber sido objeto de crueles persecuciones, la Escuela de Guerra publicó una obra de investigación histórica, *Cómo se luchó en la Revolución*, en la que los autores, conocidos estalinistas, escribían:

«La consigna del camarada Trotsky: «¡Proletarios, a caballo!», fue el estímulo que llevó a la organización del Ejército Rojo en este respecto», es decir, en el de crear la Caballería Roja. En 1926, aún no se mencionaba a Stalin como organizador de la Caballería.

[Vorochilov insiste en] la gran participación de Stalin en la organización de las fuerzas montadas. «Este fue —escribe Vorochilov— el primer experimento de unir divisiones de Caballería en una sola unidad tan grande como un ejército. Stalin previó la potencia de las masas montadas en la guerra civil. Comprendió perfectamente su enorme importancia para una maniobra de asolamiento. Pero anteriormente nadie tuvo una experiencia tan excepcional como la acción de ejércitos a caballo. Nada consta sobre ello en obras científicas, y en consecuencia tal medida suscitaba asombro o franca oposición. Especialmente opuesto a ella era Trotsky.» [Arguyendo así, Vorochilov expone simplemente su ignorancia en asuntos militares, que sólo queda por debajo de sus aptitudes de prevaricador. Lo cierto es que la cuestión de] unir dos cuerpos y una brigada de tiradores en un ejército especial montado o dejar estas tres unidades a disposición del mando del frente, era un problema que nada tenía de común con la apreciación general o la falta de apreciación de la importancia de la Caballería. El punto más esencial era el del mando: ¿Será Budienny capaz de manejar tal masa de jinetes? ¿Podrá elevarse de tareas tácticas a empresas de estrategia? Sin un excepcional comandante del frente, que conociera y comprendiera la Caballería, y sin medios seguros de comunicación, la creación de un ejército montado especial podría haber resultado insensata, pues una aglomeración excesiva de Caballería siempre amenaza con mermar la ventaja básica de la unidad, [que es su] movilidad. Las desavenencias sobre este particular tuvieron carácter episódico, y si la historia no se repitiese, yo volvería a tener mis dudas. [No obstante, las circunstancias específicas eran tales que] creamos el ejército montado.

[En realidad, la] campaña para crear la Caballería Roja constituyó la mayor parte de mi labor durante muchos meses en 1919: Como ya he dicho (en otro lugar), el Ejército Rojo fue obra del trabajador que movilizaba al campesino. El trabajador tenía una ventaja sobre el labriego, no sólo en su nivel general de cultura, sino especialmente en su destreza para manejar armas de nueva técnica. Esto aseguraba a los obreros una doble ventaja en el Ejército. En cuanto a la Caballería, ya era distinto. La patria de los jinetes eran las estepas rusas. Los mejores hombres a caballo eran los cosacos, y en segundo lugar los ricos campesinos de las estepas que poseían caballos y sabían andar con ellos. La Caballería era la parte más reaccionaria del antiguo Ejército y defendió el régimen zarista más tiempo que ningún otro sector del servicio. Por eso fue doblemente difícil reclutar un ejército montado. Era

necesario acostumbrar a los trabajadores a montar. Era necesario que los obreros de Petrogrado y de Moscú cabalgasen en efecto, aunque sólo fuese como comisarios o soldados de última fila. Su misión consistía en crear células revolucionarias sólidas y seguras en los escuadrones y regimientos de Caballería. Tal era el sentido de mi consigna: «¡Proletarios, a caballo!» Todo el país, todas las ciudades industriales se vieron cubiertas de carteles con esa consigna. Recorrí el país de una punta a otra, y confié tareas relativas a la formación de escuadrones y regimientos (de Caballería) a trabajadores bolcheviques de confianza. Uno de mis secretarios, Poznansky, se ocupaba personalmente (y con gran fortuna, puedo agregar) de la formación de unidades de Caballería Roja. Sólo esta labor de proletarios montados a caballo pudo transformar los tibatubos destacamentos de guerrilleros en unidades de Caballería bien entrenadas (e hizo posible la creación de un ejército montado eficaz).

Tres años de régimen soviético fueron años de guerra civil. El Departamento de Guerra determinó la labor de gobierno de todo el país. El resto de la actividad gubernamental dependía de esto. Y el segundo en importancia era el Comisariado de Abastos. La industria trabajaba principalmente para la guerra. Todos los demás departamentos e instituciones estaban sujetos a constante contracción o reducción, y algunos llegaron a suprimirse por completo. Todos los hombres activos y valientes estaban sujetos a movilización. Miembros del Comité Central, comisarios del Pueblo y otros (bolcheviques prominentes), pasaban la mayor parte de su tiempo en el frente como miembros de Comités Revolucionarios de Guerra, y a veces como comandantes de Ejército. La guerra misma era una dura escuela de disciplina gubernamental para un partido revolucionario que tan sólo unos meses antes había salido de la ilegalidad. La guerra, con sus despiadadas exigencias, separaba el grano de la paja dentro del Partido y de las máquinas del Estado. Pocos miembros del Comité permanecieron en Moscú: Lenin, que era el centro político; Sverdlov, que era no sólo presidente del Comité Ejecutivo Central del Soviet, sino también secretario general del Partido, aun antes de ser creado (formalmente tal) puesto; Bujarin, como director de *Pravda*; Zinoviev, a quien todo el mundo, incluso él mismo, consideraba inepto para asuntos militares, se quedó en Petrogrado como director político; Kamenev, el dirigente de Moscú, fue enviado varias veces al frente, aunque también él era decididamente hombre civil por naturaleza. Lashevich, Smilga, I. N. Smirnov, Sokolnikov, Sere-

bryakov, (todos) miembros dirigentes del Comité Central, estaban de continuo en el frente.

Nos llevaría demasiado lejos enumerar siquiera sucintamente las carreras de éstos y otros muchos militares en la clandestinidad revolucionaria, en octubre y durante la guerra civil. Cualquiera de ellos no es nada inferior a Stalin y algunos le superaban en esas cualidades que más aprecian los revolucionarios: claridad política, valor moral, habilidad como agitadores, propagandistas y organizadores. Baste recordar que cuando estaba organizándose el Ejército Rojo se consideró a otros hombres más aptos para tal finalidad que a Stalin. El Consejo Supremo de Guerra, creado el 4 de marzo de 1918, se componía de: Trosky, presidente; Podvoisky, Sklyansky y Danishevsky, vocales; Bonch-Bruyevich, oficial mayor, y una plantilla de oficiales zaristas como especialistas militares. Cuando se reorganizó el 2 de setiembre de 1918, para convertirse en Consejo Revolucionario de Guerra de la República, lo formaban Trotsky, presidente; Vatzneris, comandante en jefe de las fuerzas armadas, y los siguientes vocales: Ivan Smirnov, Rosenholtz, Raskolnikov, Sklyansky, Muralov y Yurenev. Al decidir el 8 de julio de 1919 contar con un cuadro más reducido y compacto, el Consejo Revolucionario de Guerra se formó con Trotsky como presidente; Sklyansky, vicepresidente; Rikov, Smilga y Gussev, vocales, y S. Kamenev en calidad de comandante en jefe. Como otros, también Stalin encontró puesto en el Ejército Rojo, y éste hizo adecuado uso de sus talentos. Lo que no se ajusta a los hechos es el pretendido papel preminente que ahora se trata de asignarle en la organización del Ejército Rojo y en la dirección de la guerra civil.

El Ejército se organizó en pleno combate. Los métodos seguidos, en los que predominó la improvisación, se vieron sometidos a inmediata prueba en el campo de batalla. Para resolver cada nuevo problema de orden castrense, era necesario organizar regimientos y divisiones partiendo de la nada. El Ejército (creciendo a capricho, por saltos y rebotes) fue creado por el trabajador que movilizaba al campesino y atraía al antiguo oficial y le colocaba bajo su vigilancia. No era aquella tarea fácil. Las condiciones materiales eran sumamente difíciles. La industria y los transportes estaban completamente desorganizados, no había suministros de reserva, ni economía agrícola, y todos los procesos de la disociación industrial iban cada vez peor. En tal situación, no podía hablarse de servicio militar obligatorio y movilización forzada. Por el momento, al menos, había que recurrir al voluntariado.

Aquellos que habían recibido instrucción militar estaban cansados de luchar en las trincheras, y para ellos la Revolución significaba la liberación de la guerra. No era cosa fácil movilizarlos de nuevo para otra guerra. Más fácil resultaba atraer a los mozalbetes que nada sabían de combates; pero había que instruirlos, y el número de nuestros propios oficiales, relacionados de un modo u otro con el Partido y de absoluta confianza, era insignificante; por eso desempeñaron en el Ejército un grandioso papel político. Pero su visión militar era miope. Cuando su capacidad resultaba insuficiente, solían usar sin prudencia de su autoridad revolucionaria y política, estorbando así la tarea de constituir el Ejército. El mismo Partido, que nueve meses antes había surgido de la clandestinidad zarista y pocos meses después se vio sometido a la persecución del Gobierno provisional, encontraba difícil, después de la brillante victoria de octubre, ajustarse a la idea de que aún quedaba por delante la guerra civil. En suma, eran casi insuperables las dificultades que se oponían a la creación del Ejército Rojo. A veces parecía que las discusiones fueran a consumir toda la energía aplicada. ¿Seremos o no capaces de crear un Ejército? La suerte de la Revolución se ventilaba en tal pregunta.

La transición de la lucha revolucionaria contra el viejo Estado a la fundación de un Estado nuevo, de la demolición del Ejército zarista a la creación de un Ejército Rojo, fue acompañada de una crisis del Partido, o más bien de una serie de crisis. A cada paso, los viejos modos de discurrir y los viejos estilos venían a chocar con las tareas de la hora. Era necesario rearmar al Partido. Puesto que el Ejército es la más necesaria de todas las organizaciones del Estado, y puesto que durante los primeros años del régimen soviético el centro de atención era la defensa de la Revolución, no es extraño que todas las discusiones, conflictos y agrupaciones dentro del Partido girasen en torno a los problemas de organizar el Ejército. Surgió una oposición casi desde el momento en que hicimos nuestros primeros esfuerzos por pasar de destacamentos armados inconexos a un Ejército centralizado. La mayoría del Partido y del Comité Central, en definitiva, defendían a la dirección militar, ya que victoria tras victoria hablaban en su favor. Sin embargo, no faltaban ataques y titubeos. En el Partido existía completa libertad de crítica y oposición en lo más denso de la guerra civil. Aun en el mismo frente, en reuniones estrictas del Partido, los comunistas hacían a menudo objeto de furibundos ataques al mando militar. A nadie se le ocurrió por aquellos días perseguir a los críticos. Los castigos en el frente eran muy rigu-



rosos (incluso tratándose de comunistas), pero sólo se imponían por incumplimiento de obligaciones militares. Dentro del Comité Central, la oposición revestía carácter menos duro, pues yo contaba con el apoyo de Lenin. En general, debe decirse que cuando Lenin y yo estábamos de acuerdo, lo que sucedía casi siempre, los demás miembros del Comité Central nos secundaban en general unánimemente; la experiencia de la Revolución de octubre se había infiltrado en la vida del Partido como una poderosa lección.

Sin embargo, debe advertirse que el apoyo de Lenin no era incondicional. Lenin vaciló más de una vez, y en algunas ocasiones se equivocó palmariamente. Mi ventaja sobre él estaba en que yo viajaba casi de continuo por todos los frentes, me ponía en contacto con un sinnúmero de gentes, desde campesinos locales, prisioneros de guerra y desertores, hasta los máximos jefes del Ejército y del Partido que se encontraban allí. Esta masa de variadas impresiones era de inestimable valor. Lenin nunca salía de Moscú, y todos los hilos estaban concentrados en sus manos. Tenía que juzgar de asuntos militares, que eran nuevos para todos nosotros, a base de la información que en su mayor parte procedía de los miembros destacados del Partido. Nadie era tan experto en comprender voces individuales de los de abajo como Lenin. Pero estas voces sólo llegaban hasta él en ocasiones excepcionales.

En agosto de 1918, estando yo en el frente cerca de Sviashsk, Lenin solicitó mi opinión respecto a una proposición presentada por uno de los miembros más prominentes del Partido, de reemplazar a todos los oficiales del Estado Mayor por comunistas. Yo respondí categóricamente en sentido negativo. «Es verdad —repliqué por hilo directo desde Sviashsk al Kremlin el 23 de agosto— el que muchos de los oficiales son traidores. Pero hay pruebas de sabotaje también en los ferrocarriles, durante los movimientos de tropas, y a nadie se le ocurre proponer que se sustituya a los ingenieros ferroviarios por comunistas. Considero completamente inadecuada la proposición de Larin. Estamos ahora creando condiciones bajo las cuales realizamos una inflexible selección de oficiales; por una parte, campos de concentración, y por otra, la campaña en el frente del Este. Las medidas catastróficas cual la que Larin propone están sólo dictadas por el pánico... Las victorias en el frente nos permitirán mejorar nuestros métodos actuales de selección, y nos darán cuadros de hombres seguros para el Estado Mayor. Los que más protestan contra el empleo de oficiales, o son asustadizos o están muy alejados del mecanismo

militar, o bien se trata de esos activistas militares del Partido que son peores que cualquier saboteador; no saben cómo hacer las cosas, se comportan como sátrapas, no hacen nada por su parte, y cuando todo les sale mal, echan la culpa a los del Estado Mayor.»

Lenin no insistió. Entretanto, las victorias empezaron a alternar con las derrotas. Las victorias reforzaron la confianza en mi política militar; los reveses, al multiplicar inevitablemente el número de traiciones, suscitaban una nueva oleada de críticas y protestas en el Partido. En marzo de 1918, en la sesión nocturna del Consejo de Comisarios del Pueblo, con relación a un despacho referente a la traición de ciertos jefes del Ejército Rojo, Lenin me escribió una nota: «¿No sería mejor echar a todos esos especialistas y nombrar a Lashevich comandante en jefe?» Comprendí que los adversarios de la política del Departamento de Guerra, y particularmente Stalin, habían hecho presión con especial insistencia sobre Lenin durante los días anteriores, y habían desperdado en él ciertas dudas. Escribí mi respuesta en el reverso de su misma nota: «Puerilidades.» Al parecer, esta tajante réplica causó impresión. Lenin gustaba de las formulaciones categóricas. Al día siguiente, con el informe del Estado Mayor General en mi bolsillo, entré en el despacho de Lenin en el Kremlin y le pregunté:

«—¿Sabes cuántos oficiales zaristas tenemos en el Ejército?»

«—No, no lo sé —respondió, interesado.

«—¿Aproximadamente?»

«—No lo sé —insistió decidido a abstenerse de conjeturas.

«—¡No menos de treinta mil! —La cifra le sorprendió visiblemente—. Ahora —proseguí—, cuenta la proporción de traidores y desertores entre ellos y verás que no es tan grande. Entretanto, hemos organizado un Ejército a partir de la nada. Este Ejército está creciendo y fortaleciéndose.»

Pocos días después, en un mitin celebrado en Petrogrado, Lenin expuso el balance de sus propias dudas sobre la cuestión política militar. «Cuando recientemente el camarada Trotsky me refería que... el número de oficiales se eleva a varias decenas de millares, me di perfectamente cuenta de cómo aprovechar mejor a nuestros enemigos; de cómo obligar a los adversarios del Comunismo a edificarlo; de cómo levantar el Comunismo a expensas de los ladrillos acumulados por los capitalistas en contra nuestra... No tenemos otros ladrillos.»

La pedertería y los lugares comunes no eran extraños. Recurríamos a todo género de combinaciones y experimentos en nuestra marcha hacia el éxito. Mandaba un ejército un antiguo subofi-

cial, con un general al frente del Estado Mayor. Otro ejército estaba a las órdenes de un antiguo general, y su lugarteniente era un guerrillero. Un antiguo soldado raso era jefe de división y la de al lado tenía a la cabeza a un coronel de Estado Mayor. Este «eclecticismo» venía impuesto por las circunstancias. Sin embargo, la proporción considerable de oficiales instruidos ejercía una influencia sobremediana favorable en el nivel general del mando. Los comandantes legos aprendían sobre la marcha, y muchos de ellos se convirtieron en excelentes oficiales. En 1918, un 76 por 100 de todo el mando y administración del Ejército Rojo consistía en antiguos oficiales del Ejército zarista, y sólo el 12,8 por 100 eran novatos comandantes rojos, que, naturalmente, ocupaban los puestos de segunda fila. Al final de la guerra civil, los cuadros de comandantes estaban integrados por trabajadores y campesinos sin otra instrucción militar que la experiencia directa de la guerra, que los había promovido desde simples soldados en el curso de la lucha civil; antiguos soldados y suboficiales del Ejército imperial; jóvenes comandantes que habían hecho un brevísimo curso de estudios en las Escuelas militares del Soviet; y, finalmente, oficiales diplomados y reservistas del Ejército del zar. Más del 43 por 100 de los comandantes no tenían instrucción militar; 13 por 100 eran antiguos suboficiales; 10 por 100 habían pasado por los cursos de la Escuela Militar soviética, y 34 por 100 eran oficiales del Ejército zarista.

Del antiguo cuerpo de oficiales se pasaron al Ejército Rojo, por un lado, elementos progresivos que comprendían el sentido de la nueva época (una pequeña minoría), un buen número de elementos inertes y de pocas luces, que se incorporaban al Ejército sencillamente porque no sabían hacer otra cosa; y, por otro lado, contrarrevolucionarios activos que acechaban el momento oportuno para traicionarnos. Los suboficiales del antiguo Ejército se reclutaban por medio de una movilización especial. De ellos salieron bastantes jefes militares excepcionales, entre ellos, como más famoso, el antiguo sargento mayor de Caballería, Simeón Budienny. Pero tampoco ellos eran muy de fiar como clase, pues antes de la Revolución los suboficiales eran principalmente hijos del campesinado rico y de la burguesía de las ciudades. De su número salieron no pocos desertores, que desempeñaron importante papel en levantamientos contrarrevolucionarios y en el Ejército Blanco. A cada comandante se asignaba un comisario, por lo general un trabajador bolchevique con experiencia de la guerra mundial. Estábamos resueltos a preparar un cuerpo de oficiales seguros.

«La institución de los comisarios —declaré cuando estaba al frente del Departamento de Guerra, en diciembre de 1919— ha de servir de andamio... Poco a poco podremos ir retirando este andamiaje.» Por entonces nadie se imaginaba que veinte años más tarde resucitaría la institución de los comisarios, y esta vez con fines diametralmente opuestos. Los comisarios de la Revolución eran representantes del proletariado victorioso que vigilaban a los comandantes procedentes en su mayoría de las clases burguesas; los comisarios de hoy eran representantes de la casta burocrática que vigilan a oficiales procedentes en su mayoría de la base misma.

[El 22 de abril de 1918 se publicó un decreto referente a la centralización de los comisarios de guerra de pueblos, regiones y territorios.] En julio informé al V Congreso de los Soviets (el Congreso que ratificó el tratado de Brest-Litovsk y el plan de creación del Ejército Rojo) que muchos de los comisarios inferiores no se habían organizado aún por falta de militares competentes. Nuestro objetivo consistía en centralizar los órganos militares administrativos para movilizar y formar unidades del Ejército regular. Al frente de cada región militar había un Consejo Revolucionario de Guerra compuesto de tres miembros: un representante del Partido, otro del Gobierno y un especialista militar. Como un considerable número de especialistas militares estaban asignados simultáneamente al frente y a comisariados de guerra regionales, provinciales, territoriales y de ciudad, estábamos naturalmente en gran medida caminando a oscuras. Organizamos un Comité de garantía militar. Pero no tenía a su disposición la información necesaria para evaluar debidamente a los antiguos generales y oficiales desde el punto de vista de su lealtad al nuevo régimen revolucionario. No olvidemos que la tarea se emprendió en la primavera de 1918 (esto es, pocos meses después de la conquista del Poder), y que la máquina administrativa se estaba montando en medio del máximo caos, con ayuda de las improvisaciones de auxiliares de ocasión admitidos en buena parte a base de recomendaciones accidentales. Ciertamente, no hubiese podido hacerse de otro modo en aquellas circunstancias. El examen de los especialistas militares, su selección definitiva y otras tareas análogas, todo se fue haciendo gradualmente.

Entre los oficiales había muchos, quizá la gran mayoría, que no sabían ellos mismos el terreno que pisaban. Los reaccionarios declarados habían huido al principio, los más activos hacia la periferia, donde se estaban organizando los frentes blancos. Los restantes vacilaron, se tomaron tiempo, no se resolvieron a abando-

nar a sus familias, ni sabían qué iba a ser de ellas, y por inercia se encontraron en los aparatos de mando o de administración del Ejército Rojo. La conducta ulterior de muchos de ellos derivó del trato de que se les hizo objeto. Los comisarios prudentes, enérgicos y hábiles (que eran los menos), se ganaron a los oficiales en seguida, y éstos que por la fuerza de la costumbre, los habían mirado con desdén, se vieron sorprendidos por su decisión, arrojo y firmeza política. Tales uniones entre comandantes y comisarios solían durar largo tiempo, y se distinguían por una gran estabilidad. Cuando el comisario era ignorante y tosco y hostigaba al especialista militar, comprometiéndole sin miramiento ante los soldados del Ejército Rojo, no había que pensar en amistad, y el oficial, vacilante, acababa por inclinarse hacia el enemigo del nuevo régimen.

La atmósfera de Tsaritsyn, con su anarquía administrativa, su espíritu guerrillero, su desacato al Centro, ausencia de orden administrativo y rústica agresividad frente a los especialistas militares, no era, naturalmente, la más propicia para ganar la voluntad de estos últimos y hacerlos leales servidores del nuevo régimen. Indudablemente, sería un error pretender que Tsaritsyn se arregió sin especialistas militares. Cada uno de los comandantes había de tener al lado un oficial que conociese la rutina de los asuntos militares. Pero la clase de especialistas de Tsaritsyn se había reclutado de la hez de la oficialidad: dísolmanos desprovistos de todo vestigio de dignidad humana, hombres sin estimación propia, dispuestos a arrastrarse ante el nuevo amo, a adularle y a abstenerse de toda contradicción, etc. Esta es la especie de especialista que encontré en Tsaritsyn; precisamente de este tipo era el jefe de Estado Mayor de Vorochilov. En ninguna parte se ha mencionado el nombre de aquel insignificante oficial, y nada sé de su suerte. [Era] un ex capitán del Ejército zarista, dócil y sumiso, entregado sin remedio a las bebidas alcohólicas. Frente a este jefe de Estado Mayor, el comandante del X Ejército nunca tenía que inclinar la cabeza desconcertado.

Para ascender a los comandantes más afectos al régimen soviético, se hizo una movilización especial de suboficiales del antiguo Ejército zarista. La mayoría de ellos habían sido promovidos a empleos de suboficial durante la última parte de la guerra, de manera que sus conocimientos castrenses no eran muy considerables. Sin embargo, los antiguos suboficiales, sobre todo en Caballería y Artillería, tenían excelente idea de los asuntos militares y

estaban realmente mejor informados y eran más expertos que los oficiales de carrera a cuyas órdenes habían servido. A esta categoría pertenecían hombres como Budienny, Blücher, Dybenko<sup>1</sup> y muchos otros. En tiempos del zarismo, estos hombres se reclutaban entre los más letrados, los mejor instruidos, los más habituados a mandar. De ahí que no causara sorpresa encontrar que aquellos suboficiales eran casi exclusivamente hijos de campesinos acomodados, de nobles de segundo orden, burgueses de ciudad, maestros, tenedores de libros, etc. Los suboficiales de ese tipo se encargaban gustosos de los mandos, pero no estaban propicios a someterse y a tolerar la superior autoridad de oficiales de carrera.

Tampoco lo estaban a reconocer la autoridad del Partido Comunista, allanarse a su disciplina y simpatizar con sus objetivos, especialmente en la esfera de la cuestión agraria. Las compras a precios fijos y, sobre todo, la expropiación de grano a los campesinos, despertaban en ellos una furiosa hostilidad. Entre éstos se contaba Dumenko, de Caballería<sup>2</sup>, comandante de Cuerpo de Ejército en Tsaritsyn e inmediato superior de Budienny<sup>3</sup> (éste mandaba por entonces una división). Dumenko era más inteligente que Budienny; pero acabó por sublevarse, mató a todos los comunistas de su Cuerpo de Ejército, intentó unirse a las fuerzas de Denikin, y fue capturado y ejecutado. Budienny y los comandantes próximos a él atravesaron igualmente un período de vacilación. Uno de los comandantes de brigada en Tsaritsyn, subordinado de Budienny, se sublevó; muchos de los soldados de Caballería se unieron a los verdes<sup>3</sup>. La traición del antiguo oficial zarista

<sup>1</sup> Dybenko había sido oficial subalterno de la Marina. — C. M.

<sup>2</sup> El historiador estalinista E. Genkina, en la página 109 de su obra *La lucha por Tsaritsyn en 1918 (bor'ba za Tsaritsyn y 1918 godu)*, editada por la Sección de Publicaciones Políticas (*Politizdat*) del Partido Comunista de toda la Unión en 1940, escribe a propósito de Dumenko: «El mismo Dumenko era *kulak* de origen, tenía un molino, dos casas, etc. Pero durante la guerra imperial su ganado y sus caballos fueron confiscados, y los blancos se le apropiaron varias cosas. Aquello empujó temporalmente a Dumenko al campo de los rojos, donde comenzó a organizar un destacamento de caballería, pero no en su país, la región de Cherkass del territorio del Don, sino en la región de Sal, donde no se le conocía como *kulak*». — C. M.

<sup>3</sup> Aunque la guerra civil se libró principalmente entre rojos y blancos, también intervinieron en ella grupos menores. El más importante de éstos fue el de los verdes, campesinos organizados en destacamentos de guerrilleros que partiendo de las selvas verdes (de aquí su nombre), salían a combatir contra blancos o rojos, pero principalmente a los primeros. Los verdes se tenían por defensores de la democracia campesina, y opuestos a los rojos y a los blancos. Su movimiento tenía la máxima actividad en la cuenca del mar Negro, en el territorio de Kuban y en Crimea. Como aliados de los rojos en el invierno de 1919-1920, los verdes tuvieron importante participación en la disgregación del ejército del general Denikin. El movimiento verde terminó hacia 1922, en que se estableció una limitada libertad de comercio y las insurrecciones campesinas fueron liquidadas, en general, por el Gobierno de los Sovjets. — C. M.

Nossovich, que ocupaba un cargo administrativo puramente burocrático, produjo, naturalmente, menos daño que la de Dumenko. Pero como la oposición militar (el vivero de la facción de Stalin) dependía en el frente de elementos del tipo de Dumenko, este moñín no se menciona para nada hoy<sup>1</sup>.

El lector que no esté familiarizado con el curso verdadero de los acontecimientos y que en la actualidad no pueda tener acceso a los archivos, hallará dificultades para imaginarse hasta qué punto se han tergiversado sus proporciones. Todo el mundo ha oído hablar hoy de la defensa de Tsaritsyn, del viaje de Stalin al frente de Perm y de la discusión llamada de los Sindicatos. Estos episodios descuellan hoy como cumbres de la cordillera histórica de los sucesos. Pero estas supuestas cumbres han sido creadas artificialmente. De la enorme cantidad de material que colma los archivos, se han destacado ciertos episodios especiales, rodeándolos de efectos teatrales históricos impresionantes. Obras subsiguientes de la historiografía oficial han acumulado nuevas exageraciones, basadas en las precedentes; y a ellas se agregan de vez en cuando invenciones descaradas. El efecto total es producto de tramoya más que hecho histórico. Prácticamente no se encuentra una sola referencia a documentos. La Prensa extranjera, e incluso historiadores eruditos, han llegado a considerar estas fábulas como fuentes originales. En varios países pueden encontrarse especialistas de Historia que conocen versiones de tercera mano de Tsaritsyn y de la discusión de los Sindicatos, pero no tienen prácticamente idea de sucesos que tuvieron importancia y significación enormemente mayores. La falsificación en este respecto ha alcanzado proporciones de alud. [Pero es sencillamente] asombrosa la escasísima cantidad de documentos y otros materiales auténticos que se han publicado con relación a la actividad de Stalin en el frente y, en general, durante el período de la guerra civil.

En reseñas publicadas durante los años de la guerra civil, el relato de Tsaritsyn fue uno de los muchos sin la menor relación con el nombre de Stalin. Su actuación tras la cortina, que fue efímera a lo sumo, sólo era conocida de un corto número de personas, y no brindó en absoluto ocasión a muchas palabras. En el artículo que Ordzhonikidze escribió con ocasión del aniversario del X Ejército, no se menciona a Stalin, a pesar de que su autor es un antiguo camarada de Stalin que le fue leal hasta el suicidio.

<sup>1</sup> Este tema se soslaya cuidadosamente incluso en la historia del episodio de Tsaritsyn, de 217 páginas, antes citada con referencia a Dumenko. — C. M.

Lo mismo ocurre con otros artículos de este tenor. El bolchevique Minin, alcalde de Tsaritsyn a la sazón, y más tarde miembro del Consejo titulado «La Ciudad Sitiada», donde se alude tan poco a Stalin con relación a los acontecimientos de Tsaritsyn que Minin terminó, al fin, por ser tildado de «enemigo del pueblo». El péndulo de la historia habría de oscilar mucho antes de que Stalin fuese elevado a las alturas de un héroe de la epopeya de Tsaritsyn.

Desde hace años se ha hecho tradicional presentar las cosas como si en la primavera de 1918, Tsaritsyn fuese de gran importancia estratégica y Stalin hubiera sido enviado allí para salvar la situación militar. Nada de eso es cierto. Se trataba simplemente de una cuestión de provisiones. En la sesión del Consejo de Comisarios del Pueblo, de 28 de mayo de 1918, Lenin discutía con Tsuruyupa, encargado entonces de los abastecimientos, de los métodos extraordinarios entonces en boga para proporcionar víveres a las capitales (Moscú y Petrogrado) y a los centros industriales. Al terminar la reunión, Lenin escribió a Tsuruyupa: «*Ponte hoy mismo en contacto con Trotsky, por teléfono, para que mañana pueda tenerlo todo en marcha.*» Además, en la misma comunicación, Lenin informaba a Tsuruyupa del acuerdo del Sovnarkom<sup>1</sup> de que el comisario popular de Abastos, Shlyapnikov, saliera inmediatamente hacia el Kuban para coordinar las actividades de abastecimiento en el Sur, en beneficio de las regiones industriales. Tsuruyupa respondió, entre otras cosas: «Stalin está conforme en ir al norte del Cáucaso. Enviadle. Conoce las condiciones locales allí y Shlyapnikov encontrará útil tenerle cerca.» Lenin asintió: «Mando a los dos hoy.» Durante los días siguientes, Shlyapnikov y Stalin tomaron varias medidas complementarias. Por último, según se registra en la *Miscelánea*, de Lenin, «Stalin fue enviado al norte del Cáucaso y a Tsaritsyn como encargado general de actividades de abastecimientos en el sur de Rusia».

Lo que ocurrió a Stalin fue lo mismo que a otros funcionarios soviéticos, a muchedumbre de ellos. Salían destinados a diversas provincias para movilizar los excesos de grano recogidos. Una vez allí se encontraban envueltos en insurrecciones blancas, con lo que sus destacamentos de intendencia se trocaban en destacamentos militares. Muchos activistas de los Comisariados de Educación, Agricultura y otros, se vieron absorbidos por el remolino de la guerra civil en regiones distantes y, por decirlo así, a la fuerza hubieron de dejar sus respectivas profesiones por la de las armas.

<sup>1</sup> Contracción del equivalente ruso de Consejo de Comisarios del Pueblo, Soviet Narodnyj Kommissarov. — C. M.

L. Kamenev, con la sola excepción de Zinoviev, era entre los miembros del Comité Central el menos militar, fue enviado en abril de 1919 a Ucrania para acelerar el movimiento de provisiones hacia Moscú. Se encontró con que Lugansk se había entregado, y amenazaba peligro a toda la cuenca del Don; además, la situación en la recién recuperada Ucrania se hacía cada vez más desfavorable. Exactamente igual que Stalin en Tsaritsyn, Kamenev en Ucrania se encontró envuelto en operaciones militares. Lenin telegrafió a Kamenev: «Absolutamente necesario que tú personalmente... no sólo inspecciones y despaches asuntos, sino que lleves los refuerzos a Lugansk y a toda la cuenca del Don, pues, de otro modo, la catástrofe será, sin duda, enorme y escasamente remediable; seguramente pereceremos si no limpiamos por completo la cuenca del Don en poco tiempo...» Éste era el estilo habitual de Lenin en aquellos días. A base de estas citas es posible demostrar que Lenin consideraba la suerte de la Revolución dependiente de la dirección militar de Kamenev en el Sur. En diversas ocasiones, el poco belicoso Kamenev<sup>1</sup> desempeñó importante papel en varios frentes.

Mediante una concentración totalitaria de todos los instrumentos de propaganda oral y escrita, es posible crear una reputación falsa tanto a una ciudad como a un hombre. Hoy, muchos heroicos episodios de la guerra civil se han olvidado. Ciudades en que Stalin intervino, para nada apenas se recuerdan, en tanto que el nombre de Tsaritsyn se ha investido de mítica importancia. Es necesario tener presente que nuestra posición central y la disposición del enemigo en un amplio círculo nos permitía actuar a lo largo de líneas de operaciones interiores, y reducía nuestra estrategia a una sencilla idea: la consecutiva liquidación de los frentes, según su relativa importancia. En aquella guerra de maniobra, profundamente móvil, varias zonas del país alcanzaron excepcional significación en ciertos momentos críticos, y luego la

<sup>1</sup> La alusión se refiere a León Borisovich Kamenev, líder bolchevique; cuñado de Trotsky, diputado presidente bajo Lenin en el Consejo de Comisarios del Pueblo y el Consejo de Trabajo y Defensa (desde 1922), designado por el mismo Lenin albacea literario y editor de sus *Obras recopiladas*, fundador y primer presidente del Instituto Lenin, sucesor de Lenin como presidente del Consejo de Trabajo y Defensa, etc., que en 1919 estuvo en el frente como representante extraordinario del Consejo de Defensa. Este Kamenev fue fusilado por orden de Stalin como traidor convicto en 1936. No debe confundirse con Sergio Kamenev, vástago de una familia militar zarista, que fue coronel del 30.º Regimiento de Poltava en la época de la Revolución de 1917, uno de los oficiales zaristas que ingresaron en el Ejército Rojo durante la permanencia de Trotsky en el Comisariado de Guerra, nombrado por éste comandante del frente oriental en setiembre de 1918, y promovido a comandante en jefe de las fuerzas armadas de la República de los Soviets en julio de 1919, sucediendo a Jonquín Vatzetis. S. S. Kamenev continuó siendo comandante en jefe hasta abril de 1924, en que se suprimió tal cargo. Después se hizo miembro del Partido Comunista y murió de muerte natural. — C. M.

volvieron a perder. Sin embargo, la lucha por Tsaritsyn no pudo llegar a ser tan trascendente, por ejemplo, como la lucha por Kazan, de donde arranca la carretera a Moscú, o la lucha por Oryol, de donde sale una carretera que por Tula va hasta Moscú, o la lucha por Petrogrado, cuya pérdida hubiera sido por sí sola un golpe fatal y, además, habría abierto el camino a Moscú por el Norte. Además, a despecho de las afirmaciones de los historiadores de la hora presente, que dicen que Tsaritsyn fue «el embrión de la Escuela de Guerra, donde se crearon los cuadros de mandos para otros muchos frentes, mandos que hoy están a la cabeza de las unidades básicas del Ejército», el hecho es que los organizadores y jefes militares mejor dotados no procedían de Tsaritsyn. Y no me refiero sólo a figuras centrales, como Sklyansky, el auténtico Carnot del Ejército Rojo; o Frunze, jefe militar de gran talento, que más tarde fue colocado a la cabeza del Ejército Rojo; o Tujachersky, el futuro reorganizador del Ejército; o Yegorov, el futuro jefe del Estado Mayor; o Yakir, o Uborevich, o Kork, sino a muchos, muchísimos más. Cada uno de ellos se probó y adiestró en otros ejércitos y en otros frentes. Todos ellos adoptaron una actitud decididamente negativa respecto a Tsaritsyn; en sus labios, hasta la palabra «tsaritsynita» tenía un sentido despectivo.

El 23 de mayo de 1918, Sergio (Ordzhonikidze) telegrafió a Lenin:

«La situación es mala. Necesitamos adoptar medidas energicas... Los camaradas aquí son demasiado flojos. Todo deseo de ayudar les parece ingerencia en los asuntos locales. Seis trenes de grano preparados para Moscú están detenidos en la estación... Insisto en que necesitamos medidas sumamente rigurosas...»

Stalin llegó a Tsaritsyn en junio de 1918, con un destacamento de guardias rojos, dos trenes blindados y plenos poderes para tratar de abastecer de cereales a los famélicos centros políticos e industriales. Poco después de su llegada, varios regimientos de cosacos y del Kuban se habían levantado contra el Gobierno de los Soviets. El ejército voluntario (de los blancos), que había estado vagando y dando vueltas por las estepas del Kuban, era ya bastante numeroso. El Ejército soviético del Norte del Cáucaso (único granero de la República Soviética por entonces) sufría mucho por efecto de sus depredaciones.

No era misión de Stalin quedarse en Tsaritsyn. Tenía el encargo de (organizar la expedición de víveres a Moscú) y proseguir

hacia el norte del Cáucaso. Pero no llevaba en Tsaritsyn una semana, cuando el 13 de junio telegrafió a Lenin que la situación en aquella ciudad «había cambiado mucho, pues un destacamento de cosacos se había presentado a unas cuarenta verstas de allí». De este telegrama de Stalin se desprende que Lenin esperaba que fuese a Novorosisk y se encargase de resolver la situación crítica relacionada con el hundimiento de la flota del mar Negro. Durante las dos semanas siguientes, siguió confiándose en que fuera a Novorosisk. En su discurso del 28 de junio de 1918, en la IV Conferencia de los Comités de Sindicatos y Fábricas de Moscú [Lenin dijo:]

\* «¡Camaradas! Ahora... contestaré a la pregunta relativa a la flota del mar Negro... He de deciros que fue el camarada Raskolnikov quien intervino allí... El camarada Raskolnikov vendrá en persona y os dirá que él instigó a que prefiriésemos destruir la flota a consentir que las tropas alemanas la emplearan contra Novorosisk... Tal era la situación, y los comisarios del Pueblo, Stalin, Shlyapnikov y Raskolnikov vendrán pronto a Moscú y os dirán cómo ocurrió todo.»

[Sin embargo, en vez de seguir viaje hasta el norte del Cáucaso, o, si los planes se alteraron por el cambio de la situación militar, hasta Novorosisk] Stalin permaneció en Tsaritsyn hasta que la ciudad fue cercada en julio por los blancos.

Stalin había esperado encontrar pocas dificultades y mucho lucimiento enviando millones de sacos de grano a Moscú y a otros centros. Pero todo lo que consiguió enviar, a pesar de su dureza, fue una expedición de tres gabarras, a que se refiere en su telegrama de 26 de junio. Si hubiese enviado más, se hubieran publicado y comentado hace mucho tiempo otros telegramas referentes a ello. Lejos de eso, se encuentran confesiones implícitas de su fracaso como abastecedor de grano en sus propios informes, que culminan el 4 de agosto al reconocer que era inútil esperar más provisiones de Tsaritsyn. Incapaz de cumplir su jactanciosa promesa de suministrar alimentos al centro, Stalin se pasó del «frente de abastos» al «frente militar». Se hizo dictador de Tsaritsyn y del frente del norte del Cáucaso. Se adjudicó facultades amplias y prácticamente ilimitadas, como representante autorizado del Partido y del Gobierno. Tenía derecho de llevar a cabo la movilización local, requisar propiedades, militarizar fábricas, detener, y juzgar, admitir y despedir. Stalin ejercía autoridad con mano dura.

Todos los esfuerzos se concentraron en la tarea de la defensa. Hízose cargo de todas las organizaciones locales del Partido y de los trabajadores, completándolos con nuevas fuerzas; se equiparon las partidas de guerrilleros. La vida de toda la ciudad fue sometida a la presión de una dictadura inflexible. «En las calles y en las encrucijadas había patrullas del Ejército Rojo —escribe Tarassov-Rodionov—, y en medio del Volga, anclada, con su negra panza muy fuera del agua, había una gran barcaza, a la que miraba de soslayo un desmadrado funcionario de desteñido uniforme, mientras cuchicheaba con angustia a las viejecitas de la orilla: “¡Ahí... está la Checa!” Pero aquello no era la Checa misma, sino sólo su cárcel flotante. La Checa trabajaba en el interior de la ciudad, junto a la comandancia del Ejército. Estaba trabajando... a todo gas. No pasaba día sin que descubriera toda suerte de conspiraciones en los sitios que parecían de más seguridad y respeto.»

[El 7 de julio, aproximadamente un mes después de su llegada a Tsaritsyn, Stalin escribía a Lenin (en la carta hay una nota que dice: «Salgo escapado al frente... Escribo sólo oficialmente».)]

\* «La línea sur de Tsaritsyn aún no se ha restablecido. Estoy apremiándolos, y reprendiendo a todo el que debo. Espero que la tendremos pronto restaurada. Puedes estar seguro de que no tendré con nadie miramientos, ni siquiera conmigo. Pero *tendréis* el grano. Si nuestros «especialistas» militares (¡los zapateros!) no estuviesen durmiendo, no habrían roto la línea, y si ésta se rehace no será gracias a los militares, sino a pesar suyo.»

[El 11 de julio volvió a telegrafiar Stalin a Lenin:]

\* «Las cosas se han complicado porque el Estado Mayor de la Región Militar del norte del Cáucaso ha resultado ser completamente incapaz para luchar contra la contrarrevolución. No es sólo que nuestros “especialistas” sean psicológicamente ineptos para hacer frente con entereza a la contrarrevolución, sino también que por ser lo que son sólo saben hacer copias al ferropusiano y proponer planes de reforma, y cuanto significa acción no les interesa..., aparte de que se sienten al margen... No creo tener derecho a contemplar esto con indiferencia, cuando el frente de Kaledin ha quedado cortado del punto de abastecimiento y el norte de la región cerealista. Continuaré corrigiendo éstas y otras

deficiencias, donde quiera que las encuentre: estoy tomando una serie de medidas y así seguiré, aunque haya de destituir a todos los altos funcionarios y comandantes que sean hostiles, a pesar de los inconvenientes formalistas, que pasaré por alto siempre que haga falta. Es natural que asuma toda la responsabilidad ante los organismos supremos.»

[El 4 de agosto, Stalin escribió desde Tsaritsyn a Lenin, Trotsky y Tsuryupa:]

\* «La situación en el Sur dista de ser halagüeña. El Consejo de Guerra se ha encontrado con una herencia de extremo desorden, debida en parte a intrigas de personas a quienes aquél situó en los diversos departamentos de la región militar... Tuvimos que comenzar de nuevo... Derogamos todo lo que yo llamaría el antiguo orden criminal, y sólo después de comenzar nuestro avance...»

La tarea de abastecer en escala algo grande resultó imposible de resolver a causa de la situación militar: «Los contactos con el Sur y con sus cargas de provisiones están interrumpidos —escribía Stalin el 4 de agosto—, y la misma región de Tsaritsyn, que conecta el Centro con el Cáucaso septentrional, está cortada a su vez, o casi cortada del Centro.» Stalin explicaba la causa de la extrema agravación de la situación militar, de una parte por la mudanza del acérrimo campesino, «que en octubre había combatido por el Gobierno de los Soviets, y ahora está en contra suya (odia con todo su corazón el monopolio de cereales, los precios estables, la requisa, la pelea con los recaudadores); y de otra por el lastimoso estado de las tropas... En general he de decir —concluía— que hasta no reanudar el contacto con el norte del Cáucaso no podemos contar... con la región de Tsaritsyn en cuanto a provisiones».

La arrogación por parte de Stalin de las funciones de gestor de todas las fuerzas militares del frente había sido confirmada por Moscú. El telegrama del Consejo Revolucionario de Guerra de la República, que llevaba anotado su envío con la conformidad de Lenin, expresamente delegada en Stalin para «imponer orden, agrupar todos los destacamentos en unidades regulares, organizar los mandos debidamente, después de sustituir a todos los insubordinados». Así, los derechos asignados a Stalin fueron firmados y hasta formulados por mí, en cuanto puede juzgarse por el texto de la disposición correspondiente. Nuestra tarea común a la

sazón consistía en subordinar las provincias al Centro, imponer disciplina y someter todos los grupos de voluntarios y guerrilleros al Ejército y a los servicios del frente. Por desgracia, la actividad de Stalin en Tsaritsyn tomó una dirección totalmente distinta. Por entonces no sabía yo que Stalin había puesto en uno de mis telegramas la anotación de «no hacer caso», ya que no tuvo nunca el suficiente valor para informar de ello al Centro. Mi impresión era que Stalin no luchaba con firmeza suficiente contra la autonomía local, las guerrillas comarcales y la insubordinación general de la gente de la región. Le acusé de ser demasiado tolerante con la equivocada política de Vorochilov y otros, pero nunca me cupo en la cabeza que fuese él el instigador de tal política. Esto se puso en evidencia poco después, por sus propios telegramas y por las confesiones de Vorochilov y demás enterados.

Stalin pasó en Tsaritsyn varios meses. Su trabajo de zapa contra mí, que ya entonces constituía buena parte de sus actividades, iba de la mano con la oposición solapada de Vorochilov, que era su más íntimo asociado. Sin embargo, Stalin se condujo de tal modo, que en cualquier momento pudiera retroceder sin comprometerse. Lenin conocía a Stalin mejor que yo, y, al parecer, sospeché que la pertinacia de los tsaritsynitas podía explicarse por la actuación de Stalin detrás de la cortina. Me resolví a arreglar de una vez los asuntos de Tsaritsyn. Después de un nuevo choque con el mando, decidí que Stalin regresara. Esto se hizo por mediación de Sverdlov, que salió en persona en un tren especial para traerse a Stalin. Lenin deseaba reducir el conflicto a proporciones mínimas, y en tal respecto tenía razón, como es natural.

Por entonces, mientras que el Ejército Rojo había conseguido victorias de consideración en el frente del Este, dejando el Volga en franquía, las cosas continuaban mal en el Sur, donde todo iba de mal en peor a consecuencia de no obedecerse las órdenes. El 25 de octubre, en Kozlov, dicté una orden relativa a la unificación de todos los ejércitos y grupos del frente Sur bajo el mando del Consejo Revolucionario de Guerra del mismo, compuesto por el antiguo general [Syton y tres bolcheviques: Shlyapnikov, Mejonoshin y Lazimir]: «Todas las órdenes e instrucciones del Consejo han de ser objeto de ejecución incondicional e inmediata.» La orden conminaba a los insubordinados con severas penas. Luego telegrafíe a Lenin:

«Insisto categóricamente en que se deponga a Stalin. Las cosas van mal en el frente de Tsaritsyn, a pesar de contar allí con fuerzas sobradas. Vorochilov es capaz de mandar un regimiento, no un ejército de 50.000 hombres. Sin embargo, le dejaré el mando del X Ejército en Tsaritsyn, siempre que dé informes al comandante del Ejército del Sur, Sytin. Hasta ahora, Tsaritsyn no ha mandado partes de operaciones a Kozlov. He dispuesto que se informe respecto a reconocimientos y operaciones dos veces al día. Si no se hace mañana, llevaré a Vorochilov y a Minin a un Consejo de guerra, y publicaré el hecho en una orden del Ejército. Según los Estatutos del Consejo Revolucionario de Guerra de la República, Stalin y Minin, mientras permanezcan en Tsaritsyn, no son más que miembros del Consejo Revolucionario de Guerra del X Ejército. Nos queda poco tiempo para tomar la ofensiva antes de que comiencen los lodazales de otoño, en que los caminos locales están impracticables, tanto para la infantería como para los cuerpos montados. No será posible ninguna acción seria sin coordinar con Tsaritsyn. No puede perderse tiempo en negociaciones diplomáticas. O Tsaritsyn se somete, o deberá afrontar las consecuencias. Tenemos una superioridad de fuerzas enorme, pero reina absoluta anarquía en las alturas. Puedo terminar con esto en veinticuatro horas, si cuento con tu firma y tu concurso declarado. En todo caso, es el único recurso que concibo.»

[Al día siguiente] recibía Lenin este telegrama directo:

\* He recibido el siguiente telegrama: «La orden militar de Stalin, número 118, debe ser anulada. He mandado instrucciones completas al comandante del frente Sur, Sytin. Las actividades de Stalin socavan todos mis planes... Vatzetis, comandante en jefe; Danishevsky, miembros del Consejo Revolucionario de Guerra.»

[Stalin fue separado de Tsaritsyn en la segunda mitad de octubre. Esto es lo que] escribió en *Pravda* (30 de octubre de 1918) [respecto al frente Sur]:

\* «El objetivo del principal ataque del enemigo era Tsaritsyn. Se comprende esto, porque la toma de Tsaritsyn y el corte de comunicaciones con el Sur hubiera asegurado el cumplimiento de todos los propósitos del enemigo, uniendo a los contrarrevolucionarios del Don con el sector Norte de los cosacos de los Ejércitos de Astracán y Ural, creando un frente continuo con

trarrevolucionario desde el Don a los checoslovacos. Habría dado a los contrarrevolucionarios el dominio del sur del Caspio, dentro y fuera; y las tropas soviéticas del norte del Cáucaso se hubiesen visto desamparadas...»

[¿«Confesaba» así Stalin que era culpable de haber agravado la situación con sus intrigas y su indisciplina? Nada de eso. Sin embargo, cuando regresaba a Moscú desde Tsaritsyn, Sverdlov preguntó] cautamente cuáles eran mis intenciones, y luego me propuso que hablara con Stalin, que, por lo visto, iban en su tren.

«—¿Piensas realmente en destituirlos a todos? —me preguntó Stalin en tono de exagerada sumisión—. Son unos muchachos excelentes.

»—«Esos muchachos excelentes están comprometiendo la Revolución, que no puede esperar a que adquieran juicio —le contesté—. Lo que pretendo es sólo rescatar Tsaritsyn para la Rusia de los Soviets.»

A partir de entonces, siempre que hube de lastimar predilecciones, amistades o vanidades personas, Stalin iba reuniendo hábilmente a toda la gente agraviada. Tenía mucho tiempo para ello, puesto que así favorecía sus íntimas ambiciones. Los espíritus dominantes de Tsaritsyn se convirtieron, en adelante, en sus instrumentos principales. Tan pronto como Lenin cayó enfermo, Stalin, por medio de sus satélites, hizo cambiar el nombre de Tsaritsyn por el de Stalingrado.

[Los opositores de Tsaritsyn eran una curiosa colección. El hombre que más detestaba a los especialistas militares era Vorochilov («el cerrajero de Lugansk», como le llamaron los cronistas de última hora), un sujeto campechano y descarado, no extremadamente intelectual, pero ladino y poco escrupuloso. Nunca pudo hacer la carrera de la teoría del arte militar, pero tenía el de saber fruncir el ceño y no tener el menor reparo en sacar partido de las ideas de subordinados más ingeniosos, ni falsa modestia en cuanto a presentar como propios sus aciertos. Su candidez intelectual en materia de teoría militar y de marxismo había de demostrarse ampliamente en 1921, en que], siguiendo sin discernimiento las orientaciones de algún oscuro ultraizquierdista, manifestó que la agresividad y la táctica de la ofensiva eran consecuencia de «la condición de clase del Ejército Rojo», presentando a la vez como «prueba de la necesidad de tomar la ofensiva» algunas citas de los reglamentos militares franceses de 1921.



Su «fiel mano derecha» era Shchadenko [comisario político del X Ejército, sastre de oficio, a quien los cronistas de hoy habían de immortalizar como sigue]: «Frunciendo con enfado sus aquilinas cejas, mirando con expertos ojos a derecha e izquierda, iba por todo el frente, inflamado en su esfuerzo de ser la fiel mano derecha de Klim.»

Igualmente celoso, pero muy distinto de los otros dos, era Sergio Minin. [Una curiosa mixtura de poeta y demagogo, que se había entregado con alma y vida a la causa y padecía una ciega fobia contra todos los oficiales zaristas.] Popular entre los trabajadores de Tsaritsyn desde que, siendo un joven estudiante, participó en la Revolución de 1905, Tsaritsyn se enorgullecía de tener en él su más conspicuo y apasionado orador. Era, con mucho, el más honesto del grupo, pero acaso el menos razonable. Sincero en su intransigencia, puso toda su parte de daño en la agravación de la situación militar de Tsaritsyn. [Era un instrumento inocente, pero por lo visto el más eficaz, de la intriga de Stalin en Tsaritsyn, y fue apartado tan pronto como ya no pudo serle de utilidad.]

Había, además, el ingeniero Rujimovich, antiguo Comisario Popular de Guerra de la República de Donetz-Krivirog [una de las efímeras repúblicas rojas de los primeros días de la Revolución], que dio a Vorochilov su primer encargo de organizar un ejército proletario. Puesto al frente de la Independencia, el provinciano Rujimovich no comprendía otras necesidades que las del X Ejército. No había Ejército que se tragara tantos fusiles y municiones, y en cuanto se le negaban, levantaba el grito contra la traición de los especialistas de Moscú. [El, como el vocal más joven del Consejo de Guerra, Valerio] Mezhlauk, ascendieron a astros de segundo orden en la jerarquía estaliniana, para eclipsarse luego [por razones desconocidas. Estaban asimismo] Zhloba, Jarchenko, Gorodovich, Savitsky, Parhomenko y otros, cuyas aportaciones al Ejército Rojo y al Estado soviético no sobrepujaban las de otros cientos de miles, pero cuyos nombres se salvaron del más completo olvido sólo por su previa relación con Stalin en Tsaritsyn.

«Trotsky —escribió más tarde Tarasov-Radionov— habló en el Consejo Revolucionario de Guerra, enojado y altivo. Soltó una granizada de punzantes reproches por el enorme derroche de material... Trotsky no tenía oídos para explicaciones...»

El 1 de noviembre telegrafió a Sverdlov y a Lenin desde Tsaritsyn:

«La situación, por lo que respecta al X Ejército, es la siguiente: Hay muchas fuerzas aquí, pero no hay quien dirija las operaciones. El Estado Mayor del frente Sur y Vatzetis están por un cambio de comandante. Veré si es posible conservar a Vorochilov, dándole un Estado Mayor experimentado y eficaz. El no está conforme, pero confío en que el asunto pueda arreglarse... El único obstáculo serio es Minin, que está llevando una política sumamente perniciosa. Insisto seriamente en que se le traslade. ¿Cuándo estarán listas las medallas?»

Después de inspeccionar todos los sectores del Ejército de Tsaritsyn, en una orden especial de 5 de noviembre de 1918, reconocía los servicios de muchas de las unidades y de sus jefes, haciendo notar al mismo tiempo que algunas partes del Ejército consistían en unidades que se llamaban a sí propias divisiones sin serlo en realidad; que «el trabajo político en ciertas unidades no se había iniciado aún», que «el empleo de reservas militares no se efectúa siempre con la debida precaución»; que «en ciertos casos, el comandante, reacio a dar cumplimiento a una orden de operaciones, la hace discutir en una reunión...», etc. «Como ciudadanos —decía la orden—, los soldados son libres durante sus horas francas para celebrar reuniones sobre cualquier asunto. Como soldados, deben obedecer las órdenes militares sin la menor objeción.»

Después de visitar el frente Sur, incluso Tsaritsyn, informé al VI Congreso de los Soviets de 9 de noviembre de 1918: «No todos los funcionarios del Soviet han comprendido que nuestra administración se ha centralizado y que todas las órdenes emanadas de arriba son terminantes... Hemos de ser inflexibles con los funcionarios del Soviet que no han comprendido eso aún; los depondremos, los expulsaremos de nuestras filas, los extirparemos a fuerza de reprensiones.» Esto se refería a Stalin mucho más que a Vorochilov, contra quien iban en aquella ocasión dirigidas las palabras ostensiblemente. Stalin estaba presente en el Congreso y guardó silencio. Callado permaneció también en la sesión de Politburó. No podía defender abiertamente su conducta. A lo sumo, lo que hizo fue almacenar cólera. En aquellos días (depuerto de Tsaritsyn, con profundo rencor y sed de venganza en el corazón) escribió su artículo sobre el primer aniversario de la República. La finalidad del mismo era atacar mi prestigio, volviendo contra mí la autoridad del Comité Central encabezado por Lenin. En

aquel artículo de aniversario, dictado por una ira contenida, Stalin tuvo, sin embargo, que escribir lo siguiente:

«Toda la labor de organización práctica de la insurrección fue realizada bajo la inmediata dirección del presidente del Comité de Petrogrado, camarada Trotsky. Es posible declarar con seguridad que al camarada Trotsky debe el Partido principalmente, y en primer lugar, que la guarnición se pasara tan pronto al lado del Soviet y que se ejecutara con tal atrevimiento la labor del Comité Revolucionario Militar.»

El 30 de noviembre, por iniciativa del Comisariado de Guerra de organizar un Consejo de Defensa, el Comité Ejecutivo Central de toda Rusia aprobó una resolución en el sentido de convocar el Consejo de Defensa, compuesto de Lenin, el que escribe, Krasin, el comisario de Vías y Comunicación, el comisario de Abastecimientos y el presidente de la Comisión Permanente del Comité Ejecutivo Central, Sverdlov. De acuerdo con Lenin, propuse que se incluyera también a Stalin. Lenin deseaba dar a Stalin alguna satisfacción por haberse retirado del Ejército de Tsaritsyn; yo quería darle ocasión de formular abiertamente sus críticas y propuestas, sin mojar la pólvora en el Departamento de Guerra. La primera sesión, que delineó nuestras tareas en sentido general, se celebró durante las horas del día, el 1 de diciembre. De las notas que tomó Lenin en aquella reunión, resulta que Stalin habló seis veces; Krassin, nueve; Skylyansky, nueve; Lenin, ocho. No se permitía hablar más de dos minutos cada vez. La dirección del trabajo del Consejo de Defensa, no sólo en lo tocante a cuestiones de relieve, sino en cuestiones de detalle, se concentró enteramente en manos de Lenin. Se confió a Stalin la misión de redactar una tesis sobre la lucha contra el regionalismo, y otra sobre el modo de combatir el expedienteo. No hay prueba alguna de que se redactase una u otra. Además, con objeto de facilitar el trabajo, se convino en que «los decretos de la Comisión designada por el Comité de Defensa, firmados por Lenin, Stalin y los representantes del Departamento interesado, tendrán la fuerza de un decreto del Consejo de Defensa». Pero en cuanto afectaba a Stalin, todo aquello se redujo a otro epígrafe que nada tenía que ver con el trabajo efectivo.

[A pesar de todas estas concesiones, Stalin continuó apoyando en secreto a la oposición de Tsaritsyn, anulando los esfuerzos del Departamento de Guerra por imponer orden y disciplina

en aquel sector. En Tsaritsyn, su principal instrumento era Vorochilov; en Moscú, Stalin mismo ejercía toda la presión que podía sobre Lenin. Se hizo necesario, en consecuencia, enviar el siguiente telegrama desde Kursk, el 14 de diciembre:]

«Al presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo: Lenin. La cuestión de deponer a Okulov no puede resolverse por sí misma. Okulov se designó para tener a raya a Vorochilov, como garantía del cumplimiento de las órdenes militares. Es imposible dejar que Vorochilov continúe después de haber inutilizado todos los intentos de guerra, con un nuevo comandante, y Vorochilov debe ir a Ucrania.

«El presidente del Consejo Revolucionario de la República, Trotsky.»

[Vorochilov fue entonces trasladado a Ucrania. La capacidad combativa del X Ejército aumentó como por ensalmo. No sólo el nuevo comandante, sino también el sucesor de Stalin en el Consejo de Guerra, Shlyapnikov, resultaron infinitamente más eficaces, y mejoró la situación militar en Tsaritsyn.]

[Pocos días después de la sustitución de Vorochilov, y tras los meses de forzosa abstención de un asunto tan sumamente tentador como el de intervenir en cuestiones militares, desde su propia deposición de Tsaritsyn, Stalin halló nueva ocasión de actuar en el frente, esta vez por un par de semanas, y la aprovechó para clavar a Trotsky un cuchillo en la espalda. El incidente comenzó con el siguiente cambio de telegramas entre Lenin y Trotsky:]

I

\* Telegrama cifrado al camarada Trotsky, en Kursk o cualquier otro lugar en que pueda hallarse el presidente del Comité Revolucionario de Guerra de la República.

«Moscú, 13 de diciembre de 1918.

«Noticias sumamente alarmantes de las proximidades de Perm. Está en peligro. Temo que nos hayamos olvidado de los Urales. ¿Se mandan refuerzos con suficiente intensidad a Perm y a los Urales? Lashevich dijo a Zinoviev que sólo deben mandarse unidades ya fogueadas.—Lenin.»

\* A Trotsky, en Kozlov o dondequiera que se encuentre el presidente del Comité Revolucionario de Guerra de la República.

«Moscú, 31 de diciembre de 1918.

«Hay varios informes del Partido de los alrededores de Perm sobre el estado catastrófico del Ejército y sobre embriaguez. Te lo transmito. Piden que vayas allí. Pensé en enviar a Stalin. Temo que Smilga sea demasiado blando con Lashevich, que al parecer también bebe con exceso y no es capaz de restablecer el orden. Telegrafía tu opinión.— Lenin.»

[66.847.]

\* Por hilo directo en cifra a Moscú, Kremlin, para el presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, Lenin.

Respuesta a [66.847].

«Voronej, 1 de enero de 1919, a las 19 (7 tarde).

«De los partes de operaciones del III Ejército he deducido que la dirección está completamente desconcertada, y propuse un cambio de mando. La decisión se aplazó. Ahora considero inaplazable la sustitución.

«Estoy completamente de acuerdo, sobre la excesiva blandura del camarada enviado allí. De acuerdo con enviar a Stalin con poderes del Partido y del Consejo Revolucionario de Guerra de la República para restablecer el orden, depurar la plantilla de comisarios y castigar severamente a los culpables. El nuevo comandante se nombrará de acuerdo con Serpujov. Propongo nombrar a Lashevich miembro del Consejo Revolucionario de Guerra del frente Norte, donde no tenemos una persona responsable del Partido, y el frente puede adquirir pronto mayor importancia.

«Presidente del Consejo Revolucionario de Guerra de la República, Trotsky.»

[9.]

[El asunto pasó entonces al Comité Central, que resolvió:]

\* «Designar una Comisión investigadora del Partido, compuesta de los miembros del Comité Central, Stalin y Dzerzhinsky, para que realice una minuciosa investigación de los motivos de la ren-

dición de Perm y de las recientes derrotas en el frente del Ural, y aclare todas las circunstancias concernientes a los mencionados hechos.»

[El III Ejército había rendido Perm a las tropas del almirante Koltchak, que avanzaban, y tomado posiciones en Viatka, donde se sostenía a duras penas. Stalin y Dzerzhinsky llegaron a Viatka mientras el III Ejército la defendía de los ataques enemigos. El día de su llegada allí, 5-I-1919, Stalin y Dzerzhinsky telegrafiaron a Lenin]¹.

\* «Comenzó la investigación. Te informaremos de vez en cuando sobre el curso de la misma. Entretanto, creemos necesario darte cuenta de las necesidades del III Ejército que no admiten aplazamiento. El caso es que de este ejército, que constaba de más de 30.000 hombres, sólo quedan 1.100 soldados aspeados y exhaustos, que apenas pueden resistir la presión del enemigo. Las unidades enviadas por el comandante en jefe no son de confianza, incluso en parte hostiles a nosotros, y necesitan una seria criba. Para salvar los restos del III Ejército y evitar el rápido avance del enemigo sobre Viatka (según la información del Estado Mayor del frente y del mismo Ejército, este peligro es completamente real), es absolutamente necesario enviar al momento desde Rusia y poner a disposición del comandante del Ejército por lo menos tres regimientos de absoluta confianza. Insistimos con apremio que hagas la debida presión en este sentido sobre la institución militar competente. Lo repetimos: sin esta medida espera a Viatka la misma suerte de Perm.»

[El 15 de enero, Stalin y Dzerzhinsky informaban al Consejo de Defensa:]

\* «Se enviaron al frente 1.200 bayonetas y sables de confianza; al día siguiente, dos escuadrones de Caballería. El día 10 salió también el 62 Regimiento de la 3.ª Brigada (bien tamizada previamente). Estas unidades nos permiten contener el avance del enemigo, levantar la moral del III Ejército y comenzar nuestro avance sobre Perm, hasta ahora afortunada. A retaguardia del ejército

¹ Los tres extractos siguientes, hallados entre las notas de Trotsky para este libro están tomados de las obras de S. Dmitrievsky, a quien cita el autor también en otros lugares. Ellos relatan lo ocurrido. Si son o no fidedignos, ya es otra cuestión. No se excluye la posibilidad de que Trotsky pusiera en duda algunas de las declaraciones que Dmitrievsky atribuye a Stalin y Dzerzhinsky. — C. M.

se efectúa una detenida depuración de las instituciones del Soviet y del Partido. Se han organizado comités revolucionarios en Viatka y en las cabezas de partido. También se ha comenzado a organizar y continúan organizándose fuertes cuadros revolucionarios en los pueblos. Se está restaurando todo el trabajo del Partido y del Soviet sobre nuevas líneas. El control militar se ha renovado y reorganizado. Asimismo ha sido depurada la checa provincial, a cuyo frente se han puesto nuevos activistas...»

[Después de investigar las causas de la catástrofe, Stalin y Dzerzhinsky informaron a Lenin que eran:]

\* «La fatiga y el agotamiento del Ejército en el momento de avanzar el enemigo, nuestra falta de reservas a la sazón, la falta de contacto del Estado Mayor con el Ejército, el desconcierto del comandante del Ejército, los métodos intolerablemente criminales de administrar el frente el Comité Revolucionario de Guerra de la República, que paralizaban la posibilidad de ofrecer oportuna ayuda al III Ejército; la falta de confianza en los refuerzos enviados de retaguardia, a causa de los viejos métodos de reclutamiento, y la absoluta inseguridad de la retaguardia en virtud de la completa ineptitud e incapacidad de las organizaciones locales del Soviet y del Partido.»

[Casi todos los extremos de este informe constituían un golpe contra Trotsky. Si Lenin, el Consejo de Defensa, el Comité Central y su Politburó hubiesen tomado en serio estos cargos contra Trotsky, no habría habido más remedio que destituirle de su cargo. Pero Lenin conocía demasiado bien a Stalin para estimar este informe suyo de su asociado en Viatka, menos conforme a los hechos que incriminatorio, como una venganza por haberle relevado de Tsaritsyn, y por haberse negado a darle otra oportunidad en el frente Sur, donde pudiera volverse a reunir con Vorochilov y los otros tsaritsynitas.

Mientras tanto, en Ucrania, utilizando sus prerrogativas políticas y su categoría de comandante del ejército, Vorochilov continuaba chocando con los especialistas militares, deshaciendo el trabajo del Estado Mayor y estorbando la ejecución de las instrucciones del Cuartel General. Con ayuda de Stalin y de otros, pronto hizo su presencia en el frente Sur tan intolerable que el 10 de enero de 1919 fue necesario telegrafiar:]

\* «A Moscú.

»Al presidente del Comité Ejecutivo Central, Sverdlov.

»...Debo manifestar categóricamente que la política de Tsaritsyn, que ha ocasionado la total desmembración del Ejército de aquella zona, no puede tolerarse en Ucrania... Okulov sale para Moscú. Propongo que Lenin y tú prestéis la máxima atención a su informe sobre la labor de Vorochilov. La línea de Stalin, Vorochilov y Rujimovich significa la ruina de todo lo que estamos haciendo.

»Presidente del Consejo Revolucionario de Guerra de la República, Trotsky.»

[Mientras Stalin intrigaba con ayuda de Dzerzhinsky en Viatka], Lenin insistió en que era necesario que llegase a una inteligencia con Stalin: .

\* «Stalin iría con mucho gusto a trabajar al frente Sur... Stalin espera que el resultado de su labor nos convencerá de la justeza de sus puntos de vista... Al informarte, León Davidovich, de estas declaraciones de Stalin, te ruego que las estudies con detenimiento y me contestes, en primer lugar, si estás de acuerdo con que Stalin explique en persona el asunto, sobre el cual se halla dispuesto a informarse; y en segundo lugar, si crees posible, a base de ciertas condiciones concretas, arreglar el conflicto anterior y llegar a una colaboración que Stalin vería complacido. En cuanto a mí, creo que es necesario hacer todo lo posible por trabajar conjuntamente con él. — Lenin.»

Evidentemente, Lenin había escrito esta carta apremiado por la insistencia de Stalin. Este buscaba el convenio, la conciliación, más trabajo de orden militar, aun a costa de una capitulación pasajera y fingida. El frente le atraía porque aquí podía trabajar por primera vez con la máquina administrativa más acabada de todas, que es la máquina militar. Como miembro del Consejo Revolucionario de Guerra y a la vez del Comité Central del Partido, era inevitablemente la figura cumbre en todos los Consejos de Guerra, en todos los ejércitos, en todos los frentes. Cuando los demás dudaban, él decidía. Podía mandar, y cada orden suya iba seguida de su ejecución prácticamente automática, no como en la Junta del Comisariado de Nacionalidades, donde tenía que ocultarse de sus antagonistas en la cocina del comandante.

En 11 de enero contesté a Lenin por línea directa:

\* «La transacción es naturalmente necesaria, pero no sometiéndose a todo. El hecho es que todos los tsaritsynitas se han congregado ahora en Jarkov. Puedes darte cuenta de lo que son por el informe de Okulov, hecho enteramente de material demostrable, y de los partes de los comisarios. Considero que la defensa que hace Stalin de la tendencia tsaritsynita es una úlcera sumamente peligrosa, peor que cualquier traición o perfidia de especialistas militares... Rujimovich es un alias de Vorochilov. Dentro de un mes tendremos que salir de otro atolladero como el de Tsaritsyn, pero esta vez no tendremos enfrente a los cosacos, sino a los ingleses y a los franceses. Y no es Rujimovich el único. Están firmemente ligados entre ellos, erigiendo la ignorancia en principio. Vorochilov, más las guerrillas de Ucrania, más el bajo nivel de la población, más la demagogia... no podemos tolerar esto de ningún modo. Que designen a Artemio, pero no a Vorochilov ni a Rujimovich... De nuevo insisto en que se examine con atención el informe de Okulov sobre el Ejército de Tsaritsyn y cómo se desmoralizó Vorochilov con la cooperación de Stalin.»

Con relación a este primer período de actividad de Stalin en el frente Sur no se ha publicado nada. La cuestión es que el tal período no duró mucho y terminó para él de un modo muy desagradable. Es una lástima que no pueda basarme en ningún escrito que complete mis recuerdos de este episodio, pues no dejó traza alguna en mis archivos personales. Naturalmente, los archivos oficiales han quedado en el Comisariado de Guerra. En el Consejo Revolucionario de Guerra del frente Sur, con Yegorov de comandante, estaban Stalin y Berzin, que después se dedicó por completo al trabajo militar y desempeñó un importante papel, aunque no rector, en las operaciones militares de la España republicana. Una vez, por la noche (siento no poder puntualizar la fecha exacta), Berzin me llamó a la línea directa y me preguntó si estaba «obligado a firmar una orden de operaciones del comandante del frente, Yegorov». Según las normas, la firma del comisario o miembro político del Consejo de Guerra en una orden de operaciones significaba simplemente que la orden no tenía ningún móvil contrarrevolucionario. En cuanto al sentido de la orden, era por completo de la responsabilidad del comandante. En este caso, la orden del comandante del frente consistía en interpretar otra del comandante en jefe y transmitirla al Ejército bajo su mando. Stalin declaró que la orden de Yegorov no era válida, y que no la

firmaba. En vista de la negativa de un miembro del Comité Central a firmarla, Berzin no se determinaba a poner su propia firma en ella. Y, por otra parte, una orden de operaciones firmada sólo por el jefe militar no tenía fuerza de obligar.

¿Qué objeción suscitaba Stalin contra una orden que, por lo que puedo recordar, era de importancia secundaria, aunque he olvidado totalmente de qué se trataba? Ninguna. Simplemente no quería firmarla. Le hubiera sido perfectamente posible llamarme por hilo directo y explicarme sus razones, o, si lo prefería, dirigirse a Lenin con la consulta. El comandante del frente, si no estaba conforme con Stalin, por la misma norma podía haber expuesto sus propios argumentos al comandante en jefe o a mí. La objeción de Stalin se habría discutido inmediatamente en el Politburó, y se hubieran solicitado entonces del comandante en jefe explicaciones suplementarias. Pero, lo mismo que en Tsaritsyn, Stalin prefería obrar de muy distinto modo: «No quiero firmarla», declaró, para alardear de su importancia ante sus colaboradores y subordinados. Yo repliqué a Berzin: «La orden del comandante en jefe certificada por un comisario es obligatoria para ti. Fírmala inmediatamente; de lo contrario, habrás de comparecer ante el Tribunal». Inmediatamente, Berzin puso su firma en la orden del comandante.

El asunto se llevó al Politburó. Lenin dijo, no sin cierto embarazo: «¿Qué podemos hacer? ¡Otra vez Stalin metido en un lío!» Se decidió retirar a Stalin del frente Sur. Esta era ya la segunda vez que le fallaba el tiro. Recuerdo que volvió sumiso, pero no parecía resentido. Por el contrario, incluso manifestó que había conseguido su propósito de llamar la atención sobre las relaciones impropias entre el Mando supremo y el del frente, y que si bien la orden del comandante en jefe no contenía nada hostil, se había dictado sin sondear antes la opinión del frente Sur, lo que no estaba bien. Esta era, según explicó, la razón de su protesta. Se sentía completamente satisfecho de sí mismo. Mi impresión fue la de que había querido abarcar demasiado. Cogido en la trampa de una baladronada casual, no había podido desenredarse luego. En todo caso, era evidente que hacía todo lo posible por disimular el resbalón y por dar a entender que no había pasado nada. [Para dejarle en buen lugar, se propuso después, probablemente por iniciativa de Lenin, destinarle al frente Sudoeste. Pero Stalin replicó:]

\* «4 de febrero de 1919.

»Al Comité Central del Partido, camaradas Lenin y Trotsky:  
»...Tengo la profunda convicción de que nada puede cambiar  
en la situación mi presencia allí... — Stalin.»

[Durante tres o cuatro meses después de aquello, refrenó su afán de trabajar en la máquina militar y volvió a colaborar en *La Vida de las Nacionalidades*.]

[La liquidación de los tsaritsynitas era más aparente que real. De hecho, Stalin y sus aliados habían variado simplemente de campo de acción y de métodos de ataque. El nuevo campo era el Partido, y los métodos se ajustaron al mismo.] Como en 1912-1913, con referencia a los conciliadores, y como durante la temporada anterior a octubre con respecto a la oposición de Zinoviev y Kamenev, así también en el VIII Congreso [del Partido, Stalin, ostensiblemente ajeno en absoluto a la oposición militar, trabajaba de firme por reforzarla, y la utilizó como palanca contra Trotsky].

La oposición militar constaba de dos grupos. Estaban allí los numerosos activistas ilegales totalmente agotados por la prisión y el destierro, y que no pudieron encontrar puesto adecuado en la organización del Ejército y del Estado. Miraban con honda malquerencia toda clase de advenedizos, de los que no pocos ocupaban cargos responsables. Pero en aquella oposición había también muchos trabajadores avanzados, elementos de lucha con una nueva reserva de energía, que temblaban de aprensión política al ver a ingenieros, oficiales, maestros, catedráticos del día anterior ocupando otra vez puestos de dirección. Esta oposición de trabajadores reflejaba en definitiva falta de confianza en sus propias fuerzas, y recelo de que la nueva clase que había subido al Poder fuera capaz de dominar y controlar los amplios círculos de la vieja intelectualidad.

Durante el primer período, cuando la Revolución iba propagándose de los centros industriales hacia la periferia, se organizaron destacamentos armados de trabajadores, marineros y ex soldados, para establecer el régimen soviético en varias localidades. Estos destacamentos tenían que librar, en ocasiones, encuentros de menor cuantía. Como gozaban de la simpatía de las masas, les era fácil quedar victoriosos. Adquirieron así cierto temple, y sus jefes alguna autoridad. No había enlaces regulares entre tales destacamentos. Su táctica tenía el carácter de incursiones de guerrilleros, y, por lo pronto, con aquello bastaba. Pero las

clases derrocadas, con ayuda de sus protectores extranjeros, comenzaron a organizar sus propios ejércitos. Bien armados y dirigidos, pronto les tocó el turno de emprender la ofensiva. Acostumbrados a victorias fáciles, los destacamentos de guerrilleros no tardaron en poner en evidencia su inutilidad; no tenían secciones adecuadas de información, ni enlaces entre ellos, ni eran capaces de ejecutar una maniobra de relativa complejidad. De aquí que en varias ocasiones y en distintos puntos del país, la guerra de partidas no produjese más que desastres. No era fácil incluir aquellos destacamentos aislados en un sistema centralizado. La capacidad militar de sus comandantes no era grande, y, además, miraban con hostilidad a los oficiales antiguos, parte por no tener confianza política en ellos, y parte por disimular su falta de confianza en sí mismos. Sin embargo, todavía en julio de 1918, los *essars* de izquierda seguían insistiendo en que podíamos defendernos con guerrilleros, sin necesidad de un ejército centralizado. «Esto es tanto como decirnos —repuse yo— que no necesitamos ferrocarriles, y que podemos arreglarnos con carros de caballos para el transporte.»

Nuestros frentes tendían a contraerse en un cerco de más de 8.000 kilómetros de circunferencia. Nuestros enemigos elegían la dirección, creaban una base en la periferia, recibían ayuda del exterior, y descargaban el golpe apuntando al centro. La ventaja de nuestra situación consistía en ocupar una posición central y actuar a lo largo de líneas de operaciones internas. Tan pronto como el enemigo elegía su dirección de ataque, podíamos nosotros escoger la nuestra para el contraataque. Estábamos en condiciones de mover fuerzas y acumularlas para acometer en las direcciones más importantes en cualquier momento dado. Pero esta ventaja sólo podía aprovecharse si conseguíamos una centralización completa de gestión y de mando. Para sacrificar temporalmente alguno de los sectores más remotos o menos importantes a fin de salvar los más próximos e importantes, teníamos que proceder de manera que las órdenes de arriba se cumplieran en vez de someterse a discusión. Todo esto es demasiado elemental para que necesitemos explicarlo aquí. El no comprenderlo, obedecía a aquellas tendencias centrifugas nacidas de la Revolución, al provincialismo del vasto país de comunidades aisladas, al espíritu elemental de independencia que todavía no había tenido tiempo u oportunidad de madurar. Basta decir que al principio, no sólo provincias, sino hasta región tras región tuvieron su propio Consejo de Comisarios del Pueblo, con su correspondiente

comisario de Guerra. Los éxitos de la organización regular, indujeron a los dispersos destacamentos a adaptarse a ciertas normas y condiciones, a consolidarse en regimientos y en divisiones. Pero el espíritu y el método continuaron a menudo como antes. Un jefe de división, no seguro de sí mismo, se mantenía demasiado condescendiente con sus coroneles. Vorochilov, como jefe de ejército, era sobradamente indulgente con los jefes de sus divisiones. Pero tanto más rencorosa era su actitud hacia el Centro, que no se daba por satisfecho con la transformación externa de las partidas de guerrilleros en regimientos y divisiones, sino que insistía en los requisitos más fundamentales de la organización militar. En controversia con uno de los guerrilleros de Stalin escribía yo en enero de 1919:

«En uno de nuestros ejércitos se consideraba señal de supremo revolucionarismo no hace mucho, chancearse vulgar y estúpida-mente de los "especialistas militares", esto es, de todos cuantos hubieran estudiado en escuelas militares; pero en el mismo ejército que así procedía no se desarrollaba el menor trabajo político. La actitud no era menos hostil allí, o acaso lo era más, contra los comisarios comunistas que contra los especialistas. ¿Quién sembraba esa hostilidad? Los peores entre los nuevos comandantes: los militarmente ineptos, gente entre guerrillera y del Partido, que no descaba tener a nadie en torno, ya fueran activistas del Partido, ya expertos y serios militares. Aferrados de por vida a sus puestos, execraban con furor hasta la mención de estudios militares... Muchos de ellos, metidos por último en un lío irremediable, terminaban simplemente rebelándose contra el Gobierno de los Soviets.»

En un momento de grave peligro, el 2.º Regimiento de Petrogrado, que ocupaba un sector decisivo, abandonó el frente por su propia iniciativa, capitaneado por su comandante y su comisario, tomó un vapor fluvial y bajó por el Volga desde las cercanías de Kazan en dirección a Nijni-Novgorod. El barco fue detenido por orden mía, y los desertores sometidos a un Consejo de guerra. El comandante y el comisario del regimiento fueron fusilados. Este fue el primer caso de fusilamiento de un comunista, el comisario Panteleyev, por violación de los deberes militares. En diciembre de 1918, *Pravda* publicó un artículo que, sin mencionar mi nombre, pero sin duda aludiéndome, se refería al fusilamiento de los «mejores camaradas sin formación de causa». El autor del

artículo, un tal A. Kamensky, era en sí una figura de escasa importancia, ostensiblemente un mero peón, un testaferro. Parecía incomprendible que un artículo que encerraba acusaciones tan duras y trascendentes pudiera publicarse en el órgano central. Su director era Bujarin, comunista de izquierda y, por ello, opuesto al empleo de «generales» en el Ejército. Pero, especialmente entonces, era incapaz de intrigar. El enigma se resolvió cuando pude descubrir mediante la oportuna investigación, que el autor del artículo, o más bien su firmante, A. Kamensky, estuvo en la Plana Mayor del X Ejército, y a la sazón se hallaba bajo la influencia directa de Stalin. No cabe duda de que Stalin gestionó subrepticamente la publicación del artículo. La misma terminología de la acusación; la descarada referencia al fusilamiento de «los mejores camaradas», y, además, «sin formación de causa», era sorprendente por la monstruosidad de la invención y por su inherente absurdidad. Pero, precisamente esta desvergonzada exageración de cargos, revelaba a Stalin, el organizador de los futuros juicios de Moscú. El Comité Central arregló el asunto. Recuerdo que se reprendió al Consejo de dirección y a Kamensky, pero la mano intrigante de Stalin permaneció invisible.

[Más tarde, estando en el frente Sur, Stalin continuó utilizando esta desacreditada fábula por mediación de sus instrumentos en el Congreso del Partido. Cuando llegaron a Trotsky noticias de ello, mientras se hallaba en el frente durante las sesiones del VIII Congreso, se vio obligado a recurrir al Comité Central por segunda vez, solicitando «abrir una investigación sobre el caso del fusilamiento de Panteleyev», como consta en las minutas de la sesión del Comité Central del 18 de abril de 1919, «en vista de que el asunto se había llevado de nuevo al Congreso del Partido». Con Stalin presente en la reunión del Comité Central, la demanda pasó al Orgburó, donde, también en presencia de Stalin (era vocal de ambos organismos), el Orgburó decidió igualmente por unanimidad] designar una Comisión compuesta por Krestinky, Serebryakoc y Smilga, los tres miembros del Orgburó y del Comité Central, para que estudiaran todo el asunto. Naturalmente, la Comisión llegó a la conclusión de que Panteleyev fue fusilado después de un juicio, y no por comunista y [comisario], sino por ruin desertor, «no porque su regimiento abandonara la posición, sino porque él abandonó la posición a la par que el regimiento» [con palabras del comandante Slavin, jefe del Ejército a que pertenecía el regimiento de Panteleyev]. Diez años más tarde, este episodio habría de figurar también como parte de la campaña de Stalin en

contra mía bajo el mismo título de «El fusilamiento de los mejores comunistas sin formación de causa».

El VIII Congreso del Partido celebró sesiones desde el 18 hasta el 23 de marzo de 1919, en Moscú. La víspera misma del Congreso los blancos nos infligieron una fuerte derrota cerca de Ufa. Dando de lado al Congreso, resolví acudir inmediatamente al frente oriental. Después de sugerir el regreso de los delegados militares al frente, sin demora me preparé para ir a Ufa. Algunos de los delegados estaban descontentos: habían ido a la capital con unos días de licencia, y no querían desperdiciarlos. Alguien ideó el rumor de que yo trataba de evitar debates sobre política militar. Aquel embuste me sorprendió. Presenté una propuesta en el Comité Central el 16 de marzo de 1919, para anular la orden de regreso inmediato al frente de los delegados militares, confié la defensa de la política militar a Sokolnikov y partí en el acto para el Este. La discusión de los asuntos militares en el VIII Congreso, a pesar de la presencia de una oposición muy crecida, no me disuadió: la situación del frente me parecía mucho más importante que las maniobras electorales en el Congreso, especialmente porque no tenía duda de que la política que consideraba la única correcta había de triunfar por sus propios méritos. El Comité Central aprobó la tesis que previamente había presentado yo, y nombró a Sokolnikov informante oficial sobre ella. El informe de la oposición corrió a cargo de V. M. Smirnov, viejo bolchevique y ex oficial de Artillería en la Guerra Mundial. Smirnov era uno de los dirigentes de la izquierda comunista, adversarios resueltos de la paz de Brest-Litovsk, y había pedido que se emprendiese una guerra de guerrillas contra el Ejército regular alemán. Esto constituyó siempre la base de su programa hasta 1919, aunque a decir verdad, algo se había enfriado en el intervalo. La formación de un Ejército centralizado y regular era imposible sin especialistas militares y sin sustituir la improvisación por una dirección apropiada y sistemática. Los comunistas de izquierda, calmados ya hasta cierto punto, trataban de adaptar sus opiniones de ayer al crecimiento de la máquina estatal y las necesidades del Ejército regular. Pero cedían su terreno palmo a palmo, utilizando cuanto podían de su antiguo bagaje, y cubriendo sus tendencias esencialmente guerrillistas bajo nuevas fórmulas.

Al comenzar el Congreso tuvo lugar un episodio de importancia secundaria, pero muy característica, relacionado con la composición de la Mesa. Indicaba en cierto modo la índole del Congreso, aunque sólo fuera en su fase inicial. En el orden del día

figuraba la ardua cuestión militar. No era un secreto para Lenin que, detrás de la cortina, Stalin estaba realmente a la cabeza de la oposición respecto a aquel extremo. Lenin había llegado a un acuerdo con la delegación de Petrogrado acerca de la composición de la Mesa. Los opositores propusieron varias candidaturas suplementarias con varios pretextos, incluyendo en ellas no sólo opositores, sino también otros nombres. Por ejemplo, incluían a Sokolnikov, el principal portavoz del punto de vista oficial. Sin embargo, Bujarin, Stasova, Oborin, Rikov y Sokolnikov rehusaron, estimando como obligación personal el acuerdo a que se había llegado extraoficialmente sobre la cuestión de la Mesa presidencial. Pero Stalin no rehusó. Aquello demostró palmariamente su actitud opositora. Parecía haberse afeitado mucho por llenar el Congreso de partidarios suyos y mufir entre los delegados. Lenin lo sabía, pero con objeto de evitar dificultades, hizo cuanto pudo para evitar a Stalin la prueba de un voto en favor o en contra suya. Por mediación de uno de los delegados planteó Lenin la cuestión previa siguiente: «¿Hacen alguna falta candidatos suplementarios a miembros de la Mesa?» Y sin el menor esfuerzo consiguió una respuesta negativa. Stalin sufrió una derrota, pero Lenin la hizo tan impersonal e inofensiva como le fue humanamente posible. Hoy, la versión oficial es que Stalin apoyó la posición de Lenin sobre la cuestión en el VIII Congreso. ¿Por qué no se publican ahora las actas, puesto que ya no es necesario guardar [tales] secretos militares?

En la Conferencia de Ucrania, en marzo de 1920, Stalin me defendió formalmente, al informar en representación del Comité Central; al mismo tiempo, valiéndose de gente suya incondicional, hizo todo lo posible por lograr que sus tesis no triunfaran. En el VIII Congreso del Partido era difícil maniobrar así, pues todos los trámites estaban bajo la directa observación de Lenin, varios otros miembros del Comité Central y activistas militares responsables. Pero, en lo esencial, aquí también tuvo Stalin una intervención parecida a la de la Conferencia de Ucrania. Como miembro del Comité Central, o hablaba ambiguamente en defensa de la política militar oficial, o se mantenía callado; pero por mediación de sus íntimos amigos, Vorochilov o Rujimovich y otros tsaritsynitas, que eran las tropas de choque de la oposición en el Congreso, continuó socavando no tanto la política militar como a su principal portavoz. Incitó a dichos delegados al más vil de los ataques personales contra Sokolnikov, que había asumido la defensa del Comisariado de Guerra sin la menor reserva. El nú-



cleo de la oposición era el grupo de Tsaritsyn, en el que destacaba sobre todo Vorochilov. Durante algún tiempo antes del Congreso estuvieron en continua relación con Stalin, quien les daba instrucciones y refrenaba su impaciencia, centralizando a la vez su intriga contra el Departamento de Guerra. Esta fue la suma y sustancia de su actitud en el VIII Congreso.

«Hace un año —informaba Sokolnikov al VIII Congreso del Partido—, en el momento del colapso completo del Ejército, cuando no había organización militar para defender la revolución proletaria, el Gobierno soviético acudió al sistema de formaciones de voluntarios, y en su día este Ejército voluntario cumplió su misión. Ahora, volviendo la vista a aquel período, como a una fase ya pasada, debemos considerar sus aspectos positivo y negativo. La esencia de su lado positivo radica en que participaban allí los mejores elementos de la clase trabajadora... Pero junto a estos aspectos brillantes del período de guerrillas hay que contar las facetas oscuras, que en definitiva sobrepujaron lo que el sistema pudiese tener de bueno. Los mejores elementos se retiraron, murieron o cayeron prisioneros... Quedó tan sólo una aglomeración de los peores elementos... Y estos elementos perniciosos se vieron completados por quienes se decidían a alistarse en el ejército voluntario porque el hundimiento catastrófico del orden social los había arrojado a la calle... Y a unos y otros se agregó el desecho de la desmovilización del antiguo Ejército. Por eso, durante el período de guerrillas en nuestra organización militar se desarrollaron tales fuerzas que nos vimos obligados a liquidar aquel sistema de defensa. A la postre, los destacamentos pequeños e independientes se agruparon en torno a jefes diversos. Y, en suma, no sólo se dedicaron a luchar en defensa del Gobierno soviético, en defensa de las conquistas de la Revolución, sino también al bandolerismo y al saqueo. Se convirtieron en guerrillas que eran el baluarte de los aventureros. En cambio, en el presente período —continuaba Sokolnikov—, la edificación del Estado... el Ejército... marcha adelante...»

«Se discutió mucho y con vehemencia —decía Sokolnikov, pasando a otro apartado de su informe— sobre la cuestión de los especialistas militares... Ahora, este asunto se ha resuelto esencialmente en teoría y en la práctica. Aun los adversarios del empleo de especialistas militares admiten que esta polémica es cosa pasada... Los especialistas militares se utilizaron para convertir el Ejército de guerrillas en Ejército regular... Así conseguimos estabilizar el frente y obtuvimos éxitos militares. En cambio, donde

no se aprovecharon los servicios de estos especialistas, desmentamos nuestras fuerzas hasta la máxima disgregación... El problema de los especialistas militares supone para nosotros no sólo un problema puramente militar, sino un problema especial general. Cuando se planteó la cuestión de invitar a los ingenieros a encargarse de las fábricas, de solicitar la colaboración de los antiguos organizadores capitalistas, ¿no recordáis cómo los comunistas de izquierda, ultrarrojos, nos vejaban con sus despiadadas críticas "supercomunistas"..., diciendo que la vuelta de los ingenieros a las fábricas era el retorno a la plana mayor de mandos de la burguesía? Y aquí se nos vuelve a hacer objeto de una crítica semejante, aplicada ahora a la organización del Ejército. Se nos dice que al volver los ex oficiales al Ejército restaurarán la antigua casta de oficiales y el antiguo Ejército. Pero esos camaradas olvidan que junto a esos comandantes hay comisarios, representantes del Gobierno soviético; que estos especialistas militares están en los cuadros de un ejército dedicado íntegramente al servicio de la revolución proletaria... Este Ejército, que tiene decenas de millares de antiguos especialistas, ha demostrado en la práctica ser el Ejército de la revolución proletaria.»

El informante de la oposición, Smirnov, contestando directamente a la declaración de Sokolnikov de que «algunos parecían ser partidarios de un ejército de guerrillas, y otros del ejército regular», hizo resaltar que sobre la cuestión de usar especialistas militares «no hay desavenencias entre nosotros con relación a la tendencia general en nuestra política militar». La discrepancia básica estaba en la necesidad de ampliar las funciones de los comisarios y de los miembros del Consejo Revolucionario de Guerra, con el fin de asegurar su participación en la dirección del Ejército y en materias concernientes a operaciones, reduciendo así la influencia de los mandos. El Congreso acogió esta crítica a medias. Se decidió seguir reclutando a los antiguos especialistas militares con igual intensidad, pero poniendo de relieve la necesidad de preparar cuadros nuevos de mando como instrumento de absoluta confianza para el sistema soviético. Que ésta y todas las demás decisiones se adoptaron unánimemente, con una sola abstención, se explica por el hecho de que la oposición había renunciado entretanto a la mayoría de sus prejuicios principales. Impotente para oponer su línea a la de la mayoría del Partido, tuvo que asociarse a la conclusión general. Sin embargo, algunos de los efectos del guerrillerismo del período anterior siguieron en evidencia durante todo el año 1919, particularmente en el Sur: en

Ucrania, el Cáucaso y Transcaucasia, donde eliminar la tendencia guerrillista fue tarea ímproba.

En 1920, un eminente activista militar escribía: «A pesar de todos los esfuerzos, lamentaciones y ruido que ha costado nuestra política militar, en cuanto al reclutamiento de especialistas militares en el Ejército Rojo y otros extremos, el encargado del Departamento de Guerra, camarada Trotsky, ha demostrado tener razón. Con mano de hierro ha ido desarrollando la política militar indicada, desdiciendo todas las amenazas... Las victorias del Ejército Rojo en todos los frentes constituyen la mejor prueba de la justeza de esa política militar.» Sin embargo, hasta hoy mismo persisten sin remisión en innumerables libros y artículos las viejas leyendas de la traición de los «generales» a quienes yo nombré. Estas acusaciones suenan a necias, sobre todo al recordar que veinte años después de la Revolución de octubre, Stalin acusó de traición y exterminó a casi todos los mandos que él mismo nombró. Puede añadirse además que Sokolnikov, el informante oficial, y V. M. Smirnov, portavoz de la oposición, y ambos participantes activos en la guerra civil, cayeron también más tarde víctimas de la depuración estalinista.

Durante el Congreso tuvo lugar una conferencia militar especial, cuyas actas se conservaron, sin publicarse nunca. La finalidad de tal conferencia era dar oportunidad a todos los concurrentes, en especial a los descontentos de la oposición, para manifestarse con toda amplitud, libertad y franqueza. Lenin pronunció un enérgico discurso en esta conferencia, defendiendo la política militar. ¿Qué dijo Stalin? ¿Habló en pro de la posición del Comité Central? Es difícil contestar esta pregunta en términos categóricos. No hay duda de que actuó tras la cortina, incitando a varios opositores en contra del Comisariado de Guerra. No puede dudarse de ello, teniendo en cuenta las circunstancias y los recuerdos de quienes asistieron al Congreso. Una prueba flagrante es el hecho mismo de no haberse publicado todavía las actas de la conferencia militar del VIII Congreso, bien porque en ella no hablase Stalin una sola palabra, bien porque su intervención no le sea muy cómoda en la actualidad. [Stalin, junto con Zinoviev, era también miembro de una] Comisión especial de conciliación para redactar los acuerdos definitivos. Lo que hiciera allí permanece ignorado, salvo el mero hecho de que un satélite suyo, Yaroslavsky, fue presentado como informante de ella.

Poco después del VIII Congreso contesté a la declaración de Zinoviev, quien, sin duda de acuerdo con Stalin, se había encar-

gado de defender al «insultado» Vorochilov, en una carta al Comité Central, lo siguiente: «La sola culpa que me puedo reprochar con referencia a él (Vorochilov) es haber invertido demasiado tiempo, sobre todo dos o tres meses, esforzándome en actuar por medio de negociaciones, persuasiones, combinaciones personales, cuando en interés de la causa lo que importaba era una firme decisión organizadora. Pues, en último término, la tarea pertinente en cuanto al X Ejército no consistía en convencer a Vorochilov, sino en conseguir éxitos militares en el mínimo tiempo posible.» [Y eso, naturalmente, dependía de la máxima coordinación de planes en todo el] país, que estaba dividido en ocho distritos militares compuestos de 46 comisarios militares de provincia y 344 de región.

[Stalin hizo cuanto pudo por envenenar el espíritu del Congreso respecto a la posición adoptada por el Comisariado de Guerra sobre la cuestión militar.] Todos los documentos disponibles prueban que en virtud de su posición en el Comité Central y en el Gobierno, era él quien *capitaneaba* la oposición. Si yo lo había sospechado antes, ahora estoy plenamente convencido de que las maquinaciones de Stalin con los ucranianos, sus intrigas en el Comité Central del Partido Comunista ucraniano y otras semejantes están directamente relacionadas con las maniobras de la oposición militar. [No habiendo] cosechado laureles en Tsaritsyn, trataba de vendimiarse su venganza [en la sombra].

CAPÍTULO X

**LA GUERRA CIVIL**

*(Continuación)*

En la primavera de 1919, el Ejército voluntario del Noroeste, al mando del general Yudenich, tomó inesperadamente la ofensiva y amenazó Petrogrado. Al mismo tiempo, la Escuadra inglesa enfilaba la bahía de Finlandia. El coronel Bulak-Balajovich, a la cabeza de su unidad, dirigía el golpe contra Pskov, y al mismo tiempo las unidades estonianas se agitaban en el frente. El 14 de mayo, el Cuerpo del general Rodzyanko rompió el frente del VII Ejército, muy debilitado por las continuas sustracciones de fuerzas para otros frentes más activos, ocupó Yamburg y Pskov, y emprendió un rápido avance simultáneo sobre Gatchina, Petrogrado y Luga. El comandante del VII Ejército, apostado en las afueras de la segunda ciudad, se puso en comunicación con Yudenich y organizó una conjura entre las guarniciones que circundaban la capital de la Revolución de octubre: Kronstadt, Oraniembaum, Krasnaya Gor'ka, Syeraya Loshad, Krasnoye Syelo. Los conspiradores, de acuerdo con Yudenich, se dispusieron a ocupar la capital conjuntamente con las fuerzas de dicho general. Esperaban ayuda de los marineros disgustados, y especialmente la directa de la flota. Pero los marineros de los dos acorazados soviéticos no apoyaron la insurrección, y la flota inglesa [se limitó, de momento, a una espera vigilante]. La empresa resultó un completo fracaso. El 12 de junio de 1919, sólo Krasnaya Gor'ka [y Syeraya Loshad quedaban] en manos de los conspiradores, y durante cuatro días nada se hizo por recuperarlas. Finalmente, después de un cambio de disparos con Kronstadt, Krasnaya Gor'ka fue ocupada el 16 de junio por un destacamento de marineros rojos. [Syeraya Loshad] cayó con idéntica facilidad.

Zinóviev, dirigente del Partido y del Gobierno en la ciudad y la región de Petrogrado, había sentido pánico ante el avance enemigo, y el Politburó envió a Stalin en su socorro.

Con poderes especiales del Comité Central del Partido y del Gobierno soviético, Stalin llegó a Petrogrado a últimos de mayo de 1919. [Su inflexibilidad y resolución se hicieron sentir inmediatamente. Pocas semanas después de su llegada, telegrafiaba a Lenin:]

\* «Después de Krasnaya Gor'ka, se liquidó asimismo Syeraya Loshad. Los cañones están allí en perfecto estado. Se está procediendo a toda prisa a la limpieza y refuerzo de los fuertes y fortalezas. Los especialistas navales me aseguran que la toma de Krasnaya Gor'ka desde el mar trastorna toda la ciencia naval. No puedo hacer otra cosa que lamentarlo por la llamada ciencia. La rápida captura de Gor'ka se explica por la durísima intervención mía y de otros paisanos en materia de operaciones, que llegaron al extremo de anular órdenes en mar y tierra para imponer otras propias. Creo mi deber manifestar que en lo sucesivo seguiré procediendo así, a pesar de todos mis respetos por la ciencia.»

Lenin se molestó por este tono de provocativo alarde. Desde Petrogrado era posible en todo momento comunicar con el Kremlin y su Estado Mayor, remplazar a comandantes incompetentes o dudosos, reforzar la plana mayor, es decir, hacer lo mismo que hacían todos y cada uno de los activistas militares del Partido una y otra vez, en cualquier frente, sin violar las reglas elementales de buen gusto, de la cortesía, del mantenimiento de relaciones correctas, ni socavar la autoridad del mando del Ejército y de su Estado Mayor. Pero Stalin no podía obrar así. No concebía otro modo de hacer sentir su autoridad sobre otros más que insultándolos; ni acertaba a quedar satisfecho de su labor sin dar violenta salida a su desdén por cuantos le estaban subordinados. No teniendo otros recursos a su disposición, convirtió la dureza en recurso, y hacía gala de su aptitud especial para la contumelia frente a personas e instituciones que gozaban del respeto de los demás. Su telegrama terminaba con estas palabras:

«Envía rápidamente dos millones de cartuchos a mi disposición, para seis divisiones.»

En esta posdata, tan típica de Stalin, se encierra todo un sistema. El Ejército tenía, como es natural, su propio jefe de Suministros. Siempre había penuria de proyectiles, y se distribuían con arreglo a las instrucciones directas del comandante en jefe, teniendo en cuenta las reservas disponibles y la importancia relativa de los frentes y de los ejércitos. Pero Stalin se saltaba todos los trámites establecidos y violaba toda apariencia de orden. Prescindiendo del jefe de Suministros, pedía cartuchos por mediación de Lenin, no ya para ponerlos a disposición del mando del Ejército, sino a la suya personal, con el fin de que pudiera hacer obsequio de ellos a un determinado comandante de división a quien quisiera dar impresión de su propia importancia.

[Diez años después, esta breve excursión de Stalin a Petrogrado a últimos de primavera de 1919 fue aprovechada por Vorochilov como elemento germinativo para falsificar una vez más la historia. Pero ahora aquella semilla se ha convertido en un mito de cuerpo entero denominado «Stalin, el salvador de Petrogrado». Es un mito sutil, extrañamente cimentado en un deliberado cambio de estaciones.] El hecho es que [Yudenich trató de tomar Petrogrado] dos veces en el curso de 1919, en mayo y en octubre.

La primera incursión de Yudenich con fuerzas escasas fue una simple salida, y prácticamente pasó inadvertida al Partido, atento por completo a los frentes Este y Sur, de interés mucho mayor. La situación de Petrogrado se dominó en breve lapso, y de nuevo volvió la atención del Partido y del país a fijarse en el Este y en el Sur. Mientras tanto, Yudenich, protegido por Estonia y con una ayuda mucho mayor de Inglaterra, formó durante los cuatro meses siguientes un nuevo ejército, ampliamente dotado de oficialidad y bien pertrechado. Este segundo intento era la campaña verdadera, que comenzó con fortuna para Yudenich. Seguro de que no podría atender a todos los frentes a la vez, Lenin propuso rendir Petrogrado. Yo me opuse. La mayoría del Politburó, incluyendo Stalin, se pusieron de mi parte. Después de haber ido yo a Petrogrado, Lenin me escribió el 17 de octubre de 1919:

\* «Pasé la noche en el Consejo de Defensa y te envié... el decreto del Consejo. Como verás, tu plan ha sido aceptado. Pero el traslado de los activistas de Petrogrado al Sur no se ha revocado, naturalmente. (Se dice que los arreglaste conversando con Krasin y Rikov...) Incluyo una proclama que me encargó el Consejo de Defensa. Tenía prisa, y no me ha salido bien. Es mejor que pongas mi firma debajo de la tuya. Saludos. — Lenin.»

La lucha por Petrogrado adquirió un carácter sumamente dramático. El enemigo estaba a la vista de la capital, que se aprestaba a luchar en calles y plazas. Cuando se mencionó en la Prensa soviética la defensa de Petrogrado, sin más explicaciones, se trataba de esta campaña de otoño, la segunda de Yudenich, y no la de primavera. Pero en el otoño de 1919, Stalin se hallaba en el Sur, y nada tuvo que ver con la verdadera salvación de Petrogrado. Los documentos oficiales relativos a esta operación básica contra Yudenich se publicaron hace unos años. Pero ahora se han confundido sus dos campañas en una sola, y la famosa defensa de Petrogrado se presenta como obra de Stalin.

[Estando aún en Petrogrado, Stalin aprovechó una oportunidad para calumniar el Consejo Revolucionario de Guerra de la República, y por ilación a su presidente, según resulta del siguiente telegrama que envié desde Petrogrado:]

\* «4 de junio de 1919.

Confidencial.

Al camarada Lenin.

Te mando un documento cogido a los suizos. De él se desprende claramente que no sólo el jefe de E. M. del VII Ejército trabajaba para los blancos (recuerda la desertión de la 11.ª División para unirse a Krassnov en otoño del año pasado, cerca de Borisoglebsk, o la de varios regimientos en el frente de Perm), sino todo el E. M. del Consejo Revolucionario de Guerra de la República, y a su frente Kostyayev. (Las reservas son asignadas y trasladadas por Kostyayev.)

Ahora toca al Comité Central adoptar las medidas necesarias. ¿Tendrá el valor de hacerlo?

Continúa el examen de las pruebas, y aparecen nuevas "posibilidades". Escribiría con más detalle, pero no tengo un minuto libre. Peters te informará.

Estoy completamente seguro de que:

1.º Nadezhin no es un comandante. Es incapaz de mandar. Terminará por perder el frente occidental.

2.º Funcionarios como Okulov, que incitan a los especialistas contra los comisarios, ya de por sí bastante desanimados, son dañosos, porque debilitan la vitalidad de nuestro Ejército. — Stalin.»

[Lenin recibió este telegrama estando en conferencia. Sin hacer caso de las acusaciones, evidentemente desatinadas, escribió la siguiente nota al vicepresidente del Consejo Revolucionario de Guerra de la República, Shlyansky:]

\* «Stalin pide que se retire a Okulov, a quien se atribuyen intrigas y labor desorganizadora.»

El irónico «se atribuyen» habla por sí mismo. Sklyansky contestó en el mismo trozo de papel:

«Okulov es el único funcionario decente allí.»

[La reacción de Lenin, registrada inmediatamente, fue:]

«En este caso, redacta el telegrama (exponiendo exactamente lo que Okulov achaca al VII Ejército), y lo mandaré en cifra a Stalin y a Zinoviev para que el conflicto no siga adelante y quede debidamente zanjado.»

[El asunto se llevó después al Ejecutivo Supremo del Partido, y su decisión se comunicó en el acto a Trotsky, Jarkov, por hilo directo:]

\* «En vista del conflicto, que se está empeorando, entre todos los miembros del Comité Central de Petersburgo y Okulov, y siendo absolutamente necesaria la máxima solidaridad en el trabajo militar de aquella plaza y una inmediata victoria en aquel frente, el Politburó y el Orgburó del Comité Central han resuelto de momento deponer a Okulov y dejarle a disposición del camarada Trotsky.

4 de julio de 1919. [2.995.]

Por el Politburó y el Orgburó del Comité Central, Lenin, Kamenev, Serebryakov, Stassova.»

Esta era una concesión necesaria a Stalin y Zinoviev. No había más remedio que aceptarla. [En cuanto a Kostyayev, aquel habilísimo] general tampoco me inspiraba confianza. Daba la impresión de un extraño entre nosotros. Sin embargo, Vatzetis salió en su defensa y Kostyayev secundó bastante bien al irascible y caprichoso general en jefe. No era cosa fácil remplazar a Kostyayev. [Además] no había hechos en contra suya. La frase «un documento cogido a los suizos» carecía de sentido, pues nunca volvió a figurar en ninguna parte. En todo caso, se advertía al punto el propósito de asociar a Kostyayev con la traición de cualquiera de los regimientos organizados bajo la mirada vigilante del Par-

tido mismo. En cuanto a Nadezhin, tuvo ocasión de mandar al VII Ejército, el que [salvó realmente] a Petrogrado [en el momento crítico]. Y la culpa de Okulov consistía simplemente en su riguroso empeño por cumplir lo más fielmente posible todas las órdenes y reglamentos, y en su decidida repugnancia a participar en intriga alguna contra el Centro. [Respecto al] tono provocativamente perentorio y osado de Stalin, se explica por el hecho de que se daba cuenta de haber encontrado al fin apoyo efectivo en el Consejo de Guerra del frente Este, donde el descontento hacia el general en jefe estaba desviando hacia mí.

El desacuerdo respecto a la estrategia en el frente del Este se ventilaba entre el comandante en jefe Vatzetis y el jefe que mandaba el frente Este, S. S. Kamenev. Ambos habían sido coroneles de E. M. del Ejército del zar. Sin duda había entre ellos rivalidad. Y los comisarios acabaron envueltos en el conflicto. Los comunistas de nuestro Estado Mayor apoyaban a Vatzetis, mientras que los miembros del Consejo Revolucionario de Guerra del frente oriental (Smilga, Lashevich, Gussev) estaban cordialmente de parte de Kamenev. Es difícil decir cuál de los dos coroneles era más competente; ambos eran sin duda estrategas de primer orden, con amplia experiencia de la Guerra Mundial, y decididamente optimistas, cosa indispensable para ejercer el mando. Vatzetis era el más obstinado y quisquilloso, e indudablemente el más propicio a ceder a la influencia de elementos hostiles a la Revolución. Kamenev era más tratable, y se alfanaba con más facilidad a la influencia de los comunistas que trabajaban con él. Pero, aunque era un militar capaz y un hombre de imaginación y de arrojo, le faltaba profundidad y firmeza. Más tarde, Lenin perdió su fe en él y en distintas ocasiones censuró acremente sus informes. [Una vez llegó a decir:] «Su respuesta es estúpida, y a ratos necia.»

El 7 de setiembre, unidades del V Ejército comenzaron a atacar los accesos de Kazan. [Hubo] una batalla enconada, con grandes pérdidas. Los checos no se pudieron sostener, y emprendieron la retirada. El 10 de setiembre, el V Ejército tomó Kazan. [Era] la primera gran victoria [soviética]. Fue la baza que salvó a la joven República de una total derrota. Sucedió ante mis ojos en Kazan. El momento se presentó solemne y terrible. Después de perder Simbirsk habíamos entregado Kazan prácticamente sin combate. Nijni era lo más próximo. Si los blancos se hubieran apoderado de Nijni-Novgorod, habrían tenido abierto el camino hacia Moscú. Por eso la batalla de Kazan tuvo una importancia

decisiva. El V Ejército, creado en el curso de esta batalla, se cubrió de gloria. Arrancamos a Kazan de las garras de los guardias blancos y de los checoslovacos. Aquel día fue el del cambio decisivo de rumbo de la Revolución. La toma de Kazan era el principio de la liquidación del movimiento contrarrevolucionario en el Este. Los trabajadores de todo el país celebraron la captura de Kazan como una gran victoria. Y mayor fue aún la importancia de aquel triunfo para el Ejército.

[Pero en] marzo de 1919, con 3.000 bayonetas y 60.000 sables a su disposición, Koltchak avanzaba rápido hacia el Volga. La situación volvía a ser precaria. En vísperas del VII Congreso del Partido, Lenin era de opinión que inspeccionara yo en persona las operaciones en el frente oriental. Este detalle merece recordarse ahora y apoyarse con pruebas documentales, para refutar la falsificación acostumbrada.

1

\* «10 de abril de 1919.

A Sklyansky, para transmitir a Trotsky, a Nijni-Novgorod.

En vista de la situación extremadamente difícil en el frente Oriental, creo que sería lo mejor que permanecieras allí, especialmente no habiendo asuntos serios para el 13. El Orgburo del Comité Central decidió enviarte el mismo telegrama ayer, pero temo que no lo hiciera, por la partida de Stassova. Estamos examinando de prisa varias medidas de las más extraordinarias para ayudar al frente del Este, y de ellas te informará Sklyansky. Haznos saber tu opinión. — Lenin.»

2

\* «Por hilo directo de Nijni-Novgorod a Moscú, para Lenin.

De acuerdo por completo con la necesidad de quedarme en el frente Este, llamo la atención del Comité Central sobre la agitación demagógica comunista de izquierda en el III Ejército, donde se excitan los ánimos contra los jefes militares y contra una supuesta orden que pone en vigor los saludos militares y otros extremos. Es necesario enviar hombres firmes del Partido, centralistas. De suma importancia que los activistas ayuden a Sim-

birsk, donde el Comité Provincial es muy débil, especialmente en los distritos rurales.

Trotsky

10 de abril de 1919. [1047.]»

3

«Confidencial.

\* Extracto del acta de la sesión del Politburó del Comité Central, Partido Comunista Ruso (Bolchevique).

18 de abril de 1919.

Presentes: Camaradas Lenin, Krenstinsky, Stalin, Trotsky.

*Deliberado:*

2. El camarada Trotsky declara que el grupo Sur del frente Oriental, compuesto de cuatro ejércitos, está al mando del camarada Frunze, que no tiene suficiente experiencia para desempeñar misión tan grande, y que es necesario reforzar el frente.

*Acordado:*

2. Proponer al comandante en jefe Vatzetis que vaya al frente Oriental, para que el actual jefe del frente, camarada Kamenev, pueda dedicarse por entero a dirigir los ejércitos del grupo Sur.»

4

\* «Extracto del acta del Politburó del Comité Central, Partido Comunista Ruso (Bolchevique), del 12 de mayo de 1919.

Presentes: Camaradas Lenin, Stalin, Krestinsky.

*Deliberado:*

9. Telegrama del camarada Trotsky al camarada Lenin sobre la necesidad de prestar especial atención a Saratov, que por la sublevación de los cosacos [del Ural] se está convirtiendo en un importante punto estratégico.

*Acordado:*

9. a) Hacer venir inmediatamente de Saratov a los camaradas Antonov, Fedor, Ivanov, Ritzberg y Plaksin.

b) Mandar inmediatamente a A. P. Smirnov a actuar en Saratov como presidente del Comité Ejecutivo Provincial y miembro del Consejo de la fortaleza.»

El avance contra Koltchak, después de dos periodos de retirada, proseguía ahora con éxito completo. Vatzetis consideraba que el peligro esencial estaba esta vez en el Sur, y propuso mantener el Ejército del frente Este en los Urales durante el invierno, hasta que el peligro cediese lo suficiente, con el fin de transportar varias divisiones al frente Sur. Mi posición general se explicaba con anterioridad en el telegrama del 1 de enero. Yo era partidario de sostener una ofensiva ininterrumpida contra Koltchak. Sin embargo, el asunto en concreto dependía de la relación de fuerzas y de la situación estratégica de conjunto. Si Koltchak contaba con importantes reservas allende los Urales, si nuestro avance en continuas batallas había agotado seriamente al Ejército Rojo, empeñarse ahora en nuevas luchas al otro lado de la cordillera era exponerse a un peligro, pues ello requería nuevas reposiciones de comunistas y mandos, todo lo cual se necesitaba ahora para el frente Sur.

Debe añadirse que yo había perdido mucho contacto con el frente Este, una vez completamente seguro, y que todas mis inquietudes estaban ahora con el frente Sur. Era difícil apreciar de lejos hasta qué punto los ejércitos victoriosos del frente Oriental habían conservado su vitalidad, esto es, en qué medida se hallaban en condiciones de proseguir una nueva ofensiva no sólo sin ayuda del Centro, sino incluso sacrificándose en beneficio del frente Sur, que necesitaba las mejores divisiones. En cierta medida, dejé a Vatzetis libertad de acción, considerando que si hubiera resistencia por parte del mando del Este y resultara posible desarrollar un nuevo avance por allí sin daño para el frente Sur, habría tiempo bastante para rectificar al comandante en jefe mediante un acuerdo del Gobierno.

En estas circunstancias surgió un conflicto entre Vatzetis y Kamenev. Con motivo de varias evasivas del frente Este, que trataba de seguir su política autónoma, Vatzetis solicitaba el relevo de Kamenev por Samoilov, antiguo comandante del VI Ejército. [Así se hizo. Pero inmediatamente protestaron los comisarios afectos a



Kamenev. Lenin consultó a Trotsky sobre el particular y sobre la queja de Stalin contra Kostyayev desde Petrogrado, y Trotsky contestó por hilo directo desde Kiev: ]

\* «De acuerdo con que vuelva Kamenev al frente Este en vez de Samoilov, pero no sé dónde está ahora Kamenev. Tampoco me opongo a la sustitución de Kostyayev; a menudo he planteado yo mismo este asunto, pero la dificultad está en encontrar quién le replazca y no sea peor. No creo que Lashevich sea más firme que Aralov; simplemente su blandura es de otro género. *Gussev es más a propósito para el E. M. de campaña.* De todos modos, al volver Kamenev a su puesto, y además al sustituir a Kostyayev, hay que discutir el asunto de antemano con el comandante en jefe, para no desorganizar toda la maquinaria. Propongo que se comience por lo más urgente, esto es, por la vuelta de Kamenev, y para ello, lo primero es encontrarle y hacerle ir en seguida a Moscú. Al mismo tiempo hay que proponer posibles sustitutos para Kostyayev y Aralov, lo que es menos apremiante. Comunicadme vuestra decisión. — Trotsky.

P. D. Debo decir, sin embargo, que Kuzmin, Orejov, Naumov y Vatoshin opinan de Samoilov lo mismo que Lashevich, Gussev y Smilga de Kamenev y Aralov de Kostyayev. Las lealtades del frente son nuestra común desventura.

21 de mayo de 1919.»

Durante los primeros meses de 1919, el Ejército Rojo asestó un tremendo golpe a la contrarrevolución en el Sur, integrada principalmente por el Ejército cosaco del Don al mando del general Krassnov, protegido por una cortina de Caballería. Pero tras Krassnov en el Kuban y en el norte del Cáucaso, se estaba formando el ejército de voluntarios de Denikin. A mediados de mayo, nuestro Ejército, en prosecución de su avance y muy agotado, se encontró con las tropas de refresco de Denikin y comenzó a retroceder. Perdimos todo lo ganado, y además toda Ucrania, que acababa de ser liberada. Entretanto, en el frente Este, al mando de su antiguo jefe coronel Kamenev, con Smilga y Lashevich en el Consejo Revolucionario de Guerra, la situación había mejorado tanto y las cosas iban tan bien que suprimí totalmente mis visitas allí y casi llegué a olvidarme de las facciones de Kamenev. Embriagados por el éxito, Smilga, Lashevich y Gussev, llevaban a hombros a su comandante, brindaban *fraternalmente* con él y escribían a Moscú informes entusiásticos sobre sus méritos. Cuan-

do el comandante en jefe, esto es, Vatzetis, de acuerdo conmigo en principio, había sugerido que el ejército del Este permaneciese de internada en los Urales, con el fin de trasladar algunas divisiones al Sur, donde la situación se presentaba amenazadora, Kamenev, apoyado por Smilga y Lashevich, había opuesto una obstinada resistencia. [Kamenev argüía que podía poner varias de sus divisiones del Este a disposición del frente Sur sin interrumpir su ofensiva en los Urales. A partir de entonces, su autoridad creció a expensas de la de Vatzetis, sobre todo porque éste persistía en su error después de haber quedado en evidencia.]

Stalin sacó partido del conflicto entre el frente del Este y el comandante en jefe. Trataba a Vatzetis, que había condenado oficialmente su intervención en materia de estrategia, con hostilidad y acechaba la ocasión de vengarse de él. Ahora se presentaba la mejor oportunidad. Smilga, Lashevich y Gussev propusieron, evidentemente con la cooperación de Stalin, nombrar a Kamenev comandante en jefe. El éxito del frente Este persuadió a Lenin y quebrantó mi resistencia.

Kamenev fue nombrado comandante en jefe, y en la sesión matutina del 3 de julio de 1919, el Comité Central reconstituyó el Consejo Revolucionario de Guerra de la República. Esta vez se componía de Trotsky, Sklyansky, Gussev, Smilga, Rikov y el comandante en jefe Kamenev.

La primera tarea del nuevo comandante en jefe fue trazar un plan para agrupar las fuerzas en el frente Sur. Kamenev se distinguía por su optimismo y por una viva concepción estratégica. Pero su perspectiva era aún relativamente modesta. Los factores sociales del frente Sur (trabajadores, campesinos ucranianos, cosacos) le eran poco conocidos. Examinaba el frente Sur desde el punto de vista del comandante del frente Este. Lo más fácil era concentrar las divisiones retiradas del Este a lo largo del Volga y atacar hacia Kuban, cuartel general de Denikin. Esta había sido la base de su plan cuando prometió ceder las divisiones oportunamente sin detener su avance.

En materia de estrategia, yo cedía siempre la palabra al comandante en jefe. Sin embargo, mi familiaridad con el frente Sur me indujo a creer que este plan era erróneo en sus fundamentos. Denikin había conseguido transferir su base de Kuban a Ucrania. Avanzar contra los cosacos era empujarles por la fuerza en dirección a Denikin. Era evidente para mí que, por el contrario, el

golpe principal debía descargarse a lo largo de la línea de división entre Denikin y los cosacos, por la faja de terreno donde la población era completamente hostil a los cosacos y a Denikin, y partidaria de nosotros. Pero mi oposición al plan de Kamenev se interpretó como una prolongación del conflicto entre el Consejo Revolucionario de Guerra de la República y el frente Este. Smilga y Gussev, con la colaboración de Stalin, presentaron la cuestión como si yo fuese contrario al plan por falta de confianza en el nuevo comandante en jefe, por principio. Lenin, al parecer, lo recelaba así también; pero estaba fundamentalmente equivocado. Yo no exageraba los méritos de Vatzetis. Saludé a Kamenev amistosamente, y traté en cuanto me fue posible de aliviarle la carga. Pero lo erróneo del plan era tan patente, que cuando lo confirmé el Politburó, votando todos, incluso Stalin, en contra mía, presenté mi dimisión. [El 5 de julio de 1919, el Ejecutivo supremo del Partido decretó lo siguiente] con referencia a mi dimisión:

«Los Burós de Organización y Político del Comité Central, habiendo examinado la declaración del camarada Trotsky y después de estudiada en todos sus aspectos, han llegado a la conclusión unánime de que no pueden aceptar la dimisión del camarada Trotsky ni les es posible en absoluto atender su petición. Los Burós de Organización y Político del Comité Central harán cuanto puedan por hacer la misión del camarada Trotsky en el frente Sur (el más difícil, peligroso e importante), lo más conveniente posible para él y lo más fructífera para la República. Como comisario popular de Guerra y presidente del Comité Revolucionario de la República, el camarada Trotsky tiene plenos poderes para actuar en calidad de miembro del Consejo Revolucionario de Guerra del frente Sur, de acuerdo con el comandante del mismo frente (Yegoryev), nombrado por él y confirmado por el Comité Central.

Los Burós de Organización y Político del Comité Central ofrecen al camarada Trotsky plena oportunidad para procurar por todos los medios lo que considera una mejora de la política en el aspecto militar, y, si así lo desea, tratarán de acelerar la convocatoria del Congreso del Partido.

Firmemente convencidos de que el apartamiento del camarada Trotsky es imposible en las circunstancias actuales y causaría daño a los intereses de la República, los Burós de Organización y Político del Comité Central solicitan con insistencia al camarada Trotsky que no suscite de nuevo la cuestión, y siga en lo futuro desempeñando sus funciones en su máxima amplitud, dispuestos

a reducirla, si así lo desea, mientras concentra sus esfuerzos en el frente Sur.

En virtud de lo que antecede, los Burós de Organización y Político del Comité Central tampoco admiten la dimisión del camarada Trotsky como miembro del Politburó y como presidente del Consejo Revolucionario de Guerra de la República y comisario Popular de Guerra...

Lenin, Kamenev, Krestinsky, Kalinin, Serebryakov, Stalin, Stasova...»

Retiré mi dimisión, y partí inmediatamente para el frente meridional.

Tres días después, estando en Kozlov, en el frente, recibí un telegrama cifrado del Consejo de Comisarios del Pueblo, desde el Kremlin, informándome que un oficial acusado de traición había confesado y declarado en términos que hacían posible inferir la inteligencia de Vatzetis con una conspiración militar:

«Consejo de Comisarios del Pueblo  
R. S. F. S. R.  
El Kremlin  
Moscú

»Todo en clave  
Estrictamente confidencial  
8 de julio de 1919

»A Trotsky, en Kozlov:

»Dmozhirov, que ha confesado y ha resultado ser un traidor, ha atestiguado con hechos la existencia de una conspiración en la que toma parte principal Isayev, que estuvo bastante tiempo agregado al servicio del comandante en jefe y vivía con él en el mismo piso. Muchas otras pruebas, toda una partida de datos concretos, demuestran que el comandante en jefe estaba enterado de la conspiración. Habría que detenerle...»

[Este] telegrama iba firmado por Dzerzhinsky [jefe de la Checa]; Krestinsky [Secretario del Comité Central del Partido], Lenin y mi delegado Sklyansky. Por los nombres mencionados en el telegrama, se apreciaba claramente que se refería al comandante en jefe recientemente depuesto. Así, pues, Vatzetis fue arres-

tado, casi inmediatamente después del relevo nada menos que por sospechas de traición. Esto daba a la controversia sobre estrategia siniestras derivaciones. Las relaciones dentro del Politburó se hicieron más tirantes, y el cambio del Mando central considerablemente complicado. Hasta ahora no he podido explicarme por completo las circunstancias y pormenores de este episodio. Como Vatzetis fue puesto en seguida en libertad y nombrado además profesor de la Escuela de Guerra, es lógico suponer que su conocimiento de una supuesta conspiración era menos que infinitesimal. No es improbable que, descontento por haber sido relevado del cargo de comandante en jefe, hubiera hablado algo más en presencia de los oficiales que le rodeaban de cerca. [Sin embargo, es decididamente] verosímil que Stalin interviniese a fondo en su arresto. Stalin tenía una cuenta de viejos desdenes que ajustar con Vatzetis. Además, la influencia amistosa que ejercía sobre el jefe de la Checa le inspiraba una sensación de impunidad y seguridad, así como el apoyo de los responsables del frente del Este y del nuevo comandante en jefe. Ello le proporcionaba la satisfacción suplementaria de descargar indirectamente un golpe contra el comisario de Guerra. Se traslucía la evidente intriga que se ocultaba detrás de este episodio, y la invisible presencia de Stalin detrás de Dzerzhinsky.

[En 27 de julio] fui llamado a toda prisa a Kozlov por Sokolnikov, «a causa de extraordinarias circunstancias». Allí descubrí que el comandante del frente Sur, Yegoryev, consideraba el plan de operaciones de Kamenev para el Sur, impropio, y aunque lo estaba poniendo en práctica, no esperaba que saliera bien. Tal era también la actitud del jefe de la Sección de Operaciones, Peremytov, así como la del mismo Sokolnikov. Al principio no discutí el asunto con nadie, salvo con Sokolnikov, ni invité a Yegoryev a entrar en detalles cuando se refería a lo descabellado del plan, sino que telegrafíé inmediatamente a Lenin como presidente del Consejo de Defensa:

\* «Sin entrar en un análisis de la controversia en sí, considero enteramente inadmisibles una situación bajo la cual se lleva adelante un plan por persona que no tiene confianza en su éxito. Lo único viable es sustituir al instante (antes de que comiencen las operaciones) al comandante del Sur por quien reconozca la autoridad del comandante en jefe en materia de operaciones y esté de acuerdo con su plan. Acaso Selivachev esté conforme con Kamenev. En tal caso debe ser nombrado inmediatamente coman-

dante adjunto del Sur, para poderle designar dentro de una semana comandante de este frente.

»Espero instrucciones.

»27 de julio de 1919. [277 s.]

»L. D. Trotsky.»

[La respuesta a este telegrama no era de Lenin, sino que se hizo en nombre del Politburó. Llevaba sólo la firma de la secretaria técnica del Comité Central, Elena Stassova, como para destacar su impersonalidad:]

«Confidencial.

\* »Al camarada Trotsky, en Penza:

»El Politburó del Comité Central ha examinado su telegrama número 277 s. y está de completo acuerdo contigo respecto al peligro de cualquier género de vacilación en la firme ejecución de un plan aprobado. El Politburó reconoce por completo la autoridad del comandante en jefe en materia de operaciones, y te pide que así lo expliques a todos los funcionarios responsables. El Politburó designa miembros del Consejo Revolucionario de Guerra del frente Sur, además de los actuales, a Smilga, Serebryakov y Lashevich. Por orden del Comité Central,

»Stassova.

»28 de julio de 1919.»

[La cuestión de estrategia en el frente Sur era decisiva. Pero la controversia a propósito del mismo, agravada por el episodio de Vatzetis, había llegado al extremo de desarrollarse por insinuaciones y por conductos exageradamente oficiales. El acuse inmediato de recibo de las anteriores instrucciones se expidió al lugarteniente de Trotsky, en Moscú, para que lo transmitiese al Comité Central. Decía así:]

«Confidencial:

\* »Al camarada Sklyansky, para transmitir al Comité Central:

»No entiendo el sentido de vuestro telegrama. En vista de las dudas de Yegoryev, sugería el nombramiento de un adjunto que en caso necesario le pudiese remplazar. Esta es la solución menos penosa del asunto. Durante mi estancia en Kozlov relevé al jefe de operaciones, Peremytov, quien mostró desacuerdo con el plan del comandante en jefe, y le remplacé por Berenda, a quien apresuradamente hice venir de la Inspección Militar. Antes de mi par-

tida, de acuerdo con Sokolnikov y en su presencia, planteé llanamente a Yegoryev la necesidad de ejecutar sin condiciones el plan del comandante en jefe. Replicó en términos categóricos y, por lo que pude apreciar, sin reservas mentales. Sin embargo, considero muy conveniente que venga Selivachev como adjunto, después de la conversación preliminar que el comandante en jefe sostuvo con él. No he recibido contestación a esta sencilla propuesta, salvo la recomendación de instalar (¿a quién?) normas de disciplina.

«Creo que es absurdo agregar al Consejo Revolucionario de Guerra (ya recargado de personal con sus seis miembros: Yegoryev, Yegorov, Sokolnikov, Okulov, Vladimirof, Serebryakov) otros dos nuevos, y propongo que se revoque este acuerdo, especialmente habiendo sido nombrado Lashevich comandante de Petrogrado y siendo Smilga miembro del grupo de Shorin.

«Es desastrosa para el frente la falta de cartuchos y la escasez extrema de fusiles. El IX Ejército tiene 20.000 útiles, pero carecen de armamento, y sólo la mitad esperan recibirlo. Los proyectiles se suministran en cantidades terriblemente mezquinas, lo que en caso de cualquier complicación ligera acarrea desastrosas consecuencias. A base de observar la situación en los cuatro Ejércitos del frente Sur, y de hablar con el comandante del mismo, os prevengo que toda operación puede fracasar por falta de municiones.

»29 de julio de 1919. [284.]

»Trotsky.»

[Los preparativos para la ofensiva en el frente Sur, conforme al plan del nuevo comandante en jefe, continuaron con dificultades. A fines de la primera semana de agosto (esto es, alrededor de una semana antes de iniciar realmente la ofensiva), el Politburó hubo de enfrentarse con] varios problemas graves. [Era perfectamente claro] que Denikin muy probablemente intentaría dirigirse hacia Ucrania más bien que hacia el Este, a fin de establecer contacto con Rumania y Polonia y trasladar su base de Ekaterinodar a Odesa y Sebastopol. Aparte de las medidas tomadas por el comandante en jefe para obviar este peligro, que era el más serio de momento, era necesario decidir en seguida el modo de desarrollar la inminente campaña para la conquista de Ucrania. En primer lugar habla que reunir el XII Ejército con el XIV, que, por carencia de enlace telegráfico, se hallaba aislado del frente Sur. No sólo estaban ya confundidas las retaguardias de ambos ejércitos, sino que cada vez se veían más obligadas a en-

frentarse con un mismo enemigo: Denikin. Propuse, pues, retirar el XIV Ejército de la jurisdicción del frente Sur, fusionando la jefatura de los dos ejércitos en la persona del comandante del XIV, Yegorov y su Estado Mayor, llamando a este nuevo grupo frente Sudoeste, con cuartel general en Konotop, y colocándolo directamente a las órdenes del comandante en jefe y del Estado Mayor General. Para mantener la capacidad de lucha de [este propuesto frente Sudoccidental al mínimo, era necesario] hacer un extraordinario esfuerzo para cortar el bandolerismo, la destrucción de líneas férreas y otros actos análogos, con ayuda de unidades comunistas trasladadas allí transitoriamente desde sectores más inactivos, activistas de la región de Moscú e incluso ciertas unidades de toda garantía del ejército checo. Todos los oficiales rojos disponibles fueron enviados inmediatamente a Ucrania en trenes especiales, sin tener en cuenta sus precedentes destinos. Hubo que enviar también a Ucrania a todos los activistas políticos previamente destinados a diversos otros ejércitos, además de botas, balas y fusiles. El XII Ejército no tenía municiones; por falta de ellas tuvo que luchar contra los colonos amotinados en Odesa con granadas de manos. Los Consejos de Guerra de ambos ejércitos eran poco enérgicos. Por acuerdo entre el Consejo de Defensa de Ucrania y los Consejos Revolucionarios de Guerra de los dos ejércitos, fue designado Vorochilov para sofocar la rebelión a su retaguardia. Todas las instituciones y el personal consagrado a combatir las insurrecciones de Ucrania se colocaron bajo su mando.

[Análogas dificultades, tan diversas como las localidades en que se producían, pero esencialmente iguales por su naturaleza, encontrábamos en todas partes y a cada paso. Lenin se impacientaba. Justamente al iniciarse la ofensiva, escribió a Sklyansky:]

\* «Estoy enfermo. Tendría que acostarme. Por consiguiente, contéstame por un mensajero. El aplazamiento de la ofensiva sobre Voronej (desde el 1.º hasta el 10 de agosto!) es monstruoso. El éxito de Denikin es enorme.

»¿Qué sucede? Sokolnikov decía que nuestras fuerzas son cuatro veces más numerosas que las suyas.

»¿Qué es lo que ocurre, entonces? ¿Cómo hemos podido perder la ocasión tan miserablemente?

»Dí al comandante en jefe que las cosas no pueden seguir así. Debe dedicar al asunto *seria* atención.

»¿No sería mejor que enviásemos al Consejo Revolucionario

de Guerra del frente Sur (copia a Smilga) este telegrama en cifra?:

»Inadmisible en absoluto demorar ataque, pues el retraso entrega a Denikin toda la Ucrania y nos destroza. Eres responsable de cada día y cada hora más que se retrase la ofensiva. Comunica inmediatamente tus explicaciones, diciendo cuándo habéis de comenzar de una vez la ofensiva resueltamente.»

»Presidente del Consejo de Defensa.— *Lenin.*»

[La ofensiva en el frente Sur, de acuerdo con el plan de S. S. Kamenev, comenzó a mediados de agosto. A las seis semanas, finalizando setiembre], escribí al Politburó, que había votado contra mi plan: «La ofensiva a lo largo de la línea de mayor resistencia ha redundado en provecho de Denikin, como estaba previsto... Ahora mismo nuestra situación en el frente Sur es peor que cuando el Estado Mayor comenzó a ejecutar su plan *a priori*. Sería pueril cerrar los ojos a esto.» Por entonces, el error fatal del plan se había hecho patente a muchos de sus antiguos defensores, incluso a Lashevich, que había sido trasladado del frente Este al meridional. Unas tres semanas después, el 6 de setiembre, había teleografiado yo desde el frente, en clave, al comandante en jefe y al Comité Central que «el centro de la dificultad en la campaña del frente Sur se había desviado hacia Kursk-Voronej, donde no hay reservas». Y llamaba [su] atención también, sobre los siguientes problemas:

«El esfuerzo por liquidar a Mamontov no ha dado hasta ahora resultados prácticos. Las unidades motorizadas de ametralladoras no se formaron por no haberse recibido éstas, ni siquiera un pequeño número de automóviles. Se aprecia claramente que Mamontov está reuniéndose con sus propias tropas en todo el frente de Kursk. Nuestras débiles y dispersas unidades de infantería apenas le ponen obstáculos. El mando de Lashevich está paralizado por falta de medios de comunicación. La unificación de Mamontov puede considerarse lograda. El peligro de una rotura del frente por el sector Kursk-Voronej se hace manifiesto. La tarea inmediata de Lashevich es perseguir al enemigo tratando de taponar ese hueco. Se intentará molestar a Mamontov con incursiones de guerrillas... La destrucción de ferrocarriles perturba los transportes del lado de Tsaritsyn hacia la zona de Kursk. Pero la situación exige con insistencia llevar reservas al Oeste. Tal vez se pueda trasladar el Cuerpo montado de Budienny a marchas forzadas. Es necesario añadir que la situación empeora a cada mo-

mento por el completo desplome del aparato del frente. Las tareas más prácticas se nos presentan en la siguiente forma:

»1.ª Nombrar inmediatamente a Selivachev comandante del frente Sur.

»2.ª Debe ocupar el puesto de Selivachev el comandante adjunto del frente Sur, Yegorov.

»3.ª Enviar las reservas, incluso la 21.ª División, tras Mamontov, en dirección a Kursk.

»4.ª Volver el IX Ejército de la dirección de Novorosis a Starobelsk.

»5.ª Trasladar el Cuerpo de Budienny todo lo posible al centro derecha.

»6.ª Apresurar el envío de reservas y suministros para los Ejércitos VIII y XIII.»

[Además], proponía varios reagrupamientos de Ejércitos que suponían la liquidación del fracasado plan. [Esto sucedía apenas tres semanas después de haber emprendido la ofensiva.] Serebryakov y Lashevich firmaron el telegrama conmigo. Pero el nuevo comandante en jefe era [tan terco en el error como el precedente], y el Politburó le sostenía con empeño. El mismo día, 6 de setiembre, recibí en Oryol la siguiente respuesta por hilo directo:

«El Politburó del Comité Central, habiendo considerado el telegrama de Trotsky, Serebryakov y Lashevich, ha confirmado la respuesta del comandante en jefe y expresa su asombro con relación a los esfuerzos encaminados a revisar el plan estratégico básico aprobado el 6 de setiembre de 1919 [96] sh.

»Por orden del Politburó del Comité Central.— *Lenin.*»

Al cabo de dos meses, el curso de las operaciones militares había reducido a la nada el plan original. Además, durante estos dos meses de continuas e infructuosas batallas, muchos de los caminos quedaron totalmente obstruidos, y la concentración de reservas se hizo incomparablemente más difícil que en junio y julio. Y el radical reagrupamiento de fuerzas era más necesario que nunca. Propuse que el Cuerpo montado de Budienny se trasladara a marchas forzadas hacia el Nordeste, y que en la misma dirección salieran otras unidades. [Pero el Politburó, incluyendo naturalmente a Stalin, continuó rechazando en todo este lapso dicha proposición y otras, aprobando persistentemente] las instrucciones del comandante en jefe [quien continuaba insistiendo en que]

«el plan básico para avanzar por el frente Sur se mantiene sin alteraciones; en otros términos, el ataque principal corre a cargo del grupo especial de Shorin, siendo su misión destruir al enemigo en el Don y en el Kuban». [Sin embargo], la ofensiva se había empantanado considerablemente entretanto. La situación en el Kuban, adonde se habían enviado las mejores tropas, se hizo sumamente grave, y Denikin avanzaba hacia el Norte.

«Para justipreciar el plan de operaciones —escribía yo a fines de setiembre—, no estaría de más examinar sus resultados. El frente Sur ha recibido más fuerzas que ningún otro hasta ahora: al comenzar la ofensiva, el frente Sur contaba con no menos de 180.000 bayonetas y sables, y un número proporcional de cañones y ametralladoras. Al cabo de mes y medio de batalla, estamos marcando lastimosamente el paso en el lado Este del frente Sur, mientras que en el lado Oeste tenemos una retirada difícil, con pérdida de unidades y desorganización... La causa del fracaso debe buscarse por entero en el plan de operaciones... Unidades de resistencia media se dirigieron... a localidades habitadas en su totalidad por cosacos que no tomaban parte en el avance, pero que defendían sus aldeas y sus hogares. La atmósfera de una guerra nacional en el Don ejerce una influencia disgregante sobre nuestras unidades. En estas condiciones, los tanques de Denikin, maniobrando con habilidad, y otros factores análogos, le aseguraban una superioridad enorme.»

[Pronto] no hubo ya que tratar del plan, sino de sus desastrosas consecuencias, materiales y psicológicas. El comandante en jefe, en consonancia con la máxima napoleónica, había confiado, por lo visto, perseverando en el error, de derivar de él todas las ventajas posibles y asegurar en definitiva la victoria. El Politburó, aun perdiendo confianza, persistía en su propia decisión. El 21 de setiembre, nuestras tropas abandonaron Kursk. El 13 de setiembre Denikin tomó Oryol y se abrió el camino hacia Tula, donde estaban concentradas las más importantes fábricas de municiones, y detrás de la cual se hallaba Moscú. Yo puse al Politburó ante el dilema de cambiar nuestro plan estratégico o evacuar Tula, destruyendo las industrias de guerra de la ciudad, y resistir la amenaza directa contra Moscú. Por entonces se habían quebrado la obstinación del comandante en jefe, que ya desechaba parte del antiguo plan, y el apoyo del Politburó. A mediados de octubre, había terminado el reajuste de las fuerzas para el contraataque. Un grupo estaba concentrado al noroeste de Oryol para amenazar el ferrocarril Kursk-Oryol; otro, al este de Voronej, llevaba a su

cabeza el Cuerpo montado de Budienny. Esto venía a ser precisamente el plan que había sugerido yo. [Teniéndolo en cuenta, es instructivo considerar la reseña que de aquel periodo hacen a última hora los historiógrafos estalinistas:]

\* «Durante setiembre y primeros de octubre, Denikin consiguió considerables éxitos en el frente Sur. Capturó Oryol el 13 de octubre. Para remediar la situación, sumamente difícil y peligrosa, derivada de fracasos persistentes en el frente Sur, el Comité Central del Partido envió al camarada Stalin al Consejo Revolucionario de Guerra del frente. El camarada Stalin preparó el nuevo plan estratégico contra Denikin, que confirmaron Lenin y el Comité Central del Partido. La realización de este plan produjo la derrota de Denikin.»

[Las versiones de Stalin varían de vez en cuando con respecto a la persona que propuso el plan correcto, que fue rechazado, y con respecto a quién merecía censura por el plan equivocado que resultó tan costoso. En el año 1923, Stalin narraba lo sucedido en el frente Sur, ostensiblemente para demostrar ciertos principios políticos, pero en realidad para saldar ciertas cuentas políticas que le interesaban:]

\* «Podría establecerse fácilmente una analogía entre estos principios de estrategia política y los de estrategia militar: por ejemplo... la lucha contra Denikin. Todo el mundo recuerda el final de 1919, cuando Denikin se acercaba a Tula. En aquel tiempo surgieron interesantes debates entre los militares respecto a la dirección en que había de asestarse el golpe decisivo contra Denikin. Algunos militares proponían... la línea Tsaritsyn-Novorossisk... Otros... la línea Voronej-Rostov... El primer plan era... desventajoso porque suponía nuestro movimiento a través de regiones... hostiles al Gobierno soviético y exigía por eso grandes sacrificios; era, además, peligroso porque abría a los ejércitos de Denikin el camino de Moscú por Tula y Serpujov. El segundo plan... era el único plausible, porque según él nuestros grupos principales habían de operar por regiones... que simpatizaban con el Gobierno soviético y no requería en consecuencia sacrificios excesivos; y, además, porque desorganizaba la acción del cuerpo principal de las tropas de Denikin en ruta hacia Moscú.

Una mayoría de los militares se pronunciaron en favor de este segundo plan... Así se decidió la suerte de toda la guerra contra Denikin...»

Stalin parecía relatar esto como ejemplo casual de ciertos conceptos en el campo de la estrategia política. En realidad, el ejemplo no era accidental. Avanzaba 1923, Stalin estaba [sobre ascuas] esperando un terrible ataque de Lenin, y por lo tanto, trataba sistemáticamente de minar la autoridad de éste. En los círculos rectores del Partido se sabía bien que tras el erróneo y costoso plan habían estado no sólo ciertos miembros de la dirección «militar» (como el comandante en jefe [S. S. Kamenev]), sino también la mayoría del Politburó, con Lenin a la cabeza. Sin embargo, Stalin prefería hablar de desacuerdo entre los «militares», sin aludir a la pugna dentro del Politburó. Sabía que los miembros dirigentes del Partido se acordaban demasiado bien de que se trataba de mi plan, del plan que yo [había estado defendiendo desde comienzos de julio], y que él sólo había venido a apoyar a fines de octubre o principios de noviembre, después de que el mismo comandante en jefe había repudiado en la práctica su propio proyecto original. Pero el 19 de noviembre de 1924, diez meses después de la muerte de Lenin, Stalin [llegó más allá]. Entonces hizo la primera tentativa de crear una versión deliberadamente falsa de la lucha en el frente Sur, dirigiéndola contra mí:

«Ocurrió en el otoño de 1919. La ofensiva contra Denikin fracasó... Denikin toma Kursk, avanza sobre Oryol. El camarada Trotsky acude por orden del Comité Central a una sesión de éste, desde el frente Sur. El Comité Central reconoce la situación como alarmante y decide enviar nuevos activistas militares a aquel frente, relevando al camarada Trotsky. Los nuevos activistas militares piden que el camarada Trotsky "no intervenga" en los asuntos del frente Sur. El camarada Trotsky cesa de intervenir allí directamente. Se suceden operaciones continuas en el frente Sur, y se capturan Rostov del Don y Odesa sin el camarada Trotsky. ¡Que prueben a negar estos hechos!»

Es cierto que dejé el frente Sur hacia el 10 de octubre, y fui a Petrogrado. Nuestro contraataque en el frente Sur debió haber comenzado el 10 de octubre. Todo estaba preparado; la concentración de unidades para atacar se hallaba casi terminada, y mi presencia era mucho más necesaria en torno a Petrogrado, que estaba

en trance mortal de ser ocupada por Yudenich. Repasando más de tres años de guerra civil y examinando los periódicos y la correspondencia de mis viajes por todos los frentes, veo que casi nunca tuve ocasión de acompañar a un Ejército victorioso, de participar en un ataque, de compartir directamente las victorias con otros. Mis viajes no tenían carácter de turismo. Sólo acudía a los sectores en situación crítica después de haber roto el enemigo nuestras líneas. Mi tarea era convertir los regimientos fugitivos en fuerza atacante. Yo me retiraba con las fuerzas, pero nunca avancé con ellas. Tan pronto como las descalabradas divisiones se reordenaban y el mando daba la señal de avance, me despedía del Ejército para ir a otro sector apurado, o bien regresaba por unos días a Moscú para resolver los problemas acumulados del Centro. Así, durante tres años no tuve literalmente una sola ocasión de ver las caras felices de los soldados después de una victoria, ni de entrar con ellos en las ciudades conquistadas. [Por eso, como Stalin no podía menos de saber], no visité el frente Sur siquiera una vez en todo el período de nuestra victoriosa ofensiva allí después de mediados de octubre. El fraude de Stalin está, pues, en dar a un hecho innegable una significación totalmente falsa.

[El 4 de diciembre de 1919, Juan Smirnov informaba desde el frente Este que] «Koltchak ha perdido su Ejército... No habrán más batallas... Espero capturar todo el E. M. móvil antes del apeadero de Taiga... El ritmo de la persecución es tal que el 20 de diciembre estarán en poder nuestro Barnaul y Novokilayevsk». [Yudenich había sido completamente derrotado en el Noroeste y Denikin estaba en franca fuga en el Sur. Fracasado en sus esfuerzos por ganarse el apoyo de los campesinos mediante equívocas «reformas agrarias» y privado del de los militares y los hacendados a causa de su desastrosa derrota en el frente a manos del Ejército Rojo, Denikin perdió la confianza de los blancos. El 26 de marzo de 1920 renunció formalmente el cargo de comandante en jefe en favor del barón Wrangel, que había conseguido reagrupar las dispersas tropas de los guardias blancos en Crimea.]

[Los blancos estaban todavía zurrando a las unidades rojas de Caballería e Infantería en el frente del Cáucaso. En las batallas de los dos primeros días de febrero de 1920, Mamontov rechazó la ofensiva del Ejército Rojo y pasó al ataque en las proximidades de Novocherkassk. Las filas del Ejército Rojo en el frente del Cáucaso se habían debilitado no sólo por las pérdidas sufridas en combate, sino por la epidemia de tifus. Los refuerzos y provisiones no habían llegado por una confusión de los ferroca-

rriles. Se requería una mano dura para llevar unos y otras a aquel frente. Lenin y Trotsky recurrieron a Stalin, que por entonces se hallaba en el Consejo Revolucionario de Guerra del frente Sudoeste:]

\* «El Comité Central juzga necesario, para salvar la situación, que vayas inmediatamente al ala derecha del frente del Cáucaso, por Debaltsevo, donde está ahora Shorin. Al mismo tiempo tendrás que adoptar medidas extraordinarias para mandar considerables refuerzos y activistas del frente Sudoeste. Para estabilizar la situación se te ha incluido en la plantilla del Consejo Revolucionario de Guerra del frente caucásico, sin cesar por eso en el del frente del Sudoeste.

»3 de febrero de 1920. [9.] sh.

»*Lenin, Trotsky.*»

[No se dispone del texto de la respuesta de Stalin, pero parece que hacía objeciones a su nuevo cargo, probablemente aduciendo tareas de urgencia en el que desempeñaba. Esto dio lugar a la siguiente réplica:]

\* «El Comité Central no insiste en tu traslado, con tal de que en el curso de las próximas semanas concentres toda tu atención y energía en los servicios del frente del Cáucaso con preferencia a los del frente Sudoeste. Enviamos a Arzhanov a Voronej para activar los necesarios traslados. Préstale la oportuna colaboración y tenenos al corriente del curso de las mismas.

»4 de febrero de 1920. [512.]

»Presidente del Consejo de Defensa,  
*Lenin.*

»Presidente del Consejo Revolucionario de Guerra de la República,  
*Trotsky.*»

[Dos semanas después telegrafiaba Lenin a Stalin:]

\* «El Politburó no puede pedirte que vengas en persona, pues considera como tarea primordial y urgente barrer a Denikin, por lo que deberás acelerar los refuerzos para el frente del Cáucaso todo lo que puedas.

»19 de febrero de 1920. [34.]

»*Lenin.*»

[Un día después insistía otra vez sobre el mismo tema:]

\* «La situación en el Cáucaso está adquiriendo un carácter cada vez más serio. A juzgar por la situación de ayer, no se excluye la posibilidad de que perdamos Roskov y Novocherkassk, ni un intento enemigo de extender sus éxitos hacia el Norte, amenazando el territorio del Don. Toma medidas extraordinarias para acelerar el traslado de las Divisiones 43 y letona y reforzar el potencial combatiente. Espero que, conociendo la situación general, pongas toda tu energía en juego y consigas resultados grandiosos.

»[36]/sh.

»*Lenin.*»

[Stalin contestó como sigue:]

«Absolutamente confidencial.

»En cifra.

\* »Lenin, Kremlin. Moscú.

»Copia para el Comité Central del Partido.

»No veo por qué el asunto del frente caucásico se me impone precisamente a mí. En el orden natural, la responsabilidad de reforzar el citado frente recae por entero en el Consejo Revolucionario de Guerra de la República, cuyos miembros, según mis noticias, disfrutan de excelente salud, y no en Stalin, que está abrumado de trabajo de todo orden.

»20 de febrero de 1920. [970.]

»*Stalin.*»

[A lo cual replicó Lenin con el siguiente rapapolvo:]

\* «El asunto de acelerar el envío de refuerzos del frente Sudoeste al del Cáucaso se te ha encomendado. En términos generales, cada cual debe ayudar como mejor pueda, sin sutilizar acerca de jurisdicciones departamentales.

»20 de febrero de 1920. [37]/sh.

»*Lenin.*»



«Kursk, 19 de enero de 1920.

»Al presidente del Consejo Revolucionario de Guerra de la República, camarada Trotsky. Moscú.

»Me dirijo a ti con el ruego urgente de que me libres de la inactividad. Llevo casi tres semanas sin motivo justificado en el Cuartel general del frente Sudoeste, y no he hecho nada en dos meses. No puedo explicarme la causa de la demora ni conseguir otro empleo. Si durante casi dos años que he estado mandando varios ejércitos he dado pruebas de algún mérito, te ruego que me des oportunidad de aplicar mis aptitudes a un trabajo efectivo, y si no lo hay en el frente, señáleme tarea en el Servicio de Transportes o en el Comisariado de Guerra.

»[2.]

»Comandante de Ejército Tujachevsky.»

[Por lo visto, Stalin no había encontrado aplicación al talento de Tujachevsky en el frente Sudoeste, donde era prácticamente el amo por su autoridad política como miembro del Comité Central, del Orgburó y del Politburó. Tujachevsky sólo contaba entonces algo menos de treinta años. Hasta la toma del Poder por los bolcheviques había sido teniente en el Ejército del zar. La Revolución de octubre le ganó por completo; no sólo ofreció sus servicios al Ejército Rojo, sino que se hizo comunista. Distinguióse casi desde el primer momento en el frente, y al año llegó a ser general del Ejército Rojo. Su capacidad como estratega era reconocida por los asombrados enemigos a quienes la hizo sentir. Trotsky apuntó en su telegrama: «Informar a los camaradas Lenin y Stalin.» No está muy claro cuáles fueran las medidas adoptadas en este caso; pero hay una cosa inequívoca. Se dio a Tujachevsky el mando del frente occidental, encargado de las operaciones de ofensiva contra Varsovia.]

[La República de Polonia fue hostil al Gobierno de los Soviets desde el momento de su creación. Habiéndose apoderado de Vilna a despecho de la garantía dada a los lituanos en contrario por la Liga de las Naciones en 1919, los polacos invadieron el territorio de Rusia Blanca y, en el otoño, habían ocupado Minsk y considerables zonas de Volinia y Podolia. Luego paralizaron su actividad en vista de los éxitos del general Denikin. Temían que al triunfar los Ejércitos blancos, comprometidos a restaurar en su integridad territorial el Imperio zarista, se opondrían a las ambiciones territoriales de Polonia, no sólo en Ucrania y Rusia Blanca, sino tam-

bién en la propia Polonia. Pero tan pronto como los Ejércitos rojos comenzaron a descargar golpes decisivos contra Denikin, el Ejército polaco reanudó su actividad. Apoyado por las tropas de la recién formada República de Letonia, los Ejércitos polacos ocuparon Dvinsk en enero de 1920, obligaron al Ejército Rojo a entregar Latgalia, tomaron Mozyr en marzo, y bajo el mando personal del «liberador» de Polonia, José Pilsudski, desencadenaron una vigorosa ofensiva contra Ucrania en abril, aliados a las fuerzas del difunto Gobierno de Petliura. Aunque la guerra había sido impuesta al Ejército Rojo, el propósito del Gobierno soviético era no sólo rechazar el ataque, sino llevar la revolución bolchevique a la misma Polonia y abrir así una salida al comunismo hacia toda Europa.]

El 30 de abril escribí al Comité Central del Partido: «Precisamente por tratarse de una lucha a vida o muerte, tendrá un carácter sumamente intenso y riguroso.» Por consiguiente, era necesario «estimar la guerra con Polonia, no sólo como simple tarea del frente occidental, sino como tarea central de toda la Rusia trabajadora y campesina». El 2 de mayo hice difundir por la Prensa un telegrama contra las esperanzas exageradamente optimistas de una revolución en Polonia: «Que la guerra *terminará* por la revolución obrera en Polonia, no puede dudarse; pero, al mismo tiempo, no hay base para suponer que la guerra *comience* por una revolución semejante... Sería extremadamente frívolo pensar que la victoria... va a caer sencillamente en nuestras manos.» El 5 de mayo, en un informe a la reunión conjunta de todas las instituciones soviéticas, dije: «Sería grave error suponer que la historia va a comenzar desencadenando en nuestro obsequio la revolución de los trabajadores en Polonia y librándonos así de la necesidad de sostener una contienda armada. —Y terminaba—: Camaradas, quisiera que os llevaseis de esta reunión, como conclusión capital, la idea de que la lucha que nos amenaza ha de ser dura y enconada.» Todas mis órdenes militares y manifestaciones públicas de aquel tiempo estaban impregnadas de esta idea. «Actualmente, el frente Oeste es el más importante frente de la República —dice una orden de 9 de mayo, firmada por mí en Smolensko—. Los órganos de abasto deben prepararse para una campaña nada fácil ni breve, sino por el contrario, larga y porfiada.» Yo era opuesto a la marcha sobre Varsovia porque, considerando la debilidad de nuestras fuerzas y nuestros recursos, sólo podía terminar con fortuna si en Polonia misma estallara una insurrec-

ción, y no había seguridad alguna de que tal ocurriese. Ya he explicado la esencia del conflicto en mi autobiografía.

El principal iniciador de la campaña fue Lenin. Le apoyaban contra mí Zinoviev, Stalin y aun el cauto Kamenev<sup>1</sup>. Ríkov fue uno de los miembros del Comité Central que se mantuvieron a mi lado, pero todavía no formaba parte del Politburó. Radek también se oponía a la aventura de Polonia. Todos los documentos confidenciales de aquel tiempo están a la disposición de los actuales círculos rectores del Kremlin, y si hubiera al menos una línea en estos documentos en coincidencia con la versión actual de dicha aventura, hace tiempo que se habría publicado. Precisamente es el carácter inconsistente de la versión, y sobre todo, la contradicción entre uno y otro aserto, lo que muestra que aquí también hemos de tropezar con la misma mitología terriblica.

Una de las razones de que la catástrofe de Varsovia alcanzase proporciones tan terribles, fue la conducta del mando del grupo occidental de los ejércitos del Sur, que iba en dirección a Lemberg. La principal figura política en el Consejo Revolucionario de Guerra de aquel grupo era Stalin. Deseaba a toda costa entrar en Lemberg al mismo tiempo que Smilga y Tujachevsky en Varsovia. El rápido avance de nuestros ejércitos hacia el Vístula había inducido al mando polaco a concentrar todos sus esfuerzos y, con ayuda de la Misión militar francesa, considerables reservas en las regiones de Varsovia y Lublin. En este momento decisivo, la línea de operaciones en el frente Sudoeste, divergía en ángulo recto de la del frente occidental principal: Stalin estaba haciendo su propia guerra. Cuando el peligro en que se hallaba el ejército de Tujachevsky se hizo evidente y el comandante en jefe ordenó al frente Sudoeste desviar marcadamente su dirección hacia Zamoscye-Tomashev, para caer de flanco sobre las tropas polacas próximas a Varsovia, el comandante del frente Sudoeste, estimulado por Stalin, continuó su avance hacia Occidente: ¿No era más importante apoderarse de Lemberg que ayudar a «otros» a tomar Varsovia? Durante tres o cuatro días, nuestro Estado Mayor General no pudo conseguir que se ejecutara la citada orden. Sólo después de reiteradas demandas reforzadas con amenazas, cambió la dirección el mando del grupo Sudoeste; pero ya entonces el retraso de unos días había producido su efecto fatal. El 16 de agosto, los polacos emprendieron la contraofensiva y obligaron a nuestras tropas a retroceder.

<sup>1</sup> L. B. Kamenev, el dirigente comunista, naturalmente; no S. S. Kamenev, el jefe militar. — C. M.

Durante los debates secretos sobre la guerra de Polonia en una reunión a puerta cerrada del X Congreso del Partido, Stalin presentó la declaración, que sorprende tanto por su ruindad como por su falsedad, de que Smilga, el miembro más conspicuo del Consejo Revolucionario de Guerra del frente occidental había defraudado al Comité Central «prometiéndolo» tomar Varsovia en fecha determinada y dejando de cumplir su «promesa». Las acciones del frente Sudoeste, esto es, del mismo Stalin, obedecían, por lo visto, a la «promesa» de Smilga, en quien recaía, por lo tanto, la responsabilidad del desastre. Con muda hostilidad escuchaba el Congreso al hosco orador en cuyos ojos relampagueaba la característica chispa amarilla. Con aquel discurso, Stalin no hirió a nadie sino a sí mismo. Ni un solo voto tuvo en su apoyo. Yo protesté en el acto contra aquella inesperada insinuación. La «promesa» de Smilga no significaba sino que había «esperado» tomar Varsovia; pero aquella esperanza no eliminaba el elemento imprevisible, peculiar de toda guerra, y en ningún caso daba a nadie el derecho de obrar a base de un cálculo *a priori* y no del desarrollo real de las operaciones. Lenin, terriblemente contrariado por las disensiones, intervino en la discusión y se manifestó en el sentido de que no era su propósito culpar a nadie personalmente. ¿Por qué no publicó Stalin la reseña taquigráfica de este debate?

En 1929, A. Yegorov (comandante del frente Sudoeste durante la campaña de Polonia), hizo el primer intento público de justificar su conducta en una monografía especial titulada [*Lemberg-Varsovia*] en la que se vio obligado a admitir:

\* «Precisamente en este respecto han criticado todos nuestros historiadores la campaña del frente Sudoeste. Nadie que conozca esta campaña por los escritos hoy existentes tendrá por secreto que la explicación del fracaso de las operaciones del Oeste tuvo relación directa con las del frente Sudoeste. Las acusaciones formuladas en este sentido contra el comandante del frente se reducen, en suma, a exponer que el frente Sudoeste siguió una política de operaciones particular, sin tener en cuenta la situación general de todo el frente polaco ni la acción desarrollada en el frente occidental contiguo; que en el momento decisivo no le prestó la necesaria cooperación... En líneas generales, tal es la versión reiterada en todas las obras dedicadas más o menos al tema de la colaboración en el frente en 1920, sin excluir tampoco las publicadas más recientemente... Así vemos, por ejemplo, en la obra sería e interesante de M. Movchin, *Las operaciones subsiguientes*

según la experiencia del Marne y del Vistula (publicada por los editores del Estado en 1928), una referencia directa al "fracaso del frente Sudoeste en el cumplimiento de las instrucciones categóricas del comandante en jefe relativas al avance del I Ejército montado sobre Zamostye-Tomashev" (página 74). Los graduados de nuestra Escuela de Guerra han estudiado las campañas de Polonia a base de estas y otras manifestaciones análogas y continúan llevando consigo a los cuadros de nuestro Ejército impresiones en consecuencia. Para decirlo brevemente, la leyenda acerca de la intervención desastrosa del frente Sudoeste en 1920... no suscita hoy la menor duda, y se reconoce como un hecho que debe estudiar la futura generación de tácticos y estrategas.»

No es muy de extrañar que Yegorov, responsable en gran parte como comandante en jefe del frente Sudoeste de la caprichosa estrategia de Stalin, trate de disimular la gravedad de su error presentando una interpretación de los hechos militares de 1920 menos desfavorable para él. Sin embargo, surge en el acto la sospecha al considerar que Yegorov sólo se decidió a intentar disculparse nueve años después de los sucesos, cuando «la leyenda acerca de la intervención desastrosa del frente Sudoeste» había conseguido, según sus propias palabras, hallar confirmación definitiva e, incluso, incorporarse a la historia militar. Esta demora se explica por el hecho de que el Ejército y el país, que tanto sufrieron a causa del fracaso de la campaña de Polonia, hubieran rechazado con indignación cualquier subterfugio, especialmente de parte de los responsables de tal fracaso. Tuvo por fuerza que esperar en silencio.

Pero si Yegorov trató de reducir indirectamente la culpa de Stalin a la vez que la suya, no se propuso aún cargarla a la otra parte. Tampoco lo hizo Vorochilov en el artículo francamente apologético que lleva su firma, *Stalin y el Ejército Rojo*, publicado en el mismo año 1929. «Sólo el fracaso de nuestras tropas cerca de Varsovia —declara Vorochilov vagamente—, interrumpió el avance del ejército montado que se proponía atacar Lemberg y se hallaba entonces a diez kilómetros de allí.» Sin embargo, el asunto no podía quedarse en mera justificación propia. En tales cosas Stalin nunca se detiene a mitad de camino. Llegó, por fin, el momento en que pudo achacarse la responsabilidad del fracaso en el frente a los que estorbaron la marcha sobre Lemberg. [En 1935, el profesor rojo] S. Rabinovich, [en su] *Historia de la Guerra Civil*, escribía:

\* «El I Ejército, que se vió implicado en la batalla de Lemberg, no podía ayudar directamente al frente occidental sin tomar esta plaza. No hubiera podido prestar gran concurso al frente occidental, porque eso hubiera supuesto trasladar numerosas fuerzas a las cercanías de Lemberg. A pesar de eso, Trotsky pidió categóricamente que se retirara el I Ejército montado de Lemberg y se concentrara cerca de Lublin para atacar de revés a los ejércitos polacos que avanzaban por el flanco de las tropas del frente occidental... A consecuencia de las instrucciones por demás erróneas de Trotsky, el I Ejército tuvo que renunciar a tomar Lemberg, sin poder por otra parte prestar ayuda a los Ejércitos del frente occidental.»

[Naturalmente], aquella posibilidad se perdió sólo porque la caballería de Budienny-Vorochilov, de acuerdo con las instrucciones de Yegorov-Stalin, y en oposición a las órdenes del comandante en jefe, se dirigió contra Lublin varios días después de lo debido. [Pero al año siguiente, el periódico militar] *Krasnaya Konnitsa* (La Caballería Roja) [fue aún más lejos en el artículo] *Ruta de Armas del I Ejército Montado*. Aquí el autor declaraba que el ejército montado... «no sólo no pudo evitar que el Ejército polaco se retirara detrás del río Bug, sino que ni siquiera frustró el contraataque de los polacos contra los flancos de las tropas rojas que marchaban hacia Varsovia». Stalin y Vorochilov, preocupados con la nueva ocupación de la Galitzia, objetivo de importancia secundaria, no deseaban sencillamente ayudar a Tujachevsky en la tarea principal, que era el avance sobre Varsovia. Y Vorochilov argüía que sólo la captura de Lemberg le hubiera permitido «descargar un golpe aplastante en la retaguardia de los polacos de la Guardia Blanca y sus tropas de choque».

Es totalmente imposible comprender cómo la captura de Lemberg, que distaba 300 kilómetros del principal teatro de operaciones, habría servido para caer sobre la «retaguardia» de las formaciones polacas de choque, que entretanto habían perseguido ya al Ejército Rojo hasta cien kilómetros al este de Varsovia. Para intentar atacar a los polacos por su «retaguardia» habría sido necesario perseguirlos en primer lugar, y en consecuencia abandonar Lemberg ante todo. ¿Por qué, entonces, había que ocuparlo? La captura de Lemberg, que intrínsecamente no carecía de importancia militar, podría haberse revestido de significación revolucionaria sólo organizando una insurrección de los galitzianos contra la dominación polaca. Pero eso requería tiempo. Los ritmos de las tareas militar y revolucionaria no coincidieron en lo más

mínimo. Desde el momento en que se hizo patente el peligro de un contraataque decisivo cerca de Varsovia, seguir el avance hacia Lemberg resultaba no sólo vano, sino francamente criminal. Pero en aquel punto intervino la suspicacia entre los dos frentes. Stalin, según la [propia confesión] de Vorochilov, no vacilaba en transgredir reglamentos y órdenes.

[Escribiendo en *Pravda* el 23 de febrero de 1930, el historiador del Partido N. Popov, a la vez que reconoce que el avance sobre Varsovia fue un error del Politburó, declaraba que] «Trotsky... era opuesto a este avance, como un pequeñoburgués revolucionario que juzgaba inadmisibles llevar la revolución a Polonia desde fuera. Por las mismas razones, Trotsky era contrario a que el Ejército Rojo ayudara a los rebeldes de Georgia en febrero de 1921. El criterio antibolchevique, krautskista, de Trotsky fue categóricamente rechazado por el Comité Central en julio de 1920, en el caso de Polonia, y en febrero de 1921, en el del Gobierno menchevique de Georgia.» [Cinco años más tarde, Rabinovich, en su *Historia de la Guerra Civil*, atribuye los «errores de Trotsky en la guerra de Polonia [a la posición] política fundamental» de que por nuestra parte la guerra servía para estimular y activar la revolución en Polonia, llevar la revolución a Europa en las bayonetas del Ejército Rojo... De otro modo, la victoria del Socialismo en Rusia es imposible. Por esto, Trotsky, en oposición a los argumentos de Lenin y Stalin, declaró que «el frente polaco es el frente de vida o muerte para la República Soviética». La vieja acusación se volvía así del revés. Todavía en 1930 se reconocía que yo era opuesto a la marcha sobre Varsovia, y el crimen de que se me acusaba era el de no sentirme inclinado a introducir el Socialismo a punta de bayoneta. Pero en 1935 se proclamaba que yo defendía la marcha sobre Varsovia guiado por mi determinación de imponer el Socialismo a Polonia con las bayonetas.

Así, gradualmente, Stalin resolvió el problema a su peculiar manera, cargando la responsabilidad de la campaña de Varsovia sobre mí. Pero lo cierto es que yo era contrario a tal campaña. La responsabilidad del descalabro del Ejército Rojo, presupuesta por la falta de una sublevación en el país y agravada por su propia estrategia independiente, recayó por arte suyo sobre mí, a pesar de haberles prevenido de la posibilidad de una catástrofe y de haber solicitado moderación en el entusiasmo por éxitos efímeros como el de la toma de Lemberg.

Desviar las inculpaciones poco a poco hacia el adversario es un método fundamental de luchar para Stalin, y alcanza su desa-

rollo máximo en los juicios de Moscú. Digamos también de pasada que Stalin no contribuyó a la campaña de Polonia con ningún esfuerzo constructivo que valga la pena de mencionar. El correo y los telegramas de la época hacen constar con quién tuve ocasión entonces de corresponder a diario para determinar la política del momento en relación con la guerra de Polonia: Lenin, Chicherin, Karajan, Krestinsky, Kamenev, Radek. De estas seis personas, sólo Lenin acertó a morir a tiempo. Chicherin murió en desgracia, aislado por completo; Radek vivirá detenido el resto de sus días; Karajan, Krestinsky y Kamenev han sido ejecutados.

El final de la campaña de Polonia nos permitió concentrar nuestras fuerzas contra Wrangel, que en la primavera salió de la península de Crimea y, amenazando ocupar la cuenca del Donetz, puso en riesgo las reservas de carbón de la República. Varios vigorosos ataques de Nikopol y Stajovka desalojaron de sus posiciones a las tropas de Wrangel, y el Ejército Rojo avanzó, demoliendo en la culminación de la campaña las fortificaciones de los istmos de Perekop y de Sivash. La Crimea volvió a ser soviética. (Como podía esperarse, «la idea estratégica básica de inminente operación fue anunciada personalmente por el camarada Stalin». Yegorov escribía en *Pravda*, el 14 de noviembre de 1935, al celebrarse el XV aniversario de la derrota de Wrangel:)

\* «Trotsky sostenía la descabellada opinión de que el frente de Wrangel no era más que un sector aparte, de tercer orden. Frente a este peligroso criterio, el camarada Stalin hubo de manifestarse decididamente. El Comité Central, encabezado por Lenin, se puso por completo de parte de Stalin.»

Basté decir que S. Gussev, que era un verdadero agente de Stalin en el Ejército Rojo como hoy lo es Mejlis, en su artículo *La derrota de Wrangel* [publicado] en 1925, no juzgó necesario mencionar siquiera el nombre de Stalin.

Durante toda la guerra civil, Stalin siguió siendo una figura de tercera categoría, no sólo en el Ejército, sino también en el campo de la política. Presidía las reuniones de la Junta del Comisariado de Nacionalidades y los Congresos de algunas de éstas. Llevaba las negociaciones con Finlandia, Ucrania, los bashkires, esto es, desempeñaba comisiones de Gobierno esenciales, pero de orden secundario. Nada tenía que ver con las cuestiones de alta política planteadas en los Congresos del Partido, del Soviet o de la III Internacional. En la XI Conferencia del Partido Comunista ruso, ce-

lebrada en diciembre de 1921, Yaroslavsky, en nombre del Comité organizador, propuso para la Mesa presidencial a los siguientes: Lenin, Zinoviev, Trotsky, Kamenev, Petrovsky, Ordzhonikidze, Vorochilov, Yaroslavsky, Sulimov, Komarov, Rudzutak, I. N. Smirnov y Rujimovich. La lista es interesante, tanto por su composición como por el orden de los nombres. Los autores de la lista, viejos bolcheviques como Yaroslavsky, colocaban a Zinoviev en segundo lugar, como para recordar que era un antiguo bolchevique. Fuera de las cuatro primeras figuras, los demás designados, viejos bolcheviques asimismo, eran todos dirigentes regionales. No hubo en aquella lista sitio para Stalin, aunque el calendario señalaba ya el final del año 1921. La guerra civil pertenecía ya al pasado, y no había hecho de Stalin un líder.

## CAPÍTULO XI

### DE LA OSCURIDAD AL TRIUNVIRATO

El final de la guerra civil encontró a Stalin en la sombra, políticamente. Los segundones del Partido le conocían, desde luego, pero no le consideraban uno de los dirigentes de importancia. Para la base del Partido era uno de los miembros menos conocidos del Comité Central, a pesar de pertenecer al todopoderoso Politburó. El país, en general, había oído hablar muy poco de él. El mundo extrasoviético ni siquiera sospechaba su existencia. Pero en menos de dos años su dominio sobre la máquina política del Partido se había hecho tan formidable, y su influencia se juzgaba tan lesiva para Lenin, que éste, a primeros de marzo de 1923, rompió con él toda «relación de camaradería». Pasaron otros dos años, y Trotsky, el más eminente, aparte Lenin, de los adalides de la Revolución de octubre y del Gobierno de los Soviets, había sido relegado por la máquina de Stalin a una posición política precaria. No sólo llegó Stalin a ser miembro del triunvirato que regía el Partido en lugar del doliente Lenin, sino que se convirtió en el más poderoso de los triunviros y después en único sucesor de Lenin. Además, con los años adquirió un poder mucho mayor que el ejercido jamás por Lenin: de hecho, más autoridad absoluta que ninguno de los zares en la larga historia del régimen absoluto en Rusia.

[¿Cómo pudo suceder esto? ¿Cuáles fueron las causas y los grados de la elevación de Stalin desde la oscuridad a la preeminencia política?]

Cada fase de desarrollo, incluso las catastróficas, como la revolución y la contrarrevolución, es una consecuencia de la fase precedente, en donde está arraigada y a la cual se asemeja. Des-

pués de la victoria de octubre, hubo escritores que sostenían que la dictadura del bolchevismo era simplemente una nueva versión del zarismo, negándose, al estilo del avestruz, a reconocer la abolición de la monarquía y de la nobleza, la extirpación del capitalismo y la introducción de la economía planificada, la abolición de la Iglesia estatal, y la educación de las masas en los principios del ateísmo, la abolición del señorío agrario y la distribución de la tierra a los verdaderos cultivadores del suelo. De manera análoga, después del triunfo de Stalin sobre el bolchevismo, muchos de los mismos escritores (como Webbs, los Wells y los Laskis, que primero criticaron el bolchevismo para convertirse luego en propagandistas viajeros del estalinismo) cerraron los ojos al hecho cardinal e inflexible de que, a pesar de las medidas de represión utilizadas por imperio de circunstancias especiales, la Revolución de octubre acarreó una subversión de relaciones sociales en los intereses de las masas trabajadoras; mientras que la contrarrevolución estalinista ha iniciado subversiones sociales que continuamente van transformando el orden social soviético en provecho de una minoría privilegiada de burócratas termidóricos. Igualmente insensibles a los hechos elementales son ciertos renegados del comunismo, muchos de ellos satélites de Stalin en otra época, que con las cabezas bien hundidas en la arena de su amarga desilusión, no advierten que, a pesar de semejanzas superficiales la contrarrevolución acaudillada por Stalin se diferencia en ciertos definidos puntos esenciales de las contrarrevoluciones de los caudillos fascistas; no echan de ver que la diferencia tiene su raíz en la disparidad entre la base social de la contrarrevolución de Stalin y la base social de los movimientos reaccionarios dirigidos por Mussolini y Hitler, y que guarda paralelismo con la que existe entre las dictaduras del proletariado, aun desfiguradas por el burocratismo termidórico, y la dictadura de la burguesía, entre un Estado de trabajadores y un Estado capitalista.

Además, esta disparidad fundamental tiene su ejemplo (y en cierto sentido, hasta su epitome) en la singularidad de la carrera de Stalin comparada con las carreras de los otros dos dictadores, Mussolini y Hitler, cada uno de ellos iniciador de un movimiento, ambos agitadores excepcionales y tribunos populares. Su exaltación política, por fantástica que parezca, se produjo por su propio impulso a la vista de todos, en conexión inquebrantable con el desarrollo de los movimientos que encabezaron desde su arranque. Completamente distinto es el carácter de la subida de Stalin. No puede compararse con nada de tiempos pasados. Parece no

tener prehistoria. El proceso de su elevación transcurrió en alguna parte, tras una cortina política impenetrable. En un determinado momento su figura, en pleno atuendo de poder, se destacó súbitamente de la pared del Kremlin, y por primera vez el mundo se dio cuenta de Stalin como dictador ya hecho así. Tanto más vivo es el interés con que la humanidad pensante examina la naturaleza de Stalin, personal y políticamente. En sus peculiaridades de su personalidad busca la clave de su fortuna política.

Es imposible comprender a Stalin y su éxito de última hora sin comprender la fuente principal de su personalidad: ansia de poder, ambición, envidia, una envidia activa, jamás adormecida, a todos los mejor dotados, más poderosos, a cuantos destacan sobre él. Con aquella arrogancia característica que es esencial en Mussolini, dijo éste a uno de sus amigos: «Nunca he encontrado a mi igual.» Stalin nunca hubiera podido decir tal frase, ni aun a sus amigos más íntimos, pues hubiera sonado descarnada, absurda, ridícula en exceso. En los mismos cuadros bolcheviques abundaban hombres que superaban a Stalin en todos los respectos, salvo en el de su reconcentrada ambición. Lenin estimaba mucho el poder como instrumento de acción; pero el amor al poder por el poder mismo le era totalmente ajeno. No sucede así con Stalin. Psicológicamente, el poder para él siempre fue algo aparte de los fines a que éste se entiende destinado. El deseo de ejercer su voluntad como el atleta utiliza sus músculos para dominar a los demás; he aquí el origen de su personalidad. Así, su voluntad fue adquiriendo una fuerza cada vez más concentrada, que se dilataba en agresividad, en actividad, en radio de expresión, sin detenerse ante nada. Cuantas veces tuvo Stalin ocasión de convencerse de que le faltaban muchos atributos para adquirir el poder, tanto más intensamente se esforzó por compensar cada deficiencia de carácter, con tanta más sutileza convirtió cada defecto en ventaja bajo ciertas condiciones.

Las comparaciones oficiales acostumbradas entre Stalin y Lenin son sencillamente indecorosas. Si la base de comparación es la expansión de la personalidad, es imposible parangonar a Stalin ni siquiera con Mussolini o Hitler. Por pobres que sean las «ideas» del fascismo, los dos victoriosos caudillos de la reacción, el italiano y el alemán, desde el comienzo mismo de sus respectivos movimientos desplegaron iniciativa, impulsaron a las masas a la acción, abrieron nuevas rutas a través de la jungla política. Nada de esto puede decirse de Stalin. El partido bolchevique fue obra de Lenin. Stalin brotó de su máquina política, de su aparato polí-

tico, y continúa inseparablemente unido al mismo. Nunca ha tenido contacto con las masas o con los acontecimientos históricos sino a través del aparato. En el primer período de su acceso al poder él mismo se vio sorprendido por su propio éxito. Subió las escaleras sin seguridad, mirando a derecha e izquierda y por encima del hombro, siempre dispuesto a escabullirse o a buscar refugio. Empleado como contrapeso frente a mí, le respaldaron y animaron Zinoviev y Kamenev, y con menos calor Rikov, Bujarin y Tomsky. Ninguno de ellos pensaba entonces que Stalin llegase a destacar por encima de sus cabezas. En el primer triunvirato, Zinoviev trataba a Stalin con cierto aire circunspecto de protector; Kamenev, con un dejo de ironía. Pero ya hablaremos luego de esto con más detalle.

La escuela estalinista de falsificación no es la única que florece hoy en el campo de la historia rusa. De hecho, deriva una parte de su sustento de ciertas leyendas basadas en la ignorancia y el sentimentalismo, como las fantásticas patrañas relativas a Kronstadt, Majno y otros episodios de la Revolución. Baste saber que lo que el Gobierno soviético hizo a pesar suyo en Kronstadt fue una trágica necesidad; naturalmente, el Gobierno revolucionario no podía «regalar» la fortaleza que protegía Petrogrado a los marineros insurgentes sólo porque unos cuantos dudosos anarquistas y *essars* patrocinasen a un puñado de campesinos reaccionarios y soldados amotinados. Consideraciones semejantes son aplicables también al caso de Majno y de otros elementos potencialmente revolucionarios que tal vez tuviesen buenas intenciones, pero lo demostraban de detestable manera.

Lejos de desdenar la cooperación de revolucionarios de todas las corrientes del socialismo los bolcheviques de la era heroica de la Revolución la solicitaron con afán en toda ocasión, y transigían hasta el límite por conseguirla. Por ejemplo, Lenin y yo estudiamos seriamente una vez la posibilidad de ceder ciertas comarcas a los anarquistas, naturalmente con el asenso de la población interesada, y permitirles llevar a efecto su experimento de orden social sin Estado en su jurisdicción. Aquel proyecto murió en la etapa de discusión, y no por culpa nuestra. El movimiento anarquista dejó de pasar por la prueba de los hechos reales en el terreno de ensayos en la Revolución rusa. Muchos de los anarquistas más capaces y sanos convinieron en que podrían servir mejor su causa incorporándose a las filas de nuestro Partido.

Aunque sólo nos incautamos del Poder en octubre, demostramos nuestra disposición a cooperar con otros partidos soviéticos,

negociando con ellos. Pero sus exigencias eran fantásticamente desaforadas; no pretendían nada menos que la decapitación de nuestro Partido. Luego formamos un Gobierno de coalición con el único Partido que por entonces se prestaba a la cooperación en términos razonables, que fue el de los *essars* de izquierda; pero éstos se retiraron del Gobierno en señal de protesta contra la paz de Brest-Litovsk en marzo de 1918, y en julio apuñalaron al Gobierno por la espalda colocándole frente al hecho consumado del asesinato del embajador alemán Mirbach y a un golpe de Estado frustrado. ¿Qué hubieran querido los señores liberales que hiciéramos en tales circunstancias: dejar que la Revolución de octubre, el país y nosotros mismos fuéramos deshechos por nuestros traidores ex compañeros del Gobierno de coalición y pisoteados por el Ejército imperial alemán en pleno avance? Los hechos son irreductibles. La Historia recuerda que el Partido de los *essars* de izquierda quedó reducido a polvo por el choque de los acontecimientos subsiguientes, y muchos de sus miembros más arrojados se hicieron leales bolcheviques, entre ellos Blumkin, el asesino del conde Mirbach. ¿Eran los bolcheviques simplemente vengativos, o eran «liberales» al advertir el móvil revolucionario tras el estúpido y desastroso acto de provocación de Blumkin, y al concederle la entrada con plenos derechos en el Partido y en el trabajo de grave responsabilidad? (Y Blumkin no fue el único, ni mucho menos, aunque su caso sea más conocido que otros análogos.) Lejos de herirnos, la rebelión de los *essars* de izquierda, que nos privó de un aliado y compañero de viaje, nos fortaleció en resumidas cuentas. Puso fin a la defección de los comunistas de izquierda. El Partido estrechó sus filas. La influencia de las células comunistas en el Ejército y en las instituciones soviéticas creció enormemente. La política del Gobierno adquirió mucha mayor firmeza.

Privados de legalidad soviética en junio de 1918, los partidos mencheviques y *essars* de derecha y centro, después de su directa participación en la guerra civil contra el Gobierno soviético, manifestada no sólo en actos de terror individual, sino también en otros de sabotaje, diversión, conspiración y aun guerra abierta, los bolcheviques se vieron obligados a llevar también a la lista de proscripción a los *essars* de izquierda tras su traicionero golpe de Estado de julio. Pero el decreto promulgado por el Comité Ejecutivo Central del Soviet de toda Rusia el 14 de junio, expulsando de este organismo a los mencheviques y *essars*, y recomendando la adopción de igual medida a otras instituciones soviéticas



se revisó cinco meses después, cuando estos partidos volvieron a la posición de lucha de clases axiomática para socialistas declarados. En octubre de 1918, el Comité Central de los mencheviques reconocía en una resolución que la Revolución bolchevique de octubre de 1917 fue «históricamente necesaria», y repudiaba «todo género de colaboración política con clases hostiles a la democracia», rehusando «participar en cualesquiera combinaciones gubernamentales, aun cubiertas por la bandera democrática, basada en coaliciones "nacionales generales" de la democracia con la burguesía capitalista o dependiente del imperialismo y el militarismo extranjero». En vista de tales declaraciones de los mencheviques, el Comité Ejecutivo Central de toda Rusia, en sesión de 30 de noviembre de 1918, decretó que se considerase anulada su resolución de 14 de junio «en cuanto se refiere al partido de los mencheviques». Unos meses más tarde el sesgo «hacia la izquierda» se inició en una sección de los *essars*. La conferencia de los representantes de varias organizaciones de *essars* en los territorios de la Rusia soviética, que se celebró el 8 de febrero de 1919 en Petrogrado, «repudió resueltamente la tentativa de derrocar el Gobierno de los Soviets por las armas». Entonces, el Comité Ejecutivo Central de toda Rusia decretó el 25 de febrero de 1919 la anulación de su disposición de 14 de junio de 1918 «con referencia a todos los grupos del Partido de los *essars* que consideren obligatoria para ellos la mencionada resolución de la conferencia de partidos de los *essars*».

Pero en la primavera, una serie de sublevaciones de *kulaks* en varias provincias y el avance victorioso de Koltchak, indujeron a estos partidos, con excepción de algunos de sus representantes, a las posiciones de antes. En consecuencia, el Comité Central del Partido Comunista ruso (bolchevique), en mayo de 1919, promulgó una disposición «referente a la detención de todos los mencheviques y *essars* de calidad, de los que no se supiera personalmente que estuviesen dispuestos a apoyar activamente al Gobierno soviético en su lucha contra Koltchak». Así se puso en evidencia que las anteriores protestas de lealtad a la «democracia» soviética eran simples maniobras por parte de los partidos menchevique y *essar*. Su constante agitación por la abolición de la Checa y de la pena de muerte, incluso para espías y contrarrevolucionarios, repercutió en beneficio de los guardias blancos y difundió la demoralización en la retaguardia del Ejército Rojo.

Durante los primeros días, u horas, siguientes a la insurrección, Lenin planteó la cuestión de la Asamblea Constituyente. «Hemos de aplazarla —insistía—, hemos de aplazar las elecciones. Tenemos que ampliar los derechos electorales otorgándolos a los mayores de dieciocho años. Tenemos que hallar el modo de rectificar las listas de candidatos. Los nuestros no son buenos: demasiados intelectuales no probados, cuando lo que necesitamos son trabajadores y campesinos. Los kornilovitas y los cadetes [demócratas constituyentes] deben ser despojados de estado legal.» A los que opinaban: «no es político aplazarlo ahora; se interpretará como liquidación de la Asamblea Constituyente, sobre todo habiendo acusado nosotros al Gobierno provisional del aplazamiento», Lenin replicó: «¡Tonterías! Lo que importan son hechos, no palabras. Con relación al Gobierno provisional, la Asamblea Constituyente era o pudo haber sido un paso adelante; pero con relación al Gobierno soviético sólo puede ser un paso atrás. ¿Por qué no es político aplazarla? Y si la Asamblea Constituyente resulta ser un conglomerado de cadetes, mencheviques y *essars*, ¿será eso político?»

«Pero para entonces seremos más fuertes —argumentaban otros—, mientras que ahora no lo somos. El Gobierno soviético es prácticamente desconocido en las provincias. Y si allí se enteran de que aplazamos la Asamblea Constituyente, nuestra posición será aún más débil de lo que ya es.» Sverdlov, sobre todo, se oponía enérgicamente al aplazamiento, y él conocía mejor las provincias que ninguno de nosotros. Lenin resultó quedarse solo en su posición. Solía mover la cabeza con gesto de desaprobación, insistiendo: «¡Es un error, un error evidente, que nos puede salir caro! Espero que no le cueste a la Revolución la cabeza...» Pero, una vez adoptada la decisión contraria al aplazamiento, Lenin concentró toda su atención en medidas para poner en práctica la convocatoria de la Asamblea Constituyente.

Entretanto, se vio claro que estaríamos en minoría, aun con los *essars* de izquierda, que iban en la misma candidatura que los *essars* de derecha y eran defraudados a cada paso. «Naturalmente, tendremos que disolver la Asamblea Constituyente —dijo Lenin—. Pero, ¿y los *essars* de izquierda?» Sin embargo, el viejo Natanson<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Marcos Andreyevich Natanson, alias Bobrov (1849-1919), uno de los grandes revolucionarios rusos, dirigente populista, formó entre los organizadores del Círculo Tchaikovsky, que tuvo parte revolucionaria importante en el movimiento *jozdeniye v narod* («yendo hacia el pueblo»). Después de su destierro en la provincia de Arkangel, orga-

nos tranquilizó sobre el particular. Vino a «asesorarnos», pero sus primeras palabras fueron: «Me parece que tendremos que dispersar por la fuerza la Asamblea Constituyente.» Lenin exclamó: «¡Bravo! ¡Lo que está bien, está bien! Pero, ¿querrá tu gente ir tan lejos?» Natanson contestó: «Algunos vacilan, pero creo que al fin se avendrán todos a ello.» Los *essars* de izquierda estaban entonces en la luna de miel de su extremo radicalismo: efectivamente, consintieron en la disolución. Lenin se dedicó con ardor al problema de la Asamblea Constituyente. Intervenia a fondo en todos los preparativos, pensaba en todos los detalles, y sometía a Uritsky, que, con gran pesar suyo, había sido designado comisario de la Asamblea, al tormento de agotadores interrogatorios. Incidentalmente, Lenin se ocupó en persona del traslado de uno de los regimientos letones, de composición predominantemente proletaria, a Petrogrado. «El *mujik* podría vacilar si sucede algo —observó—, y aquí necesitamos resolución proletaria.»

Los delegados bolcheviques a la Asamblea Constituyente que se reunieron en todas partes de Rusia se distribuyeron (por presión de Lenin y dirigidos por Sverdlov) entre todas las fábricas, instalaciones y unidades militares. Fueron un elemento importante del aparato organizador de la «revolución suplementaria» de 1.º de enero. En cuanto a los delegados *essars* de izquierda, juzgaban impropio de su elevada misión empeñarse en una lucha: «El pueblo nos ha elegido: que nos defienda.» Esencialmente, aquellos aldeanos provinciales no tenían la menor idea de cómo conducirse, y la mayoría de ellos eran cobardes. Pero en compensación, prepararon con gran meticulosidad el ritual de la primera sesión. Dispusieron velas, por si los bolcheviques apagaban la luz eléctrica, y gran cantidad de emparedados, por si faltaban provi-

nizó en 1876 la *Obschestvo Severnyj Narodnikov* (Sociedad de Populistas del Norte), marcadamente conspirativa, y en aquel verano inició y dirigió el grupo que realizó la fuga de Kropotkin. Fundador con otros del partido *Zemlia y Svoboda* (Tierra y Libertad), llegó a ser dirigente del *Narodnaia Volia* (Voluntad del Pueblo), después de la escisión, y un destacado protagonista de su política de terror. Detenido en 1881 con motivo del asesinato del zar Alejandro II, fue sentenciado a diez años de deportación en Siberia. En 1891 organizó, con Victor Cernov, el partido *Narodnaia Prava* (Derechos del Pueblo). Detenido en 1894, cumplió su condena en la fortaleza de Petropavlovsk y en Siberia Oriental. Fue uno de los fundadores del partido *Essar* (socialrevolucionario), miembro de su Comité Central y jefe de su ala izquierda desde 1905. Durante la Primera Guerra Mundial fue un consecuente internacionalista y uno de los inspiradores de la Conferencia de Zimmerwald. Pasó a ser uno de los dirigentes de los *essars* de izquierda después de la escisión de 1917, y en julio de 1918, después del golpe frustrado de este grupo contra los bolcheviques, se puso a la cabeza de una fracción de *essars* de izquierda opuesto al golpe y conocidos por comunistas revolucionarios. Fue vocal de la Comisión Permanente del Comité Ejecutivo Central del Soviet de toda Rusia. Murió en 1919, en el extranjero.

siones. Así, la Democracia vino a presentar batalla a la Dictadura armada de bocadillos y velas. El pueblo no pensó siquiera un momento en defender a quienes se tenían por sus elegidos, cuando no eran más que vagas sombras de un período revolucionario definitivamente caducado.

Yo estaba en Brest-Litovsk cuando se liquidó la Asamblea Constituyente. Pero, tan pronto como fui a Petrogrado con motivo de una conferencia, Lenin me hizo el relato de la disolución: «Fue, naturalmente, muy arriesgado para nosotros no demorar su convocatoria..., una verdadera imprudencia. Pero, en último término, resultó mejor así. La disolución de la Asamblea Constituyente por el Gobierno es una liquidación franca y total de la democracia de forma en nombre de la Dictadura revolucionaria. Desde ahora, la elección no suscitará dudas.» Así, la generalización teórica marchó de la mano con el empleo del regimiento de fusileros letones. Indudablemente, fue entonces cuando Lenin concibió con toda claridad las ideas que después formuló en el I Congreso del Komintern, en sus notables tesis sobre democracia.

Como es bien sabido, la crítica de la democracia formal tiene su propia y dilatada historia. Nosotros y nuestros predecesores explicábamos el carácter transitorio de la Revolución de 1848 por el colapso de la democracia *política*. Esta había sido sustituida por la democracia «social». Pero el orden social burgués fue capaz de obligar a la última a ocupar el puesto que la democracia pura ya no podía sostener. La historia política pasó luego por un período prolongado durante el cual la democracia social, medrando a costa de su crítica de la democracia pura, desempeñaba realmente el papel de esta última, y se saturó por completo de sus vicios. Lo ocurrido se había repetido más de una vez en la historia; la oposición se vio llamada a resolver en forma conservadora las tareas mismas que las fuerzas comprometidas de ayer no eran ya capaces de llevar adelante. Comenzando como estado provisional de preparación para la dictadura proletaria, la democracia había llegado a ser el supremo criterio, el último resorte regulador, el inviolable santuario de los santuarios, esto es, la más refinada hipocresía del orden social burgués. Lo mismo había sucedido en nuestro caso. Después de recibir un golpe mortal en octubre, la burguesía intentó resurgir en enero bajo la forma sacrosanta de la Asamblea Constituyente. El ulterior desarrollo victorioso de la revolución proletaria, después de la disolución franca, manifiesta, brusca de la Asamblea Constituyente, asestó a la democracia el golpe de gracia del que nunca se recobrará. Por

eso tenía razón Lenin al decir: «En último término, resultó mejor así.» Bajo el aspecto de la Asamblea Constituyente *essarista*, la República de febrero había aprovechado simplemente la oportunidad de morir por segunda vez. [Cuando, durante el breve mandato de Kamenev como primer presidente de la República (en calidad de presidente del Comité Ejecutivo Central del Soviet) y por iniciativa suya] fue abolida la pena de muerte contra soldados promulgada por Kerensky, la indignación de Lenin no tuvo límites. «¡Absurdo! —clamó—. ¿Cómo contáis que una revolución siga adelante sin ejecuciones? ¿Creéis de veras que podéis tratar con todos esos enemigos después de desarmaros? ¿Qué otras medidas de represión existen? ¿La prisión? ¿Quién da importancia a eso durante una guerra civil, cuando ambas partes confían en vencer?» Kamenev trató de argumentar que se trataba sólo de revocar la pena de muerte instituida por Kerensky, especialmente contra los desertores. Pero Lenin se mostró irreconciliable. Se daba clara cuenta de que tras el decreto de abolición se ocultaba una actitud frívola frente a las dificultades inauditas que nos aguardaban. «Una equivocación —reiteró—, blandura imperdonable, ilusiones pacifistas», etc. Propuso que se revocase inmediatamente el decreto, pero se le objetó que ello produciría una impresión desfavorable. Alguien sugirió que sería mejor recurrir a las ejecuciones cuando se viera que no había otro remedio. Finalmente, el asunto se dejó como estaba.

«¿Y qué pasaría —me preguntó una vez Vladimiro Ilich de improviso— si los guardias blancos nos mataran a los dos? ¿Serán capaces Bujarin y Sverdlov de hacer frente a la situación?» [Al principio, Lenin confiaba en Sverdlov más bien que en Stalin para centralizar el Poder con mano dura. Sverdlov fue quien primero definió la división de funciones entre el Partido y las máximas políticas del Soviet. Se le eligió presidente del primer Comité Constitucional (del que formaba parte Stalin). Sverdlov incorporó en aquella primera Constitución soviética no sólo los principios teóricos del leninismo, sino también la experiencia práctica inicial de administración en materias tales como la correlación entre los órganos centrales y locales del Gobierno soviético, los Comités de Pobres y los Soviets en las aldeas, las fronteras y funciones de las Repúblicas constituyentes y de las regiones autónomas, y muchas cuestiones específicas que la teorización nunca hubiera podido abarcar concretamente. «Sverdlov —de acuerdo con un panegírico de Stalin— fue uno de los primeros, si no el primero, que hábilmente y sin esfuerzo resolvió... la

compleja tarea organizadora... de construir la nueva Rusia... el Gobierno de los Soviets, el Gobierno de los obreros y los campesinos», que «por primera vez en la historia de la humanidad» acometió la empresa de convertir «el Partido hasta entonces ilegal en una entidad nueva, creando los instrumentos de correlación entre el Partido y los Soviets, asegurando la dirección del Partido y el desenvolvimiento normal de los Soviets...».] Sverdlov era verdaderamente irremplazable: resuelto, animoso, firme, expedito, un tipo de bolchevique insuperable. Lenin pudo conocer y estimar plenamente a Sverdlov en aquellos meses de inquietud. Muchas veces, al telefonear Lenin a Sverdlov sugiriéndole ésta o la otra medida de urgencia, recibía como invariable respuesta: «¡Ya!», expresiva de que estaba hecho lo que interesaba. A menudo bromeábamos sobre ello, diciendo: «Con Sverdlov no hay que dudar: ¡ya!»

[Cuando se creó el Comisariado Popular de Inspección de Obreros y campesinos, se designó a Stalin para desempeñarlo. Al proponer la creación de este nuevo Comisariado en el VIII Congreso de 1919, Zinoviev lo describía como «un Comisariado de control socialista que inspeccione todas las unidades de nuestro mecanismo soviético, hundiendo sus tentáculos en todas las ramas del esfuerzo constructivo de los Soviets». Lenin no tuvo empacho en apoyar la designación de Stalin para aquel Ministerio de Ministros, cuando, al replicar a las objeciones de los opositores, dijo:]

«Ahora, hablemos de la Inspección de Obreros y Campesinos. Es una empresa gigantesca... Es necesario poner a su frente a un hombre de autoridad; de otro modo, nos hundiremos en el fango, nos ahogaremos en minúsculas intrigas. Creo que ni el mismo Preobrazhnsky podría proponer otra candidatura que la del camarada Stalin.»

[La función del nuevo Comisariado era extirpar de todas las instituciones soviéticas la burocracia y el expedienteo. Sin embargo, bajo Stalin no tardó en convertirse en semillero de intrigas políticas y en uno de los principales instrumentos con que levantó su aparato político. En un memorándum confidencial fechado en 1.º de abril de 1922, Trotsky escribió a este propósito:]

«Es imposible cerrar los ojos al hecho de que el Rabkrin<sup>1</sup> está lleno precisamente de personas que han fracasado en varias otras esferas. De aquí proviene también el extraordinario desarrollo de intrigas en el Rabkrin, que hace ya tiempo se ha convertido en proverbial en todo el país. No hay razón para suponer que esta institución (no sus pequeños círculos rectores solamente, sino toda la organización) pueda sanearse y fortalecerse, porque en el futuro los activistas eficientes seguirán destinándose al auténtico trabajo, y no a su inspección. Resulta, pues, evidente la fantasía del plan de mejorar la maquinaria del Estado soviético mediante la palanca de Rabkrin.»

[A esta crítica contestó Lenin el 6 de mayo:]

«El camarada Trotsky está radicalmente equivocado respecto al Rabkrin. Con nuestro desenfrenado "departamentalismo", aun entre los mejores comunistas, el bajo nivel cultural de nuestros funcionarios, las intrigas entre unas y otras ramas del Gobierno... es imposible seguir adelante sin el Rabkrin. Hemos de trabajar sistemática y persistentemente, para convertirlo en el mecanismo de inspección y mejora de todas las actividades gubernamentales.»

[Pero no tardaría mucho Lenin en cambiar de opinión sobre este tema, y en alarmarse aún más que Trotsky por el empacho de burocracia y la corrupción de este Comisariado instituido precisamente por él para combatirla.]

Stalin halló los más leales de sus primeros colaboradores en Ordzhonikidze y Dzerrhinsky, ambos en desgracia con Lenin a la sazón. Ordzhonikidze, dotado indudablemente de fortaleza, decisión y firmeza de carácter, era en esencia hombre de escasa cultura, irascible y completamente incapaz de dominarse. Mientras fue un revolucionario, predominaron su arrojo y su espíritu de sacrificio; pero al convertirse en funcionario importante, su rudeza y rusticidad apagaron toda otra cualidad. Lenin, que había sentido por él simpatía en otro tiempo, poco a poco fue apartándose de él, y Ordzhonikidze lo advirtió. Sus relaciones tirantes llegaron al límite cuando Lenin propuso excluirle del Partido por un año o dos, como sanción por abuso de poder.

Análogamente se extinguió su afecto hacia Dzerzhinsky. Este

<sup>1</sup> Abreviatura silábica del Comisariado de Inspección de Obreros y Campesinos. — C. M.

se distinguía por su profunda honestidad, carácter apasionado e impulsividad. El poder no logró corromperle. Pero no siempre estuvo su capacidad a la altura de las misiones que se le confiaron. Invariablemente se le reelegía para el Comité Central; pero, mientras Lenin volvió, no había que pensar en incluirle en el Politburó. En 1921, o quizás en 1922, Dzerzhinsky, hombre excesivamente altivo, se me quejó, con tono de resignación en su voz, de que Lenin no le atribuyese capacidad política. Como es natural, hice lo que pude por disuadirle. «No me considera organizador, hombre de Estado», insistía Dzerzhinsky. «¿Qué te hace pensar así?» «Se obstina en no aceptar mi informe como comisario popular de Vías de Comunicación.»

Al parecer, Lenin no estaba muy entusiasmado con el informe de Dzerzhinsky en tal concepto. En realidad, Dzerzhinsky no era un organizador en el sentido amplio de la palabra. Solía reunir a sus colaboradores y organizarlos en torno a su persona, pero no conforme a su método. Este método no era evidentemente el más oportuno para poner orden en el Comisariado de Vías de Comunicación. En 1922, Ordzhonikidze y Dzerzhinsky se sentían muy descontentos de su posición respectiva, y molestos en grado considerable. Stalin los reclutó en el acto.

[Entretanto, en el mismo Partido se había producido un cambio sutil, pero penetrante. La lucha por la democracia dentro del Partido se había iniciado en el palenque del X Congreso, girando principalmente en torno al lema de las justas relaciones entre el Estado, el Partido y los Sindicatos. La llamada oposición obrera, dirigida por Shlyapnikov y Kollontai, proponía un programa que los círculos rectores habían denunciado como «una desviación anarcosindicalista». Según los historiadores oficiales, este programa propugnaba que los Sindicatos, como organizadores de la producción asumiesen no sólo las funciones del Estado, sino también las del Partido. Trotsky, por el contrario, sostenía que siendo esencial perseguir una política igualitaria en el campo del consumo, era aún necesario seguir insistiendo por algún tiempo en los «métodos de choque» en la esfera de la producción, lo que, según Trotsky, significaba «acomodar la maquinaria sindical al sistema administrativo de régimen económico», y de conformidad con sus adversarios, convertir los Sindicatos en instituciones estatales. Lenin opinaba que los Sindicatos debían continuar bajo el control del Partido, y convertirse cada vez en una vasta «escuela de comunismo». En esta controversia, Stalin apoyó el criterio de Lenin. En el Congreso se manifestaron otras diversas opiniones sobre el

tema, pero el asunto se redujo principalmente a una controversia triangular entre los grupos cuyos portavoces principales fueron Lenin, Trotsky y Kollontai. Además, la discusión no se limitó a las sesiones del mismo Congreso, sino que prosiguió públicamente e invadió las instituciones soviéticas de todo orden.

[Esta atmósfera de libre discusión había cambiado radicalmente cuando el Partido se reunió en su XI Congreso, celebrado entre el 2 de marzo y el 2 de abril de 1922. Durante el año transcurrido, habiendo sido oficialmente proscritas las facciones por acuerdo del X Congreso, los opositoristas se organizaron clandestinamente tan bien, que varias proposiciones patrocinadas por el grupo rector en el XI Congreso fueron rechazadas por gran mayoría.

[No sólo dieron los opositoristas muestras de sus arreóstos secretamente, sino que hubo turbulentas expresiones de aprobación cuando el opositorista Ryazanov apostrofó al grupo dominante en una de sus intervenciones y cuando los delegados se opusieron con tenacidad a expulsar del Partido a los dirigentes de la oposición obrera, Shlyapnikov, Medvedev y Kollontai, desafiando resueltos la petición de Lenin en tal sentido. La oposición abierta, además, era sintomática de una oposición secreta mucho más extensa. El grupo rector consideraba a los disidentes tácticos más peligrosos aún, porque sus maquinaciones estaban cargadas de penosas sorpresas. Era indudable que el sistema de responsabilidad dividida entre tres miembros iguales del Secretariado, cada uno reacio a reconocerse plenamente responsable, era inadecuado para afrontar la función inherente a la Secretaría de designar camaradas «leales» para los puestos clave y elegir delegados «leales» para los Congresos del Partido, Lenin y sus adjuntos decidieron, en consecuencia, reforzar la Secretaría en dos sentidos: instituyendo el cargo de secretario general, con los otros dos miembros en calidad de auxiliares suyos más bien que como colegas, y eligiendo para dicho puesto al hombre más capaz de llevarlo con mano dura, a José Stalin. Dos de sus mejores paniaguados, Molotov y Kuibyshev, fueron designados ayudantes suyos.

[Stalin fue elegido secretario general el 2 de abril de 1922. Dos meses después, Lenin cayó gravemente enfermo. Por entonces, una propicia combinación de circunstancias, más que sus propias maquinaciones, situó ya a Stalin en una posición potencialmente estratégica. Si Lenin se hubiese restablecido rápidamente, es probable que Stalin hubiera recaído en la oscuridad; es probable, no

absolutamente seguro. Pero la enfermedad de Lenin fue de mal en peor.]

Las relaciones entre Lenin y Stalin se pintan oficialmente como de íntima amistad. Realmente, estas dos figuras políticas estaban a gran distancia, no sólo por los diez años de diferencia de edad que había entre ambos, sino, incluso, por las mismas dimensiones de sus personalidades respectivas. No podía haber amistad entre uno y otro. Sin duda, Lenin llegó a apreciar la capacidad de Stalin como organizador práctico durante la azarosa época de la reacción de 1907 a 1913. Pero en los años de régimen soviético, la rudeza de Stalin le repelía cada vez más, reduciendo las posibilidades de una plácida colaboración entre ellos. Por esto, sobre todo, Stalin siguió en tácita oposición contra Lenin. Envidioso y ambicioso, Stalin no podía menos de encabritarse al sentir a cada momento la aplastante superioridad intelectual y moral de Lenin. [Variando constantemente de grado, esta inestable] relación persistió [en términos bastante satisfactorios para todos los fines prácticos] hasta que Lenin cayó tan gravemente enfermo [que se abstuvo de tomar parte activa en los asuntos de Estado], y entonces se convirtió en una abierta pugna que culminó en ruptura final.

[Ya en la primavera de 1920], al celebrarse el cincuentenario de Lenin, Stalin tuvo el atrevimiento de pronunciar un discurso acerca de los errores del festejado. Difícil es decir qué móviles le guiaron a hacerlo; en todo caso, el discurso pareció tan fuera de lugar a todos, que al día siguiente, 24 de abril, [en su reseña del acto], tanto *Pravda* como *Izvestia* se limitaron a consignar que el «camarada Stalin habló de diversos episodios del trabajo de ambos en común antes de la Revolución». Pero también por entonces se puso Stalin en evidencia consignando en letra de molde lo que había aprendido y dejado escrito para la misma ocasión, con el título de *Lenin como organizador y director del Partido Comunista ruso*. Apenas merecería este artículo el intento de descubrir en él algún valor teórico o literario. Baste decir que comienza afirmando lo siguiente:

«Mientras en el Oeste (en Francia, en Alemania) el partido obrero se nutría de los Sindicatos en condiciones que permitían la existencia de uno y otros... en Rusia, por el contrario, la formación de un partido proletario se realizó bajo el absolutismo más cruel...»

Esta afirmación suya, exacta en cuanto a Gran Bretaña, que deja de mencionar como ejemplo, dista de serlo en cuanto a Francia, y es una monstruosa falsedad por lo que toca a Alemania, donde el Partido había creado los Sindicatos prácticamente de la nada. Hasta ahora, como en 1920, la historia del movimiento obrero es un libro cerrado para Stalin, y, por consiguiente, sigue siendo inútil esperar de él orientación teórica en este terreno.

El artículo es interesante porque no sólo en el título, sino en toda su concepción de Lenin, el autor lo aclama primero como organizador, y sólo en segundo término como dirigente político. «El mérito máximo del camarada Lenin —que Stalin consigna en primer lugar— está en su furioso ataque contra la falta de método organizador de los mencheviques.» Concede crédito a Lenin por su plan de organización, porque «generalizaba magistralmente la experiencia organizadora de los mejores activistas prácticos». Y más adelante:

«Sólo en virtud de esta política organizadora pudo el Partido consolidar la unidad interna y la asombrosa solidaridad que le permitió surgir sin esfuerzo de la crisis de julio y de Kerensky, sostener en sus hombros la Revolución de octubre, salvar el difícil período de Brest sin quebranto y organizar la victoria sobre la Entente...»

Sólo después añadía Stalin: «Pero el valor organizador del Partido Comunista ruso representó únicamente un lado de la cuestión», y vuelve entonces al contenido político de la labor del Partido, a su programa y a su táctica. No es exagerado decir que ningún otro marxista y, desde luego, ningún marxista ruso, hubiera compuesto de ese modo un elogio de Lenin. Ciertamente, las cuestiones de organización no constituyen la base de la política, sino más bien las derivaciones de la cristalización de la teoría, el programa y la práctica. Y no es casual que Stalin conceptuase básica la palanca organizadora; todo lo que trate de programas y políticas fue siempre para él esencialmente un ornamento de la organización como base.

En el mismo artículo formulaba Stalin por última vez, más o menos correctamente, el criterio bolchevique, bastante nuevo por entonces, del papel del Partido proletario bajo las condiciones de las revoluciones democrático-burguesas de la época. Ridiculizando a los mencheviques, Stalin escribía que quienes habían di-

rigido mal la historia de las antiguas revoluciones se figuraban que

«... el proletariado no puede tener la hegemonía de la Revolución rusa; la dirección debe ofrecerse a la burguesía rusa, a la misma burguesía que era opuesta a la Revolución. El campesino debe colocarse igualmente bajo el patrocinio de la burguesía, relegando al proletariado el papel de una oposición de extrema izquierda. Estos repugnantes ecos de un detestable liberalismo eran lo que los mencheviques ofrecían como última palabra de auténtico marxismo...»

Es sorprendente que sólo tres años más tarde, Stalin aplicara esta misma concepción, palabra por palabra y literalmente, a la revolución democrático-burguesa china, y luego, con cinismo incomparablemente mayor, a la revolución española de 1931-1939. Una inversión tan monstruosa no hubiera sido posible en modo alguno de haber asimilado y comprendido entonces bien Stalin el concepto leninista de revolución. Pero lo que Stalin había asimilado, era simplemente el concepto leninista de un aparato centralizado de Partido. En cuanto comprendió aquello, perdió de vista las consideraciones teóricas de que se deriva, su base programática quedó reducida a poco más de nada, y, en consonancia con su propio pasado, su propio origen social, preparación y educación, estaba naturalmente inclinado hacia una concepción pequeño-burguesa, hacia el oportunismo, hacia la transacción. En 1917 no llegó a realizar la fusión con los mencheviques sólo porque Lenin se lo impidió; en la revolución china hizo realidad el criterio menchevique con métodos bolcheviques, esto es, con el aparato político centralizado que para él era la esencia del bolchevismo. Y con experiencia mucho mayor, con una eficacia perfeccionada, realmente mortal, desarrolló igual política en la revolución española.

De modo que si el artículo de Stalin sobre Lenin, que se ha reproducido desde entonces innumerables veces en multitud de ejemplares y de idiomas, era una caracterización bastante sencilla de su tema, nos suministra la clave de la naturaleza política de su autor. Incluso contiene líneas que, en cierto sentido, son autobiográficas:

«No rara vez nuestros propios camaradas (no sólo los mencheviques) acusaron al camarada Lenin de ser demasiado propenso a

polémicas y escisiones en su pugna irreconciliable contra los transaccionistas... No hay duda de que ambas cosas se produjeron a su tiempo...»

En 1920, Stalin consideraba aún a Lenin demasiado propenso a polémicas y escisiones, como le había juzgado ya en 1913. Además, justificaba esta tendencia en Lenin sin eliminar el estigma de las acusaciones que le pintaban como dado a exageraciones y al extremismo.

[Lenin conservaba a todo funcionario útil como un tesoro. Era afectuoso con todos ellos. Le vemos charlando «diez o quince minutos» a la cabecera de Sverdlov, agonizante de gripe, a pesar del riesgo de infección; le vemos reprendiendo a Tsuryupa: «Querido A. D.: Te estás volviendo insufrible de veras en el manejo de la propiedad del Gobierno. Tus órdenes: ¡cura de tres semanas! Y tienes que obedecer a las autoridades médicas que quieren enviarte al sanatorio. Hazme caso, pues, que no es productivo ser descuidado con la mala salud. ¡Tienes que ponerte bueno!» De análoga manera, cuando Stalin tuvo que hacerse una operación en el Soldatenkovsky, hospital de Moscú, en diciembre de 1920, Lenin, según atestigua el médico que atendía a Stalin, doctor Rosanov,]

«... me llamaba por teléfono a diario, dos veces, por la mañana y por la noche, y no sólo me preguntaba por su salud, sino que insistía en pedir toda clase de pormenores. La operación practicada al camarada Stalin fue muy difícil. Había que hacer una ancha incisión en torno al apéndice para extirpárselo, y no veíamos posibilidad de garantizar el éxito. Era evidente que Vladimiro Ilich se sentía preocupado. “Si pasara algo —me dijo—, telefóneame al instante, a cualquier hora, de noche o de día.” Cuando, cuatro o cinco días después de la operación, se tuvo la certeza de que ya no había peligro y se lo comuniqué así, exclamó en tono de absoluta sinceridad: “¡Gracias, muchas gracias...! Pero seguiré fastidiándole con mis diarias llamadas telefónicas de todos modos.”

»Una vez, al visitar al camarada Stalin en su habitación, me encontré allí con Vladimiro Ilich. Me saludó cordialmente, y llamándome aparte me hizo un sinnúmero de preguntas a propósito de la enfermedad y el restablecimiento del camarada Stalin. Le dije que era necesario enviarle una temporada a descansar, para que

se recuperase lo mejor posible de la penosa operación. Y entonces él asintió: “¡Esto es lo que le estaba diciendo! Pero no quiere hacerme caso. Sin embargo, yo lo arreglaré. Pero no en uno de los sanatorios. Me dicen que están bien ahora, pero nada bueno he visto en ellos todavía.” Yo le propuse: “¿Por qué no va directamente a sus montañas natales?” A lo que repuso Vladimiro Ilich: “¡Tiene usted razón! Allí estará más lejos de todo, y nadie le importunará. Nos ocuparemos de ello.”»

[Pero Stalin aplazó su visita a su Georgia natal hasta julio siguiente. En el curso de aquella vuelta suya a Georgia, donde se encontró con una oposición belicosa, Stalin recayó en su enfermedad. El 25 de julio de 1921, Lenin telegrafió a Ordzhonikidze, lugarteniente de Stalin y principal ejecutor de la política y el programa de «pacificación» en Georgia:]

«Recibí tu 2.064. Mándame nombre y dirección del médico que asiste a Stalin, y dime cuántos días estuvo Stalin sin trabajar. Espero tu respuesta por telegrama cifrado. ¿Asistirás al Pleno del 7 de agosto? Nm. 835.

»Lenin.»

[Y el 28 de diciembre de 1921, Lenin envió la siguiente nota a uno de sus secretarios:]

«Recuérdeme mañana que he de ver a Stalin, y antes (ejec. 29-XII-21) conécteme por teléfono con OBUJ (Dr.), acerca de Stalin.»

[Menos de tres meses más tarde, el mismo Lenin estaba demasiado enfermo para asistir a un Pleno del Comité Central, si bien se aprestaba a participar en el XI Congreso. Dos meses después, Lenin se expresaba con dificultad y tenía el brazo y la pierna derecha impedidos, a consecuencia de su primer ataque de arterioesclerosis aguda del 26 de mayo de 1922, del cual no se dieron noticias hasta el 4 de junio. Tras interminables mejorías y recaídas en el curso del verano, Lenin se restituyó a sus funciones en octubre, y el mes siguiente, incluso habló ante el IV Congreso de la Internacional Comunista, con ocasión del quinto aniversario de la Revolución de octubre. Pero estaba demasiado enfermo para concurrir al X Congreso de los Soviets de la recién constituida Unión Soviética a fines de diciembre, porque sufrió un se-

gundo' ataque, el cual le inmovilizó enteramente el brazo derecho, el 16 del mismo mes. Había terminado su activa participación en los asuntos de la U. R. S. S. Como Moisés en el monte Nebo, contemplaba desde lejos la tierra prometida al proletariado mundial, y en sus intervalos de calma entre los ataques, dictó sus últimas disposiciones, su testamento, que terminó el 4 de enero de 1923: sus ensayos *Sobre la Cooperación, Nuestra Revolución, Cómo debería reorganizarse la Inspección de Obreros y Campesinos, Más vale menos y mejor y Páginas de un Diario*. Estos meses abarcaron el último de los esfuerzos creadores de Lenin, que culminó la noche del 5-6 de marzo, al dictar su última carta a Stalin, rompiendo con él toda relación de camaradería. El 9 de marzo le acometió el último y más terrible acceso, que le sumió en una agonía de atroces sufrimientos, agravados por el insomnio y la excitación nerviosa. Ya no podía hablar, y tenía medio cuerpo completamente paralizado. Pero su voluntad de vivir y de actuar era indomable.

[Hacia fines del verano siguiente mejoró algún tanto, cesó la continua pesadilla del insomnio, comenzó a andar, pudiendo de nuevo hablar otra vez. En octubre, ya en condiciones de andar apoyado en un bastón, se hizo conducir a Moscú, donde visitó su despacho del Kremlin, y al regresar a Gorki se detuvo en la Exposición de Agricultura que se estaba organizando entonces. Diariamente le volvía el uso de la palabra. No parecía ya lejano el día de su completo restablecimiento. Y entonces, al despertarse indispuerto el 20 de enero de 1924, se quejó de dolor de cabeza, inapetencia y malestar general. El siguiente día volvió a sentirse mal, almorzó y comió ligeramente, a instancias de los que le rodeaban. Después de comer se echó un rato. A las seis de la tarde le sobrevino un fuerte ataque respiración se hizo cada vez más fatigosa, se puso pálido, le subió la temperatura a saltos, y perdió el conocimiento, muriendo a los cinco minutos. Una hemorragia cerebral paralizó sus órganos respiratorios y la vida se extinguió dentro de él. Justamente quince años y siete meses a partir de entonces, la vida de su colaborador en lo que el mundo conoció como Gobierno Lenin-Trotsky había de cesar asimismo por hemorragia cerebral, esta vez provocada en forma menos sutil por el golpe de piqueta de un asesino. Lenin tenía cincuenta y cuatro años menos tres meses cuando murió; Trotsky era, al morir, siete años más viejo. Stalin, a quien su más devoto admirador entre los periodistas americanos, tras diecisiete años de pacientes servicios, habría de describir como «un animal de

presa, que juguetea primero con su víctima para recrearse en su fuerza, y luego la inmoviliza a golpes, y retrocede a observar el efecto, matándola por último», ha sobrevivido a ambos. Durante la enfermedad de Lenin se cuidó de asentar los medios de esta supervivencia.

[Cuando Lenin sufrió el primer ataque, se hizo creer a todo el mundo, incluso en la Rusia de los Soviets, que su enfermedad no era grave y que pronto volvería a sus actividades. Era un hombre de férrea tenacidad en cuerpo y espíritu, y apenas había pasado la cincuentena. Al principio, los miembros del Politburó compartieron sinceramente aquella opinión. Sencillamente, no se preocuparon de desengañar al público (ni siquiera a los trabajadores y campesinos de la Unión Soviética ni a los camaradas de la base del Partido) cuando más tarde se vio que la verdad era muy distinta. Con Lenin enfermo pasajeraamente, se tuvo por seguro que el Politburó seguiría adelante. Aunque para todos, en general, parecía ser Trotsky el más probable sucesor de Lenin, y así pensaban también los miembros más jóvenes del Partido, los segundones políticos del aparato de éste no veían en Trotsky un digno sucesor de Ilich, frente a quien no muchos años antes habían levantado facciones, ni tampoco en otros miembros del Politburó, todos los cuales parecían simples escuderos, comparados con el líder indiscutible. La única sucesión imaginable de Lenin, pasajeraamente enfermo o definitivamente alejado, era un Directorio de los conspicuos del Partido, miembros titulares o suplentes del Politburó y del Comité Central. Esto se suponía haber sucedido tan pronto como Lenin cayó enfermo.

[Pero, en realidad, ocurrió algo distinto. La sucesión se confió a un triunvirato que dirigía Zinoviev, con Kamenev de suplente y Stalin de colaborador más joven. Así, para bien o para mal, Zinoviev se convirtió en sucesor de Lenin por obra de su mayoría en el seno del Politburó, debido no a que sus colegas le conceptuaran el más apto y meritorio, sino, por el contrario, a que le tenían por el menos capaz de dirigir y por el más vulnerable políticamente. De los siete componentes del Politburó, Lenin estaba enfermo; Trotsky, aislado en su opinión de ser el sucesor natural de Lenin, opinión muy extendida fuera del aparato del Partido, y que le hacía el miembro más temido y aborrecido dentro del Politburó y entre los segundones del Partido; Zinoviev tenía el sólido apoyo de Kamenev y Bujarin (quienes se sentían más libres de expresión y acción y con oportunidad de extender su esfera de influencia bajo la dirección nominal de aquél) y el



apoyo remiso de Stalin, que todavía no estaba en condiciones de imponerse, a más del concurso de Tomsky. Todos comprendían tácitamente, menos Zinoviev mismo, no sólo en el Politburó, sino también en el Comité Central, donde también disfrutaba de mayoría, que era sólo un testaferro y no un líder, y esto únicamente mientras se condujese de acuerdo con los secretos deseos de cada uno de los otros, que consistían en dejarle disfrutar de aquella aureola hasta tanto que el verdadero jefe se considerase preparado para adueñarse de ella.

[¿A quién prefería Lenin como sucesor suyo? Hasta su segundo ataque, sobre el 16 de diciembre de 1922, no había dedicado al asunto seria atención, confiado en restablecerse y asumir de nuevo la dirección. Su testamento, escrito varios días más tarde, era positivamente un esfuerzo por exponer su sincero parecer acerca de los diversos candidatos, más bien que por fijar su decisión. Precisamente por el poder que le procuraba su inmenso prestigio, no le agradaba imponer su voluntad. Manifestaba sus preferencias y sus objeciones, hacía recomendaciones, especialmente sobre la separación de Stalin del cargo de secretario general, a causa de su «rudeza» y su «deslealtad», pero no pasaba de opinar a propósito de cómo podrían colaborar mejor sus sucesores, y de prevenir contra el desastre que sería para el Partido y la causa bolchevique un serio conflicto entre Trotsky y Stalin. Sin embargo, antes de transcurrir dos meses creyó necesario adoptar la firme e irrevocable decisión de romper formalmente sus relaciones de camaradería (que era tanto como cortar todo vínculo político y personal) con uno solo de sus lugartenientes, con Stalin. Esta «excomuniación» tuvo lugar durante el curso de los preparativos para el XII Congreso del Partido, al que Lenin, postrado por su tercer ataque grave, no pudo asistir. Era el primer Congreso que se celebraba sin Lenin, y el primero también atestado de delegados de la cosecha particular del secretario general. Marcaba el comienzo del fin del régimen leninista y el alborar del stalinismo como nueva orientación política.

[La ruptura entre Lenin y Stalin se produjo después de pacientes esfuerzos por parte de Lenin para evitarla. Cuando, en el XI Congreso, hacia fines de marzo de 1922, Zinoviev y sus más fieles aliados apoyaban a Stalin para el cargo de secretario general, esperando aprovechar la hostilidad de éste hacia mí en su propio beneficio, Lenin puso objeciones a su candidatura (en una discusión extraoficial entre sus íntimos), advirtiéndome que «aquel cocinero no haría más que platos muy cargados de pimienta».

Temía que se reprodujese su enfermedad, y estaba deseoso de aprovechar el tiempo que transcurriese hasta su próximo acceso, que podría serle fatal, para establecer una dirección colectiva armónica por acuerdo común, y particularmente para llegar a una inteligencia con Stalin. [De aquí el intenso esfuerzo suyo por coordinar su propia labor con la de la Secretaría. Era muy metódico en cuanto a sostener la autoridad de Stalin. Todavía el 21 de octubre de 1922, Lenin rechazó la indignada protesta de la oposición georgiana contra Stalin y Ordzhonikidze con un telegrama que levantaba la epidermis. De manera análoga continuó defendiéndole o atenuando las críticas de que era objeto mediante moderados reproches de otras decisiones. El rompimiento no surgió hasta que Lenin se convenció de que Stalin era incorregible. La cuestión georgiana fue sólo uno de los motivos que condujeron a tal desenlace.]

El único escrito serio sobre marxismo con que Stalin había contribuido nunca al arsenal de teoría bolchevique se refería a la cuestión de las nacionalidades, y databa de 1913. Es de presumir que contuviese la suma y compendio de sus propias observancias en el Cáucaso, los resultados de conclusiones extraídas del trabajo revolucionario práctico y algunas generalizaciones históricas amplias que, como ya hemos consignado, había plagiado de Lenin. Stalin se las había apropiado en sentido literario, esto es, ensartándolas con sus propias conclusiones, pero sin digerirlas por completo y, desde luego, sin assimilarlas. Esto se vio plenamente en el curso del período soviético, en que los problemas resueltos por escrito reaparecieron en forma de tareas administrativas de importancia culminante, determinando como tales todos los demás aspectos de la política. Entonces fue cuando quedó demostrado que en su mayor parte era ficticia la tan cacareada concordia de Stalin con Lenin en todo, y, especialmente, su solidaridad de principios en materia de nacionalidades.

En el X Congreso, de marzo de 1921, Stalin había leído de nuevo su inevitable informe sobre la cuestión nacional. Como suele suceder en su caso, por obra del empirismo, deducía generalizaciones, no del material vivo, no de la experiencia del Gobierno soviético, sino de abstracciones inconexas y exentas de coordinación. En 1921, como en 1917, seguía repitiendo el argumento general de que los países burgueses no podían resolver sus problemas nacionales, en tanto que la tierra de los Soviets tenía todas las posibilidades de hacerlo. El informe produjo desencanto y aun perplejidad. En el curso del subsiguiente debate, los delega-

dos más interesados en la cuestión, principalmente los de partidos minoritarios nacionales, expresaron su disconformidad con él. Incluso Mikoyan, que era uno de los mejores aliados de Stalin y llegó a ser después uno de sus escuderos más devotos, se quejaba de que el Partido necesitaba instrucciones respecto a «los cambios que procedía introducir en el sistema, y al tipo de orden soviético que hubiera de montarse en las naciones limítrofes... El camarada Stalin nada decía de eso».

Los principios nunca ejercieron influencia sobre Stalin, y en la cuestión nacional acaso menos que en ninguna otra. La tarea administrativa inmediata siempre se le aparecía más grande que todas las leyes de la historia. En 1905 vino a advertir el movimiento creciente de las masas sólo con permiso de su Comité de Partido. En los días de la reacción defendió el movimiento clandestino porque su temperamento se sentía atraído por un aparato político centralizado. Después de la Revolución de febrero, cuando aquella máquina quedó aplastada a pretexto de ilegalidad, Stalin perdió de vista la diferencia entre menchevismo y bolchevismo, y estuvo dispuesto a unirse con el partido de Tsereteli. Finalmente, conquistado el Poder en octubre de 1917, todas las tareas, todos los problemas, todas las perspectivas quedaron subordinadas a las exigencias de ese aparato de aparatos que es el Estado. Como comisario de Nacionalidades, Stalin ya no volvió a considerar la cuestión nacional desde el punto de vista de las leyes históricas, plenamente acatadas por él en 1913, sino bajo el aspecto de la convivencia de la función administrativa. Así, necesariamente, había de encontrarse en desacuerdo con las necesidades de las nacionalidades más atrasadas y oprimidas, y procuró indebidas ventajas al imperialismo burocrático granruso.

La población de Georgia, casi enteramente campesina o pequeño-burguesa, se resistió vigorosamente a la soviétización de su país. Pero las grandes dificultades que de esto nacieron, se agravaron considerablemente por los procedimientos y el método de arbitrariedad militarista utilizados para soviétizar Georgia. En tales condiciones, hacía falta doble prudencia frente a las masas georgianas por parte del Partido rector. Aquí fue donde se produjo el agudo antagonismo entre Lenin, que insistía en la necesidad de una política paciente, muy flexible y circunspecta, hacia Georgia y, en general, Transcaucasia, y Stalin, para quien la posesión de los resortes del Estado era una garantía de seguridad. El agente de Stalin en el Cáucaso era Ordzhonikidze, el exaltado

e impaciente conquistador de Georgia, que veía en toda manifestación de resistencia una ofensa personal. [Stalin parecía haber olvidado que no mucho antes] habíamos reconocido la independencia de Georgia y concertado con ella un tratado. [Esto había ocurrido el 7 de mayo de 1920, pero el 11 de febrero de 1921] destacamentos del Ejército Rojo habían invadido Georgia por órdenes de Stalin y nos habían puesto ante un hecho consumado. Iremashvili, el amigo de Stalin en la puericia, escribe:

«Stalin era opuesto al tratado. No quería que su país natal quedase fuera del Estado ruso, viviendo bajo el régimen de los mencheviques, a quienes detestaba. Su ambición le empujaba a enseñorearse de Georgia, donde la pacífica y sensata población se oponía a su propáganda destructiva con fría obstinación... El ansia de vengarse de los líderes mencheviques, que se habían negado tenazmente a apoyar sus utópicos planes y le expulsaron de sus filas, no le dejaba conciliar el sueño. Contra la voluntad de Lenin, por su propia iniciativa, Stalin realizó la bolchevización o stalinización de su país natal... Stalin organizó la expedición a Georgia desde Moscú, y desde allí mismo la dirigió. A mediados de julio de 1921 entró personalmente en Tiflis como conquistador.»

En 1921, Stalin visitó Georgia con aspecto muy distinto al que le caracterizaba cuando durante su estancia allí era aún Soso y después Koba. Esta vez era el representante del Gobierno, del omnipotente Politburó, del Comité Central. Pero nadie en Georgia vio en él a un dirigente, sobre todo en las filas señeras del Partido, donde le acogieron no como a Stalin, sino como miembro de la dirección suprema del Partido, es decir, no a base de su personalidad, sino de su cometido. Sus antiguos camaradas de trabajo ilegal se consideraban por lo menos tan competentes como él en los asuntos de Georgia, y mostraron francamente su desacuerdo. Cuando se vieron obligados a someterse lo hicieron a su pesar, con críticas duras y amenazando con pedir una revisión de todo el problema en el Politburó del Comité Central. Stalin no era un líder ni siquiera en su [país de origen. Aquello le llegó a lo vivo. Nunca olvidaría tal afrenta a su autoridad] como representante del Comité Central del Partido en todo cuanto se relacionara con Georgia. Si en Moscú basaba su autoridad en el hecho de ser un georgiano enterado de la situación local, en Georgia, donde se presentaba como representante de Moscú, exento de simpatía o prejuicios nacionales de índole local, trataba

de comportarse como si no fuese georgiano, sino un bolchevique delegado por Moscú, comisario de Nacionalidades, y como si para él los georgianos no fuesen sino una de tantas nacionalidades diversas. Aparentaba desconocer las condicionales nacionales de Georgia: evidentemente, se trataba de un ligero exceso de compensación por sus extremados sentimientos nacionalistas de la juventud. [Se conducía como un rusificado granruso, tratando a la baqueta los derechos de su propio pueblo como nación.] A éstos los llamaba Lenin extranjeros rusificadores; y lo decía tanto por Stalin como por Dzerzhinsky, [polaco trocado en rusificador. Según Iremashvili, que sin duda peca de exagerado:]

\* «Los bolcheviques georgianos, que al principio estuvieron implicados en la invasión estalinista rusa, perseguían como objetivo la independencia de la República Soviética de Georgia, que nada habría de tener de común con Rusia, sino el punto de vista bolchevique y la amistad política. Seguían siendo georgianos, para quienes la independencia de su país era antes que todo... Pero luego vino la declaración de guerra de Stalin, que encontró leal asistencia entre los guardias rojos rusos y la Checa que envió allí.»

[Los siguientes episodios pueden consignarse en forma sucinta.] Stalin traicionó de nuevo la confianza de Lenin. Para consolidar su influencia política en Georgia, instigó allí, a espaldas de Lenin y de todo el Comité Central, con ayuda de Ordzhonikidze y no sin el concurso de Dzerzhinsky, una verdadera «revolución» contra los mejores miembros del Partido, cubriéndose a la vez pérfidamente con la autoridad del Comité Central. Aprovechándose de la circunstancia de que Lenin no podía reunirse con los camaradas de Georgia, Stalin intentó envolverle en información falsa. Lenin sospechó la jugada y encargó a su Secretaría particular que coleccionara datos relativos a la cuestión georgiana; después de estudiarla, decidió poner las cartas boca arriba. Es difícil decir lo que más extrañaba a Lenin; si la deslealtad personal de Stalin o su incapacidad crónica de captar lo esencial de la política bolchevique en cuanto al problema de las nacionalidades, o bien una mezcla de ambas cosas.

[Buscando la verdad a tientas, el postrado Lenin resolvió dictar una carta programática que bosquejara su posición fundamental respecto a la cuestión nacional, para que no hubiese equívocos entre sus camaradas sobre los extremos de más corriente debate. El 30 de diciembre dictó la siguiente nota:]

«Creo que en este asunto la precipitación y la impulsividad administrativa de Stalin han sido fatales, como también su encono contra el "nacionalismo nacional" notorio. En términos generales, el encono en política es de lo más pernicioso.»

[Y el día siguiente dictó, para la carta programática misma:]

\* «Naturalmente, hay que hacer responsables a Stalin y a Dzerzhinsky de esta extremada campaña nacionalista granrusa.»

[Lenin iba por el buen camino. Lo que precisamente había ocurrido a espaldas suyas, como Trotsky puntualizó ocho años más tarde, es que] la facción de Stalin derrotó a la facción de Lenin en el Cáucaso. Aquella fue la primera victoria de los reaccionarios en el Partido, y dio comienzo al segundo capítulo de la Revolución [la contrarrevolución estalinista].

[Lenin se vio por fin obligado a escribir a los opositores de Georgia, el 6 de marzo de 1923:]

\* «A los camaradas Mdivani, Majaradze y otros (copia a los camaradas Trotsky y Kamenev):

»Estimados camaradas:

»Estoy a vuestro lado en este asunto de todo corazón. Me indignan la arrogancia de Ordzhonikidze y la condescendencia de Stalin y Dzerzhinsky. En favor vuestro estoy preparando unas notas y un discurso.

»Con mi estimación,

»Lenin.»

El día antes había dictado la siguiente nota para mí:

\* «Estrictamente confidencial. Personal.

»Estimado camarada Trotsky:

»Te ruego encarecidamente que asumas la defensa del asunto de Georgia en el Comité Central del Partido. Ahora está "confiada" a Stalin y Dzerzhinsky, de suerte que no puedo confiar en su imparcialidad. ¡Todo lo contrario! Si estás de acuerdo en encargarte de ello, quedaré tranquilo. Si por cualquier motivo no lo estuvieres, devuélveme todos los papeles. Con eso me bastará para saber que te niegas.

»Con mis mejores saludos de camarada,

»Lenin.»

[También hizo saber por medio de dos de sus secretarios personales su deseo de que Trotsky se cuidara asimismo de esto en el XII Congreso. Tal indicación de Lenin se transmitió por teléfono, y los documentos (la carta sobre la cuestión nacional y las notas) llegaron a manos de Trotsky por mediación de las señoritas Glyasser y Fotieva, con una nota de la señorita Volodicheva, que había tomado las notas taquigráficas, informándole de que Kamenev, sustituto de Lenin como presidente del Politburó y del Gobierno soviético, «salía para Georgia el miércoles, y Vladimiro Ilich le había encomendado preguntar a Trotsky si tenía algún mensaje que enviarle a su vez». Las secretarías de Lenin habían visitado a Trotsky el miércoles 7 de marzo de 1923.]

«Una vez que leyó nuestra correspondencia con usted —me dijo Glyasser—, Vladimiro Ilich se animó. Esto hace variar las cosas. Me encargó que le enviara el material manuscrito con el que contaba causar el efecto de una bomba en el XII Congreso.» Kamenev me había enterado de que Lenin acababa de escribir una carta rompiendo todas sus relaciones de camarada con Stalin, y yo propuse que habiendo de salir Kamenev aquel mismo día para Georgia con el fin de asistir a un Congreso del Partido, podría convenir enseñarle la carta sobre nacionalidades a fin de que hiciera lo que fuese necesario. Fotieva replicó: «No lo sé, Vladimiro Ilich no me dijo que transmitiese la carta al camarada Kamenev, pero puedo preguntárselo.» Unos minutos después regresó con el siguiente recado: «De ningún modo; Vladimiro Ilich dice que Kamenev enseñaría la carta a Stalin, y éste transigiría en apariencia, para vendernos luego.»

«En otras palabras, ¿la cosa ha ido ya tan lejos que Ilich no cree posible llegar a un acuerdo con Stalin incluso en términos justos?», pregunté. «Sí —confirmó ella—; Ilich no se fía de Stalin. Se propone manifestarse abiertamente contra él ante todo el Partido, Está preparando una bomba.»

Ahora se veía claramente la intención de Lenin. Sirviéndose como ejemplo de la política de Stalin, se disponía a plantear delante del Partido (sin contemplación de ninguna especie) el peligro de la transformación burocrática de la dictadura. Pero casi inmediatamente después, acaso no más de media hora, Fotieva volvió con otro recado de Vladimiro Ilich, quien, según dijo, había decidido obrar en el acto, y había escrito la nota [antes reproducida a] Mdivani y Majaradze, con instrucciones de transmitir copias a Kamenev y a mí.

«¿Cómo te explicas el cambio?», pregunté a Fotieva.

«Sin duda —contestó—, Vladimiro Ilich se siente peor y tiene prisa por hacer todo lo que pueda.»

[Dos días después sufrió Lenin su tercer ataque.]

[En vísperas del Congreso, en la reunión de 16 de abril del Comité Central, Stalin trató al parecer de cubrirse con un ataque solapado contra Trotsky a propósito de las notas y la carta de Lenin sobre la cuestión nacional, y especialmente sobre el asunto de Georgia. Los dos siguientes documentos de Trotsky arrojan alguna luz sobre la situación:]

1

\* «Confidencia núm. 200 T.

»A los miembros del Comité Central.

»Asunto: Declaración del camarada Stalin del 16 de abril.

»1. El artículo del camarada Lenin me fue enviado confidencial y personalmente por el camarada Lenin a través de la camarada Fotieva, y, a pesar de mi expresa intención de enterar del mismo a los miembros del Politburó, el camarada Lenin expresó categóricamente su oposición a ello por medio de la camarada Fotieva.

»2. Como dos días más tarde de recibir yo el artículo del camarada Lenin, se puso peor, naturalmente cesó toda comunicación con él respecto a este asunto.

»3. Al cabo de algún tiempo, la camarada Glyasser me reclamó el artículo, y yo lo devolví.

»4. Hice una copia de él para mi uso particular (a fin de formular correcciones a la tesis del camarada Stalin, escribir un artículo, etc.).

»5. Nada sé de las instrucciones que diera Lenin con relación a su artículo y otros documentos sobre el asunto de Georgia ("Estoy preparando discursos y artículos"); supongo que las instrucciones pertinentes están en poder de Esperanza Konstantinovna [Krupskaia, la esposa de Lenin], María Ilyinichna [Ulynova, la hermana de Lenin], o de las camaradas secretarías de Lenin. No creí oportuno preguntar a nadie acerca de ello por razones que no necesitan aclaración.

»6. Sólo por lo que ayer me comunicó la camarada Fotieva por teléfono, y por su nota al camarada Kamenev, me enteré de que el camarada Lenin no había tomado disposiciones con relación al artículo. Pues que el camarada Lenin no ha expresado formal-

mente sus deseos sobre este asunto, deberá decidirse a base del principio de factibilidad política. Es natural que no podía asumir personalmente la responsabilidad de tal decisión, y por eso recurri al Comité Central en tal sentido. Lo hice sin perder minuto tan pronto supe que el camarada Lenin no había dado instrucciones directas y formales sobre el destino ulterior de su artículo, cuyo original conservan sus secretarías.

»7. Si alguien cree que he obrado mal en este asunto, propongo que pase a examen de la Comisión de conflictos del Congreso o de otra especial. No veo otro camino.

»17 de abril de 1923.»

2

Personal, escrita sin copia.

\* «Camarada Stalin:

»Ayer, en conversación personal conmigo, dijiste que estaba perfectamente claro, a tu parecer, que en el asunto del artículo del camarada Lenin no había nada que reprocharme y que formularías una declaración escrita en este sentido.

»Hasta esta mañana (a las once) no he recibido tal declaración. Es posible que tu informe de ayer te haya hecho demorar.

»En todo caso, tu primera declaración sigue hasta la hora presente sin desmentir por tu parte, y ello da pie a ciertos camaradas para difundir una versión en consecuencia entre determinados delegados.

»Como no puedo permitir ni la sombra de una vaguedad en este asunto (por razones que no te será difícil comprender), creo necesario acelerar la solución. Si en respuesta a esta nota no recibo una comunicación tuya manifestando que enviarás a todos los miembros del Comité Central una declaración que excluya toda clase de equívoco sobre el caso, estimaré que has cambiado de propósito desde ayer y apelaré a la Comisión de conflictos, para que haga una investigación desde el principio hasta el fin.

»Tú puedes comprender y apreciar mejor que nadie que si no lo hice así antes no fue porque esté dispuesto a tolerar que se me perjudique en modo alguno.

»18 de abril de 1923. Núm. 201.»

Dirigiéndose al Congreso el 23 de abril, Stalin dijo en sus observaciones finales sobre la cuestión nacional:

«Aquí se han referido muchos a las notas y artículos de Vladimir Ilich. No quisiera citar a mi maestro, el camarada Lenin, porque no está aquí, y temo que pudiera referirme a él sin la debida precisión y acierto...»

Estas palabras son, sin duda, un modelo del más extraordinario jesuitismo de que hay noticia. Stalin sabía bien lo indignado que estaba Lenin con su política nacional, y que sólo una enfermedad grave impedía al «maestro» mandar a su «discípulo» a las nubes a propósito de este asunto precisamente.

CAPÍTULO XII

**HACIA EL PODER**

A primeros de 1923, los principales dirigentes conocedores de la situación política se habían dado ya cuenta de que Stalin estaba saturando el inmediato XII Congreso, la máxima autoridad del Partido, de delegados que le eran incondicionalmente fieles. Lenin se alarmó tanto al ver el sesgo de los asuntos, que me llamó a su habitación del Kremlin, y habló del terrible auge del burocratismo en nuestro *aparato*<sup>1</sup> soviético y de la necesidad de encontrar una solución al problema. Sugirió la conveniencia de nombrar una Comisión especial del Comité Central y me pidió que interviniese activamente en ello.

«Vladimiro Ilich, estoy convencido de que en la presente lucha contra el burocratismo en el *aparato* soviético no debemos perder de vista lo que está ocurriendo: se está formando una selección muy especial de funcionarios y especialistas, miembros del Partido y no miembros, a base de su lealtad a ciertas personalidades dominantes y grupos rectores del Partido dentro del Comité Central mismo. Cada vez que se ataca a un funcionario subalterno, se tropieza con un dirigente destacado del Partido... No puedo encargarme de eso en las actuales circunstancias.»

Lenin se quedó pensativo por un momento, y (le estoy citando literalmente) dijo: «En otras palabras, lo que propongo es una campaña contra el burocratismo en el *aparato* del Soviet, y tú hablas de ampliarla librándola también contra el burocratismo del Orgburó del Partido. ¿No es eso?»

Me eché a reír por lo inesperado de la salida, pues en aquel

<sup>1</sup> Palabra con que los comunistas designan la máquina política. — C. M.

momento no se me había ocurrido una formulación tan exacta y completa de la idea. Y respondí: «Creo que sí.»

«Entonces, muy bien --repuso Lenin--. Hagamos un *bloque*.»

«Es un placer formar un *bloque* con una buena persona», dije.

Convínimos en que Lenin iniciaría la propuesta de tal Comisión del Comité Central para combatir el burocratismo «en general» y el del Orgburó en particular. Me prometió reflexionar sobre «otros» detalles de organización del asunto. Y nos despedimos.

Pasaron dos semanas; Lenin se encontraba cada vez peor. Entonces, sus secretarías me trajeron sus notas y su carta sobre el problema de las nacionalidades. Durante meses permaneció prostrado a causa de la arteriosclerosis, y nada pudo hacerse de nuestro *bloque* contra el burocratismo del Orgburó. Evidentemente, el plan de Lenin iba dirigido contra Stalin, aunque no mencionara su nombre; estaba de acuerdo con el orden de ideas explícitamente consignado por Lenin en su testamento.

[Si por entonces Stalin tenía en sus manos la Comisión Central de Control, el Orgburó y la Secretaría, Zinoviev continuaba teniendo mayoría en el Politburó y en el Comité Central, por lo que era el más destacado del triunvirato. La pugna entre él y Stalin, tácita y disimulada, pero no por eso menos vehemente, se relacionaba con la mayoría en el futuro Congreso. Zinoviev dominaba por completo la organización de Leningrado, y su socio Kamenév la de Moscú. Estos dos capitales centros del Partido tenían bastante con la ayuda de algunos otros secundarios para lograr mayoría en el Congreso. Tal mayoría era necesaria para la elección de un Comité Central y para ratificar las resoluciones favorables a Zinoviev. Pero éste no logró reunir esa mayoría; un número predominante de organizaciones del Partido fuera de las de Petrogrado y Moscú, resultaron estar firmemente sometidas al secretario general.]

[Sin embargo, Zinoviev cometió la imprudencia de insistir en ocupar el puesto de Lenin en el XII Congreso y de asumir el papel de sucesor de Lenin haciendo el informe político en su sesión inaugural. Durante los preparativos para el Congreso, con Lenin enfermo e impedido de asistir, la cuestión más espionosa era la de quién había de pronunciar este discurso fundamental, que desde la creación del Partido fue prerrogativa de Lenin. Al plantearse el tema en el Politburó, Stalin fue el primero que dijo: «El informe político lo hará, naturalmente, el camarada Trotsky.»

Yo no lo deseaba, pues equivalía para mí a anunciar mi candidatura al puesto de sucesor de Lenin cuando éste se hallaba

luchando con una grave enfermedad. Repliqué poco más o menos: «Esto es provisional. Confíemos en que Lenin se restablecerá pronto. Entretanto, el informe debe hacerlo, atendiendo a su cargo, el secretario general. Así se elimina todo fundamento de vanas especulaciones. Además, ambos tenemos serias diferencias en cuestiones económicas, y yo estoy en minoría.»

«Pero, ¿suponiendo que no hubiese diferencias?», preguntó Stalin, como dando a entender que estaba dispuesto a hacer amplias concesiones, esto es, a pactar en apariencia.

Kalinin intervino en el diálogo. «¿Qué diferencias? --dijo--. El Politburó aprueba siempre tus propuestas.»

Seguí insistiendo en que Stalin hiciera el informe.

«De ningún modo --replicó con ostentosa modestia--. El Partido no lo comprendería. Debe hacer el informe el miembro más popular del Comité Central.»

[La mayoría de Zinoviev en el Comité Central decidió el asunto en definitiva. Esto hizo creer a todos los miembros del Partido que Zinoviev era el sucesor de Lenin en la dirección del mismo. Con los delegados que él controlaba y la mayoría de su asociado segundo en el triunvirato, tenía motivos sobrados para esperar una ovación en el momento de aparecer en la tribuna en su papel de bolchevique número uno para hacer el informe político. Pero el secretario general engañó a su cotriunviro; Zinoviev no fue saludado por los aplausos de costumbre. Pronunció su fundamental discurso en medio de un silencio virtualmente agobiador. El veredicto de los delegados era claro: en esta nueva función, Zinoviev era un usurpador.

[El XII Congreso, que comprendió la semana del 17 al 25 de abril de 1923, elevó a Stalin del último al primer puesto dentro del triunvirato. Había terminado la mayoría de Zinoviev en el Comité Central y en el Politburó. Stalin se impuso a ambos. Pero su más importante faena en el XII Congreso fue la llevada a cabo en la Comisión Central de Control; la mayoría de sus miembros eran hechura suya. Pero las Comisiones de control provinciales, de distrito y locales, muchas de ellas elegidas antes de su designación como secretario general, no quedaban bajo su dominio. Stalin resolvió el problema del modo en él característico. Con uno u otro pretexto, los casos sometidos a la jurisdicción de Comisiones de control hostiles, y de interés para la máquina política de Stalin, se elevaban a la Comisión Central de Control en consulta siempre que era posible; además, cuando había ocasión de hacerlo sin llamar mucho la atención, se aprovechaba cualquier pretexto para



suprimir sencillamente desde la Comisión Central de Control algunas de las subalternas que fuesen hostiles. Esto, con una bien organizada maquinación en las conferencias provinciales y regionales de las Comisiones de control, produjo resultados fructíferos.

[La Junta del Partido, compuesta de miembros de la Comisión Central de Control y especialmente creada en este Congreso para «juzgar» y «liquidar» a opositoristas, estaba totalmente en poder de partidarios de Stalin. El número de componentes de la misma Comisión Central de Control fue aumentado de 7 a 50, con 10 suplentes; más altos cargos que repartir entre los incondicionales. Además, la nueva definición de sus funciones y actividades efectivas transformó la Comisión Central de Control en una OGPU especial para miembros del Partido Comunista.

[Habiendo sido derrotado en el XII Congreso, ZINOVIEV trató de resarcirse políticamente pactando con los dirigentes principales. Vacilaba entre dos planes: 1.º, reducir la Secretaría a su condición primera subordinada al Politburó, privándola de los poderes de nominación que ella misma se había irrogado; y 2.º, darle un carácter «político», constituyendo una Junta especial de tres miembros del Politburó dentro de ella como máxima autoridad, a saber: Stalin, Trotsky y otro a elegir entre Kamenev, Bujarin o Zinoviev. Era necesaria una combinación por el estilo para compensar la excesiva influencia de Stalin.

[Inició sus conferencias sobre el asunto en una bodega próxima a Kislovodsk, célebre balneario del Cáucaso, en setiembre de 1923. Vorochilov, que a la sazón se encontraba en Rostov, recibió de Zinoviev una invitación telegráfica para asistir, lo mismo que Ordzhonikidze, el amigo de Stalin. Los otros concurrentes eran Zinoviev, Bujarin, Lashevich y Evdokimov. Zinoviev, que redactó un sumario de las opiniones expresadas en aquella Conferencia, en una carta dirigida a Stalin y entregada personalmente por él a su dilecto amigo Ordzhonikidze para transmitirla al destinatario, informó que:

«El camarada Stalin había contestado con un telegrama algo rudo, aunque en tono amistoso... Poco después llegó... y sostuvimos varias conversaciones. Por último, se decidió que no tocaríamos la Secretaría, pero, a fin de coordinar el trabajo de organización con las actividades políticas, situaríamos tres miembros del Politburó en el Orgburó. Esta idea, no muy práctica, fue del camarada Stalin, y la aceptamos. Los tres miembros del Politburó eran los camaradas Trotsky, Bujarin y yo. Asistí a las reuniones

del Orgburó una o dos veces, creo, y los camaradas de Trotsky y Bujarin no fueron una sola vez. Todo se quedó en nada...»

[En realidad, todo lo que el confiado Zinoviev tuvo que hacer, fue asistir a una o dos reuniones del Orgburó para convencerse de que nadie ajeno a la máquina de Stalin podía intentar «meter baza» allí: Trotsky y Bujarin tuvieron al menos la cautela y la imaginación de mantenerse a distancia.

[Entretanto, la situación revolucionaria en Alemania había llegado a un punto crítico. Pero los triunviro y sus aliados en el Politburó estaban aún muy ocupados socavando el prestigio del ultrapopular camarada Trotsky y apuñalándose entre ellos, para preocuparse en dedicar una ojeada superficial al supremo problema de la revolución mundial. Los camaradas alemanes recibieron continuas órdenes de manejar la palanca de la táctica del Frente Unido hasta el límite. Luego, Zinoviev convocó al Ejecutivo ampliado del Komintern en Moscú, y desde el 12 al 24 de junio los líderes del comunismo mundial estuvieron hablando de revolución.

[Las desesperadas masas alemanas (quince millones en las ciudades, siete millones en el campo) respaldaron a la Sección alemana del Komintern. Pero con Lenin parálitico y sin habla, y Trotsky incapacitado por la disciplina de partido y reducido políticamente a la impotencia por su aislamiento en el Politburó, los dirigentes del Komintern de Moscú nada tenían que decir a los líderes comunistas de Alemania. No circularon órdenes, y nada sucedió. Durante aquel nefasto mes de agosto de 1923, Stalin escribió las siguientes líneas a Zinoviev (entonces a la cabeza de la Internacional Comunista) y a Bujarin (considerado oficialmente como «el teórico principal del comunismo después de Lenin»):

«¿Deben intentar los comunistas, en la ocasión presente, hacerse dueños del poder sin los socialdemócratas? ¿Están suficientemente maduros para ello? Esa es la cuestión, a juicio mío. Cuando nosotros ocupamos el poder, tenemos en Rusia, como reserva, los siguientes recursos: a) la promesa de paz; b) la consigna de "la tierra para los campesinos"; c) el apoyo de la gran mayoría de la clase trabajadora, y d) la simpatía del campesinado. En este momento, los comunistas alemanes nada tienen de eso. Naturalmente, cuentan por vecino con un país soviético, lo que nosotros no tenemos; pero, ¿qué podemos ofrecerles...? Si

el Gobierno de Alemania se viniese ahora abajo, por decirlo así, y los comunistas tuvieran que hacerse cargo de él, terminarían en quiebra. Eso, en el mejor de los casos; en el peor, serían reducidos a fragmentos y desalojados. La cuestión en su conjunto no es que Brandler quiera "educar a las masas", sino que la burguesía, con los socialdemócratas de derecha, están en situación de convertir tales lecciones (la manifestación) en una batalla general (a los comunistas alemanes). Como es natural, los fascistas no se duermen; pero nos tiene cuenta esperar a que ataquen ellos. Así se agrupará toda la clase trabajadora en torno a los comunistas (Alemania no es Bulgaria). Por otra parte, toda nuestra información indica que en Alemania el fascismo es débil. A mi parecer, los alemanes necesitan freno más que espolearlos.»

[Esta opinión del principal miembro del triunvirato y amo secreto del Partido Comunista de la Unión Soviética, era tanto como una orden a la dirección de la Internacional Comunista, que en tal sentido formuló sus instrucciones a la del Partido Comunista alemán. Como todas estas declaraciones, era «secreta» y «confidencial», y por entonces no fue generalmente conocida. Trotsky, ignorante de la «opinión» particular de Stalin, pero mucho más consciente de la gravedad de la situación en Alemania, pidió que se fijase en seguida un plazo provisional elástico, de ocho a diez semanas, para desencadenar la insurrección en Alemania, y que los preparativos se comenzasen sin pérdida de tiempo. Pero la mayoría del Comité Central nada hacía sin contar con Stalin.

[Brandler, que fue a Moscú a primeros de setiembre en busca de consejo y ayuda, no pudo entrevistarse siquiera con los líderes de la revolución mundial. Después de ser remitido de un despacho a otro, día tras día y semana tras semana, pudo al fin agenciarse una oportunidad de exponer su conocimiento y su criterio sobre la situación en Alemania en presencia de Stalin y Zinoviev. El consejo que éstos dieron a Brandler fue de acuerdo con la decisión del Ejecutivo del Komintern de junio anterior: formar un Gobierno obrero participando en el Gobierno socialdemócrata de Sajonia. Al advertir que Brandler vacilaba, le dijeron que aquella maniobra era el mejor modo de preparar la insurrección. Stalin cortó todo ulterior argumento con una orden perentoria de colaborar inmediatamente, y Zinoviev, como jefe del Komintern, envió órdenes telegráficas al Partido Comunista sajón para que se incorporase al Gobierno socialdemócrata en el acto. Además, se le dijo a Brandler que entrase él mismo en el Gobierno. De este modo se

le puso ante la alternativa de abandonar la dirección del Partido Comunista alemán, si no obedecía. Y se sometió.

[Los atropellados preparativos que comenzaron a fines de setiembre fueron lastimosamente impropios y mal conducidos. El Partido Comunista alemán había organizado destacamentos de combatientes, las llamadas centurias rojas, en cada centro comunista, y los mantenía preparados para el momento que se señalaría en una conferencia proyectada para el 21 de octubre en Chemnitz. La insurrección debía de comenzar en Sajonia. Si se desarrollaba de acuerdo con el plan, el Partido Comunista se encargaría de la dirección; en otro caso, el Partido declinaría toda responsabilidad, ocultándose tras la cortina de la aparente coalición con los socialdemócratas, con cuya ayuda tratarían de atajar la inevitable reacción.

[Era una maniobra típicamente estalinista. Así se había conducido en octubre de 1917 en Rusia, durante los debates en el Comité Central bolchevique, apoyando clandestinamente a Zinoviev y Kamenev, abiertamente opuestos a la insistencia de Lenin en la insurrección, mientras vigilaba atentamente para ver quién quedaba encima. En Rusia no tuvo importancia su postura para el desenlace de la insurrección, porque no estaba a su cuidado prepararla. Pero en la situación de Alemania en 1923 era él el supremo patrón.

[Cuando en la Conferencia de Chemnitz de 21 de octubre los socialdemócratas sajones echaron abajo la propuesta de Brandler en favor de una huelga general y una insurrección armada, Brandler dio la única consigna que podía dar de acuerdo con las instrucciones recibidas de Stalin y Zinoviev: revocar la revolución. Pero aquella no era la primera vez que se aplazaba una revolución en Alemania después de haberla preconizado. Y no puede esperarse que un partido revolucionario a quien se refrena para que no actúe, responda indefinidamente con la regularidad de un grifo de agua. Dos días después de la orden de negativa de Chemnitz, la insurrección de Hamburgo. Todo en vano. Los combatientes estaban sin jefes y sin objetivo. El levantamiento se extinguió. Lo que pudo ser una revolución se quedó en aventura insensata y criminal. Era la primera de una serie creciente, bajo la dirección de Stalin, en el palenque internacional, su primer ensayo general de la primera capitulación ante Hitler en 1933.

[El fracaso alemán tuvo inmediata repercusión en el Partido Comunista de la Unión Soviética. Los comunistas estaban desconcertados; muchos de ellos insistían en que hacía falta algo más que

una simple toma de razón por los dirigentes del Partido, y reclamaban que se ventilaran los problemas en abierta discusión. Su primera petición fue, por consiguiente, la de que se restableciera el derecho de formar agrupaciones dentro del Partido, abolido por el X Congreso en 1921 durante los días críticos de la rebelión de Kronstadt. El descontento ante el dominio del triunvirato había estado fermentando sin cesar desde el XII Congreso, y no se limitaba a los triunviros, sino que comprendía al Comité Central en su conjunto. Cuarenta y seis bolcheviques prominentes, entre ellos Pyatakof, Sapronov, Serebryakov, Preobrazhensky, Ossinsky, Drobniš y V. M. Smirnov, formularon una declaración en la que manifestaban, entre otros extremos:

«El régimen que se ha instituido en el Partido, es absolutamente intolerable. Destruye la iniciativa dentro del Partido; está remplazando el Partido por una máquina política... que funciona bastante bien cuando no hay dificultades, pero que inevitablemente falla en los momentos de crisis y amenaza con su total quiebra ante los graves acontecimientos que se avecinan. La situación presente se debe a que el régimen de dictadura faccional que se impuso objetivamente después del X Congreso ha sobrevivido a su inutilidad.»

[Los cuarenta y seis no se quedaron satisfechos con los vanos amagos del Pleno de setiembre de «ampliar la democracia» en el Partido. Se organizaron mítines de protesta y agitación pública contra el régimen burocrático que se seguía, no sólo en instituciones soviéticas, sino incluso en las organizaciones del Partido.

[En un esfuerzo para catalizar este creciente movimiento de protesta, que amenazaba con degenerar en una oposición conjunta de la izquierda, Zinoviev, en representación del triunvirato, publicó en el número de *Pravda* de 7 de noviembre, dedicado al VII aniversario de la Revolución bolchevique, un artículo que legalizaba la discusión, proclamando la existencia de «democracia obrera» dentro del Partido. Al mismo tiempo, por negociaciones entre los dirigentes más destacados, se llegó por último a una resolución bosquejada en el Politburó y adoptada por el Comité Central el 5 de diciembre de 1923, en la que se condenaban calamidades tales como la burocracia, los privilegios especiales y otras parecidas y se prometía solemnemente restaurar el derecho de crítica e investigación y proveer todos los cargos mediante elecciones honradas. Trotsky, que había estado enfermo desde primeros de noviembre

y por ello imposibilitado de participar en la discusión general, puso en el citado acuerdo su firma con la de los demás miembros del Politburó y del Comité Central.

[La lucha en las alturas duraba ya cerca de dos años tan en secreto que el Partido en conjunto nada sabía de ella, y todos, aparte un puñado de iniciados de confianza, miraban a Trotsky como un decidido y leal sostenedor del régimen imperante. Por eso decidió añadir a su firma en la resolución del Comité Central de 5 de diciembre una declaración de su propia actitud, en la que francamente exponía sus dudas respecto a los peligros de la burocracia, a las posibilidades de degeneración política del movimiento bolchevique, y aconsejaba a la juventud que arremetiera contra la obediencia pasiva, el arribismo y el servilismo, y deducía la explícita conclusión de que el nuevo rumbo trazado en el acuerdo del Comité Central de 5 de diciembre debía conducir ante todo a la general seguridad de que «en adelante nadie había de aterrorizar al Partido».

[La carta levantó una tempestad de furor entre los conspicuos. El más enojado de todos era Zinoviev, que, como Bujarin reveló en el curso de una contienda de facciones cuatro años después, insistía en que se detuviera a Trotsky por la «traición» implícita en su carta del «nuevo rumbo». Además, aunque la discusión había sido autorizada oficialmente, la Comisión Central de Control actuó con máxima diligencia. Así lo hizo también la máquina política íntegra del secretario general y triunviro mayor. La XIII Conferencia del Partido, reunida del 16 al 18 de enero de 1924, para planear el inmediato XIII Congreso del Partido que había de celebrarse en mayo, adoptó una resolución, a base del informe de Stalin, que condenaba la discusión pro democracia y la intervención de Trotsky con las siguientes palabras:

«La oposición acaudillada por Trotsky exhibió la consigna de destruir el aparato del Partido e intentó transferir el centro de gravedad de la lucha contra la burocracia en el aparato del Estado a la lucha contra la "burocracia" en el aparato del Partido. Un crítica tan infundada, y el claro propósito de desacreditar el aparato del Partido, hablando en términos objetivos, no tiene otra finalidad que la de emancipar el aparato del Estado de la influencia del Partido...»

Y que aquello era, naturalmente, una «desviación pequeño-burguesa». Finalmente, el Politburó ordenó al doliente Trotsky que

fuese a hacer una cura en el Cáucaso. Era un modo cortés (en razón de su popularidad estaban obligados a tratarle con moderación) de desterrarle del centro político por el momento. Apenas llegado al Cáucaso, Trotsky recibió un telegrama de Stalin participándole que Lenin, cuya salud había mejorado últimamente, acababa de morir de improviso.]

Políticamente, Stalin y yo hemos estado mucho tiempo en campos opuestos e irreconciliables. Pero en ciertos círculos se ha hecho cosa corriente hablar de mi «odio» a Stalin y suponer a priori que todo lo que yo escribía, no sólo acerca del dictador moscovita, sino de la U.R.S.S. también, está inspirado por tal sentimiento. Durante mi actual destierro de más de diez años, los agentes literarios del Kremlin se han excusado sistemáticamente de la necesidad de contestar en forma adecuada a lo que escribo sobre la Unión Soviética, aludiendo con habilidad a mi «odio» a Stalin. El difunto Freud no tenía en la menor estima este género barato de psicoanálisis. El odio es, después de todo, una especie de vínculo personal. Pero Stalin y yo hemos estado separados por sucesos tan terribles, que han consumido en llamas y reducido a cenizas todo lo personal, sin dejar el menor residuo. En el odio hay cierto elemento de envidia. Ahora bien, para mí, pienso y siento que la exaltación sin precedentes de Stalin representa el hundimiento más profundo. Stalin es mi enemigo. Pero también Hitler lo es, y Mussolini, y otros muchos. Hoy alimento tan poco odio hacia Stalin como hacia Hitler, Franco o el Mikado. Por encima de todo trato de comprenderlos, a fin de estar mejor pertrechado para combatirlos. En términos generales, cuando se trata de asuntos de importancia histórica, el odio personal es un sentimiento minúsculo y despreciable. No solamente degrada, sino que ciega. Pero a la luz de acontecimientos recientes en el palenque mundial y en la U.R.S.S., incluso muchos de mis adversarios están ya convencidos de que yo no estaba tan ciego; aquellas de mis predicciones que parecían menos probables han resultado ciertas.

Estas líneas de introducción en mi defensa son tanto más necesarias cuanto que me aproximo a tratar un tema muy espinoso. He tratado de ofrecer una semblanza general de Stalin basada en la observación directa y en un minucioso estudio de su biografía. No niego que el retrato resultante es sombrío y hasta siniestro. Pero desafío a cualquier otra figura más humana de

estos hechos que han escandalizado la imaginación de la Humanidad en el curso de estos últimos años: las depuraciones en masa, las inauditas acusaciones, los juicios fantásticos, el exterminio de toda una generación revolucionaria y, finalmente, las más recientes maniobras en el campo internacional. Ahora me dispongo a aducir unos pocos hechos bastante anómalos, guarnecidos de ciertas dudas y sospechas, de la historia de cómo un revolucionario provinciano se convirtió en dictador de un gran país. Estas dudas y sospechas no han llegado hasta mí plenamente desarrolladas. Han madurado lentamente, y cuando se me ocurrieron en otro tiempo, las apartaba a un lado como producto de una excesiva desconfianza. Pero los juicios de Moscú (que revelaron una infernal colmena de intrigas, falsificaciones, invenciones, envenenamientos subrepticios y asesinatos tras la figura del dictador del Kremlin) han proyectado una claridad siniestra sobre los años pasados. Comencé entonces a preguntarme con creciente insistencia: ¿Cuál fue la actuación efectiva de Stalin en la época de la muerte de Lenin? ¿No hizo algo el discípulo para acelerar la muerte de su maestro?

Me doy cuenta, más que nadie, de la monstruosidad de tal sospecha. Pero no puedo remediarlo, ya que se desprende de las circunstancias, de los hechos y del carácter mismo de Stalin. En 1922, el aprensivo Lenin había advertido: «Este cocinero no prepara más que platos cargados de pimienta.» De hecho resultaron, más que cargados de pimienta, venenosos, y no sólo en metáfora, sino en realidad. Hace dos años<sup>1</sup> escribí por primera vez sobre hechos que en su tiempo (1923-24) sólo conocieron siete u ocho personas, en parte, además. De este número, aparte de mí, únicamente Stalin y Molotov continúan en el mundo de los vivos. Pero estos dos (aun concediendo que Molotov estuviese entre los iniciados, de lo cual no estoy seguro) no tienen motivos para confesar lo que voy a decir ahora. Debo añadir que todos los hechos que menciono, toda referencia o cita, puede comprobarse consultando publicaciones oficiales del Soviet o documentos que constan en mis archivos. Tuve ocasión de informar de palabra y por escrito ante la Comisión del doctor John Dewey que investigó los juicios de Moscú, y jamás se han impugnado uno solo de los documentos que exhibí por centenares.

La iconografía, rica en cantidad (nada decimos de su calidad), producida en estos últimos años, invariablemente presenta a Lenin

<sup>1</sup> Probablemente en 1937, pues Trotsky escribió este pasaje hacia octubre de 1939, en forma de artículo para revista. — C. M.

en compañía de Stalin. Ambos están sentados uno al lado del otro, cambiando impresiones, y también miradas amistosas. La insistencia de este motivo, reiterado en pinturas, en esculturas, en la pantalla, obedece al deseo de hacer que la gente olvide el hecho de que el último período de la vida de Lenin estuvo colmado de intenso antagonismo entre él y Stalin, que culminó en una total ruptura. Tampoco había entonces nada personal en la hostilidad de Lenin hacia Stalin. Indudablemente apreciaba mucho ciertos rasgos de carácter de Stalin, su firmeza, su perseverancia, e incluso su rudeza y disimulo, atributos indispensables en la lucha y, por lo tanto, también en el cuartel general del Partido. Pero con el tiempo, Stalin se aprovechaba cada vez más de las oportunidades que su cargo le brindaba para reclutar gente que le fuese afecto y para tomar venganza sobre sus adversarios. Al ser designado en 1919 para ocupar el Comisariado Popular de Inspección<sup>1</sup>, Stalin lo convirtió gradualmente en un instrumento de favoritismo e intrigas. Transformó la Secretaría general del Partido en un manantial inagotable de mercedes y dispensas. Del mismo modo abusó con fines personales de su condición de miembro del Orgburó y del Politburó. En todas sus acciones podía discernirse un móvil personal. Poco a poco, Lenin se convenció de que ciertas características de Stalin, multiplicadas por la máquina política, eran francamente dañosas para el Partido. De ahí surgió su decisión de apartar a Stalin de la máquina y transformarle así en un miembro de base del Comité Central. En la U.R.S.S. de hoy, las cartas que Lenin escribió por entonces son de lo más «tabú» en materia de documentos. Afortunadamente, hay varias de ellas en mis archivos, en copia o en fotografía, y algunas ya se han publicado.

La salud de Lenin empeoró de repente hacia el final de 1921. El primer acceso se presentó en mayo del año siguiente. Durante dos meses no pudo moverse, ni hablar, ni escribir. A partir de julio comenzó a recuperarse lentamente. En octubre regresó del campo al Kremlin y reanudó sus tareas. Fue grande su sorpresa ante el desarrollo que observó de burocracia, arbitrariedad e intrigas de las instituciones del Partido y del Gobierno. En diciembre abrió el fuego contra los procedimientos de Stalin en materia de política de nacionalidades, especialmente contra los utilizados en Georgia, donde la autoridad del secretario general era objeto de abierta hostilidad. Se pronunció en contra de Stalin en la cuestión del monopolio del comercio extranjero, y para el próximo Congreso

<sup>1</sup> Otra denominación del Comisariado de Inspección de Obreros y Campesinos, cuya abreviatura en ruso es Rabkrin. — C. M.

del Partido estaba preparando con sus secretarias un discurso que, según sus propias palabras, iba a ser «una bomba para Stalin». El 23 de enero, con gran consternación del secretario general, propuso como proyecto organizar una Comisión de Control de trabajadores<sup>1</sup> que pusiera coto al poder de la burocracia. «Hablemos francamente —escribía Lenin el 2 de marzo—; el Comisariado de Inspección no goza hoy de la más mínima autoridad... No hay peor institución entre las nuestras que el Comisariado Popular de Inspección...», y otras cosas análogas. A la cabeza de la Inspección estaba Stalin, quien demasiado comprendía de quién se hablaba en aquel escrito.

A mediados de diciembre de 1922, la salud de Lenin volvió a empeorar. Tuvo que mantenerse alejado de conferencias, limitando su contacto con el Comité Central a notas y telegramas. Stalin intentó al punto aprovecharse de esta situación, ocultando a Lenin buena parte de la información que se iba concentrando en la Secretaría del Partido. Se instituyeron medidas de aislamiento contra personas de la intimidad de Lenin. Krupskaja hizo cuanto pudo por sustraer al enfermo de las jugarretas hostiles de la Secretaría. Pero Lenin sabía hacer un cuadro completo de la situación a base de simples indicaciones dispersas y casi imperceptibles. «¡Preservadle de inquietudes!», insistían los médicos. Pero era más fácil decirlo que hacerlo. Encadenado a su lecho, aislado del mundo exterior, Lenin estaba encendido de alarma e indignación. Su principal motivo de preocupación era Stalin. La conducta del secretario general se hizo más osada a medida que los pronósticos de los doctores sobre la enfermedad de Lenin iban siendo menos favorables. En aquellos días, Stalin estaba malhumorado, con la pipa firmemente sujeta entre los dientes, y una chispa siniestra en sus amarillentos ojos, limitando sus respuestas a un confuso gruñido. Veía su destino en la balanza, y se había propuesto salvar todos los obstáculos. Entonces fue cuando se produjo el rompimiento final entre él y Lenin.

El antiguo diplomático soviético Dimitrievsky, muy amigo de Stalin, habla de este dramático episodio tal y como se propaló entre quienes andaban alrededor del secretario general:

«Cuando Krupskaja, que le tenía harto con sus constantes molestias, le telefoneó una vez más desde el campo para pedirle cierta información, Stalin... la increpó desafortunadamente. Krupskaja, il-

<sup>1</sup> No debe confundirse con la Comisión Central de Con. J., que ya funcionaba entonces. — C. M.

rando a lágrima viva, fue inmediatamente a quejarse a Lenin. Los nervios de éste, excitados ya hasta el límite por las intrigas, no pudieron resistir más. Krupskaja se apresuró a enviar a Stalin la carta de Lenin... "Pero ya conoces a Vladimiro Ilich —dijo Krupskaja con aire de triunfo a Kamenev—. Nunca se hubiera resuelto a romper con Stalin toda relación personal si no creyese necesario aplastarle políticamente."»

Es cierto que Krupskaja dijo esas palabras, pero no «con aire de triunfo»; por el contrario, aquella mujer tan sincera y sensible estaba terriblemente asustada e inquieta por lo que había pasado. No se «quejó» de Stalin; lejos de eso, en lo que pudo trató de interponerse para amortiguar el choque. Pero ante las insistentes preguntas de Lenin, no pudo referirle más que lo que el secretario general le dijera, y Stalin había llamado los asuntos más principales. La carta del rompimiento, o, mejor dicho, la nota de breves líneas dictadas el 6 de marzo a una taquígrafa de confianza, expresaba secamente la ruptura de «toda relación personal y de camarada con Stalin». Aquella nota, el último documento que sobrevive de Lenin, es a la vez el compendio final de sus relaciones con Stalin. Luego sobrevino el acceso más violento de todos, y la pérdida del habla.

Un año después, cuando Lenin estaba ya embalsamado en su mausoleo, la responsabilidad de la ruptura, según deja apreciar claramente el relato de Dimitrievsky, se atribuyó abiertamente a Krupskaja. Stalin la acusó de «intrigar» en contra suya. El famoso Yaroslavsky, que solía ocuparse de los encargos turbios de Stalin, dijo en julio de 1926, en una reunión del Comité Central: «Cayeron tan bajo, que se atrevieron a ir a Lenin, enfermo, quejándose de que Stalin los había insultado. ¡Qué vergüenza, complicar la política en cosas tan importantes con asuntos personales! El «ellos» se refiere a Krupskaja. Ésta fue vengativamente castigada por los agravios que Lenin había hecho a Stalin. Por su parte, la viuda me refirió la honda desconfianza que Stalin inspiró a Lenin en la última época de su vida. «Volodya decía: "Ese (Krupskaja no le citaba por su nombre, sino que señalaba con la cabeza hacia la habitación de Stalin) carece de la honradez más elemental, de la simple honradez humana..."»

El llamado «testamento» de Lenin (esto es, su último informe sobre cómo organizar la dirección del Partido) fue escrito en dos veces, durante su segunda enfermedad, el 25 de diciembre de 1922 y el 4 de enero de 1923. «Stalin, una vez nombrado secretario ge-

neral —dice el testamento—, ha concentrado en sus manos excesivo poder, y no estoy seguro de que sepa usarlo siempre con suficiente prudencia.» Diez días después, esta comedida fórmula le pareció insuficiente, y añadió en una posdata: «Propongo a los camaradas que vean el modo de apartar a Stalin de este puesto y colocar en su lugar a otro» que fuese «más leal, más cortés y más considerado con los camaradas, menos caprichoso, etc.» Lenin trataba de expresar su juicio sobre Stalin del modo más inofensivo posible. Pero planteaba el tema de apartar a Stalin del puesto que podría hacerle poderoso.

Después de todo cuanto había sucedido en los meses precedentes, el testamento no pudo ser una sorpresa para Stalin. No obstante, lo tomó como una terrible afrenta. Cuando leyó por primera vez el texto (que Krupskaja le había transmitido para el próximo Congreso del Partido) en presencia de su secretario Mejlis, más tarde jefe político del Ejército Rojo, y del destacado político soviético Syrtsov, que ulteriormente ha desaparecido de la escena, prorrumpió a propósito de Lenin en un lenguaje tan soez que revelaba sus verdaderos sentimientos hacia su «maestro» en aquellos días. Bazhanov, otro antiguo secretario de Stalin, ha descrito la sesión del Comité Central en que Kamenev dio a conocer el testamento: «Una terrible turbación paralizó a todos los presentes. Stalin, sentado en los peldaños de la tribuna presidencial, se sentía insignificante y angustiado. Yo le observaba de cerca: a pesar de su aplomo y su calma aparente, se veía bien que estaba en juego su suerte...» Radek, que estaba junto a mí en aquella memorable sesión, se inclinó hacia mí para decirme: «Ahora no se atreverán a ir contra ti.» Pensaba al decir esto en los dos pasajes de la carta: uno, que me describía como «el hombre mejor dotado del actual Comité Central», y otro, que pedía la sustitución de Stalin a causa de su rudeza, su deslealtad y su propensión a abusar del poder. Yo repuse: «Al contrario, ahora tratarán de llegar al extremo, y además lo antes posible.» En realidad, el testamento no sólo no acertó a liquidar la lucha interna, que era el deseo de Lenin, sino que más bien la intensificó hasta la fiebre. Stalin no podía dudar ya de que el retorno de Lenin a la actividad supondría la muerte política del secretario general; e inversamente, que sólo la muerte de Lenin despejaría el camino a Stalin.

Durante la segunda enfermedad de Lenin, hacia fines de febrero de 1923, en una reunión de los miembros del Politburó, Zinoviev, Kamenev y el autor de estas líneas, Stalin nos informó,

antes de salir de la secretaria, que Lenin le había llamado de improviso pidiéndole un veneno. Lenin estaba desesperado por la pérdida del habla, consideraba su estado irremediable, preveía la proximidad de otro acceso y no tenía confianza en sus médicos, a quienes sin esfuerzo sorprendía en contradicciones. Su cerebro funcionaba perfectamente, y sufría de un modo intolerable. Yo pude seguir a diario el curso de su enfermedad por nuestro médico común, el doctor Guétier, que era también amigo de nuestra familia.

—¿Es posible, Fedor Alexandrovich, que esto sea el final? —le preguntábamos una y otra vez mi mujer y yo.

—No puede asegurarse. Vladimiro Ilich se restablecerá probablemente. Tiene una constitución sólida.

—¿Y sus facultades mentales?

—Fundamentalmente están intactas. Acaso algunas notas puedan perder algo de su pureza anterior, pero el virtuoso lo seguirá siendo.

Continuamos en esta esperanza. Pero ahora me encontraba de repente con la inesperada novedad de que Lenin, que parecía la auténtica encarnación del afán de vivir, trataba de envenenarse. ¡Qué mal se sentiría por dentro!

Recuerdo cuán enigmático, extraordinario y fuera de tono con las circunstancias me pareció el semblante de Stalin. La petición que nos refería era trágica; y, sin embargo, en su cara, como en una máscara, se dibujaba una malsana sonrisa. No era cosa nueva para nosotros el desacuerdo entre la expresión de su rostro y sus palabras, pero aquella vez resultaba francamente insufrible. El horror del lance aumentaba por la reticencia de Stalin, que parecía reservarse su opinión sobre el deseo de Lenin como esperando a saber lo que los demás pensaban; ¿era su propósito captar los matices de nuestra reacción ante el caso, sin soltar prenda, o tenía ciertas ocultas ideas propias...? Veo ante mí al pálido y silencioso Kamenev, que amaba sinceramente a Lenin, y a Zinoviev, aturdido, como siempre en momentos difíciles. ¿Estaban ellos enterados de la petición de Lenin desde antes de empezar la reunión, o se la había reservado Stalin para sorprender a sus aliados del triunvirato a la vez que a mí?

—¡Naturalmente, no hay que pensar siquiera en hacerle caso! —exclamé—. Guétier no ha perdido la esperanza. Lenin puede restablecerse aún.

—Ya se lo he dicho —repuso Stalin, no sin un dejo de fastidio—. Pero no quiere atenerse a razones. El viejo está sufriendo.

Dice que quiere tener un veneno a mano... para no usarlo sino cuando esté convencido de que su mal no tiene remedio.

—De todos modos, no hay que pensar en ello —insistí, esta vez apoyado por Zinoviev, según creo—. Puede ceder a una tentación pasajera y hacer un disparate irrevocable.

—El viejo está sufriendo —repitió Stalin, mirando vagamente por encima de nosotros, y, como antes, procurando no comprometerse.

Seguramente pensaba en algo paralelo a la conversación, pero no en cabal consonancia con ella.

Es posible, desde luego, que los acontecimientos posteriores hayan influido en ciertos detalles de mis recuerdos, aunque, por regla general, he aprendido a confiar en mi memoria. De todos modos, este episodio es de los que dejan en la conciencia, para siempre, una huella indeleble. Además, al volver a casa se lo conté a mi mujer con todo detalle. Y desde entonces, siempre que mentalmente evoco aquella escena, no puedo menos de repetirme: la conducta de Stalin, toda su actitud era desconcertante y siniestra. ¿Qué es lo que quiere? ¿Y por qué no deja su careta esa insidiosa sonrisa...? No se votó nada, pues no se trataba de una conferencia formal, pero nos separamos con la implícita inteligencia de que no se podía pensar siquiera en facilitar un veneno a Lenin.

Aquí surge naturalmente la cuestión: ¿Cómo y por qué Lenin, que a la sazón desconfiaba muchísimo de Stalin, hubo de dirigirse a éste con una petición que por su índole misma presuponia el grado sumo de confianza personal? Apenas un mes antes de hacerle este encargo, Lenin había escrito su despiadada posdata al testamento. Pocos días después de habérselo hecho, rompió con él toda relación personal. El mismo Stalin no podía menos de haberse planteado la pregunta de por qué se dirigía Lenin a él y no a otro cualquiera. La respuesta es fácil. Lenin veía en Stalin al único hombre que accedería a su trágica pretensión, por estar interesado en hacerlo. Con su infalible instinto, el enfermo se imaginaba lo que estaba ocurriendo en el Kremlin y fuera de sus paredes, y lo que realmente pensaba Stalin de él. Lenin no tenía necesidad de repasar la lista de sus camaradas para decirse que, salvo Stalin, ninguno de ellos le haría aquel «favor». Al mismo tiempo, es posible que tratara de probarle, de ver con qué celo era capaz de aprovecharse de aquella oportunidad el cocinero de los platos cargados de pimienta. En aquellos días no sólo pensaba en la muerte, sino también en el destino del Partido. El

nervio revolucionario de Lenin fue indudablemente el único que se rindió a la ineluctable deidad.

Siendo muy joven, en la cárcel, Koba solía incitar a escondidas a los exaltados caucásicos contra sus adversarios, dando así origen a reyertas y en alguna ocasión hasta a un homicidio. A medida que pasaron los años, perfeccionó su técnica. La máquina política monopolizadora del Partido, combinada con la máquina totalitaria del Estado, abrieron para él posibilidades que ni siquiera predecesores suyos tales como César Borgia hubiesen podido soñar. El despacho en que los inquisidores de la OGPU practican sus minuciosos interrogatorios está conectado con un micrófono con el de Stalin. El invisible José Djughashvili, con su pipa en la boca, escucha ávidamente el diálogo bosquejado por él mismo, frotándose las manos y riendo sin ruido. Más de diez años antes de los famosos juicios de Moscú había confesado a Kamenev y a Dzerzhinsky, ante una botella de vino, una noche de verano, en la galería de un balneario estival, que su goce supremo en la vida era no perder de vista a un enemigo, prepararlo todo con minuciosidad, vengarse sin compasión, e irse a dormir satisfecho. ¡Más tarde se vengó a costa de toda una generación de bolcheviques! No hay por qué volver aquí a la tramoya de los juicios de Moscú. La sentencia que se les impuso en su día fue a la vez autoritaria y minuciosa<sup>1</sup>. Pero si se quiere comprender al verdadero Stalin y a su conducta durante el período de la enfermedad y muerte de Lenin, es necesario verter luz sobre ciertos episodios de la última audiencia representada en marzo de 1938.

Un lugar especial en el banquillo de los acusados ocupaba Henry Yagoda, que había trabajado en la Checa y en la GPU durante dieciséis años, primero como ayudante principal y luego como jefe, siempre en íntimo contacto con el secretario general en calidad de auxiliar suyo de máxima confianza en la lucha de éste contra la oposición. El sistema de confesiones de crímenes jamás cometidos es obra de Yagoda, si no creación suya. En 1933, Stalin recompensó a Yagoda con la Orden de Lenin; en 1935, le elevó al rango de comisario general de Defensa del Estado, esto es, jefe

<sup>1</sup> El caso de León Trotsky: Reseña de las declaraciones de cargo efectuadas contra él en la vista de Moscú, por la Comisión Preliminar de Investigación. John Dewey, presidente, y otros. Harper y Brothers, Nueva York y Londres, 1937. 617 págs.

No culpable. Informe de la Comisión de Investigación acerca de los cargos aducidos contra León Trotsky en los juicios de Moscú, por John Dewey, presidente, y otros. Harper y Brothers, Nueva York y Londres, 1938. 442 págs.

de la Policía Política, dos días tan sólo después de haber sido elevado el inteligente Tujachevsky a la dignidad de mariscal del Ejército Rojo. En la persona de Yagoda se elevó a una nulidad que todos conocían y despreciaban. Los viejos revolucionarios deben de haber cambiado miradas de indignación. Incluso en el condescendiente Politburó se hizo intención de oponerse a ello. Pero algún secreto ligaba a Stalin con Yagoda, al parecer, con carácter de permanencia. El misterioso vínculo fue revelado también misteriosamente. Durante la gran «purga», Stalin decidió liquidar asimismo a su cómplice, que sabía demasiado. En abril de 1938, Yagoda fue arrestado. Como siempre, así Stalin aseguraba varias ventajas suplementarias: por la promesa de un perdón, Yagoda se declaraba en la vista culpable personal de crímenes que la murmuración había atribuido a Stalin. Naturalmente, la promesa no se cumplió. Yagoda fue ejecutado, para probar así mejor que Stalin es irreconciliable en materia de ley y de moral.

Pero en aquel juicio se hicieron públicas circunstancias sumamente esclarecedoras. De acuerdo con el testimonio de su secretario y confidente, Bulnanov, Yagoda tenía una caja especial de venenos, de la cual extraía siempre que hacía falta preciosos frasquitos que confiaba a sus agentes con instrucciones apropiadas. El jefe de la OGPU, antiguo farmacéutico, se interesaba sobremanera por los venenos. Tenía a su disposición a varios toxicólogos, para los cuales organizó un laboratorio especial, proveyéndoles de medios sin límite ni control. Es, desde luego, imposible que Yagoda pudiese montar tal empresa para sus propias necesidades personales. Lejos de eso, en aquella ocasión, como en otras, estaba desempeñando sus funciones oficiales. Como envenenador, era simplemente *instrumentum regni*, como el viejo Locusta en la corte de Nerón, ¡con la diferencia que había sobrepasado en mucho a su ignorante predecesor en materia de técnica!

Junto a Yagoda, en el banquillo de los acusados, se sentaban cuatro médicos del Kremlin, acusados de la muerte de Máximo Gorki y de dos ministros del Gobierno soviético. «Confieso que... receté medicamentos inadecuados para la enfermedad del caso...» Así, «Yo fui el responsable de la muerte prematura de Máximo Gorki y de Kulbyshev». Durante los días de la vista, con su fondo básico de falsedad, las acusaciones, como las confesiones de haber envenenado al anciano y achacoso escritor, me parecían fantasmagóricas. Información posterior y un análisis más detenido de las circunstancias, me indujeron a cambiar de opinión. No todo en las actuaciones era mentira. Había allí envenenados y envene-



nadores. No todos los envenenadores estaban en el banquillo de los acusados. El envenenador principal dirigía la audiencia por teléfono.

Gorki nunca fue conspirador ni político. Era un viejo bondadoso, defensor del agraviado, un protestante sentimental. Tal fue su papel durante los primeros días de la Revolución de octubre. En el curso de los dos primeros planes quinquenales, el hambre, el descontento y las represiones alcanzaron el límite máximo. Los cortesanos protestaron. Incluso protestó la esposa de Stalin, Alliluyeva. En aquella atmósfera, Gorki constituía una seria amenaza. Mantenía correspondencia con escritores europeos, era visitado por extranjeros, los oprimidos se quejaban a él, y el escritor, por su parte, moldeaba la opinión pública. Pero lo más importante es que hubiera sido imposible obtener su aquiescencia al exterminio, que entonces se preparaba, de los antiguos bolcheviques, a quienes había conocido íntimamente durante muchos años. La protesta pública de Gorki contra las celadas habría roto inmediatamente el encanto hipnótico de la justicia de Stalin ante los ojos de todo el mundo.

No había manera de hacerle permanecer callado. Y menos posible aún era detenerle, desterrarle o fusilarle. La idea de acelerar la liquidación del doliente Gorki por medio de Yagoda, «sin sangre», debió de parecer al amo del Kremlin el único modo de salir de aquella situación. La mente de Stalin está constituida de tal modo que tales decisiones se le ocurren por impacto de reflejos. Habiendo aceptado el encargo, Yagoda se confió a sus médicos «particulares». No aventuraba nada. Negarse, de acuerdo con las propias palabras del doctor Levin, «hubiera conjurado la ruina para mí y para mi familia». Además, «no hay modo de escapar de Yagoda. Es un hombre que no se detiene ante nada. Os encontraría aunque os escondieseis bajo tierra».

Pero, ¿por qué no se quejaron los poderosos y respetados médicos del Kremlin a los miembros del Gobierno, a quienes todos ellos conocían por ser pacientes suyos? Sólo entre la clientela del doctor Levin figuraban veinticuatro funcionarios de la máxima categoría, incluso miembros del Politburó y del Consejo de Comisarios del Pueblo. La respuesta es que el doctor Levin, como cualquiera que viviese en el Kremlin o en sus alrededores, sabía perfectamente a quién servía Yagoda. El doctor Levin se sometió a Yagoda porque no tenía poder para resistir a Stalin.

En cuanto al descontento de Gorki, sus deseos de ir al extranjero, la negativa de Stalin a facilitarle un pasaporte para que

saliera del país..., todo ello era conocido en Moscú de todo el mundo, y constituía la comidilla general. Las sospechas de que Stalin había ayudado de algún modo a las fuerzas destructivas de la Naturaleza brotaron inmediatamente después de la muerte del gran escritor. Una tarea concomitante del juicio contra Yagoda era desvanecer tales sospechas respecto a Stalin. De ahí las repetidas declaraciones de Yagoda, los médicos y los otros acusados de que Gorki era «íntimo amigo de Stalin», «persona de confianza», «stalinista», enteramente conforme con la política del «líder», y que hablaba «con entusiasmo excepcional» de la misión de Stalin. Si sólo una mitad de todo aquello hubiera sido cierto, Yagoda no se hubiera atrevido a matar a Gorki, y menos se habría arriesgado a confiar tal proyecto a un médico del Kremlin, que le hubiese podido hundir con sólo telefonar a Stalin.

Aquí hay un simple «detalle» extraído de una causa nada más. Hubo varios y muchísimos «detalles». Todos ellos llevaban la marca imborrable de Stalin. La faena es básicamente suya. Dado paseos por su despacho, analiza minuciosamente planes para reducir a quienquiera que le disguste al grado máximo de humillación, para fraguar denuncias contra sus más allegados para traicionarse del modo más horrible a sí mismo. Para el que resiste, a pesar de todo, siempre queda una redomita. Sólo Yagoda ha desaparecido; su caja de venenos perdura.

En el juicio de 1938, Stalin acusa a Bujarin, como de pasada, de haber preparado en 1918 un atentado contra la vida de Lenin. El cándido y fogoso Bujarin veneraba a Lenin, le amaba como un niño ama a su madre, y cuando atrevidamente polemizaba con él no lo hacía sino de rodillas. Bujarin, «blanco como la cera», para usar la expresión del mismo Lenin, no tenía ni podía tener designios de ambición personal. Si en aquellos tiempos alguien hubiera vaticinado que llegaría una ocasión en que Bujarin se viera acusado de atentar contra la vida de Lenin, cada uno de nosotros, y Lenin el primero, se hubiera echado a reír, aconsejando llevar a semejante profeta a un manicomio. ¿Por qué, entonces, recurrió Stalin a una acusación tan notoriamente absurda? Lo más probable es que ésta fuese su respuesta a las sospechas de Bujarin, imprudentemente expresadas, con referencia al mismo Stalin. En general, todas las acusaciones están cortadas por el mismo patrón. Los elementos básicos de las asechanzas de Stalin no son productos de la pura fantasía; se derivan de la realidad; en su mayor parte, de las acciones y designios del propio jefe de cocina amigo de la pimienta. El mismo «reflejo de Stalin» ofensivo-defensivo,

tan claramente revelado en el caso de la muerte de Gorki, desarrolló toda su intensidad en la cuestión de la muerte de Lenin también. En el primer episodio, Yagoda pagó con la vida; en el segundo, Bujarin.

Me imagino el curso de los hechos aproximadamente como sigue: Lenin pidió un veneno a fines de febrero de 1923. A principios de marzo estaba de nuevo paralítico. El pronóstico facultativo por entonces fue reservadamente desfavorable. Sintiendo más seguro, Stalin comenzó a proceder como si Lenin ya no viviese. Pero el enfermo le defraudó. Su vigoroso organismo, sostenido por su voluntad inflexible, se impuso. Hacia el invierno, Lenin comenzó a mejorar lentamente, a andar con más libertad de un lado para otro; escuchaba la lectura y él mismo leía; el habla se reafirmaba. El parecer de los médicos era cada vez más halagüeño. El restablecimiento de Lenin no hubiera podido impedir, naturalmente, que la Revolución quedase suplantada por la reacción burocrática. Krupskaja tenía buenos motivos para decir en el año 1926: «Si Volodya estuviese vivo, se hallaría encerrado.»

Para el propio Stalin no se trataba del curso general de los sucesos, sino de su propio destino; o se las arreglaba para convertirse aquel mismo día en señor de la máquina política, y en consecuencia del Partido y del país, o acabaría desempeñando un papel de tercer orden para el resto de su vida. Stalin iba tras el poder, íntegro, a costa de lo que fuese. Ya lo tenía casi en sus manos. La meta estaba próxima, pero el peligro que Lenin significaba ganaba aún más terreno. En aquel momento Stalin resolvió indudablemente que era hora de actuar sin dilación. Tenía en todas partes cómplices cuya suerte pendía de la suya propia. A su lado estaba el farmacéutico Yagoda. No sé de cierto si Stalin envió a Lenin el veneno con la insinuación de que los médicos habían perdido toda esperanza de que se curara, o si recurrió a métodos más directos; pero estoy convencido de que Stalin no hubiera podido aguardar pasivamente cuando su destino pendía de un hilo y la decisión no requería más que un levísimo ademán de su parte.

Poco tiempo después de mediados de enero de 1924, salí para Sujum, en el Cáucaso, con idea de librarme de una pertinaz y misteriosa infección, cuya índole sigue aún siendo un misterio para mis médicos: La noticia de la muerte de Lenin me pilló en el camino. Según una versión difundida, yo perdí autoridad por no haber estado presente en los funerales de Lenin. Esta explicación apenas puede tomarse en consideración. Pero el hecho de mi

ausencia en las ceremonias fúnebres despertó en muchos de mis amigos serias sospechas. En la carta de mi hijo mayor, que por entonces tenía dieciocho años, había una nota de juvenil desencanto: ¡tenía que haber estado a cualquier precio! También eran ésas mis intenciones. El telegrama cifrado relativo a la muerte de Lenin nos encontró a mi mujer y a mí en la estación ferroviaria de Tiflis. Inmediatamente envié una nota en cifra por hilo directo al Kremlin: «Creo necesario mi regreso a Moscú. ¿Cuándo son los funerales?» La respuesta de Moscú tardó cosa de una hora. «Los funerales se celebrarán el sábado. No podrás volver a tiempo. El Politburó opina que, en vista de tu estado de salud, debes seguir hasta Sujum. Stalin.» No pensé que fuera pertinente solicitar que se aplazara la ceremonia por causa mía. Pero en Sujum, postrado entre sábanas en la galería de un sanatorio, me enteré de que el funeral se había aplazado hasta el domingo. Las circunstancias relacionadas con el primer señalamiento y la ulterior demora de la fecha del entierro son tan confusas que no pueden aclararse en unas líneas. Stalin maniobró, engañando no sólo a mí, a lo que parece, sino también a sus aliados del triunvirato. A diferencia de Zinoviev, que en todo consideraba el aspecto de su eficacia inmediata como agitación, Stalin se guiaba en sus arriesgadas maniobras por móviles no tangibles. Es posible que pensara en la posibilidad de que yo asociase el fallecimiento de Lenin con la conversación del año anterior a propósito del veneno, preguntase a los médicos si podía haber habido envenenamiento y solicitase una autopsia especial. Era, pues, mucho mejor en todos sentidos mantenerme lejos hasta que embalsamaran el cadáver, quemaran las vísceras y ya no fuese posible un examen ulterior inspirado en tales sospechas.

Cuando pregunté a los médicos de Moscú cuál fue la causa inmediata de la muerte de Lenin, que aquéllos no esperaban, no acertaron a explicármela. No molesté a Krupskaja, que me había escrito una carta muy afectuosa a Sujum, con preguntas sobre el particular. No reanudé relaciones personales con Zinoviev y Kamenev hasta dos años después, cuando ellos rompieron con Stalin. Evidentemente, evitaron toda conversación a propósito del fallecimiento de Lenin, contestándome con monosílabos y sin sostener la mirada. ¿Sabían algo, o sólo tenían sospechas? De todos modos, habían estado en tan íntimo trato con Stalin durante los tres años precedentes que no podían menos de sentirse cohibidos por la idea de que cayese sobre ellos también una sombra de recelo.

Los nombres de Nerón y de César Borgia se han mencionado

más de una vez con motivo de la causa de Moscú y de los últimos acontecimientos internacionales. Puesto que se han evocado estos viejos espectros, me parece pertinente hablar aquí de un super Nerón y un super Borgia, pues parecen modestos, casi ingenuos, los crímenes de aquella era en comparación con las hazañas de nuestros tiempos. Sin embargo, es posible discernir un significado histórico más profundo en analogías puramente personales. Las costumbres del decadente Imperio romano se formaron durante la transición de la esclavitud a la servidumbre, del paganismo al cristianismo. La época del Renacimiento marcó la transición de la sociedad feudal a la sociedad burguesa, del catolicismo al protestantismo y al liberalismo. En ambos casos, la moralidad antigua llegó a extinguirse antes de que la nueva se formara.

Ahora también vivimos en una época de tránsito de un sistema a otro, en una época de máxima crisis social, que va acompañada, como siempre, de una crisis moral. Lo viejo se ha conmovido hasta en sus cimientos. Lo nuevo apenas ha comenzado a emerger. Cuando el techo se ha desprendido, y se han desencajado puertas y ventanas, la casa no abriga, y es duro vivir en ella. Hoy soplan violentas ráfagas por todo nuestro planeta. *Todos* los tradicionales principios de moral están cada vez peor, no sólo aquellos que emanan de Stalin.

Sin embargo, una explicación histórica no es una justificación. Nerón fue también un producto de su época; pero cuando pereció se destruyeron sus estatuas, y su nombre fue borrado de todas partes. La venganza de la Historia es más terrible que la del más poderoso secretario general. Me atrevo a decir que esto es consolador.

## SUPLEMENTO I

# LA REACCION TERMIDORICA

Tras del prodigioso esfuerzo de la Revolución y la guerra civil se inició una reacción política. [Esta fue fundamentalmente distinta de una manifestación social paralela en países no soviéticos.] La reacción era contra la guerra [imperialista] y los que habían dirigido [aquella caprichosa y más que inútil matanza, decididamente] impopular [incluso en los países «victoriosos»]. En Inglaterra se alzó ante todo contra Lloyd George, a quien enviaron al ostracismo. Clemenceau en Francia [y Wilson en Estados Unidos] sufrieron análoga suerte.

La enorme diferencia de sentimientos de las masas después de una guerra imperialista y una guerra civil era natural. En Rusia, obreros y campesinos estaban saturados de la certeza de que se ventilaban sus propios intereses y de que la guerra era, en un sentido muy directo, su guerra. La satisfacción por la victoria era muy grande, y grande también en proporción la popularidad de quienes habían contribuido a terminarla. [Al mismo tiempo era necesario darle el golpe de gracia, volver por fin a las tareas civiles, a restablecer los procesos normales y pacíficos encaminados a satisfacer necesidades humanas. El propio heroísmo se había hecho cosa baladí y el pueblo estaba harto de los horrores inherentes a él.]

[Aunque no dirigido contra los jefes de la guerra civil, este imponente afán de paz volvía los ojos hacia aquellos encargados de cuestiones tan fastidiosas como el racionamiento de víveres, la vivienda y la colocación en buenos empleos con la mayor retribución posible. Stalin y otros como él, cuya misión en la guerra civil había sido secundaria, se destacaron entonces, poniéndose a la cabeza del movimiento de transición, tácito, pero potente, de la

guerra a la paz, del sacrificio a la prosperidad. Este sesgo no ejerció un efecto tan fuerte sobre la juventud y las masas, en general (las más expuestas durante la guerra civil) como sobre las personas de mediana edad, con crecientes responsabilidades familiares, y sobre los afortunados que contaban con empleo permanente en las actividades civiles. Pero ello no quiere decir que no fuese fuerte y extenso.]

Los tres años de guerra civil dejaron una huella indeleble en el propio Gobierno soviético en virtud del hecho de que muchísimos de los administradores, una capa considerable de ellos, se habían acostumbrado a mandar y a exigir incondicional sumisión a sus órdenes. Los teorizantes que intentan probar que el actual régimen totalitario de la U. R. S. S. proviene, no de tales condiciones históricas, sino de la propia naturaleza del bolchevismo, olvidan que la guerra civil no procedió de la naturaleza del bolchevismo, sino más bien de los esfuerzos de la burguesía rusa e internacional por derrumbar el régimen soviético. No hay duda de que Stalin, como muchos otros, fue moldeado por el ambiente y las circunstancias de la guerra civil, a la vez que el grupo que andando el tiempo le ayudó a implantar su dictadura personal (Ordzhonikidze, Vorochilov, Kaganovich) y toda una capa de obreros y campesinos [elevados a la categoría de comandantes y administradores].

En 1923 comenzó a estabilizarse la situación. La guerra civil, como la sostenida contra Polonia, eran ya cosas del pasado. Se habían vencido las más horribles consecuencias del hambre; la NEP había dado impulso a un resurgir vivificador de la economía nacional. El constante traslado de comunistas de un puesto a otro, de una esfera de actividad a otra, pasó pronto a ser excepción en vez de regla. Los comunistas empezaron a cubrir puestos permanentes, empleos que se consideraban suyos y conducían a otros más destacados a dominar en forma planificada las regiones o distritos de actividad económica y política confiados a su discreción administrativa. [Rápidamente iban convirtiéndose en funcionarios, en burócratas, conforme] la colocación de miembros y activistas del Partido adquiría un carácter más sistemático y regular. Ya no se consideraban las misiones como algo transitorio y casi fortuito. La cuestión de los destinos tuvo cada vez más relación con la del modo y condiciones de vida de la familia [del nombrado] y con su carrera.

Entonces fue cuando Stalin comenzó a sobresalir con creciente prominencia como organizador, dispensador de credenciales, ta-

reas y empleos, preparador y monitor de la burocracia. Elegía a sus hombres de acuerdo con la hostilidad o indiferencia de éstos hacia sus adversarios y, particularmente, hacia quien en su concepto era el principal de todos ellos, el obstáculo capital de su ascensión a la cumbre. Stalin generalizó y clasificó su propia experiencia administrativa, en primer término la experiencia de intrigar de continuo tras la cortina, y la puso al alcance de los más íntimos asociados a él. Les enseñó a organizar sus máquinas políticas locales por el patrón de la suya propia; cómo reclutar colaboradores, cómo utilizar sus flaquezas, cómo enfrentar a unos camaradas con otros.

A medida que fue aumentando la vida burocrática, ésta engendró una creciente necesidad de bienestar. Stalin cabalgaba a la cabeza de este espontáneo movimiento hacia la comodidad humana, guiándolo y enderezándolo a sus propios designios. Recompensaba a los más leales con los empleos más atrayentes y ventajosos. Él fijaba los límites de los beneficios que podían derivarse de tales puestos. Seleccionaba a los miembros de la Comisión de Control, instilando en muchos de ellos la necesidad de perseguir sin misericordia a los que disientían. Al mismo tiempo les enseñaba a mirar por entre los dedos y a pasar por alto el extravagante modo de vivir de los funcionarios leales al secretario general, pues Stalin medía toda situación, toda circunstancia política, toda combinación personal [por un solo rasero: utilidad] para él, para su lucha por el poder, para su inextinguible prurito de dominar a los otros.

Todo lo demás estaba intelectualmente fuera de su alcance. Impelía a dos de sus máximos competidores a una contienda. Convertía su talento para utilizar antagonistas personales y de grupo en verdadero arte, en un arte inimitable en el sentido de que en él se había desarrollado un instinto casi infalible para practicarlo. En cada nueva situación, su primera y principal consideración era cómo sacar partido de ella. Siempre que los intereses generales aparecían en conflicto con los suyos propios, sacrificaba sin excepción los primeros. En toda ocasión, con cualquier pretexto y sin tener en cuenta el resultado, hacía cuanto le era posible por crear dificultades a sus competidores más destacados. Con la misma persistencia procuraba recompensar todo acto de lealtad a su persona. Secretamente al principio, y luego con más descaro, la igualdad fue tildada de prejuicio pequenoburgués. Salía en defensa de la injusticia, en defensa de los privilegios especiales para los burócratas de alta categoría.

En esta deliberada desmoralización, nunca se interesó Stalin por lejanas perspectivas, ni se detuvo a pensar en la trascendencia social de este proceso en que se había adjudicado el papel principal. Obraba entonces, como ahora, al modo del empírico que es. Elige a quienes le son leales, les recompensa; les ayuda a conseguir puestos privilegiados, pidiéndoles que renuncien a fines políticos personales. Les enseña a crear para ellos la maquinaria destinada a influir sobre las masas y mantenerlas sometidas. Nunca se para a considerar que su política va directamente contra la lucha en que puso cada vez más empeño Lenin durante el último año de su vida: la lucha contra la burocracia, pero siempre en términos abstractos e inanimados. Piensa en la falta de atención, en el badoque, en el desaseo de las oficinas, etc., pero permanece sordo y ciego ante la formación de toda una casta privilegiada soldada por los lazos del honor de los ladrones, por su común interés [como explotadores privilegiados de toda la política de cuerpo] y por su incesante alejamiento del pueblo. Sin sospecharlo, Stalin está organizando no sólo una nueva máquina política, sino una nueva casta.

En la época de la discusión del Partido en el otoño de 1923, la organización de Moscú estaba dividida aproximadamente en dos mitades, con ligera ventaja de la oposición al principio. Sin embargo, las dos mitades no eran de igual fuerza en su [potencial] social. Al lado de la oposición estaba la juventud y una considerable parte de la base; pero al lado de Stalin y del Comité Central estaban en primer término todos los políticos especialmente ejercitados y disciplinados, más próximos a la máquina política del secretario general. Mi enfermedad, que me impidió tomar parte en la contienda, fue, lo reconozco, un factor de cierta entidad; sin embargo, no debe exagerarse su importancia. En último término, sólo fue un simple episodio. [Tuvo gran importancia el hecho de] que los trabajadores estaban cansados. Los que apoyaban a la oposición no sentían el estímulo de una esperanza en cambios grandes y serios. Por el contrario, la burocracia combatía con extraordinaria saña: [luchaba instintivamente por su futura prosperidad]. Es cierto que en este campo hubo, por lo menos, un momento de completa confusión, pero no lo supimos a tiempo. Más tarde nos lo refirió Zinoviev. Una vez, al llegar a Moscú desde Petrogrado, encontró el Comité Central y a los dirigentes de Moscú presa de verdadero pánico. Stalin estaba sin duda urdiendo una maniobra con ánimo de asociarse a la oposición a expensas de sus aliados, Zinoviev y Kamenev. Esto era muy de él. A la sa-

zón, las reuniones del Politburó se celebrarían en mi casa, a causa de mi enfermedad. Me hizo claras insinuaciones, mostrando inesperado interés por mi salud. Zinoviev, según su relato, puso fin a aquella situación equívoca de Moscú volviendo a Petrogrado en busca de auxilio. Emprendió la organización de un cuadro ilegal de agitadores y tropas de choque que fueron enviados en automóvil de un abastecimiento a otro para difundir tergiversaciones y calumnias. Sin romper con sus aliados, naturalmente, Stalin cubría en favor suyo el camino de retirada a la oposición. Zinoviev era más atrevido, por su carácter aventurero e irresponsable. Stalin era precavido. Todavía no se daba perfecta cuenta de los cambios que se habían operado entre los elementos más destacados del Partido, y, especialmente, en la máquina soviética [cambios que él mismo había fomentado]. No confiaba en su propia fuerza intelectual. Tanteaba el camino, sintiendo toda resistencia, calculando todo posible apoyo. Dejó que Zinoviev y Kamenev se comprometieran, mientras él permanecía reservado.

Durante este mismo debate del otoño fue cuando se desarrolló definitivamente y se puso a prueba la técnica de la máquina en su lucha con la oposición. En ningún caso podía permitirse que la máquina se rompiera por presión desde abajo. La máquina tenía que mantenerse firme. El Partido podía bajarse de nuevo, refundirse o reagruparse. Era posible expulsar a algunos miembros, pactar con otros, o asustarlos. Finalmente, cabía hacer malabarismos con hechos y números. Los hombres de la máquina se enviaban de una a otra fábrica en automóvil. Las Comisiones de Control, que se habían establecido con el propósito de combatir precisamente esta usurpación de poder por la máquina, se convirtieron en simples dientes de sus ruedas. En las reuniones del Partido, sobre todo, funcionarios de absoluta confianza de las Comisiones de Control anotaban el nombre de todo orador sospechoso de simpatías por la oposición, y luego escudriñaban con todo afán en su pasada vida. Siempre, o casi siempre, resultaba bastante sencillo hallar algo más o menos tangible (algún error pretérito o simplemente un origen social dudoso) para justificar un cargo o provocar una violación de la disciplina del Partido. Entonces era posible expulsar, trasladar, intimidar para imponer silencio, o concertar un arreglo con el adversario de la oposición.

Esta parte del trabajo de Stalin se efectuaba bajo su inmediata dirección. Dentro de la misma Comisión Central de Control tenía su órgano especial, capitaneado por [Soltz], Yaroslavsky y Shkiryatov. Su misión consistía en formar listas negras de los

disidentes e iniciar después investigaciones sobre su genealogía en los archivos de la policía zarista. Stalin tenía un archivo especial lleno de toda clase de documentos, acusaciones, rumores difamatorios contra todos los dirigentes destacados del Soviet, sin excepción. En 1929, cuando rompió abiertamente con los miembros derechistas del Politburó, Bujarin, Rikov y Tomsky, Stalin consiguió mantener a Kalinin y Vorochilov a su lado amenazándolos con ponerlos en evidencia.

Kalinin, que conocía demasiado bien lo sucedido últimamente, se negó al principio a reconocer como jefe a Stalin. Por mucho tiempo estuvo temeroso de unir su suerte a la de Stalin. «Ese caballo —solía decir a sus íntimos— acabará por meternos el carro en una zanja.» Pero, gradualmente, rezongando y resistiéndose, se volvió primero contra mí, luego contra Zinoviev, y, por último, con más repugnancia todavía, contra Rikov, Bujarin y Tomsky, con quienes estaba más estrechamente unido por sus opiniones moderadas. Yenukidze pasó por la misma evolución, siguiendo las huellas de Kalinin, aunque más en la sombra y, sin duda, con un sufrimiento interior más hondo. Por su propia índole, ya que su principal característica era la adaptabilidad, Yenukidze no pudo por menos de encontrarse a sí mismo en el campo de los terriblos. Pero no era un arribista, ni menos un granuja. Fue duro para él romper con viejas tradiciones, y más duro volverse contra personas a quienes estaba habituado a respetar. En momentos críticos, Yenukidze no sólo no manifestó un entusiasmo agresivo, sino que, por el contrario, se lamentó, murmurando y resistiéndose. Stalin estaba bien enterado de ello, y previno a Yenukidze más de una vez. Yo lo supe prácticamente de primera mano. Aunque incluso en aquellos días el sistema de denuncias había envenenado ya no sólo la vida política, sino también las relaciones personales, todavía quedaban aquí y allá algunos oasis de confianza recíproca. Yenukidze era muy amigo de Serebryakov, a pesar de la notoriedad de este último como dirigente de la oposición de izquierda, y no rara vez le hacía confidencias. «¿Qué más quiere [Stalin]? —se lamentaba Yenukidze—. Estoy haciendo todo lo que me pide, pero nada le basta. Pretende que reconozca que es un genio.»

No todos los jóvenes revolucionarios de la era zarista [eran héroes de leyenda]. También había entre ellos algunos que no se condujeron con el debido valor durante las indagaciones [de la policía secreta]. Si luego compensaban tal conducta portándose mejor, el Partido no los expulsaba irrevocablemente, sino que los

admitía de nuevo en sus filas. En 1923, Stalin, como secretario general, comenzó a concentrar en sus manos pruebas de aquel censurable proceder, sirviéndose de ellas para intimidar a centenares de antiguos revolucionarios que habían redimido muy de sobra sus debilidades de otro tiempo. Amenazándolos con dar publicidad a su antiguo historial, sometió a aquella gente a una obediencia de esclavos, reduciéndolos poco a poco a un estado de completa desmoralización. [Los ligó a su persona para siempre obligándolos a desempeñar las tareas más sucias en sus maquinaciones contra la oposición.] Aquellos que se negaron a humillarse fueron triturados políticamente por la máquina o se vieron impelidos al suicidio. Así pereció uno de mis más próximos colaboradores, mi secretario particular Glazman, hombre de excepcional modestia y [de ejemplar] devoción al Partido, [muy templado y sensible, revolucionario de impecable honestidad. Se] suicidó ya en 1924. Su acto de desesperación produjo una impresión tan desfavorable que la Comisión Central de Control se vio obligada a exculparle después de muerto y a formular una censura (muy cauta y suave) a su propio órgano ejecutivo.

[Dos años después se produjo un intento descarado de agresión sangrienta<sup>1</sup>. Aunque Trotsky y Muralov ya estaban en desgracia, su situación aún no había cristalizado. Era el año 1926. En julio, Zinoviev, que entretanto había roto con Stalin y formado un bloque opositorista con Trotsky y Kamenev, fue eliminado del Politburó. Tres meses después, en el subsiguiente Pleno del Comité Central y de la Comisión Central de Control, expulsaron de aquel organismo a otros dos dirigentes de la oposición. En el interín, Trotsky y su esposa], acompañados por Muralov y otros camaradas del tiempo de la guerra civil, personalmente afectos, salieron para unas breves vacaciones en el Cáucaso. Yenukidze puso [a su disposición] la misma casita que había ocupado otras veces en Kislovodsk. Trotsky fue objeto de iguales deferencias que de costumbre. Las autoridades locales le mostraron respeto sincero e incluso entusiasmo en ocasiones sin poderlo ocultar. En reuniones casuales o no casuales, saludaban a León Davidovich [Trotsky] con genuina efusión. En todos los sanatorios de Kislovodsk invitaron sucesivamente a León Davidovich a dar conferencias. Todo el mundo le acogía bien y acudía a despedirle con

<sup>1</sup> Este relato se basa en una nota de León Trotsky. El texto lo ha escrito, a instancia del compilador, Natalia Ivanovna Sedov, viuda de Trotsky. Consiste en las palabras no encerradas entre corchetes, a partir de esta llamada, hasta el párrafo que termina «un buen escarmiento». — C. M.

ostensible agrado. Sin embargo, la presión del Centro podía observarse ya. Oficialmente las provincias no habían recibido órdenes de cambiar de «frente». *Stalin no se atrevía aún a dar tales órdenes abiertamente*. Pero de manera subrepticia tuvo ocasión de dar a conocer sus descos a los sátrapas que le servían. En consecuencia, de vez en cuando tropezábamos con manifestaciones de ostensible frialdad por parte de algún que otro grupo recién llegado de Moscú. Nos dijeron que en algunos sanatorios se discutía si era o no procedente invitar a L. D. Pero los opuestos a invitarle eran hasta entonces tan pocos y de tan escasa influencia, que siguió siendo invitado por decisión unánime, ante la insistencia de una mayoría entusiasta. Tal franca expresión de simpatía a L. D. no era ya tolerable en Moscú.

Muralov fue bien informado de cuanto ocurría. Era muy delicado y comprensivo para estas cosas. Nosotros estábamos inquietos, y en guardia constantemente. Como de costumbre, las partidas de caza eran organizadas por la G.P.U. local, porque conocía mejor las condiciones locales. Continuábamos confiados a su custodia y protección, como antes. Pero ante el cambio de circunstancias, esta guardia de la G.P.U. adquirió un doble sentido, no exento de peligro. Ya no pusimos en ella tanta seguridad como en la guardia personal de L. D., que nos había acompañado desde Moscú y estaba ligada a L. D. por los estrechos lazos del frente en la guerra civil.

Una vez volvimos de caza algo más tarde que de costumbre. El retraso no fue culpa nuestra; más bien supusimos que era premeditado. A medianoche, justamente cuando nos acercábamos a Kislovodsk, descarriló de pronto el tranvía en que íbamos, se desvió describiendo un círculo y se detuvo bruscamente. Nos calmos todos, sin darnos cuenta al principio de lo ocurrido. Los empleados que trataron de explicarnos la causa de aquel accidente estaban muy azorados. Sus explicaciones no tenían sentido. Parecía aquello un «accidente» premeditado y frustrado, sin duda una venganza por el éxito de L. D. en Kislovodsk. El «atrasado» Cáucaso y todas las provincias en su compañía, necesitaban aprender mediante un buen escarmiento<sup>1</sup>.

No mucho después de esto, la presión ejercida sobre miembros y simpatizantes de la oposición izquierdista fue aumentando poco a poco. El trato de que fueron objeto los centenares de personas que pusieron sus firmas en la declaración de los 83, de 26 de mayo

<sup>1</sup> Aquí termina el texto de la viuda de Trotsky. — C. M.

de 1927, sólo fue superado en brutalidad y cinismo por el que sufrieron los miles que los apoyaron verbalmente. Fueron obligados a comparecer ante Tribunales del Partido, sólo porque en *reuniones del Partido* expresaban criterios distintos del consagrado por el Comité Central stalinista, que de este modo les privaba descaradamente *como miembros del Partido* de sus más elementales *derechos en calidad de tales*. La opinión pública del Partido estaba siendo preparada para la franca expulsión de los opositores. Esto se reforzó mediante ciertas extrañas medidas adoptadas contra miembros y simpatizantes de la oposición. «Os habéis estado riendo de la bolsa del trabajo», dijo amenazador un miembro del Politburó y del Comité Central del Partido Comunista ucraniano, en una de las reuniones que el Partido celebró en Jarkov. «Os echaremos de vuestros puestos, conminaba en Moscú el secretario del Comité del Partido de esta ciudad. [Y no eran simples bravatas. Cuando] se vio que la amenaza del hambre no hacía callar a la oposición, el Comité Central recurrió abiertamente a la G.P.U. Tenía uno que estar ciego para no darse cuenta de que la lucha contra la oposición por tales medios era una lucha contra el Partido. ¿Podría hablarse de unidad, esgrimiendo tales armas? ¿Qué significaba la unidad para los stalinistas? ¿Se trataba acaso de la unidad del lobo con el cordero que se estaba engullendo...?»

En la primavera de 1924, después de uno de los plenos del Comité Central, al que no asistí por estar enfermo, dije a [I. N.] Smirnov: «Stalin se hará dictador de la U. R. S. S.» Smirnov conocía bien a Stalin. Habían compartido la labor revolucionaria y el destierro años enteros, y en tales condiciones, la gente llega a conocerse mejor que de ningún otro modo.

—¿Stalin? —me preguntó, asombrado—. ¡Pero si es una mediocridad, una nulidad incolora!

—Mediocridad, sí; nulidad, no —le contesté—. La dialéctica de la historia le ha enganchado y le elevará. Le necesitan todos: los fatigados radicales, los burócratas, los de la N.E.P., los *kulaks*, los advenedizos, los rastrosos, todos los gusanos que surgen del revuelto suelo de la Revolución. Él sabe cómo tratarlos en su propio terreno, habla su lenguaje y conoce el modo de conducirlos. Tiene la merecida reputación de viejo revolucionario, que le hace inapreciable para ellos como visera para cubrir los ojos del país. Le sobra voluntad y audacia. No vacilará en utilizarlos y moverlos contra el Partido; ya ha comenzado a hacerlo. Ahora mismo está disponiendo en torno suyo a los solapados bribones



del Partido, a los diestros trampistas. Como es natural, pueden producirse en Europa, en Asia y en nuestro país grandes acontecimientos que trastornen todos estos planes. Pero si todo continúa automáticamente como hasta aquí, Stalin se convertirá automáticamente en dictador.

En 1926 tuve una discusión con Kamenev, que insistía en que Stalin no era más que «un político de villorrio». Naturalmente, había una partícula de verdad en caracterización tan sarcástica, pero sólo una partícula. Atributos de carácter tales como la astucia, la perfidia, la habilidad de explotar los más ruines instintos de la naturaleza humana, están desarrollados en grado extraordinario en Stalin, y considerando la fortaleza de su carácter, representan armas temibles en una contienda. Claro que no es una contienda cualquiera. La lucha para liberar a las masas requiere otros atributos. Seleccionar a hombres para puestos privilegiados, unirlos en el espíritu de casta, debilitar y disciplinar a las masas, son, en cambio, tareas para las cuales los atributos de Stalin no tienen precio y le convierten por derecho propio en caudillo de la reacción burocrática. [Sin embargo,] Stalin sigue siendo una mediocridad. No sólo carece de vuelo su entendimiento, sino que es incapaz de discurrir con lógica. Cada frase de sus discursos tiene una finalidad práctica inmediata. Pero un discurso suyo, en conjunto, nunca se eleva al rango de una construcción lógica.

Si Stalin hubiera podido prever hasta dónde conduciría su lucha contra el trotskismo, indudablemente se hubiera contenido, a pesar de la perspectiva de victoria contra sus antagonistas. Pero no previó absolutamente nada. Los vaticinios de sus adversarios, de que se convertiría en adalid del Termidor, en enterrador del Partido de la Revolución, le parecían vanas fantasías [y expresiones huecas]. Creía en la suficiencia de la máquina del Partido, en su capacidad de realizar todas las tareas. No tenía la menor idea del papel histórico que estaba representando. La falta de imaginación creadora, su incapacidad de generalizar y prever mató en Stalin al revolucionario tan pronto empuñó por su cuenta el timón. Pero esos mismos rasgos, respaldados por su autoridad de antiguo revolucionario, le permitieron disimular el auge de la burocracia termidórica.

Su ambición adquirió un tinte de asiática incultura, intensificada por la técnica europea. Le era indispensable que la Prensa le ensalzase a diario con extravagancia publicara sus retratos, se refiriera a él con el más mínimo pretexto, e imprimiese su nombre en grandes titulares. Hoy, hasta los telegrafistas saben que

no deben admitir un telegrama dirigido a Stalin en que no se le llame padre del pueblo, o el gran maestro, o genio. La novela, la ópera, el cine, la pintura, la escultura, incluso las exposiciones agrícolas, todo ha de girar en torno a Stalin como en torno a su eje. La literatura y el arte de la época estalinista pasarán a la historia como ejemplo del más absurdo y abyecto bizantinismo. [En 1925, Stalin estaba resentido con Lunacharsky porque éste había dejado de mencionarle en un libro suyo como uno entre muchos prohombres. Pero unos doce o más años después] el gran escritor [ruso] Alexis Tolstoy, que lleva el nombre de uno de los más insignes y más independientes escritores del país, escribía a propósito de Stalin:

*Tú, refulgente sol de las naciones,  
sol sin ocaso de nuestra época,  
y más que el sol, pues el sol no es sapiente...*

[Y Stalin lo tomó en serio. Le complace. Y más aún se regocija, sin duda, cuando algún escritor de segunda fila se acerca más a su propio nivel literario con el siguiente *Canto al sol que vuelve*, que dice, entre otras cosas:]

*De Stalin nos llega la luz,  
y de Stalin nuestra próspera vida...  
aun la buena vida de la tundra que baten las nieves  
la vivimos unidos a él,  
al hijo de Lenin,  
a Stalin el sabio.*

[Stalin no advierte que tales efusiones literarias suenan] más a gruñido de puerco [que a poesía]. El artículo sobre el zar Alejandro III, de «dichoso reinado», escrito para una Enciclopedia rusa por un obsequioso cortesano, es un modelo de veracidad, moderación y buen gusto comparado con el artículo sobre Stalin inserto en la postrer Enciclopedia soviética.

El bloque con Zinoviev y Kamenev contuvo a Stalin. Habiendo pasado largos períodos de aprendizaje bajo Lenin, apreciaba el valor de las ideas y de los programas. Aunque de vez en cuando incurría en monstruosas desviaciones del programa del bolchevismo, y en violaciones de su integridad ideológica, todo ello con apariencias de subterfugio militar, nunca trasponía ciertos lími-

tes. Pero cuando el triunvirato se deshizo, Stalin se encontró libre de todo freno ideológico. Los miembros del Politburó no se vieron ya desconcertados por su falta de fondo o su extrema ignorancia. Discusiones y argumentos perdieron toda su influencia, especialmente en lo relativo a asuntos del Komintern. Por aquel tiempo, ni un solo miembro del Politburó hubiera reconocido que ninguna de las secciones extranjeras tuviese la menor significación independiente. Todo se reducía a la cuestión de si estaban «por» o «contra» la oposición. En el curso de los años precedentes, una de mis tareas en el Komintern había consistido en observar el movimiento obrero francés. Después del levantamiento en el Komintern, que comenzó a fines de 1923 y persistió todo el año 1924, los nuevos dirigentes de las diversas secciones tendían a desviarse cada vez más de las viejas doctrinas. Recuerdo que una vez llevé a una sesión del Politburó el último número del órgano central del Partido Comunista francés y traduje unos pasajes del artículo programático. Aquellos pasajes expresaban con tal vigor la ignorancia de sus [autores] y su oportunismo, que por un minuto hubo cierta confusión en el Politburó. Pero, naturalmente, ellos no podían abandonar a sus «muchachos». El único miembro de aquel Politburó stalinista que creía saber algo de francés, eco tenue de sus años escolares de adolescente, era Rudzutak. Me pidió el recorte y comenzó a traducirlo a primera vista, omitiendo palabras y frases desconocidas para él, deformando el sentido de otras, y adicionando sus propios caprichosos comentarios. Al punto, todos le apoyaron a coro. Es difícil dar idea del sentimiento de pena, de indignación...

Hoy parecería casi inútil someter a una evaluación teórica la producción de literatura contra el trotskismo que, a pesar de la escasez de papel, inundó literalmente la Unión Soviética. El mismo Stalin no hubiera podido volver a leer todo cuanto escribió y dijo aproximadamente desde 1923 a 1929, pues está en flagrante contradicción con todo lo que escribió, dijo e hizo en el curso del decenio siguiente. Tan por completo lo repudia con sus últimos asertos, que reproducir esa basura política, incluso en extractos de suma concisión, sería una labor de Sísifo para mí, y tan insípida como agua de fregar para el paciente lector. Para nuestro objeto es suficiente indicar sólo las pocas ideas nuevas salientes que, poco a poco, cristalizaron en el curso de la polémica entre la máquina stalinista y la oposición, y adquirieron importancia decisiva en cuanto proporcionaban puntos ideológicos de apoyo a los iniciadores de la lucha contra el trotskismo. En torno a esas ideas se

agruparon las fuerzas políticas. Eran tres en conjunto, y a su tiempo se suplieron y remplazaron en parte unas a otras.

La primera se refería a la industrialización. El triunvirato comenzó alzándose contra el programa de industrialización preconizado por mí y a favor de la polémica lo tildaron de superindustrialización. Tal actitud se intensificó aún más cuando se deshizo el triunvirato y Stalin formó bloque con Bujarin y el ala derecha. La tendencia general del criterio oficial contra la llamada superindustrialización, sostenía que la industrialización rápida únicamente es posible a costa del campesinado. Por consiguiente, hay que avanzar a paso de caracol. La cuestión del ritmo de la industrialización no tiene importancia, en realidad; y así, sucesivamente. Lo cierto es que la burocracia no quería perturbar a aquellas capas de la población que habían comenzado a enriquecerse, a la espuma de la pequeña burguesía *nepista*. Este fue su primer error de bulto en su lucha contra el trotskismo. Pero nunca reconoció su error. Simplemente dio un salto mortal a propósito del asunto, y acometió alegremente la tarea de batir todos los antiguos records de superindustrialización..., por desgracia, predominantemente en el papel y en los discursos.

En la segunda fase, durante 1924, la lucha se concentró contra la teoría de la revolución permanente. El contenido político de esta contienda se redujo a la tesis de que no estamos interesados en la revolución internacional, sino en nuestra propia seguridad, a fin de desarrollar nuestra economía. La burocracia tenía cada vez más miedo de arriesgar su posición por el peligro de complicación implícita en una política revolucionaria internacional. La campaña contra la doctrina de la revolución permanente; carente de valor teórico intrínseco, sirvió de expresión a una desviación conservadora nacionalista del bolchevismo. De esta lucha surgió la teoría del socialismo en un país aislado. Sólo entonces vinieron Zinoviev y Kamenev a comprender las complicaciones de la lucha que ellos mismos iniciarán.

La tercera idea de la burocracia en su campaña contra el trotskismo se relacionaba con la lucha contra la nivelación, contra la igualdad. El aspecto teórico de esta contienda tenía el carácter de curiosidad. En la carta de Marx relativa al programa de Gotha de la Socialdemocracia alemana, Stalin halló una frase en el sentido de que durante el primer período del socialismo, la desigualdad, o, como Marx decía, la prerrogativa burguesa en la esfera de la distribución ha de mantenerse aún. Marx no quería significar con esto la creación de una nueva desigualdad, sino

simplemente una eliminación gradual más bien que repentina de la antigua desigualdad en la esfera de la retribución. Esta cita se interpreta erróneamente como declaración de los derechos y privilegios de los burócratas y sus satélites. El futuro de la Unión Soviética quedaba ahí divorciado del futuro del proletariado internacional, y la burocracia se encontraba con una justificación teórica de privilegios y poderes especiales sobre las masas trabajadoras dentro de la Unión Soviética.

Parecía como si la Revolución hubiese combatido y vencido expresamente para la burocracia, que refiía furiosa y sañuda batalla contra la nivelación, la cual amenazaba sus privilegios, y contra la revolución permanente, que ponía en peligro su existencia misma. No es extraño que en esta lucha encontrase Stalin muchedumbre de partidarios. Entre ellos había antiguos liberales, *essars* y mencheviques. Acudían a bandadas al Estado e incluso a la máquina del Partido, cantando hosannas al sentido práctico de Stalin.

La lucha contra la superindustrialización se sostuvo con mucha cautela en 1922, y abierta y tempestuosamente se inició a toda publicidad en 1924, y continuó luego en distinta forma y con diversas interpretaciones en el curso de todos los años siguientes. La lucha contra las acusaciones de Trotsky sobre la desigualdad comenzó hacia fines de 1925, y se convirtió, en esencia, en el eje del programa social de la burocracia. La controversia relativa a la superindustrialización se llevó franca y directamente en provecho de los *kulaks*. El paso de caracol en el desarrollo industrial se necesitaba para dar al *kulak* un antídoto anodino contra el socialismo. Esta filosofía era, al mismo tiempo la filosofía del ala derecha, además de ser la del centro stalinista. La teoría del socialismo en un solo país fue propugnada en aquel período por un bloque de la burocracia, con la pequeña burguesía agraria y urbana. La lucha contra la igualdad unió más sólidamente que nunca a la burocracia, no sólo con la pequeña burguesía agraria y urbana, sino también con la aristocracia obrera. La desigualdad se transformó en la base social común, la fuente y la razón de ser de estos aliados. De este modo, vínculos económicos y políticos solidarizaron a la burocracia y a la pequeña burguesía de 1923 a 1928.

Entonces fue cuando el Termidor ruso desplegó su más evidente semejanza con su prototipo francés. Durante aquel período se permitió al *kulak* tomar en alquiler la tierra del campesino pobre y alquilar a éste como jornalero suyo. Stalin se disponía ya a dejar la tierra a propietarios particulares por un período de

cuarenta años. Poco después de la muerte de Lenin hizo una tentativa clandestina de transferir la tierra nacionalizada, como propiedad particular, a los campesinos de su Georgia natal, bajo la apariencia de «posesión» de «parcelas particulares» por «muchos años». Aquí puso una vez más de manifiesto lo fuertes que eran sus antiguas raíces agrarias y su dominante y profundo nacionalismo georgiano. Por orden secreta de Stalin, el comisario popular georgiano de Agricultura preparó un proyecto para dar la tierra en posesión a los campesinos. Sólo la protesta de Zinóviev, que tuvo noticia de la conspiración, y la alarma levantada por el proyecto en los círculos del Partido, obligaron a Stalin, que aún no se sentía seguro de sí mismo, a repudiar su propio proyecto. Naturalmente, la cabeza de turco resultó ser en este caso el infortunado comisario popular georgiano.

Pero Stalin y su aparato se hicieron cada vez más osados, especialmente después de librarse de la influencia moderadora de Zinóviev y Kamenev. En efecto, la burocracia llevó tan lejos su atrevimiento en favor de los intereses y peticiones de sus aliados, que en 1927, todos se dieron cuenta, como desde un principio se la dio todo economista letrado, de que las exigencias de su aliado burgués eran limitadas por su propia naturaleza. El *kulak* quería la tierra, su exclusiva propiedad. El *kulak* quería tener derecho a disponer libremente de su cosecha entera. El *kulak* hacía todo lo posible por crear sus propios agentes en la ciudad, en forma de comerciantes e industriales libres. El *kulak* no quería transigir con entregas forzosas a precios fijos. El *kulak*, juntamente con el industrial modesto, trabajaba por la completa restauración del capitalismo. Así se inició la irreconciliable brega alrededor del producto sobrante del trabajo nacional. ¿Quién dispondrá de él en el próximo futuro: la nueva burguesía o la burocracia soviética? Esta fue la inmediata cuestión planteada. Quien disponga del producto sobrante cuenta con el poder del Estado. Así comenzó la lucha entre la pequeña burguesía, que había ayudado a la burocracia a quebrantar la resistencia de las masas obreras y de sus portavoces de la oposición izquierdista, y la misma burocracia termidórica, que había ayudado a la pequeña burguesía a dominar a las masas agrarias. Era una porfía descarada por el poder y la renta.

Evidentemente, la burocracia no derrotó a la vanguardia proletaria, se libró de las complicaciones de la revolución internacional y legítimo la filosofía de la desigualdad, para rendirse luego a la burguesía y convertirse en criado suyo, y ser acaso desplazada a

su vez de la olla del Estado. La burocracia se asustó mortalmente de las consecuencias de su política de seis años. En consecuencia, volvióse airada contra el *kulak* y el *nepista*. Al mismo tiempo, emprendió el llamado tercer período y la lucha contra los derechos. A los ojos de los papanatas, la teoría y la política del tercer período pareció una vuelta a los principios básicos del bolchevismo. Pero no había nada de eso. Se trataba sólo de un medio para un fin, el fin de barrer a la oposición derechista y a sus satélites. Las estúpidas travesuras del famoso tercer período dentro y fuera del país son demasiado recientes para que necesiten descripción aquí. Serían ridículas, si sus efectos sobre las masas no hubieran sido tan trágicos. No es un secreto para nadie que en la lucha contra el ala derecha, Stalin aceptó la limosna de la oposición de izquierda. Él no aportó una sola idea. Su labor intelectual se limitó a amenazar y a repetir las consignas y argumentos de la oposición, deformándolos demagógicamente, como es natural. No solamente recogió los viejos guiñapos de la oposición, sino que, para disimularlos, arrancó de ellos pedazos, y sin tomarse el trabajo de unirlos para formar una nueva enseña (tales primores nunca le inquietaron) cubrió con ellos su desnudez a compás de las necesidades. Sin embargo, no puede decirse que aquellos andrajos, compuestos de una manga izquierda, un bolsillo derecho, una pernera (todo ello cortado a la medida de algún otro), pudieran estimarse como vestimenta satisfactoria para la desnudez del líder. Y sus secuaces no le podían ayudar, pues habían de ajustar perfectamente su paso a los movimientos del padre de naciones.

La literatura de la oposición de izquierda en 1926-1927, en cambio, se distingue por su excepcional riqueza. La oposición reaccionó a cada indicio de vida fuera y dentro del país, a cada acto del Gobierno, a cada decisión del Politburó, con documentos individuales y colectivos dirigidos a las diversas instituciones del Partido, principalmente al Politburó. Aquellos fueron los años de la Revolución china, del Comité anglorruso y de una gran confusión en cuestiones internas. La burocracia continuaba aún tanteando su camino, dando tumbos de derecha a izquierda y luego a la inversa. Mucho de lo que escribió la oposición, no estaba destinado a la Prensa general, sino sólo a informar a las instituciones rectoras del Partido. Pero, incluso lo que se escribía especialmente para *Pravda* o para la revista teórica mensual *El Bolchevique*, nunca llegó a publicarse en la Prensa soviética.

La mayoría del Politburó había resuelto firmemente estrangular a la oposición (al menos, ahogarla, sofocarla, eliminarla, para-

lizarla). Este era el modo de contestar Stalin a los argumentos. No todos los miembros del Politburó estaban conformes con este método; pero, poco a poco, Stalin los hizo participar en la pelea. Fue podando sus reservas mentales, limando sus prejuicios y haciendo cada paso ulterior consecuencia inevitable del precedente. Allí estaba él en su elemento; en tal ambiente, su maestría era indiscutible. Llegó una época en que los miembros disconformes del Politburó se cansaron de protestar, siquiera comedidamente, contra los disparates de los «activistas» más torpes de Stalin. Y, poco a poco, se vieron impulsados desde un silencio indiferente a la pública aprobación de un atropello tras otro...

La parte de los escritos oposicionistas que conseguí llevarme en ocasión de mi expulsión a Turquía, se conserva actualmente en la Biblioteca de Harvard y está a disposición de cuantos puedan interesarse por el estudio de la reseña de aquella notable pugna en las fuentes originales. Repasando esos documentos mientras escribo la presente obra (esto es, casi quince años más tarde), tengo que admitir que la oposición estaba acertada en dos aspectos: vaticinaba con razón y hablaba intrépidamente a la vez; dio pruebas de notable brío y persistencia en el desarrollo de su línea política. Los argumentos de la oposición nunca han sido refutados. No es difícil imaginarse el furor que despertaban en Stalin y en los íntimos de su camarilla. La superioridad intelectual y política de los representantes de la oposición sobre la mayoría del Politburó se echa de ver en cada línea de los documentos oposicionistas. Stalin nada tenía que decir en respuesta, ni intentó nunca darla. Recurría al mismo método que había sido parte de sí mismo desde su temprana juventud, y que consistía en no discutir con un adversario, descubriendo sus propias opiniones delante de un auditorio, sino comprometerle personalmente, y si le era posible, exterminarle físicamente. Su impotencia intelectual ante la argumentación, ante la crítica, daba origen a la furia, y ésta, a su vez, le impulsaba a apresurar sus medidas para liquidar a la oposición. Así pasaron los años 1926-1927. Aquel período constituyó simplemente un ensayo general de la perfidia y la degeneración que asombraron al mundo diez años después.

A un lado de esa gran polémica estaba la oposición de izquierda, intelectualmente iluminada, incansable en sus demostraciones e indagaciones, esforzándose con afán por hallar solución adecuada a los problemas de las mudables situaciones internacionales e internas, sin violar por ello las tradiciones del Partido. Al otro lado, el frío empeño de la pandilla burocrática para dar buena

cuenta de sus críticos, de sus contendientes, de los perturbadores que no los dejaban tranquilos, que no les permitían disfrutar en paz del triunfo que habían conseguido. Mientras algunos miembros de la oposición estaban atareados analizando los errores básicos de la política oficial en China o sometiendo a crítica el bloque con el Consejo General de los Sindicatos Británicos, Stalin hizo correr el rumor de que la oposición apoyaba a Austin Chamberlain contra la Unión Soviética, que éste o el otro opositor estaba usando indebidamente automóviles del Estado, que Kamenev había firmado un telegrama a Miguel Romanov, que Trotsky había escrito una carta frenética contra Lenin. Y siempre las fechas, las circunstancias, todos esos detalles quedaban envueltos en niebla.

No eran éstos solos los métodos de refutación stalinista. El y sus paniaguados descendían, incluso, a pescar en las fangosas aguas del antisemitismo. Me acuerdo, sobre todo, de una caricatura en la *Rabochaya Gazeta* (*Gaceta de los Trabajadores*), titulada «Los camaradas Trotsky y Zinoviev». Hubo muchas de estas caricaturas y aleyas de carácter antisemita en la Prensa del Partido, que eran acogidas con socarronas risitas. La actitud de Stalin ante este creciente antisemitismo era de amistosa neutralidad. Pero las cosas llegaron a tal punto, que tuvo necesidad de atajarlas con una declaración pública del tenor siguiente: «Estamos combatiendo a Trotsky, Zinoviev y Kamenev, no porque sean judíos, sino porque son opositores», etc. Era absolutamente claro para cualquiera que discurriese políticamente que su declaración deliberadamente equívoca, iba simplemente contra los «excesos» de antisemitismo, difundiendo a la vez por toda la Prensa soviética el significativo recordatorio: «No olvidéis que los líderes de la oposición son judíos.» Tal declaración dio carta blanca a los antisemitas.

La mayoría de los miembros del Partido votó por la derrota de la oposición contra su voluntad, contra sus simpatías, contra sus recuerdos mismos. Se habían visto inducidos a votar como lo hicieron gradualmente, bajo la presión de la máquina, lo mismo que la máquina fue lanzada a la lucha contra la oposición de arriba abajo. Stalin dejó los papeles principales a Zinoviev, Kamenev, Bujarin y Rikov, porque estaban mucho mejor pertrechados que él para sostener una polémica abierta contra la oposición, pero, a la vez, porque no quería quemar tras él todos los puentes. Los fuertes golpes descargados sobre la oposición, golpes que por entonces parecieron decisivos, despertaron una simpatía secreta,

pero, no obstante, profunda por los vencidos y decidida hostilidad hacia los vencedores, especialmente hacia las dos figuras más visibles, Zinoviev y Kamenev. Stalin acumulaba capital entonces también. Públicamente se disoció de Kamenev y Zinoviev, haciéndoles aparecer como principales culpables de la impopular campaña contra Trotsky. Y asumió el papel de conciliador, de mediador imparcial y moderado en la lucha faccional.

En 1925, Zinoviev, tratando de impresionar a Rakovsky con sus triunfos de bandería, dijo, hablando de mí: «Un político mediocre. No supo dar con la táctica adecuada. Por eso le desbanaron.» Un año después, este infortunado detractor de mi táctica estaba llamando humildemente a la puerta de la oposición izquierdista. Ni él ni Kamenev pudieron imaginarse todavía en 1925 que se habían convertido en instrumentos de la reacción burocrática; erraron entonces, como en 1917. En 1926 se dieron cuenta de que no había otra «táctica» posible para un revolucionario, pues, al fin y al cabo, ellos eran de la vieja guardia, que no podía honradamente concebir el bolchevismo sin su perspectiva internacionalista y su dinamismo revolucionario. Aquello era la tradición que los viejos bolcheviques estaban llamados a sostener. Por eso, todo el Partido, de los tiempos de Lenin los miraba como un capital irremplazable. El interés especial y excepcional de Lenin por la vieja generación de revolucionarios se inspiraba en su consideración política tanto como en su solidaridad de camarada. Cuando Zinoviev alardeaba ante Rakovsky de su propia afortunada «táctica» contra mí, blasonaba de haber disipado y derrochado ese capital. De 1923 a 1926, por iniciativa y, al principio, bajo la dirección de Zinoviev, la batalla contra el internacionalismo marxista calificado de «trotskismo» se libró enarbolando la consigna de salvar la vieja guardia del bolchevismo. Se creó una Comisión especial que vigilara el estado de salud de los viejos veteranos bolcheviques. El sesgo en dirección al Termidor descarado no se acusó de modo tan flagrante en nada como en las transacciones políticas de la misma vieja guardia. [Aquello fue] seguido de su exterminio físico. La Comisión para cuidar de la salud de los viejos bolcheviques fue sustituida al final por un pequeño destacamento de ejecutores [de la G.P.U.], a quien Stalin agradeció con la Orden de la Bandera Roja.

Lefebvre [en su libro *Les Thermidorians*] subraya que la misión de los termidoricos consistió en presentar el 9 de Termidor como un episodio de poca importancia: una simple depuración de elementos enemigos para preservar el núcleo fundamental de

los jacobinos y continuar su política tradicional. En el primer período del Termidor, el ataque no fue contra los jacobinos en su conjunto, sino sólo contra los terroristas. [un proceso análogo se repitió en el Termidor soviético.] La campaña contra el trotskismo comenzó en defensa de la vieja guardia y de la línea política bolchevique; continuó en nombre de la unidad del Partido y culminó con el exterminio físico de los bolcheviques en su integridad. Durante ambos Termidores este aniquilamiento de revolucionarios se llevó a cabo en nombre de la Revolución y, al parecer, por el máximo interés de la misma. Los jacobinos no fueron exterminados por jacobinos, sino por terroristas, por robespierristas, etc.; de manera análoga, los bolcheviques no fueron aniquilados como tales, sino como trotskistas, zinovievistas, bujarinistas... Hay una notable similitud entre la expresión rusa *Tratskijskoye oïvostiye*, que adquirió plenos derechos civiles en las publicaciones soviéticas, y el título de un folleto publicado por la *Méhée de la Touche* el 9 de Fructidor, *La queue de Robespierre*. Pero la semejanza entre ambos métodos termidóricos fundamentales es aún más notable. Lefebvre escribe que el día siguiente al 9 de Termidor, hablando en nombre de los miembros del Comité de Salud Pública, Barère aseguraba a la Convención que nada importante había ocurrido.

\* Hablando en su nombre el 10 de Termidor, Barère declaró que los sucesos ocurridos el día anterior no eran más que «una pequeña perturbación que dejaba intacto al Gobierno...».

[Y tres semanas después:]

\* El 2 de Fructidor (19 de agosto), Louchet, el mismo hombre que había presentado la acusación contra Robespierre, describía el progreso de la reacción, volvía a pedir que se arrestase a todos los sospechosos, y declaraba que era necesario «mantener el Terror en el orden del día...».

[Este golpe contra la izquierda dejó naturalmente desenfundada a la derecha, y las pasiones subieron de punto:]

\* Los termidóricos, forzando el nuevo estado de cosas, tenían sobre todo temor de... una sublevación. Los elementos derechistas explotaban este temor. Comenzó entonces una «purga» de clubs, con arrestos y asesinatos de jacobinos. Los derechistas, sos-

tenidos por los de Termidor, hicieron lo posible desde aquel momento por presentar todo signo de descontento, crítica o indignación, tanto en París como en provincias, cual si fuese prueba de conspiración por parte de los terroristas.

El prestigio de los dirigentes todos, y no sólo el prestigio personal de Lenin, constituían en su totalidad la autoridad del Comité Central. El principio de jefatura individual era absolutamente ajeno al Partido. Este escogía las figuras más populares para la dirección, ponía en ellos su confianza y admiración, pero continuaba adherido a la idea de que la dirección efectiva encarnaba en el Comité Central indivisible. Esta tradición fue aprovechada con gran ventaja por el triunvirato, que insistió sobre la superioridad del Comité Central respecto a toda autoridad individual. Stalin, arbitrista, centrista y ecléctico por excelencia, experto en pequeñas dosis gradualmente administradas, se sirvió cínicamente de aquella confianza [en el Comité Central] para su beneficio propio.

A fines de 1925, Stalin todavía hablaba a los dirigentes en tercera persona e instigaba al Partido contra ellos. Recibía los aplausos de la capa media de la burocracia, que rehusaba inclinar su cabeza ante líder alguno. Pero, en realidad, Stalin era ya un dictador. Era un dictador, pero aún no lo percibía, y nadie lo estimaba como tal. Era un dictador, no por la fuerza de su personalidad, sino por el poder de la máquina política que había roto con sus líderes antiguos. Todavía en el XVI Congreso de 1930, Stalin dijo: «¿Preguntáis por qué hemos expulsado a Trotsky y a Zinoviev? Porque no queremos tener aristócratas en el Partido, porque sólo tenemos una ley en el Partido, y todos los miembros del Partido tienen los mismos derechos.» Y lo reiteró más tarde, en el XVII Congreso de 1934.

Smilga puso de relieve, hablando conmigo unos diez años después de la insurrección de octubre, que durante los cinco primeros años existió una tendencia encubierta a ajustar diferencias; se taponaron antiguos boquetes, se curaron viejas heridas, hubo reconciliaciones, etc., mientras que en el curso de los cinco años siguientes, a partir de 1923, el proceso se invirtió; las grietas se ensanchaban, la menor discrepancia se dilataba y agudizaba, y no había herida sin encono. El Partido bolchevique, en su antigua forma, con sus viejas tradiciones y sus antiguos componentes, se hacía cada vez más refractario a la nueva capa dominante.

En esta contradicción está la esencia del Termidor. Estériles y

absurdos son los trabajos de Sísifo de quienes tratan de reducir todas las posteriores vicisitudes a unos cuantos atributos originales, como si un partido político fuese una entidad homogénea y un factor omnipotente de la historia. Un partido político es sólo un instrumento histórico transitorio, uno de los muchos instrumentos y escuelas de la historia. El Partido bolchevique se señaló a sí mismo como meta la conquista del poder por el proletariado. Puesto que el Partido realizó esa tarea por primera vez en la historia y enriqueció la experiencia humana con tal hazaña, ha cumplido una misión histórica trascendental. Sólo quienes se perecen por la discusión abstrusa pueden pedir de un partido político que sojuzgue y elimine los factores, mucho más poderosos, de masas y clases hostiles a él. La limitación del partido como instrumento histórico se manifiesta por el hecho de que al llegar a cierto punto, en un determinado momento, comienza a disgregarse. Bajo la influencia de presiones internas y externas, se resquebraja y agrieta, y sus órganos comienzan a atrofiarse. Iniciado este proceso de descomposición, lentamente al principio, en 1923, su ritmo aumentó de prisa. El viejo Partido bolchevique y sus antiguos cuadros heroicos siguieron el camino de todo ser perecedor; sacudido por accesos de fiebre y espasmos, y ataques dolorosísimos, terminó por sucumbir. Para establecer el régimen que con toda justicia llaman stalinista, lo que en verdad hacía falta no era un partido bolchevique, sino precisamente exterminar al Partido bolchevique.

Numerosos críticos, publicistas, corresponsales, historiadores, biógrafos y diversos sociólogos de afición han pretendido hacer ver a la oposición izquierdista lo equivocado de sus métodos, diciendo que la estrategia de esta oposición no era factible desde el punto de vista de la lucha por el poder. Sin embargo, no era justo el modo de examinar la cuestión. La oposición izquierdista no podía lograr el poder, ni esperaba siquiera lograrlo; al menos, éste era el criterio de sus dirigentes más sensatos. Una lucha de la oposición izquierdista, de una organización marxista revolucionaria por el poder sólo podía concebirse en las condiciones de un levantamiento revolucionario. En tales momentos, la estrategia se basa en la agresión, en el llamamiento directo a las masas, en ataque frontal contra el Gobierno. Algunos miembros de la oposición izquierdista habían tomado no escasa parte en tal lucha y tenían conocimiento directo de cómo efectuarlo. Pero durante los primeros años del segundo decenio, y más tarde, no hubo alzamiento revolucionario alguno en Rusia, sino todo lo contrario. En

tales circunstancias no había que pensar en emprender una campaña por el poder.

Hay que tener presente que en los años de la reacción, de 1908 a 1911 y después, el Partido bolchevique rehusó entablar una ofensiva directa contra la monarquía, limitándose a la tarea de preparar la eventual ofensiva luchando por el resurgimiento de las tradiciones revolucionarias y por la conservación de ciertos cuadros, sometiendo los acontecimientos sucesivos a un análisis constante, y utilizando toda posibilidad legal o semilegal para adiestrar a la capa más avanzada de los trabajadores. La oposición izquierdista no podía proceder de otro modo en condiciones semejantes. En efecto, las condiciones de la reacción soviética eran incomparablemente más difíciles para la oposición que lo fueron las de la reacción zarista para los bolcheviques. Pero, en su fundamento, la tarea continuaba siendo la misma: conservar las tradiciones revolucionarias, mantener contacto entre los elementos avanzados dentro del Partido, analizar las peripecias del Termidor, preparar el alzamiento revolucionario en el palenque mundial, así como en la Unión Soviética. Había peligro en que la oposición menospreciara sus fuerzas y abandonase prematuramente la prosecución de su tarea después de algunos intentos, en que la guardia avanzada necesariamente chocase no sólo contra la resistencia de la burocracia, sino también con la indiferencia de las masas; y, asimismo, lo había en que, habiéndose convencido de la imposibilidad de asociarse abiertamente a las masas, incluso a su vanguardia, la oposición renunciara a la lucha y se echara a esperar tiempos mejores. Esto era exponerse a perder por completo...

La Revolución machaca y destruye la maquinaria del viejo Estado. Ahí reside su esencia. La liza está repleta de contendientes. Ellos deciden, actúan, legislan a su modo, exento de precedentes; juzgan y dan órdenes. La esencia de la revolución está en que la misma masa se constituye en propio órgano ejecutivo. Pero cuando la masa se retira del palenque, vuelve a sus diversas residencias, a sus viviendas particulares, perpleja, desilusionada, cansada, el teatro de los acontecimientos queda desolado. Y su frialdad se intensifica cuando lo ocupa la nueva máquina burocrática. Naturalmente, los encargados de ella, inseguros de sí mismos y de las masas, tienen recelo. Por eso, en la época de la reacción victoriosa, la máquina políticomilitar desempeña un papel mucho más importante que bajo el antiguo régimen. En esta oscilación de la Revolución al Termidor, la índole específica del Termidor ruso proviene del papel que el Partido tomó en él. La Revolución fran-

cesa no tuvo nada de esto a disposición suya. La dictadura de los jacobinos, personificada en el Comité de Salud Pública, duró solamente un año. Esta dictadura tenía un efectivo apoyo en la Convención, mucho más fuerte que los clubs y secciones revolucionarias. Aquí está la clásica contradicción entre la dinámica de la revolución y la reflexión parlamentaria. Los elementos más activos de las clases participan en la pugna revolucionaria de fuerzas. Los demás (los neutrales, los que permanecen a la expectativa, los retrasados) parecen excluirse ellos mismos. En época de elecciones, aumenta la participación, que se extiende a una porción considerable de los semipasivos y los semiindiferentes. En tiempos de revolución, los representantes parlamentarios son enormemente más moderados y temporizadores que los grupos revolucionarios a quienes representan. Para dominar la Convención, los montañeses dejaron que la Convención rigiese al pueblo, mejor que los elementos revolucionarios del mismo pueblo fuera de la Convención.

A pesar del carácter incomparablemente más profundo de la Revolución de octubre, el Ejército del Termidor soviético se reclutó esencialmente entre los restos de los partidos que anteriormente habían regido, y de sus representantes ideológicos. Los antiguos hacendados rurales, capitalistas, hombres de leyes, sus hijos (esto es, los que no habían huido al extranjero) fueron absorbidos por la máquina del Estado, y algunos incluso por el mismo Partido. Una inmensa mayoría de los admitidos en la maquinaria del Estado y del Partido habían sido anteriormente miembros de los partidos pequeñoburgueses: mencheviques y *essars*. A éstos hay que añadir un enorme número de positivistas mondos y lirondos que habían estado acurrucados al margen durante la época tempestuosa de la Revolución y la guerra civil, y que, convencidos al cabo de la estabilidad del Gobierno soviético, se dedicaron con singular pasión a la noble tarea de asegurarse cargos permanentes y cómodos, si no en el centro, al menos en las provincias. Toda esta enorme multitud abigarrada era el soporte natural del Termidor.

Sus sentimientos iban desde el rosa pálido al blanco níveo. Los *essars*, naturalmente, estaban en todo momento y de cualquier modo dispuestos a defender los intereses de los campesinos contra las amenazas de los industrializadores de mala intención, en tanto que los mencheviques, en general, consideraban que debía darse más libertad y tierra a la burguesía rural, de la que habían pasado a ser portavoces políticos. Los representantes que

quedaban de la gran burguesía y de los hacendados rurales, y que habían encontrado acceso a empleos gubernamentales, naturalmente se acogieron a los campesinos como a su tabla de salvación. No podían esperar éxito alguno como campeones de los intereses de su propia clase, por el momento, y se daban perfecta cuenta de que habrían de pasar un cierto lapso defendiendo a los campesinos. Ninguno de estos grupos podía levantar sin reserva la cabeza. Todos ellos necesitaban el tinte protector del partido dominante y del bolchevismo tradicional. La lucha contra la revolución permanente significaba para ellos la lucha contra la institución permanente de los despojos que habían sufrido. Es natural que aceptaran gustosos como dirigentes a los bolcheviques que se volvían contra la revolución permanente.

La economía revivió. Apareció un pequeño superávit. Naturalmente, se concentró en las ciudades, a disposición de las capas rectoras. Con ello vino una reanimación de los teatros, restaurantes y otros establecimientos de recreo. Centenares de miles de personas de diversas profesiones que pasaron los vigorosos años de la guerra en una especie de coma, ahora resurgían, estiraban sus miembros y comenzaban a participar en el restablecimiento de la vida normal. Todos ellos estaban de parte de los adversarios de la revolución permanente. Todos ellos querían paz, crecimiento y robustecimiento del campesinado, y prosperidad continua de los establecimientos de recreo de las ciudades. Y trataban de asegurar la permanencia de este rumbo más bien que de la revolución. El profesor Ustryalov preguntaba si la Nueva Política Económica de 1921 fue una «táctica» o una «evolución». Esta pregunta incomodó mucho a Lenin. El curso ulterior de los acontecimientos mostró que la «táctica», merced a una especial configuración de las condiciones históricas, llegó a ser la fuente de la «evolución». La retirada estratégica subsiguiente del Partido revolucionario fue como el principio de su degeneración.

La contrarrevolución se inicia cuando comienza a desarrollarse el carrete de las conquistas sociales progresivas. Y este desarrollo no parece tener fin. Pero siempre se conservan algunas de tales conquistas. Así, a despecho de monstruosas deformaciones burocráticas, la base clasista de la U. R. S. S. continúa siendo proletaria. Pero recordemos que este proceso de desarrollo aún no ha terminado, y que el futuro de Europa y del mundo durante los próximos decenios no se ha decidido todavía. El Termidor ruso habría abierto indudablemente una nueva era de dominio burgués, si tal dominio no se hubiese desacreditado en todo el mun-



do. En todo caso, la lucha contra la igualdad y el establecimiento de diferencias sociales muy profundas no ha conseguido hasta ahora eliminar la conciencia socialista de las masas ni la nacionalización de los medios de producción y de la tierra, que fueron las conquistas socialistas básicas de la Revolución. Aunque deroga tales gestas, la burocracia no se ha atrevido todavía a recurrir a la restauración de la propiedad privada de los medios de producción. A final del siglo XVIII, la propiedad privada de los medios de producción fue un factor de importancia progresiva considerable. Aún le quedaba Europa y el mundo por conquistar. Pero en nuestros tiempos, la propiedad privada es el único obstáculo serio que se opone al desarrollo adecuado de las fuerzas productoras. Aunque por la índole de su nuevo modo de vivir, su conservadurismo, sus simpatías políticas, la inmensa mayoría de la burocracia se inclinaba hacia la nueva pequeña burguesía, sus raíces económicas estaban bien hundidas en el terreno de las nuevas condiciones de propiedad. El crecimiento de las relaciones burguesas amenazaban no sólo la base socialista de la propiedad, sino también los cimientos sociales de la misma burocracia. Puede haberse sentido inclinada a repudiar la perspectiva socialista de desarrollo en favor de la pequeña burguesía; pero a ningún precio consentiría en repudiar sus propios derechos y privilegios para beneficiarla. Esta contradicción es la que condujo al durísimo conflicto entre la burocracia y el *kulak*.

Rousseau ha explicado que la democracia política era incompatible con una excesiva desigualdad. Los jacobinos, representantes de la base de la pequeña burguesía, estaban impregnados de esta doctrina. La legislación de la dictadura jacobina, especialmente el papel del *máximum*, se ajustaba a estas normas. Así ocurrió también con la legislación soviética, que desterró la desigualdad incluso del Ejército. Bajo el régimen de Stalin todo esto cambió, y hoy no sólo existe desigualdad social, sino también económica. La ha fomentado la burocracia, con cinismo y desvergüenza, en nombre de la doctrina revolucionaria del bolchevismo. En su campaña contra las acusaciones trotskistas de desigualdad, en su agitación por la escala diferencial de salarios, la burocracia invocaba las sombras de Marx y Lenin, y buscaba justificación para sus privilegios escudándose en el afanoso campesino «medio» y en el trabajador especializado. Alegaba que la oposición de izquierda trataba de despojar al trabajador competente del mayor salario a que tenía pleno derecho. Era la misma especie de disfraz demagógico empleado por el capitalista y el

terrateniente que derramaban lágrimas de cocodrilo en pro del mecánico experto, del modesto comerciante emprendedor y del trabajador sacrificado siempre. Era una maniobra magistral por parte de Stalin, y naturalmente halló inmediato eco entre los funcionarios privilegiados, que por primera vez vieron en él su jefe directo. Con desenfundado cinismo, la igualdad se denunció como prejuicio pequeñoburgués; la oposición fue denunciada como principal enemiga del marxismo y máxima pecadora contra los evangelios de Lenin. Reclinados en automóviles técnicamente propiedad del proletariado, de camino hacia los puntos de veraneo, también propiedad del proletariado, en los cuales sólo un puñado de elegidos tenían entrada, los burócratas risoteaban: «¿Para qué hemos estado luchando?» Esa irónica frase era muy popular a la sazón. La burocracia había respetado a Lenin, pero siempre les había parecido un poco fastidioso su puritanismo. Un chascarrillo corriente en 1926-1927 caracterizaba su actitud hacia los dirigentes de la oposición unida: «Toleran a Kamenev, pero no le respetan; respetan a Trotsky, pero no le toleran; a Zinoviev, ni le toleran ni le respetan.» La burocracia buscaba un líder que fuese el primero entre iguales. La firmeza de carácter de Stalin y su estrechez de miras inspiraba confianza. «No nos asusta Stalin —decía Yenukidze a Serebryakov—. Tan pronto como empiece a darse importancia, le destituiremos.» Pero, a la postre, fue Stalin quien se desembarazó de ellos.

El Terremoto francés, iniciado por los jacobinos de la izquierda, se convirtió al cabo en una reacción contra los jacobinos. «Terrorista», «montañés», «jacobino» se empleaban como palabras injuriosas. En las provincias se echaron al suelo los árboles de la libertad y se pisoteó la escarapela tricolor. Esto era inconcebible en la República de los Soviets. El Partido totalitario encerraba dentro de sí todos los elementos indispensables de reacción, que movilizó bajo la bandera oficial de la Revolución de octubre. El Partido no toleraba competencia alguna, ni siquiera en la lucha contra sus enemigos. La campaña contra los trotskistas no se convirtió en campaña contra los bolcheviques porque el Partido la había hecho exclusivamente suya, señalándole ciertos límites y sosteniéndola en nombre del bolchevismo.

A los ojos de los simplones, la teoría y la práctica del «tercer período» parecían refutar la teoría del período termidórico de la revolución rusa. En realidad, no hicieron más que confirmarla. Lo esencial del Terremoto fue, y no puede menos de ser, social en cuanto a carácter. Su finalidad era cristalizar una nueva capa pri-

vilegiada, crear un substracto nuevo para la clase económicamente superior. Había dos pretendientes a este papel: la pequeña burguesía y la misma burocracia. Ambas combatieron unidas [en la batalla para vencer] la resistencia de la vanguardia del proletariado. Una vez conseguido esto, cerraron una contra otra en feroz acometida. La burocracia llegó a asustarse de su aislamiento, de su divorcio del proletariado. Sola, no podía aplastar al *kulak* ni a la pequeña burguesía, que había crecido y continuaba creciendo sobre la base de la N.E.P.; tenía que contar con la ayuda del proletariado. De ahí su esfuerzo concertado por presentar su lucha contra la pequeña burguesía, por los productos sobrantes y por el poder, como la lucha del proletariado contra las tentativas de restauración capitalista.

Aquí cesa la analogía con el Termidor francés. La nueva base social de la Unión Soviética se hizo intangible. Defender la nacionalización de los medios de producción y de la tierra es ley de vida o muerte para la burocracia, pues tal es el origen social de su posición dominante. Esa era la razón de su lucha contra el *kulak*. La burocracia podía sostener esta contienda, y resistir hasta el fin, sólo con ayuda del proletariado. La mejor prueba del hecho de que había hecho reclusa de este apoyo fue el alud de capitulaciones por parte de representantes de la nueva oposición. La lucha contra el *kulak*, la pugna contra el ala derecha, contra el oportunismo (las consignas oficiales de aquel período), parecieron a los trabajadores y a muchos representantes de la oposición izquierdista como un renacimiento de la Dictadura del Proletariado y de la Revolución Socialista. Les advertimos entonces: no se trata sólo de lo que se hace, sino también de quién lo hace. En condiciones de democracia soviética, esto es, de autonomía obrera, la lucha contra los *kulaks* pudiera no haber asumido una forma tan convulsiva, pusilánime y bestial, y haber conducido a un alza general del nivel económico de las masas, a base de industrialización. Pero la lucha de la burocracia contra el *kulak* era una singular contienda [librada] sobre las espaldas de los trabajadores; y como ninguno de los gladiadores confiaba en las masas, como ambos temían a las masas, la pelea revistió un carácter convulsivo y sanginario. Gracias al apoyo del proletariado, terminó en victoria para la burocracia. Pero no añadió nada al peso específico del proletariado dentro de la vida política del país.

Para comprender el Termidor ruso es de suma importancia darse cuenta del papel del Partido como factor político. En la Revolución francesa nada había ni remotamente parecido al Par-

tido bolchevique. Durante el Termidor hubo en Francia varios grupos sociales, [con varios] rótulos políticos, que luchaban entre sí en nombre de intereses oficiales definidos. Los termidóricos atacaban a los jacobinos tildándolos de terroristas. La juventud dorada apoyaba a los termidóricos por la derecha, amenazándolos también. En Rusia, todos estos procesos, conflictos y uniones quedaban cubiertos bajo el nombre del partido único.

Exteriormente, un solo partido conmemoraba fases de su existencia al iniciarse el Gobierno soviético, y veinte años más tarde, recurriendo a los medios en nombre de iguales fines: la conservación de su pureza política y de su unidad. Ciertamente, el papel del Partido y la finalidad de las «purgas» habían cambiado radicalmente. En el primer período del poder soviético, el antiguo partido revolucionario eliminaba de sus filas a los arribistas; y, en consecuencia, los Comités se componían de trabajadores revolucionarios. Aventureros, arribistas o simples bribones que trataban de aferrarse al Gobierno en número muy considerable eran arrojados por la borda. Pero las depuraciones de estos últimos años, por el contrario, se dirigían lisa y llanamente contra el antiguo partido revolucionario. Los organizadores de ellas eran los elementos más burocráticos y de menos calibre del Partido; y sus víctimas, los elementos más leales, afectos a tradiciones revolucionarias, y sobre todo su más antigua generación revolucionaria, los elementos proletarios genuinamente leales a la Revolución. El significado social de las «purgas» se ha alterado fundamentalmente, pero esta alteración queda oculta por el hecho de que las llevó a cabo el mismo Partido. En Francia, vemos en circunstancias homólogas el movimiento tardío de los distritos pequeño-burgueses y obreros contra los más conspicuos de la pequeña y media burguesía, representados por los termidóricos secundados por bandas de la juventud dorada.

Incluso tales bandas de jóvenes dorados se hallan hoy incluidas en el Partido y en la Liga de la Juventud Comunista. Estas eran los destacamentos de campaña, reclutados entre los hijos de la burguesía, jóvenes privilegiados resueltamente decididos a defender su propia posición de privilegio o la de sus padres. Basta señalar el hecho de que a la cabeza de la Liga de la Juventud Comunista estuvo durante años Kossarev, a quien generalmente se conocía como un degenerado moral que abusaba de su elevada posición en provecho de sus fines personales. Todo su aparato se componía de hombres de este tipo. Tal era la juventud dorada del Termidor ruso. Su directa inclusión en el Partido enmasca-

raba su función social como destacamento activo de los privilegiados contra los trabajadores y los oprimidos. La juventud dorada soviética, gritaba: «¡Abajo el trotskismo! ¡Viva el Comité Central Leninista!», lo mismo que la juventud dorada de Francia gritaba en el Termidor: «¡Abajo los jacobinos! ¡Viva la Convención!»

Los jacobinos dominaron principalmente por la presión que la calle ejercía sobre la Convención. Los termidóricos, esto es, los jacobinos desertores, pugnaban por iguales métodos, pero partiendo de propósitos opuestos. Comenzaron por organizar a hijos bien peripuestos de la burguesía, extraídos de los descamisados. Estos jóvenes dorados, o simplemente «jóvenes», como los calificaba con indulgencia la Prensa conservadora, llegaron a ser un factor tan importante en la política nacional, que cuando los jacobinos fueron expulsados de todos los puestos administrativos, los «jóvenes» les remplazaron. Un proceso idéntico se está desarrollando en la Unión Soviética; sólo que allí, bajo Stalin, su alcance es mucho mayor.

La burguesía del Termidor se caracterizaba por su profundo odio a los montañeses, pues sus propios jefes provenían de los que habían estado al frente de los descamisados. La burguesía, y con ella los termidóricos, temían sobre todo un nuevo estallido del movimiento popular. Precisamente durante aquel período terminó de formarse la conciencia de clase de la burguesía francesa. Detestaba a los jacobinos y a los semijacobinos con odio feroz, como traidores a sus más sagrados intereses, como desertores al enemigo, como renegados. El origen del odio de la democracia burguesa a los trotskistas tiene el mismo carácter social. Aquí hay gente de la misma capa, del mismo grupo rector, de la misma burocracia privilegiada, que abandona las filas sólo para ligar su destino al de los descamisados, los desheredados, los proletarios, los pobres de aldea. Sin embargo, la diferencia está en que la burguesía francesa ya existía antes de la Gran Revolución. Primero se desprendió de su envoltura política en la Asamblea Constituyente; pero tuvo que pasar por el período de la Convención y el de la dictadura jacobina para arreglarse con sus enemigos mientras que durante el Termidor restauró su tradición histórica. La casta dominante soviética estaba compuesta enteramente por burocratas del Termidor, reclutados no sólo entre las filas bolcheviques, sino entre elementos de los partidos pequeñoburgueses y burgueses también. Y estos últimos tenían muchas cuentas que ajustar con los «fanáticos» del bolchevismo.

El Termidor descansaba sobre una base social. Era un proble-

ma de pan, carne, viviendas, exceso, y, de ser posible, lujo. La igualdad jacobina burguesa, que adoptó la forma de la reglamentación del máximo, restringía el desarrollo de la economía burguesa y el aumento del bienestar burgués (prosperidad). En este punto, los termidóricos sabían perfectamente y comprendían desde luego adónde iban. En la declaración de derechos que formularon, excluyeron el artículo esencial: «Los individuos nacen y permanecen libres e iguales en derechos.» A los que proponían el restablecimiento de este importante precepto jacobino, los termidóricos replicaban que era ambiguo y por ello peligroso; todos eran, naturalmente, iguales en derechos, pero no en aptitudes ni en posesiones. El Termidor fue una protesta directa contra el temple espartano y el afán de igualdad.

La misma motivación social he de encontrarse en el Termidor soviético. Se trataba, en primer término, de suprimir las limitaciones espartanas del primer período de la Revolución. Pero también interesaba conseguir crecientes privilegios para la burocracia. No era cuestión de introducir un régimen económico liberal. Las concesiones en tal sentido fueron de carácter transitorio, y duraron mucho menos tiempo de lo que se pensó en un principio. Un régimen liberal a base de propiedad privada significaba concentración de riqueza en manos de la burguesía, especialmente de sus elementos destacados. Los privilegios de la burocracia tienen otra fuente de procedencia. La burocracia se apropió de aquella parte de la renta nacional que pudo asegurarse por el ejercicio de la fuerza o en virtud de su autoridad, o bien por su intervención directa en las relaciones económicas. En cuanto a la producción nacional sobrante, la burocracia y la pequeña burguesía pronto pasaron de la alianza a la enemistad. El dominio del producto sobrante abrió a la burocracia la ruta del poder.

SUPLEMENTO II

**“KINTO” EN EL PODER**

Antes de ser rey de Israel, David guardaba ovejas y tocaba la flauta. Su extraordinaria carrera se comprende al considerar que casi todos los hijos de los israelitas, seminómadas, guardaban ovejas, y que en aquellos días el arte de gobernar a los pueblos no era mucho más complicado que el pastorear rebaños. Pero desde entonces, la sociedad y el arte de gobernar han aumentado mucho en complejidad. Cuando un monarca [moderno tiene que] dejar el trono, [ya no es necesario] buscarle sucesor entre los pastores. Cuestión tan delicada se arregla a base del automatismo dinástico.

La historia humana ha conocido no pocas carreras meteóricas. Julio César fue un candidato natural al poder, miembro por su nacimiento de una oligarquía no muy numerosa. No así Napoleón I. Y, sin embargo, ni siquiera éste [fue tan netamente advenedizo] como los principales dictadores de nuestro tiempo. Al menos [en este respecto] fue fiel a la misma antigua [tradicción que Julio César], [a saber, la de que] un guerrero que hubiese demostrado su capacidad de mandar a hombres armados en el combate, tenía tanto más derecho a gobernar a un populacho desarmado e indefenso. Esta añeja tradición no fue estrictamente observada [en el caso de aquel Napoleón de similar generalmente conocido por «el Chico» o] III, desprovisto de dotes militares. Pero [incluso] él no era un advenedizo integral. Se le tenía al menos por sobrino de su [gran] tío, y [destinado a la notoriedad por] el águila mansa que voló sobre su cabeza [en una ocasión señalada. No sería generoso deducir que] sin el ave simbólica, la cabeza del príncipe Luis Napoleón [hubiera tenido tan poco por fuera como por dentro].

En vísperas de la [Primera] Guerra Mundial, hasta la carrera de Napoleón III parecía ya un fantástico eco del pasado. La democracia estaba firmemente asentada, al menos en Europa, Norteamérica y Australia. [Sus avances en los] países sudamericanos eran más instructivos [que serios]; hacía [progresos en Asia]; despertaba a los pueblos de África. La mecánica del constitucionalismo parecía ser el único método aceptable para la humanidad civilizada, el único sistema de gobierno. Y como la civilización continuaba creciendo y ensanchándose, el porvenir de la democracia parecía invencible.

Los acontecimientos de Rusia [al final de esa guerra] asestaron el primer golpe al concepto histórico. Al cabo de ocho meses de inercia y de caos democrático vino la dictadura de los bolcheviques. Pero aquello era, después de todo, un mero «episodio» de la Revolución, que se presentaba a modo de un producto del atraso de Rusia, de una reproducción en el siglo XX de aquellas convulsiones que sufrió Inglaterra a mediados del siglo XVII, y Francia a fines del XVIII. Lenin venía a ser un Cromwell o un Robespierre moscovita. Los nuevos fenómenos podían clasificarse, por lo menos, y eso ya servía de consuelo.

[Vino luego aquella] «neurosis del sentido común» ([así define] Schmalhausen al fascismo), que [era un desafío a los historiadores]. No era fácil encontrar una analogía histórica para Mussolini, y, once años después, para Hitler. Había indistintos balbuceos de César, Sigfrido y... y Al Capone. [Pero decididamente carecían de sentido.] En países civilizados, democráticos, que habían pasado por una prolongada experiencia en el sistema representativo, se alzaban súbitamente al poder misteriosos desconocidos que en su juventud desempeñaron faenas casi tan modestas como las de un David o un Josué. No tenían en su haber proezas de heroísmo militar. No ofrecían al mundo ideas nuevas. Tras de ellos no se alzaba la sombra de un gran antecesor con sombrero tricorne. La loba romana no era la abuela de Mussolini, ni la esvástica el escudo de armas de Hitler, sino únicamente un símbolo robado a los egipcios y a los indios. El pensamiento liberal democrático [continuó] atónito y desamparado ante el misterio del fascismo. [Después de todo], ni Mussolini ni Hitler tenían aire de genios. ¿Cómo se explica, pues, su vertiginoso éxito?

[Ambos campeones del fascismo son representantes de] la pequeña burguesía, [que] en esta época es incapaz de aportar ideas originales o dirección creadora propias. Tanto Hitler como Mussolini han plagiado e imitado prácticamente todo y a todos.

Mussolini hurtó de los bolcheviques y de Gabriel d'Annunzio, y encontró inspiración en el campo de los grandes negocios. Hitler imitó a los bolcheviques y a Mussolini. Así, los caudillos de la pequeña burguesía, dependientes de [los magnates] del capitalismo, son segundones típicos, así como la misma pequeña burguesía, ya se la contemple desde arriba o desde abajo, asume invariablemente un papel secundario en la lucha de clases.

La dictadura de la pequeña burguesía fue aún posible a fines del siglo XVIII. Pero no pudo mantenerse [mucho tiempo] ni siquiera entonces. Robespierre fue precipitado al abismo desde la derecha. [Los patéticos tropezones de Kerensky no nacieron enteramente de su impotencia personal; hasta un hombre tan apto y emprendedor como Palchinsky resultó incapaz en absoluto. Kerensky fue tan sólo el más caracterizado representante de esta impotencia social. Si los bolcheviques no hubieran tomado el poder, el mundo habría tenido un hombre ruso para el fascismo cinco años antes de la marcha sobre Roma. Por qué no pudo Rusia aislarse de la profunda reacción que se cernió sobre la Europa de la posguerra a principios del tercer decenio del siglo, es un tema que el autor ha estudiado ya en otro lugar. Basta decir que la coincidencia de fechas tales como la organización del primer Ministerio fascista presidido por Mussolini el 30 de octubre de 1922 en Italia; el golpe de Estado de 13 de setiembre de 1923 en España, [que elevó a Primo de Rivera al poder; la condenación de la] declaración de los 46 bolcheviques por el Pleno conjunto del Comité Central y de la Comisión Central de Control, el 15 de octubre de 1923, [no es un caso fortuito. Tales signos de los tiempos han de merecer seria consideración].

Sin embargo, dentro del marco de las posibilidades históricas [a su alcance], Mussolini ha demostrado gran iniciativa, habilidad para esquivar, tenacidad y comprensión. [Sigue] la tradición de la larga serie de improvisadores italianos. El don de improvisar está en lo íntimo del temperamento del país. Agil y desordenadamente ambicioso, sacrificó su carrera socialista a sus ansias de éxito. Su disgusto en el partido se trocó en fuerza impulsora. Creó y destruyó teoría a su paso. Es la verdadera personificación del egoísmo cínico [y de la cobardía oculta tras el disfraz de su] jactancia. Hitler da muestras de monomanía y mesianismo. El encono personal tuvo considerable parte en su desarrollo. Era un pequeño burgués «desclasado» que no se resigna a ser obrero manual. Los obreros normales aceptan su posición como normal. Pero Hitler era un presumido de mal asiento y psiquismo altera-

do. Consiguio elevarse socialmente recurriendo a la execración de los judíos y de los socialdemócratas. Estaba desesperadamente resuelto a subir. De camino compuso para sí mismo una «teoría» plagada de contradicciones y reservas mentales: un revoltijo de ambiciones imperiales alemanas y de sueños de los días reñorosos de un pequeñoburgués «desclasado». Si tratamos de encontrar un paralelo histórico para Stalin tenemos que rechazar no sólo a Cromwell, Robespierre, Napoleón y Lenin, sino incluso a Mussolini y a Hitler. [Comprenderemos mejor a Stalin] evocando figuras como Mustafé Kemal Pachá o tal vez Porfirio Díaz.

En reuniones del Comité Central en que me levantaba a leer una declaración de la oposición izquierdista, me interrumpían constantemente con silbidos, gritos, amenazas, juramentos; a semejanza de lo que me ocurrió diez años antes, cuando me levanté a leer una declaración de los bolcheviques el día inaugural del Parlamento previo de Kerensky. Recuerdo a Vorochilov gritando: «¡Se conduce lo mismo que el Parlamento previo!» Esta exclamación era más acertada de lo que suponía su mismo autor.

En 1927, las reuniones oficiales del Comité Central se hicieron francamente intolerables. No se discutía nada por sus méritos. Todo se decidía entre bastidores, en una sesión reservada con Stalin, que entonces concertó un pacto político con el grupo derechista: Rikov, Bujarin y Tomsky. En realidad, había por lo menos dos reuniones oficiales del Comité Central cada vez. La línea de ataque contra la oposición se establecía de antemano, distribuyendo a cada cual sus respectivas tareas e intervenciones. Montada la comedia, cada vez se iba pareciendo más a una pantomima tabernaria. El tono de aquel acoso era de día en día más desenfrenado. Los miembros más insolentes, los trepadores recién elevados al Comité Central, por el solo título de su capacidad de descaro contra la oposición, interrumpían de continuo los discursos de los revolucionarios veteranos, repitiendo sin orden ni concierto viles acusaciones, con exclamaciones de inaudita vulgaridad y contumelia. El director de escena era el mismo Stalin. Se paseaba de un lado a otro por detrás de la mesa presidencial, mirando a intervalos a quienes habían de tomar parte en el debate según lo convenido, y no disimulaba su aprobación cuando los reniegos contra algún opositorista adquirían un carácter en extremo desvergonzado. Era difícil imaginarse que estuviésemos en una reunión del Comité Central del Partido bolchevique; tan ruin

era el tono, tan vulgares los participantes y tan repugnante el verdadero desmoralizador de aquella chusma. Las costumbres de las calles de Tiflis se habían trasladado al Comité Central del Partido bolchevique. Algunos de nosotros nos acordábamos del retrato de Stalin hecho por uno de sus antiguos colaboradores, Felipe Majaradze: «Es sencillamente un... kinto.»

Aproximadamente por entonces, otro camarada de Stalin en el Cáucaso, Budu Mdivani, me refirió una conversación que sostuvo con Stalin en el Kremlin. Mdivani trataba de persuadirle de que era necesario llegar a cierto arreglo con la oposición; de otro modo, el Partido pasaría de una convulsión a otra. Stalin escuchaba en silencio, sin aparente disconformidad, mientras paseaba de un lado a otro de la habitación. Y, después de alejarse a grandes zancadas hasta el rincón más remoto, se volvió, dirigiéndose en silencio hacia Mdivani. Con los puños en tensión, empinándose sobre las puntas de los pies y levantando un brazo, se detuvo de pronto: «Hay que aplastarlos», vociferó. Mdivani me dijo que sintió francamente miedo...

Según Basedovsky:

«El asesinato del zar fue obra de Stalin. Lenin y Trotsky eran partidarios de retener a la familia imperial en Yekaterinburg, mientras que Stalin temía que mientras Nicolás II estuviese vivo atraería a los guardias blancos, etc. El 12 de julio de 1918, Stalin había llegado a un acuerdo con Sverdlov. El 14 de julio inició a Goloschekin en sus planes, y el 15 de julio este último envió un telegrama cifrado... relativo a las intenciones de Stalin y Sverdlov al comisario Boloborodov, encargado de custodiar a la familia del zar. El 16 de julio, Boloborodov telegrafió a Moscú que Yekaterinburg caería en un plazo de tres días. Goloschekin vio a Sverdlov; Sverdlov vio a Stalin. Guardándose el informe de Boloborodov en el bolsillo, Stalin dijo: "De ningún modo debe ser entregado el zar a los guardias blancos." Aquellas palabras equivalían a una sentencia de muerte.»

Caracteriza sin duda a Stalin una crueldad personal, física, lo que suele denominarse sadismo. Durante su encierro en la cárcel de Bakú, el compañero de celda de Stalin estaba una vez soñando con revoluciones. «¿Te atrae la sangre?», le preguntó de improviso Stalin, que entonces se llamaba aún Koba. Y empuñando un cuchillo que llevaba oculto en la caña de una de sus botas se levantó una pernera y se hizo un profundo corte en la pierna.

«¡Ahí la tienes!» Después de convertido en dignatario del Soviet, solía divertirse en su casa de campo degollando ovejas o derramando petróleo sobre hormigueros y prendiéndoles fuego. Abundan tales anécdotas a propósito de él, procedentes de observadores imparciales. Pero hay muy poca gente de semejantes inclinaciones en el mundo. Fueron necesarias condiciones históricas especiales para que tan negros instintos naturales alcanzaran monstruoso desarrollo.

La unión de Stalin con Hitler satisfizo su anhelo de venganza. Sobre todo, ansiaba afrentar a los Gobiernos de Inglaterra y Francia, vengar las ofensas que había sufrido el Kremlin antes de que Chamberlain dejase de cortejar a Hitler. Con personal deleite inició negociaciones secretas con los nazis a la vez que aparentaba tratar abiertamente con las misiones amistosas inglesa y francesa, gozando con engañar a Londres y París, con presentar inopinadamente su pacto con Hitler. Es trágicamente ruin.

Si fuera posible verter en un molde todo el omnipotente y pérfido misticismo, la estridente abominación del socialismo y de la revolución; si, por decirlo de este modo, pudiera secularizarse el poema del Gran Inquisidor, el poema de la tragedia del epigonismo... La idea de degeneración, en otra escala; el siglo xv... El poema de Dostolevski terminado besando Cristo en silencio al inquisidor en los labios. La despedida de uno de los epígonos burocráticos de la Cristiandad. A pesar de toda su reserva, Lenin le hubiera escupido en los ojos.

No hay líderes natos, como no hay criminales natos. Madame de Staël pensó que puede observarse una perfectibilidad lenta, pero continua, en el curso del desenvolvimiento histórico.

Puede decirse que todos los personajes históricos geniales, todos los creadores dijeron lo esencial de cuanto tenían que decir durante los primeros veinticinco o treinta años de su vida. Después vino sólo el desarrollo, la profundización y la aplicación. Durante el primer período de la vida de Stalin no oímos sino una reiteración vulgarizada de fórmulas de estereotipia.

Stalin fue elevado a la condición de genio sólo después de que la burocracia, dirigida por su genuino secretario general, hubo destrozado por completo la plana mayor de Lenin. Apenas hace falta demostrar que un hombre que nunca ha dicho una sola palabra sobre ningún tema y fue exaltado automáticamente a la cumbre por su burocracia cuando ya había pasado con mucho los cuarenta, no puede ser considerado como un genio.

Según Nicolaievsky, Bujarin describió a Stalin como «acumulador de genio». Expresión acertada, pero sólo suprimiendo el «genio». Lo oí por vez primera de labios de Kamenev. Tenía en el pensamiento la habilidad de Stalin para llevar adelante sus proyectos por entregas como quien paga a plazos. Esta posibilidad presupone a su vez la presencia de una poderosa política centralizada. La tarea de acumular consiste en insinuarse gradualmente en la máquina y luego en la opinión pública del país. Acelerese el proceso y hágase ver el cambio de repente y en toda su magnitud, y ello provocará espanto, indignación, resistencia.

De los doce apóstoles de Cristo, sólo Judas salió tridor. Pero si hubiera logrado el poder, habría presentado como traidores a los otros once apóstoles, sin olvidar a los setenta menores que menciona san Lucas.

El 19 de noviembre de 1924, en su discurso del Pleno de la Fracción Bolchevique de los Sindicatos, dijo Stalin:

«Después de oír al camarada Trotsky, pudiera pensarse que el Partido de los bolcheviques no hizo en todo el período de preparación de marzo a octubre más que marcar el paso, corroído por contradicciones internas, a estorbar a Lenin en todos sentidos. Y que si no hubiera sido por el camarada Trotsky, la Revolución de octubre podría haber tomado otro rumbo. Es bastante divertido escuchar discursos tan singulares del mismo prólogo del tercer volumen que: "el instrumento básico de la revolución proletaria es el Partido".»

Naturalmente, nada dije sobre la ineptitud o inutilidad del Partido, y particularmente de su Comité Central. Simplemente había bosquejado la fricción interna. Pero lo que sigue siendo misterioso es cómo un Partido cuyo Comité Central se componía en sus dos terceras partes de enemigos del pueblo y agentes del imperialismo pudo vencer. Todavía no hemos oído la explicación de este misterio. A partir de 1918, los traidores tuvieron mayoría preponderante en el Politburó y en el Comité Central. En otras palabras, la política del Partido Bolchevique en los críticos años de la Revolución estuvo determinada enteramente por traidores. No hace falta decir que Stalin no pudo haber previsto en 1924 que la lógica de su método le conduciría a una absurdidad tan trágica.



mente monstruosa al cabo de [una década y media]. Lo que es típico de Stalin es su capacidad para borrar todo recuerdo del pasado a excepción de los resentimientos personales y de su insaciable sed de venganza.

¿Es posible deducir conclusiones sobre 1924 a base de los años 1936-1938, en que Stalin ya había conseguido desarrollar en su persona todos los atributos de un tirano? En 1924 todavía estaba batallando por el poder. ¿Era ya entonces Stalin capaz de tal maquinación? Todos los datos de su biografía nos mueven a contestar afirmativamente. Desde los tiempos del Seminario de Tiflis dejó tras sí un rastro de las sospechas y acusaciones más maliciosas. La tinta y el papel impreso le parecían medios demasiado insignificantes para una brega política. Los muertos son los únicos que no vuelven. Después de la ruptura de Zinoviev y Kamenev con Stalin en 1925, ambos dejaron cartas guardadas en un lugar de confianza:

«Si pereciésemos de repente, sabed que es obra de Stalin.»

Me aconsejaron hacer otro tanto. «¿Te imaginas que Stalin se preocupa de buscar argumentos para contestar a los tuyos? —me decía Kamenev—. Nada de eso. Está cavilando cómo liquidarte sin que le castiguen.»

«¿Te acuerdas de la detención del Sultan-Galiyev, el antiguo presidente del Consejo tártaro de Comisarios del Pueblo, en 1923 —continuó Kamenev—. Fue el primer arresto de un destacado miembro del Partido efectuado por iniciativa de Stalin. Por desgracia, Zinoviev y yo consentimos en ello. Aquella fue la primera vez que Stalin paladeó sangre. Tan pronto como rompimos con él, hicimos una especie de testamento, en el que advertíamos que en caso de morir "por accidente", Stalin habría de ser tenido por responsable. Este documento se guarda en un sitio de confianza. Te aconsejo que hagas lo mismo. Puede esperarse todo de ese asiático.»

Por su parte, Zinoviev añadió: «Pudo terminar conmigo ya en 1924, si no le hubieran asustado las represalias, los actos terroristas por parte de la juventud. Por eso Stalin decidió comenzar demoliendo los cuadros de la oposición y aplazando tu liquidación hasta tener la certeza de poder realizarla impunemente. Su odio hacia nosotros, especialmente hacia Kamenev, obedece principalmente a que sabemos de él demasiado. Pero tampoco está preparado para matarnos todavía.» Éstas no eran conjeturas va-

nas; durante los meses de luna de miel del triunvirato, sus componentes hablaban entre sí con toda franqueza.

El éxito ininterrumpido de Stalin comenzó en 1923, cuando, poco a poco, fue adquiriendo la convicción de que el proceso histórico puede ser burlado. Los juicios de Moscú constituyen el punto culminante de esta política de impostura y violencia. Al mismo tiempo, Stalin comenzó a sentir con aprensión que el suelo se desmoronaba y deslizaba bajo sus pies. Cada nueva decepción exigía otra doble para sostenerlo; cada acto de violencia ensanchaba el radio de la violencia necesaria para apoyarlo. Allí comenzó un período definitivo de declinación, en el curso del cual el mundo se asombró no tanto de su fuerza, su obstinación y su implacabilidad como la baja de sus recursos intelectuales y de sus métodos políticos.

La astucia de Stalin es, en esencia, muy tosca y ajustada a mentes primitivas. Si, por ejemplo, examinamos los juicios de Moscú en conjunto, veremos que asombran por su torpeza de concepción y ejecución.

En abril de 1925 fui relevado del cargo de comisario de Guerra. Mi sucesor, Frunze, era un antiguo revolucionario profesional que había pasado muchos años en Siberia, en trabajos forzados. No estaba destinado a permanecer mucho tiempo en aquel cargo: sólo unos [siete] meses. En noviembre de 1925 sucumbió al bisturí del cirujano. Durante su breve mandato, Frunze desplegó excesiva independencia en proteger al Ejército de la inspección de la G. P. U.; éste fue el mismo crimen que doce años más tarde costó la vida al mariscal Tujachevski. Bazhanov había sugerido que Frunze era el centro de una conspiración militar; esto es una insensata invención. En el conflicto de Zinoviev y Kamenev con Stalin, Frunze era opuesto a Stalin. La oposición del nuevo comisario de Guerra suponía enormes peligros para el dictador. El sumiso Vorochilov, insuficiente mental, le parecía un instrumento mucho más de fiar. Por todo el Partido corrió el rumor de que la muerte de Frunze se había producido porque así convenía a Stalin.

A base de los datos disponibles, el curso de los acontecimientos se reconstruye así: Frunze sufría de úlceras gástricas; sus médicos particulares creían que el corazón del paciente no resistiría los efectos del cloroformo, y por eso Frunze se resistía resueltamente a toda intervención. Stalin encargó a un médico del Comité Central, esto es, agente suyo de confianza, que convocase

una consulta de selectos, quienes recomendaron que se operase al enfermo; el Politburó confirmó la decisión. Frunze tuvo que someterse, es decir, resignarse a morir por obra de la anestesia. Las circunstancias del fallecimiento de Frunze hallaron deformada reflexión en la literatura [Boris Pilniak, *Leyenda de la Luna inexistente*]. Stalin hizo confiscar inmediatamente el libro y sometió a su autor al disfavor oficial. [Pilniak] tuvo que arrepentirse en público de su «error» muy humildemente. Stalin juzgó necesario publicar a raíz de aquello varios documentos destinados a probar su inocencia. Es difícil decir cuál sea la verdad, pero la misma índole de la sospecha es significativa. Demuestra que a fines de 1925 el poder de Stalin era ya tan grande que podía confiar en un dócil concilio de médicos armados de cloroformo y bisturi. Y, sin embargo, en aquel tiempo, apenas le conocía el uno por ciento de la población.

Bazhanov escribió con referencia a mi destierro a Turquía, en febrero de 1929:

«Esto es sólo quedarse a la mitad. No reconozco a mi Stalin... Hemos hecho algunos progresos desde los tiempos de César Borgia. Entonces vertían con destreza unos polvos activos en una copa de vino de Falerno, o bien moría el enemigo al morder una manzana. Los métodos de acción de nuestra época están inspirados en las más recientes proezas de la ciencia. Un cultivo de bacilos de Koch mezclados con los alimentos y sistemáticamente administrados, ocasionan gradualmente una tisis galopante y la muerte súbita... No está claro... por qué Stalin no siguió este método, que es parte integrante de sus costumbres y de su carácter.»

En 1930, cuando el libro de Bazhanov se publicó, me pareció simplemente un ejercicio literario. Después de los juicios de Moscú ya le di más importancia. ¿Quién había inspirado al joven escritor tales especulaciones? ¿De dónde procedían? Bazhanov se había ejercitado en la antesala de Stalin; allí la cuestión de los bacilos de Koch y de los métodos de envenenamiento de los Borgia debió de discutirse ya antes de 1926, año en que Bazhanov dejó la secretaría de Stalin. Dos años después, escapó al extranjero y se convirtió en un emigrado reaccionario.

Cuando Yezhov fue nombrado jefe de la OGPU cambió el método toxicológico, del que en toda justicia ha de reconocerse iniciador a Yagoda. Pero consiguió resultados análogos. En el

juicio de febrero (2-13 de marzo) de 1938, se acusó al secretario de Yagoda, Bulanov, entre otras cosas, de envenenador, y por eso fue fusilado. Que Bulanov gozaba de la privanza de Stalin, se deduce claramente del hecho de haber sido designado para acompañar a mi mujer y a mí desde nuestro destierro en Asia Central al de Turquía. En mi deseo de salvar a mis dos antiguos secretarios, Sermuks i Poznansky, pedi que fuesen desterrados conmigo.

Bulanov, temeroso de una molesta publicidad en la frontera turca, y con objeto de arreglarlo todo pacíficamente, comunicó por hilo directo con Moscú. Media hora más tarde me trajo la cinta del despacho directo en el que el Kremlin prometía que Poznansky y Sermuks me seguirían inmediatamente. Yo no lo creí.

—Queréis engañarme —dije a Bulanov.

—Entonces, me tomas por un granuja.

—Es un pequeño consuelo —respondí.

El secretario de Gorki, Kryuchkov, aseveró que Yagoda le dijo: «Es necesario disminuir la actividad de Gorki, porque se atraviesa en el camino de los "jefazos".» Esta fórmula de los «jefazos» se repite varias veces. La referencia en la corte se interpretó como alusiva a Rikov, Bujarin, Kamenev y Zinoviev. Pero eso es una absurdidad patente; pues por entonces estos hombres eran unos parias, víctimas de la persecución de la G.P.U. «Jefazos» era un modo de designar a los amos del Kremlin, y, especialmente, a Stalin. Recordemos que Gorki murió prácticamente en vísperas de la vista contra Zinoviev.

Stalin no previó las consecuencias del primer juicio. Esperaba que el asunto se limitaría al exterminio de varios de sus enemigos más odiados, sobre todo de Zinoviev y Kamenev, cuyo aniquilamiento había estado planeando durante diez años. Pero se equivocó: la burocracia se asustó y quedó horrorizada. Por primera vez veía a Stalin, no como el primero entre iguales, sino como un déspota asiático, un tirano, Gengis-Kan, como Bujarin le llamó una vez. Stalin comenzó a temer que perdería su condición de autoridad inapelable entre los veteranos de la burocracia soviética. No era posible borrar en ellos el recuerdo que tenían de él; ni someterlos al hipnotismo de su irrogada dignidad como superárbitro de todos ellos. El miedo y el horror crecieron a compás del número de vidas afectadas y el volumen de intereses amenazados. Ninguno de los antiguos creyó en la acusación. En

efecto no fue como él esperaba. Tuvo que ir más allá de sus primeras intenciones.

Fue durante la preparación de las depuraciones en masa de 1936 cuando Stalin propuso redactar una nueva Constitución, «la más democrática del mundo». Todos los Walter Durantí y Louis Fischer cantaron sonoras alabanzas a la nueva era de la democracia. La finalidad de todo este escandaloso alboroto en torno a la constitución stalinista era ganarse el favor de la opinión pública en todo el mundo, para luego, con tal propicio apoyo, aplastar toda la oposición a Stalin como agente del fascismo. Es típico de la miopía intelectual de Stalin que estuviera más preocupado de su venganza personal que de contener la amenaza del fascismo a la Unión Soviética y a los trabajadores. Mientras preparaba «la Constitución más democrática», la burocracia andaba muy atareada con una serie de banquetes en los que se habló prolijamente de «la vida nueva y dichosa». En cada uno de ellos se retrataba a Stalin rodeado de obreros y obreras, con un chiquillo risueño sobre sus rodillas, o algo parecido. Su morboso egotismo reclamaba esta compensación. «Está visto —previne yo— que se incuba algo terrible.» Otras personas iniciadas en la mecánica del Kremlin se inquietaban asimismo ante el exceso de amabilidad y decencia de Stalin.

Algunos corresponsales moscovitas de cierto tipo repiten que la Unión Soviética salió de las «purgas» más monolítica que nunca. Esos señores habían cantado loores al monolitismo stalinista, incluso antes de las depuraciones. Sin embargo, es difícil comprender cómo ninguna persona sensata puede creer que los más conspicuos representantes del Gobierno y del Partido, del Cuerpo diplomático y del Ejército resulten probados agentes del extranjero sin ser a la vez heraldos de un profundo descontento interno hacia el régimen. Las depuraciones fueron una manifestación de grave dolencia. Suprimir los síntomas no significa curar. Tenemos un precedente en el régimen autocrático del Gobierno zarista, que arrestó al ministro de la Guerra, Sujomilnov, acusándolo de traición. Los diplomáticos aliados observaron a Sazonov: «Vuestro Gobierno es fuerte, si se atreve a detener a su propio ministro de la Guerra en tiempo de guerra.» En realidad, aquel Gobierno soviético no sólo detuvo y ejecutó al ministro de la Guerra, Tujachevsky, en pleno ejercicio de su cargo, sino que llegó al extremo de exterminar a todo el Estado Mayor Central del Ejército, la Marina y la Aviación. Ayudada por acomodaticios

corresponsales extranjeros en Moscú, la máquina de propaganda de Stalin ha estado engañando sistemáticamente a la opinión pública mundial acerca del actual estado de cosas en la Unión Soviética. El Gobierno monolítico stalinista es un mito.

Con sus monstruosos juicios, Stalin probó mucho más de lo que pensaba; o, mejor, no consiguió probar lo que pretendía. Simplemente reveló su laboratorio secreto, y obligó a 150 personas a confesar crímenes que nunca habían cometido. Pero la totalidad de esas confesiones se han convertido en la confesión de Stalin mismo.

En el curso de un par de años, Stalin ejecutó a todos los lugartenientes de Vorochilov, a sus más próximos colaboradores, a su gente de más confianza. ¿Cómo se entiende esto? ¿Es posible que Vorochilov comenzase a acusar signos de independencia en su actitud hacia Stalin? Es más probable que Vorochilov fuese impulsado por personas muy allegadas a él. La máquina militar es muy exigente y voraz, y no tolera fácilmente las limitaciones que le imponen los políticos, los elementos civiles. Previendo la posibilidad de conflictos con aquella poderosa máquina en el futuro, Stalin decidió colocar a Vorochilov en su lugar antes de que comenzara a descarrilarse. Por medio de la OGPU, esto es, valiéndose de Yezhov, Stalin preparó el exterminio de los más íntimos colaboradores de Vorochilov a espaldas de éste, y sin su conocimiento, y a última hora le puso ante el dilema de elegir. Cogido así en la trampa del recelo y la deslealtad de Stalin, Vorochilov colaboró tácitamente en la liquidación de la flor de los cuadros de mando, y en lo sucesivo viose obligado a hacer un triste e impotente papel, incapaz de rebelarse jamás contra Stalin. Éste es más que maestro en el arte de ligar a un hombre a su estrella, no ganando su admiración, sino forzándolo a complicidad en sus odiosos e imperdonables crímenes. Tales son los ladrillos de la pirámide que tiene en su cúspide a Stalin.

*L'Etat c'es moi* (El Estado soy yo), es casi una fórmula liberal comparada con las actualidades del régimen totalitario de Stalin. Luis XIV se identificaba a sí mismo sólo con el Estado. Los papas de Roma lo hacían con el Estado y la Iglesia, pero sólo durante la época del poder temporal. El Estado totalitario va más lejos que el Cesaropapismo, pues ha abarcado también toda la economía del país. Stalin pueden decir muy bien, a diferencia del Rey Sol: *La Société c'est moi* (La sociedad soy yo).

APÉNDICE

**TRES CONCEPTOS DE LA  
REVOLUCION RUSA**

La Revolución de 1905 vino a ser, no sólo el «ensayo general» de la de 1917, sino también el laboratorio en que se planearon todas las agrupaciones fundamentales de la vida política rusa y se proyectaron todas las tendencias y matices dentro del marxismo ruso. En la medula de las discusiones y divergencias estaba, no hay que decirlo, la cuestión relativa a la índole histórica de la Revolución rusa y su futuro desenvolvimiento. Aquel conflicto de conceptos y pronósticos no tiene influencia directa sobre la biografía de Stalin, que no participó virtualmente en el mismo. Los pocos artículos de propaganda que escribió sobre este tema carecen en absoluto de interés teórico. Dozenas de bolcheviques que manejaban la pluma popularizaron las ideas y lo hicieron muchísimo mejor. Toda exposición de conceptos revolucionarios del bolchevismo, tiene por naturaleza sitio adecuado en una biografía de Lenin. Pero las teorías tienen su propio destino. Aunque durante el período de la primera revolución, y también más tarde, hasta 1923, cuando las doctrinas revolucionarias estaban en pleno desarrollo y aplicación, Stalin no tenía posición independiente alguna, en 1924 se produjo un súbito cambio que dio principio a una época de reacción burocrática y de revisión de antiguos valores. Las viejas doctrinas fueron sometidas a nueva tasación o interpretación. Así, de un modo algo inesperado a primera vista, la atención se concentró en el concepto de «revolución permanente» como primera fuente de todas las falacias del «trotskismo». Durante muchos años a partir de entonces, la crítica de tal concepto construyó el contenido principal de todos los escritos teóricos —*sit venio verbo*— de Stalin y sus colaboradores. Como

quiera que en el plano teórico no hay partícula de «stalinismo» que no haya surgido de la crítica de la revolución permanente tal como se formuló en 1905, es justo dedicar precisamente en este libro, siquiera sea como apéndice, un lugar a la exposición de dicha teoría, distinta de las teorías de los mencheviques y de los bolcheviques.

El desarrollo de Rusia es notable, en primer lugar, por su retraso. Pero el retraso histórico no significa seguir simplemente las huellas de los países avanzados a una distancia de cien o doscientos años. Más bien da lugar a una formación social «combinada» de muy distinto modo, y en la que los adelantos más recientes de la técnica capitalista y de su estructura están integrados en las relaciones sociales de la barbarie feudal y prefeudal, transformándolas y dominándolas, y moldeando una singular reacción de clases. Igual sucede con las ideas. Precisamente por su retraso histórico, Rusia resultó ser el único país europeo en que el marxismo como doctrina y la Socialdemocracia como partido, disfrutaron de un poderoso desarrollo aun antes de la revolución burguesa; y es natural, porque el problema de la relación entre la lucha por la democracia y la lucha por el socialismo se sometió en Rusia al más profundo examen teórico.

Los demócratas idealistas (en su mayoría, los populistas) se negaron supersticiosamente a reconocer la revolución en marcha como revolución burguesa. La llamaban «democrática», intentando disimular bajo este rótulo político neutro (no sólo ante los demás, sino también ante ellos mismos) su contenido social. Pero Plejanov, el fundador del marxismo ruso, en su lucha contra el populismo, mostró ya en la década del 80 del pasado siglo que Rusia no tenía por qué pararse a elegir determinada ruta de progreso; que, como las naciones «profanas», tendría que pasar por el purgatorio del capitalismo, y que, a lo largo de esta misma ruta conquistaría la libertad política, que era indispensable al proletariado en su continua lucha por el socialismo. Plejanov no sólo segregó la revolución burguesa, como tarea inmediata, de la revolución socialista, que a su vez relegó a un impreciso futuro, sino que previó diversas combinaciones de fuerzas para una y otra. El proletariado conseguiría libertad política conjuntamente con la burguesía liberal; seguidamente, al cabo de muchas décadas, alcanzado ya un nivel mucho más alto de desarrollo capitalista, el proletariado emprendería la revolución socialista en abierto conflicto con la burguesía.

«El intelectual ruso... —escribía Lenin hacia fines de 1904—

se figura siempre que reconocer nuestra revolución como burguesa significa quitarle color, humillarla, vulgarizarla... La lucha por la libertad política y la república democrática en la sociedad burguesa, es para el proletariado simplemente una de las etapas necesarias en la lucha por la revolución social.» «Los marxistas están firmemente convencidos —escribía en 1905— del carácter burgués de la Revolución rusa. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que esas transformaciones democráticas... que se hicieron indispensables para Rusia, no sólo no significan en sí mismas la socava del capitalismo, de la dominación de la burguesía, sino que, por el contrario, serán las primeras que desbrocen efectivamente el terreno para un amplio y rápido desarrollo, más europeo que asiático, del capitalismo; serán las primeras que hagan posible el dominio de la burguesía como clase...» «No podemos saltar del marco democraticoburgués de la Revolución rusa —insistía—, pero sí podemos ensanchar considerablemente este marco», esto es, crear dentro de la sociedad burguesa condiciones más favorables para la pugna ulterior del proletariado. Hasta aquí, Lenin seguía los pasos a Plejanov. El carácter burgués de la revolución era la confluencia de los atajos de ambas facciones de la socialdemocracia rusa.

En tales circunstancias, es natural que en sus propagandas no se haya arriesgado Koba a ir más allá de aquellas fórmulas populares que constituían la herencia común de bolcheviques y mencheviques. «La Asamblea Constituyente, elegida a base del sufragio universal, igual directo y secreto —escribía en enero de 1905— es nuestro objetivo del momento. Sólo esa Asamblea nos dará una república democrática, tan necesaria para nosotros en nuestra lucha por el socialismo.» La república burguesa como palenque de una prolongada contienda de clases por el objetivo socialista; tal era la perspectiva. En 1907, esto es, después de infinitas discusiones en la Prensa extranjera y en la de San Petersburgo, y tras haber contrastado los pronósticos teóricos con la experiencia de la primera revolución, escribía Stalin: «Que nuestra revolución es burguesa, que ha de terminar con la abolición de la servidumbre y no del orden capitalista, que sólo puede ser coronada por una república democrática, en eso coinciden, al parecer, todos en nuestro Partido.» Stalin no se refería a cómo empezaría la revolución, sino a cómo terminaría, limitándola de antemano, y en forma bastante categórica, «a una mera república democrática». En vano buscaríamos en sus escritos de entonces la menor insinuación respecto a la perspectiva de la revolución socialista

vinculada a la insurrección democrática. De este modo había de perdurar su posición hasta los mismos prolegómenos de la revolución de febrero de 1917, hasta la llegada de Lenin a Petrogrado.

Para Plejanov, Axelrod y los líderes del menchevismo en general, caracterizar de burguesa la revolución tenía, ante todo, el valor político de evitar que se agraviasen prematuramente a la burguesía con el rojo del socialismo, «espantándola» así al campo de la reacción. «Las relaciones sociales en Rusia sólo han malurado para una revolución burguesa —decía Axelrod, el táctico más notable del menchevismo, en el Congreso de Unificación—. Mientras persista este general desafuero político, no debemos mencionar siquiera la lucha directa del proletariado contra otras clases por el poder político... Combate ahora por las condiciones del desarrollo burgués. Condiciones históricas objetivas obligan a nuestro proletariado a una inevitable colaboración con la burguesía en la batalla contra nuestro común enemigo.» El contenido de la Revolución rusa se confiaba así de antemano a cambios que fuesen compatibles con los intereses y opiniones de la burguesía liberal.

Este fue el punto de arranque de la divergencia fundamental entre los dos bandos. El bolchevismo se negó rotundamente a reconocer que la burguesía rusa fuese capaz de consumir su propia revolución. Con fuerza y consistencia infinitamente mayor que Plejanov, Lenin presentó la cuestión agraria como problema central de la revolución democrática en Rusia: «El punto crucial de la Revolución rusa es la cuestión agraria (de la tierra). Tenemos que acostumbrarnos a considerar la derrota o el triunfo de la revolución... sobre la base de contar con la disposición de las masas en su lucha por la tierra.» En coincidencia con Plejanov, Lenin tenía al campesinado por una clase pequeñoburguesa, y el programa de la tierra para el campesino como el programa del progresismo burgués. «La nacionalización es una medida burguesa —insistía en el Congreso de Unificación—. Dará impetu al desenvolvimiento del capitalismo al intensificar la lucha de clases, al reforzar la movilización de la tierra y la inversión de capitales en la agricultura, al reducir los precios del grano.» A despecho del reconocido carácter burgués de la revolución agraria, la burguesía rusa era, sin embargo, hostil a la expropiación de la tierra de los hacendados burgueses, y, precisamente por eso, se esforzaba en buscar un pacto con la monarquía a base de una constitución a

estilo prusiano. A la idea plejanovista de unión entre el proletariado y la burguesía liberal, Lenin oponía la idea de unión entre el proletariado y los campesinos. Proclamaba que la tarea de la colaboración revolucionaria de estas dos clases era el establecimiento de una «dictadura democrática» como único medio de limpiar radicalmente a Rusia de sus residuos feudales, crear una clase libre de agricultores y abrir la ruta al desarrollo del capitalismo, más bien según el patrón americano que el de Prusia.

«La victoria de la revolución —escribía— puede lograrse solamente por la dictadura, pues realizar las transformaciones inmediatas e incondicionalmente necesarias para el proletariado y los campesinos ha de provocar la desesperada resistencia de los terratenientes, de la gran burguesía y del zarismo. Sin dictadura sería imposible romper esa resistencia, sería imposible derrotar las tentativas contrarrevolucionarias. Esa dictadura habría de ser, naturalmente, no socialista, sino democrática. No estaría en condiciones (sin toda una serie de etapas intermedias de desarrollo revolucionario) de echar abajo los cimientos del capitalismo. A lo sumo, podría instaurar una redistribución radical de la propiedad de la tierra en beneficio del campesinado, efectuar una consistente y completa democratización, por supuesto, con una república; desarraigar todas las características asiáticas de opresión en la vida de la fábrica y de la aldea; sentar las primicias de importantes mejoras en la situación de los trabajadores; elevar su nivel de vida, y, finalmente, aunque no por último sea lo menos importante, propagar la conflagración revolucionaria a Europa.»

La concepción de Lenin representa un enorme paso adelante, partiendo, como lo hacía, de la revolución agraria más bien que de reformas constitucionales como tarea central de la revolución, e indicando la única combinación realista de fuerzas sociales que podría llevar a efecto. El punto débil del criterio de Lenin era su noción intrínsecamente contradictoria de «la dictadura democrática del proletariado y los campesinos». El mismo Lenin recalca las limitaciones básicas de aquella «dictadura» al llamarla abiertamente burguesa. Quería así dar a entender que, para mantener la unidad en el campesinado, los proletarios se verían obligados a prescindir de plantear inmediatamente la tarea socialista durante la próxima revolución. Pero aquello hubiera significado renunciar el proletariado a su propia dictadura. Por consiguiente, la dictadura era, en esencia, del campesinado, aunque en ella participaran los obreros. En ciertas ocasiones, así precisamente hablaba Lenin: por ejemplo, en el Congreso de Estocolmo, al re-

plicar a Plejanov, que se había rebelado contra la «utopía» de tomar el poder: «¿De qué programa estamos hablando? De un programa agrario. ¿Quién se supone que tomará el poder con ese programa? Los campesinos revolucionarios. ¿Es que confunde Lenin el Gobierno del proletariado con el de los campesinos?» No, dice, refiriéndose a sí mismo: Lenin diferenciaba marcadamente entre el Gobierno socialista del proletariado y el Gobierno democrático-burgués de los campesinos. «¿Y cómo es posible una triunfante revolución campesina —exclamaba también— sin que el campesinado revolucionario se incaute del poder?» En aquella formulación polémica exponía Lenin bien claramente la vulnerabilidad de su posición.

El campesinado estaba disperso por la superficie de un país inmenso, con ciudades como puntos de contacto. Por sí solo, el campesinado no era capaz siquiera de exponer sus propios intereses, porque en cada región los concebían de distinto modo. El contacto económico entre las provincias se hallaba establecido por el mercado y los ferrocarriles; pero tanto el mercado como los ferrocarriles estaban en manos de la ciudad. Al tratar de traspasar los límites de los pueblos y mancomunar sus intereses, el campesinado tenía que sucumbir por necesidad a la dependencia política de la ciudad. Tampoco era homogéneo el campesinado en sus relaciones sociales, su capa de *kulaks* trataba, naturalmente, de incitarle a unirse con la burguesía de las ciudades, mientras que las capas inferiores de los pueblos tiraban en dirección a los obreros de la industria ciudadana. En tales circunstancias, el campesinado como unidad era manifiestamente incapaz de asumir las riendas del Gobierno.

Cierto es que en la antigua China las revoluciones elevaban al poder al campesinado, o, más bien, a los jefes militares de las insurrecciones campesinas. Aquello daba lugar cada vez a una nueva distribución de la tierra y al establecimiento de una dinastía «campesina», después de la cual la historia reanudaba su marcha: nueva concentración de tierras, nueva aristocracia, nuevo agio, nuevos levantamientos. Mientras la revolución conservaba su carácter puramente campesino, la sociedad no emergía de estas desesperadas rotaciones. Tal era la base de la historia antigua de Asia, incluyendo Rusia. En Europa, comenzando con la aparición de la Edad Media, cada insurrección campesina triunfante no elevaba al poder a un Gobierno campesino, sino a un partido burgués de izquierda. Más concretamente, un alzamiento campesino sólo triunfaba en tanto se conseguía establecer la po-

sición del sector revolucionario de la población de las ciudades. La toma del poder por un campesinado revolucionario era algo inconcebible en la Rusia burguesa del siglo XX.

Así, la actitud hacia la burguesía liberal se convirtió en la piedra de toque en la divergencia entre los revolucionarios y los oportunistas de la Socialdemocracia. Hasta dónde podía aventurarse la Revolución rusa, qué carácter asumiría el futuro Gobierno revolucionario provisional, qué tareas se le presentarían y en qué orden habría de resolverlas..., todos estos problemas sólo podían plantearse en toda su importancia refiriéndolos al carácter básico de la política del proletariado, y este carácter venía determinado en primer lugar por su relación con la burguesía liberal. Plejanov cerró ostensible y obstinadamente los ojos a la fundamental lección objetiva de la historia política del siglo XX; dondequiera que el proletariado aparecía como fuerza independiente, la burguesía se desviaba hacia el campo de la contrarrevolución. Cuanto más atrevido era el empuje de las masas más rápida se hacía la transformación reaccionaria del liberalismo. Nadie había inventado aún el medio de paralizar los efectos de la ley en la lucha de clases.

«Debemos estimar el apoyo de los partidos no proletarios —acostumbraba a repetir Plejanov durante los años de la primera Revolución—, y no apartarlos de nosotros por un trato inadecuado.» Con tal monótonas máximas, el filósofo del marxismo demostraba ser incapaz de comprender la dinámica viva de la sociedad. «La falta de tacto» podría alejar a algún que otro intelectual supersensible. Pero las clases y los partidos son atraídos o repelidos por sus intereses sociales. «Puede decirse con seguridad —replicaba Lenin a Plejanov— que los liberales entre los hacendados os perdonarán millones de “faltas de tacto”, pero nunca olvidarán cualquier incitación a arrebatarles sus tierras.» Y no sólo los terratenientes; también la capa superior de la burguesía, ligada a los hacendados del campo por identidad de intereses de propiedad y todavía más íntimamente por el sistema bancario, del mismo modo que la capa superior de la pequeña burguesía y de los intelectuales, material y moralmente subordinados a los proletarios grandes y medianos, temían el movimiento independiente de las masas. Pero si se quería derribar al zarismo era necesario levantar docenas y más docenas de millones de oprimidos para una arremetida revolucionaria heroica, abnegada, inflexible, suprema. Las masas podían ser inducidas a este asalto sólo bajo la bandera de sus propios intereses; esto es, con el áni-



mo de implacable hostilidad hacia las clases explotadoras y, en primer lugar, hacia los terratenientes. El «sobresalto» de la burguesía de oposición que le inducía a apartarse de los campesinos y obreros revolucionarios era, pues, la ley inmanente de la revolución misma, y no podía prevenirse por «tacto» ni diplomacia.

Cada nuevo mes confirmaba el concepto de Lenin sobre el liberalismo. A pesar de las más halagüeñas esperanzas de los mencheviques, los cadetes no sólo se abstendían de hacer ademán alguno de dirigir la revolución «burguesa», sino que, por el contrario, estaban cada vez más persuadidos de su misión histórica de combatirla. Después de la aplastante derrota de la insurrección de diciembre, los liberales, que gracias a la efímera Duma hicieron su salida a las candilejas de la política, se esforzaron cuanto pudieron por explicar a la monarquía su insuficiente actividad contrarrevolucionaria en el otoño de 1905, cuando los más sagrados puntales de la «cultura» estaban en peligro. El jefe de los liberales, Mitukov, que llevó unas negociaciones *sub rosa* en el Palacio de Invierno, sostenía muy lacónicamente en la Prensa que a fines de 1905 los cadetes aún no podían siquiera presentarse ante las masas. «Aquellos que ahora censuran al partido “cadete” —escribía— por no protestar entonces, convocando mítines, contra las ilusiones revolucionarias del trotskismo..., lo hacen simplemente porque no entienden o no recuerdan las tendencias que entonces prevalecían entre el público democrático que acudía a tales mítines.» Por «ilusiones del trotskismo» significaba el jefe liberal la política independiente del proletariado, que atraía hacia los Soviets las simpatías de las clases modestas de las ciudades, de los soldados, los campesinos y todos los oprimidos, apartándolos así de la sociedad «cultivada». La evolución de los mencheviques se efectuó de modo semejante. De vez en cuando se sentían obligados a excusarse ante los liberales por haberse visto en un mismo bloque con Trotsky, después de octubre de 1905. Las explicaciones de aquel culto publicista de los mencheviques, Martov, se reducían a admitir que era necesario hacer concesiones a las «ilusiones revolucionarias» de las masas.

En Tiflis, las agrupaciones políticas se hicieron sobre la misma base de principios que en San Petersburgo. «El aplastamiento de la reacción —escribía el jefe de los mencheviques caucásicos, Jordania—, la consecución y logro de la Constitución, ha de venir

de la consciente unificación y dirección bajo un mismo programa de todas las fuerzas del proletariado y de la burguesía... Ciertamente, el campesino será arrastrado a este movimiento y le dará el carácter de una fuerza natural; sin embargo, esas dos clases serán las que lleven la parte decisiva, mientras el movimiento campesino les servirá de refuerzo.» Lenin se divertía con los recelos de Jordania de que una política irreconciliable hacia la burguesía pudiera condenar a los trabajadores al desamparo. Jordania «analiza la cuestión de un posible alistamiento del proletariado en la insurrección democrática y, ¡se olvida... del campesinado! De los posibles aliados de las masas proletarias, admite y se recrea con los hacendados de los distritos rurales, pero no piensa para nada en los campesinos. ¡Y esto en el Cáucaso!» La réplica de Lenin, esencialmente justa, simplificaba con exceso el problema en un punto. Jordania «no olvidaba» a los campesinos, y, como lo prueba la misma alusión de Lenin, no hubiera sido posible olvidarlos en el Cáucaso, donde por entonces se alzaban tumultuosamente bajo la bandera de los mencheviques. Pero Jordania veía en ellos, no tanto un aliado político como un ariete que la burguesía unida al proletariado podían y debían utilizar. No era de parecer que el campesino pudiera convertirse en una fuerza destructora o al menos independiente de la revolución, y en eso no andaba equivocado; pero tampoco creía que el proletariado pudiera conseguir el triunfo de la insurrección campesina reservándose el papel de dirigente, y ahí estaba su fatal error. La idea menchevique de unión entre los burgueses y proletarios significaba realmente sumisión de los trabajadores y de los campesinos a los liberales. El utopismo reaccionario de aquel programa provenía del hecho de que la extrema desmembración de las clases paralizó a la burguesía desde un principio en concepto de factor revolucionario. En aquella fundamental cuestión del bolchevismo estaba en lo cierto: el afán de unirse con la burguesía liberal empujaba necesariamente a la Socialdemocracia en dirección al campo opuesto al movimiento revolucionario de los obreros y los campesinos. En 1905, los mencheviques no tuvieron sencillamente el valor de deducir todas las conclusiones necesarias de su teoría de la «revolución burguesa». En 1917, por llevar sus ideas al extremo límite, se estrellaron.

En cuanto a la actitud hacia los liberales, Stalin estuvo de acuerdo con Lenin durante los años de la primera Revolución. Debe decirse que en aquel período, cuando se trataba de la burguesía de oposición, incluso una mayoría de los mencheviques de

la base estaban más cerca de Lenin que de Plejanov. Una desdeñosa actitud hacia los liberales era la tradición literaria del radicalismo intelectual. Pero sería perfectamente inútil buscar una aportación independiente de Koba sobre esta materia, tanto analizando las relaciones sociales en el Cáucaso como enunciando nuevos argumentos o formulando siquiera de un modo nuevo los antiguos. Jordania, jefe de los mencheviques del Cáucaso, era muchísimo más independiente de Plejanov que Stalin de Lenin. «En vano intentan los señores liberales —escribía Koba después del domingo sangriento— salvar el vacilante trono del zar. ¡En vano adelantan los brazos en su socorro...! Las masas agitadas del pueblo se aperciben para la revolución, no para concertarse con el zar... Sí, caballeros, de nada valen vuestros esfuerzos. La Revolución rusa es inevitable, tan inevitable como la salida del sol. ¿Podéis detener al sol en su orto? ¡He aquí el problema!», y así sucesivamente. Koba no podía remontarse más. Dos años y medio después, repitiendo casi literalmente palabras de Lenin, escribía: «La burguesía liberal rusa es antirrevolucionaria; no puede ser impulsora, y mucho menos conductora de la revolución; es el enemigo jurado de la revolución; y contra ellos hemos de librar una lucha persistente.» Sobre este fundamental principio gira la completa metamorfosis experimentada por Stalin durante los diez años que siguieron, de suerte que saludó la Revolución de 1917 como defensor del bloque con la burguesía liberal, y, en consecuencia con ello, como heraldo de la fusión con los mencheviques en un solo partido. Sólo la oportuna llegada de Lenin desde el extranjero dio brusco fin a la política independiente de Stalin, que calificó de remedo de marxismo<sup>1</sup>.

Los populistas consideraban a todos los obreros y campesinos como «trabajadores» y «explotados» sencillamente, unos y otros interesados en igual proporción por el socialismo, mientras que para los marxistas un campesino era un pequeño burgués, capaz de convertirse en socialista sólo en la medida en que cesara de ser material o espiritualmente campesino. Con un sentimentalismo característico en ellos, los populistas veían en esa caracterización un terrible insulto al campesino. Sobre esta pauta se libró durante dos generaciones la batalla principal entre las tendencias revolucionarias dentro de Rusia. Para comprender el ulterior conflicto entre estalinismo y trotskismo, es necesario subrayar que, de conformidad con toda la tradición marxista,

<sup>1</sup> En otro lugar del libro se refiere detalladamente este episodio.

Lenin nunca miró al campesino como un aliado socialista del proletariado; por el contrario, la enorme preponderancia del campesinado era lo que había conducido a Lenin a la conclusión de que en Rusia era imposible una revolución socialista. Esta idea se reitera una y otra vez en todos sus artículos que directa o indirectamente tocan la cuestión agraria.

«Apoyamos el movimiento campesino —escribía Lenin en setiembre de 1905— en tanto es revolucionario y democrático. Estamos preparados (en seguida, inmediatamente) a luchar contra él tan pronto se manifieste como un movimiento antiproletario reaccionario. Toda la esencia del marxismo se contiene en esta doble tarea...» Lenin veía al proletariado occidental y hasta cierto punto a los semiproletarios de la aldea rusa como aliados socialistas, pero nunca a todo el campesinado en bloque. «En principio apoyamos al campesino en "general" —repetía con la persistencia típica suya—, hasta el fin y por todos los medios, contra el propietario de la tierra, pero también (y no más tarde, sino al mismo tiempo) apoyamos al proletariado contra el campesino en general.»

«El campesinado vencerá en una revolución democrática burguesa —escribía en marzo de 1906—, agotando así su revolucionarismo como tal campesinado. El proletariado vencerá en una revolución democrática burguesa; y entonces será cuando comience a desplegar su verdadero revolucionarismo socialista.» «El movimiento del campesinado —repetía en mayo del mismo año—, es el movimiento de otra clase; es una lucha, no contra los fundamentos del capitalismo, sino por acabar con todos los residuos de la servidumbre.» Este criterio puede seguirse en Lenin de artículo en artículo, de año en año, de volumen en volumen. Las expresiones y los ejemplos cambian, pero el pensamiento básico permanece inalterable. Tampoco podía haber sido de otro modo. Si Lenin hubiese visto un aliado socialista en el trabajador del campo, no habría tenido el más mínimo motivo para insistir sobre el carácter *burgués* de la revolución, limitándola a «la dictadura del proletariado y del campesinado», a tareas puramente democráticas. En las ocasiones en que Lenin me acusó de «menospreciar» al campesino, no había pensado en que yo reconociese unas tendencias socialistas del campesino, sino en que no comprendiese lo suficientemente, desde el punto de vista de Lenin, la independencia democrática burguesa del campesinado, su capacidad de crear su propio poder e impedir así el establecimiento de la dictadura socialista del proletariado.

La revaloración de este problema sólo comenzó durante los años del Terremoto reaccionario, cuyo comienzo coincidió, en general, con la enfermedad y muerte de Lenin. Desde entonces, respecto a la unión de trabajadores y campesinos rusos se declaró que había en ella suficiente garantía contra los peligros de restauración y una firme prenda de que el socialismo se lograría dentro de las fronteras de la Unión Soviética. Habiendo impuesto la teoría del socialismo en un solo país sobre la revolución permanente, Stalin comenzó a calificar de «trotskismo» la estimación marxista del campesinado, y no sólo con referencia al presente, sino también al pasado, con carácter retroactivo.

Naturalmente, es posible decidir si el criterio clásico marxista del campesinado ha resultado o no erróneo. Este tema nos llevaría mucho más allá de los límites de este apéndice. Baste decir ahora que el marxismo nunca atribuyó un carácter absoluto e inmutable a su estimación del campesinado como base no socialista. Marx dijo hace mucho tiempo que el campesinado se altera si cambian las circunstancias. El régimen de la dictadura del proletariado descubrió muchas posibilidades de influir sobre el campesino y reeducarlo. La historia no ha sondeado aún hasta el fondo los límites de estas posibilidades. Pero ya está probado que el papel creciente de la coacción estatal en la U. R. R. S., lejos de refutarla, ha confirmado en su base la opinión sobre el campesinado que distinguía a los marxistas rusos de los populistas. Sin embargo, sea cual fuere la situación actual sobre este extremo, al cabo de veinte años de nuevo régimen, subsiste el hecho de que antes de la Revolución de octubre, o más bien antes del año 1924, nadie en el campo marxista, y menos que nadie Lenin, ha tenido al campesinado por un factor de desarrollo socialista. Sin la ayuda de una revolución proletaria en Occidente, insistía una y otra vez, la restauración es inevitable en Rusia. No se equivocaba: la burocracia stalinista no es más que la primera etapa de la restauración burguesa.

Tales eran las posiciones divergentes de las dos facciones principales de la Socialdemocracia rusa. Pero junto a ellas, ya en los albores de la primera Revolución, se formuló otra posición, que en aquellos días no encontró eco, pero que hemos de exponer, no sólo por haber sido confirmada por los sucesos de 1907, sino particularmente porque siete años después de la Revolución, después de haber sido derrumbada, comenzó a desempeñar un papel completamente imprevisto en la evolución política de Stalin y de toda la burocracia soviética.

A comienzos de 1905 publiqué en Ginebra un folleto que analizaba la situación política reinante hacia el invierno de 1904. Llegaba en él a la conclusión de que la campaña independiente de peticiones y banquetes liberales había agotado sus posibilidades; que los intelectuales burgueses, que habían trasladado sus esperanzas a los liberales, se habían encontrado en un callejón sin salida en unión de estos últimos; que el movimiento campesino iba creando condiciones favorables a la victoria, pero incapaces de asegurarla; que las cartas no se pondrían boca arriba sino mediante una insurrección armada del proletariado; que la próxima etapa en tal dirección habría de ser la huelga general. Aquel folleto, titulado *Hasta el nueve de enero*, había sido escrito con anterioridad al domingo sangriento de San Petersburgo. La potente oleada de huelgas que se inició aquel día, con los primeros choques armados que le sirvieron de complemento, fueron una confirmación inequívoca del pronóstico estratégico consignado en el folleto.

El prólogo de mi obra era de Parvus, emigrado ruso que ya por entonces había llegado a ser un prominente escritor alemán. La personalidad de Parvus era en extremo creadora, capaz de infectarse de las ideas de otros y de enriquecer a otros con las suyas propias. Carecía del equilibrio interno y de la aplicación necesarios para aportar nada digno de su talento como pensador y escritor al movimiento obrero. No hay duda que ejerció considerable influencia en mi desarrollo personal, especialmente con respecto a la comprensión social revolucionaria de la época. Pocos años antes de conocernos, Parvus defendía con apasionamiento la idea de una huelga general en Alemania; pero el país estaba entonces disfrutando una era prolongada de prosperidad industrial, la Socialdemocracia se estaba adaptando al régimen de los Hohenzollern y la propaganda revolucionaria extranjera sólo hallaba una indiferencia irónica. Habiendo leído mi folleto manuscrito, al mismo día siguiente de los sangrientos sucesos de San Petersburgo, Parvus se sentía agobiado al pensar en el papel excepcional que el proletariado de la atrasada Rusia estaba llamado a desempeñar.

Varios días que pasamos juntos en Munich se dedicaron a conversaciones que nos aclararon muchos puntos y personalmente nos acercaron considerablemente. El prólogo que puso entonces Parvus a mi folleto quedó incluido para siempre en la historia de la Revolución rusa. En pocas páginas arrojaba luz sobre aquellas particularidades sociales de la Rusia rezagada que,

si bien ya muy conocidas, a nadie antes que a él habían sugerido todas las deducciones necesarias.

«El radicalismo político en todo el Occidente europeo —escribía Parvus—, como todo el mundo sabe, dependía ante todo de la pequeña burguesía. Esta se componía de artesanos y generalmente de toda aquella parte de la burguesía que resultó afectada por el desarrollo industrial y sustituida al mismo tiempo por la clase capitalista... En la Rusia del período precapitalista, las ciudades se desarrollaban según el modelo chino de carácter oficial y burocrático, sin importancia alguna política, mientras que en sentido económico servían de bazares de comercio para el vecindario hacendado y campesino. Progresaban con bastante lentitud cuando contribuyó a su desarrollo el proceso capitalista, que comenzó a establecer grandes ciudades a su imagen, esto es, ciudades fabriles y centros de comercio mundial... Lo que había estorbado al desenvolvimiento de la democracia pequeñoburguesa vino a redundar en beneficio de la conciencia de clase del proletariado en Rusia: el desmedrado avance de la forma artesana de producción. El proletariado se concentró de repente en las fábricas...

«Masas cada vez mayores de campesinos eran atraídas al movimiento. Pero todo lo que pueden hacer es aumentar la anarquía política ya excesiva en el país, debilitando así al Gobierno; no pueden convertirse en ejército revolucionario compacto. Así, pues, a medida que la revolución se desarrolla, recaerá sobre el proletariado una porción aún mayor de labor política. Al mismo tiempo, su experiencia política aumentará, y su energía política se hará rápidamente mayor...

«La Socialdemocracia ha de verse ante este dilema: asumir la responsabilidad del Gobierno como suyo, sea cual fuere la actitud de la Socialdemocracia... En Rusia únicamente los trabajadores pueden realizar una insurrección revolucionaria. En Rusia, el Gobierno provisional revolucionario será un Gobierno de la *democracia obrera*. Ese Gobierno será socialdemócrata si la Socialdemocracia se coloca a la cabeza del movimiento revolucionario del proletariado ruso...

«El Gobierno provisional socialdemócrata no puede llevar a cabo una insurrección socialista en Rusia, pero el proceso concreto de liquidar la autocracia y establecer una república democrática le dará fecunda base para una actividad política.»

En el apogeo de los acontecimientos revolucionarios, por el otoño de 1905, encontré a Parvus otra vez, en San Petersburgo. Aunque en cuanto a organización se mantenía independiente de

ambas facciones, editábamos conjuntamente *Russkoye Slovo (La Palabra Rusa)*, periódico destinado a las masas de la clase obrera, y en coalición con los mencheviques, el importante periódico *Nachalo (El Comienzo)*. La teoría de la revolución permanente solía asociarse a los nombres de «Parvus y Trotsky». Esto sólo en parte era justo. Parvus alcanzó la madurez revolucionaria a fines del pasado siglo, cuando iba a la cabeza de las fuerzas que propugnaban el llamado «revisionismo», esto es, las distorsiones oportunistas de la teoría de Marx. Pero su optimismo se vio socavado por el fracaso de todos sus esfuerzos por empujar la Socialdemocracia alemana en dirección a una política más revuelta. Parvus se fue haciendo cada vez más reservado en cuanto a las perspectivas de una revolución socialista en Occidente. Al mismo tiempo sentía que «el Gobierno provisional socialdemócrata no puede llevar a cabo una insurrección socialista en Rusia». Por consiguiente, su pronóstico señalaba, en vez de la transformación de revolución democrática en socialista, simplemente el establecimiento en Rusia de un régimen de democracia obrera, poco más o menos como en Australia, donde el primer Gobierno laborista, sobre cimientos agrarios, de granjeros, no se aventuraba más allá de los límites del régimen burgués.

Yo no compartía esa conclusión. La democracia australiana, madurando orgánicamente en el suelo virgen de un continente nuevo, inmediatamente asumió un carácter conservador y dominó al proletariado, joven, pero ya bastante privilegiado. La democracia rusa, por el contrario, sólo podría salir adelante a consecuencia de una insurrección revolucionaria de grandes vuelos, cuya dinámica no permitía al Gobierno obrero mantenerse dentro del marco de la democracia burguesa. Nuestras diferencias de opinión, que comenzaron poco después de la Revolución de 1905, dieron lugar a una completa ruptura al comienzo de la guerra, con ocasión de la cual, Parvus, en quien el escéptico había vencido al revolucionario, resultó hallarse al lado del imperialismo germano y más tarde se convirtió en consejero e inspirador del primer presidente de la República alemana, Ebert.

Después de escribir mi folleto *Hasta el once de enero*, repetidamente volví sobre el desarrollo y el asiento de la teoría de la revolución permanente. En vista de la importancia que luego adquirió en la evolución intelectual el héroe de esta biografía, es necesario presentarla aquí en forma de citas exactas de mis obras de los años 1905 y 1906.

«El núcleo de población en una ciudad contemporánea (al me-

nos en una ciudad de importancia económica y política) es la clase marcadamente diferenciada del trabajador asalariado. Esta clase, esencialmente desconocida en la gran Revolución francesa, es la destinada a desempeñar el papel decisivo en nuestra Revolución... En un país económicamente más atrasado, el proletariado puede llegar al poder antes que en uno que esté más adelantado en sentido capitalista. La concepción de una especie de dependencia automática de la dictadura proletaria, respecto de las fuerzas y los medios técnicos de un país es un prejuicio de materialismo "económico" simplificado al extremo. Tal criterio nada tiene de común con el marxismo... A pesar del hecho de que las fuerzas productoras de la industria estadounidense son diez veces más grandes que las nuestras, el papel político del proletariado ruso, su influencia en la política de su propio país y la posibilidad de que influya sobre la fijación del proletariado norteamericano...

»Me parece que la Revolución rusa ha de crear tales condiciones que el poder puede (y en caso de triunfo *debe*) pasar a manos del proletariado antes de que los políticos del liberalismo burgués encuentren posible desplegar su genio estadista... La burguesía rusa entregará todas las posiciones revolucionarias al proletariado. También tendrá que entregar la hegemonía al campesinado. El proletariado en el poder aparecerá ante los campesinos como el liberador de la clase... El proletariado, apoyado en los campesinos, pondrá en movimiento todas las fuerzas para elevar el nivel cultural de la aldea y para desarrollar conciencia de clase en el campesinado...

»Pero, ¿no empujará acaso el campesinado mismo al proletariado más lejos, llegando a substituirlo? Eso es imposible. Toda la experiencia histórica repudia tal supuesto. Muestra que el campesinado es absolutamente incapaz de desempeñar su papel político *independiente*... De lo dicho resulta claro cómo pienso en relación a la idea de la "dictadura del proletariado y los campesinos..." No se trata de si la considero admisible en principio, de si "deseo" o "no deseo" tal forma de cooperación política. La creo irrealizable, al menos en sentido directo e inmediato..."

Lo que antecede demuestra cuán incorrecta es la aserción de que el concepto aquí expuesto «saltaba sobre la revolución burguesa», como más tarde se ha dicho con insistente reiteración. «La lucha por la renovación democrática en Rusia... —escribía yo al mismo tiempo— se deriva por completo del capitalismo, y la dirigen fuerzas formadas sobre la clase del capitalismo, e *inmediatamente, en primer lugar*, apunta contra los obstáculos de feudalismo

mo y vasallaje que se atraviesan en el camino del desarrollo de una sociedad capitalista.» Pero la sustancia de la cuestión era con qué fuerzas y por qué métodos podrían eliminarse tales obstáculos. «El marco de todos los problemas de la revolución puede limitarse por el aserto de que nuestra revolución es *burguesa* en sus finalidades objetivas, y, por consiguiente, en todos sus inevitables resultados, y es posible al mismo tiempo cerrar los ojos al hecho de que la fuerza activa principal de esa revolución burguesa es el proletariado, que se acerca al poder aprovechando todo el ímpetu de la revolución... Puede uno consolarse con la idea de que las condiciones sociales en Rusia no han madurado aún para una economía socialista, y al mismo tiempo pasar por alto que, al subir al poder, el proletariado, con toda la lógica de la situación, avanzaría maquinalmente hacia el manejo de la economía a expensas del Estado... Llegando al Gobierno, no como rehenes desvalidos, sino como fuerza directriz, los representantes del proletariado, por esta sola razón, borran las fronteras entre el programa y el máximo, esto es, *incluirán el colectivismo en el orden del día*. En qué punto se detendrá el proletariado en tal tendencia depende de la correlación de fuerzas, pero ciertamente no de las intenciones iniciales del partido del proletariado...

»Pero podemos preguntarnos ya: ¿Debe inevitablemente la dictadura del proletariado estrellarse contra la armazón de la revolución burguesa, o puede, a base de la situación histórica existente en el mundo, contemplar la perspectiva de victoria, después de desbaratar el marco limitante...? Una cosa puede decirse con certeza: sin el apoyo gubernamental directo del proletariado europeo, la clase trabajadora de Rusia no será capaz de mantenerse en el poder y transformar su dominio temporal en dictadura socialista perdurable...» Pero esto no lleva necesariamente a un pronóstico pesimista: «la liberación política, dirigida por la clase trabajadora de Rusia, elevará al dirigente a una altura sin precedentes en la historia, transmitiéndole fuerzas y medios colosales, y haciéndole el iniciador de la liquidación del capitalismo en el mundo entero, para lo cual la historia ha creado todos los requisitos objetivos previos...».

En cuanto a la extensión en que la Socialdemocracia internacional se mostrará capaz de realizar su tarea revolucionaria, escribía yo en 1906: «Los partidos socialistas europeos, y en primer lugar el más poderoso de ellos, el alemán, han desarrollado su conservadurismo, que se hace mayor en proporción a las dimensiones de las masas que abarca el socialismo y la efectividad de

la organización y disciplina de esas masas. Por eso, la Socialdemocracia, como organización que encarna la experiencia política del proletariado, puede en un momento dado ser el obstáculo inmediato en el camino de un choque declarado entre los trabajadores y la reacción burguesa...» Sin embargo, concluía mi análisis expresando la seguridad de que «la revolución del Este infectaría al proletariado occidental de idealismo revolucionario, despertando en él el deseo de principiar a hablar en "ruso" con su enemigo...»

En resumen. El populismo, como el eslavofiliismo, provenía de ilusiones de que el curso de desarrollo de Rusia habría de ser algo único, fuera del capitalismo y de la república burguesa. El marxismo de Plejanov se concentró en probar la identidad de principios del curso histórico de Rusia con el Occidente. El programa que se derivó de eso no tuvo en cuenta las peculiaridades verdaderamente reales y nada místicas de la estructura social y el desarrollo revolucionario de Rusia. La idea menchevique de la Revolución, despojada de sus episódicas estratificaciones y desviaciones individuales, equivalía a lo siguiente: la victoria de la revolución burguesa en Rusia sólo era posible bajo la dirección de la burguesía liberal y debe dar a esta última el poder. Después, el régimen democrático elevaría al proletariado ruso, con éxito mucho mayor que hasta entonces, al nivel de sus hermanos mayores occidentales, por el camino de la lucha hacia el socialismo.

La perspectiva de Lenin puede expresarse brevemente por las siguientes palabras: La atrasada burguesía rusa es incapaz de realizar su propia revolución. La victoria completa de la revolución, por mediación de la «dictadura democrática del proletariado y los campesinos», desterraría del país el medievalismo, imprimiría al capitalismo ruso el ritmo del americano, fortalecería el proletariado en la ciudad y en el campo y haría posible efectivamente la lucha por el socialismo. En cambio, el triunfo de la Revolución rusa daría enorme impulso a la revolución socialista en el Oeste, y ésta no sólo protegería a Rusia contra los riesgos de la restauración, sino que permitiría al proletariado ruso ir a la conquista del poder en un período histórico relativamente breve.

La perspectiva de la revolución permanente puede resumirse así: la victoria completa de la revolución democrática en Rusia sólo se concibe en forma de dictadura del proletariado, secundado

por los campesinos. La dictadura del proletariado, que inevitablemente pondría sobre la mesa no sólo tareas democráticas, sino también socialistas, daría al mismo tiempo un impulso vigoroso a la revolución socialista internacional. Sólo la victoria del proletariado de Occidente podría proteger a Rusia de la restauración burguesa, dándole la seguridad de completar la implantación del socialismo.

Esa compacta fórmula con igual claridad la semejanza de los dos conceptos últimos en su irreconciliable diferenciación de la perspectiva liberal menchevique y su discrepancia esencialísima en cuanto a la cuestión del carácter social y de las tareas de la «dictadura» derivadas de la revolución. La queja no infrecuente en los escritos de los teóricos actuales de Moscú de que el programa de la dictadura del proletariado era «prematura» en 1905, no hace al caso. En un sentido empírico, el programa de la dictadura democrática del proletariado y los campesinos resultó asimismo «prematura». La desfavorable combinación de fuerzas en la época de la primera Revolución no sólo impidió la dictadura del proletariado, sino sobre todo la victoria de la revolución en general. Y, sin embargo, todos los grupos revolucionarios se basaban en la esperanza de un completo triunfo: la lucha suprema revolucionaria hubiera sido imposible sin tal esperanza. Las diferencias de opinión se referían a la perspectiva general de la revolución y a la estrategia resultante de ella. La perspectiva del menchevismo era falsa hasta la medula; señalaba al proletariado un camino erróneo. La perspectiva del bolchevismo no era completa: apuntaba bien la dirección general de la lucha, pero caracterizaba mal sus etapas. La insuficiencia de la perspectiva bolchevique no se apreció en 1905 sólo porque la revolución misma no fue más adelante. Pero luego, a principios de 1917, Lenin se vio obligado a alterar su perspectiva, en directo conflicto con los viejos cuadros de su partido.

No hay pronóstico político que pueda considerarse matemáticamente exacto; basta con que indique debidamente la línea general de desarrollo y ayude a orientar el curso de los acontecimientos, que inevitablemente tuerce a derecha e izquierda la línea principal. En tal sentido, es imposible no ver que el concepto de revolución permanente ha pasado por la prueba de la historia. Durante los años iniciales del régimen soviético nadie negaba esto; por el contrario, es un hecho que se reconoció en numerosas publicaciones oficiales. Pero cuando la reacción burocrática contra octubre se manifestó en la calmada y refrescada capa superior de

la sociedad soviética, se dirigió desde luego contra la teoría que reflejaba la primera revolución proletaria mejor que ninguna otra cosa, mientras exponía a la vez su carácter imperfecto, limitado y parcial. Así, por vía de repulsión, originóse la teoría del socialismo en un solo país, dogma fundamental del stalinismo.

## **ALIAS Y SEUDONIMOS DE STALIN**

Nombre: José Vissarionovich Djugashvili

Conocido también por:

J. Besoshvili

Chizhikov

David

Ivanov

Ivanovich

K. Kato

Ko

Koba (de un héroe de leyenda georgiano)

K. St.

Nizheradze

Ryaboi (apodo polifónico que significa *picado de viruelas*)

Soselo (diminutivo cariñoso de José)

Soso (diminutivo de José en georgiano)

Stalin (que significa *hombre de acero*)

Oganess Vartanovich Totomyants

Vassily

Vassilyev

# INDICE

## TOMO I

Capítulo Primero. — FAMILIA Y ESCUELA . . . . .	13
» II. — REVOLUCIONARIO PROFESIONAL . . . . .	43
» III. — LA PRIMERA REVOLUCIÓN . . . . .	83
» IV. — EL PERÍODO DE REACCIÓN . . . . .	121
» V. — EL NUEVO DESPERTAR . . . . .	173
» VI. — GUERRA Y DESTIERRO . . . . .	221

## TOMO II

» VII. — EL AÑO 1917 . . . . .	5
» VIII. — COMISARIO DEL PUEBLO . . . . .	73
» IX. — LA GUERRA CIVIL . . . . .	113
» X. — LA GUERRA CIVIL (Continuación) . . . . .	163
» XI. — DE LA OSCURIDAD AL TRIUNVIRATO . . . . .	199
» XII. — HACIA EL PODER . . . . .	233
Suplemento I. — LA REACCIÓN TERMIDÓRICA . . . . .	259
Suplemento II. — «KINTO» EN EL PODER . . . . .	293
Apéndice. — TRES CONCEPTOS DE LA REVOLUCIÓN RUSA . . . . .	309



EDICIONES

**Yunque**  
editora

- 1 LA REVOLUCION PERMANENTE *por León Trotsky*
- 2 LA JUVENTUD DE LENIN *por León Trotsky*
- 3 EN DEFENSA DEL MARXISMO *por León Trotsky*
- 4 LA DOCTRINA ECONOMICA  
DE CARLOS MARX *por Carlos Kautsky*
- 5 BOLCHEVISMO Y STALINISMO  
Clase, partido y dirección  
A propósito del frente único *por León Trotsky*
- 6 BOLIVIA: DE LA ASAMBLEA POPULAR  
AL GOLPE FASCISTA *por Guillermo Lora*
- 7 EL ABC DEL COMUNISMO *por Nicolás Bujarin*
- 8 LA REVOLUCION ESPAÑOLA *por León Trotsky*
- 9 LA REVOLUCION TRAICIONADA *por León Trotsky*
- 10 RESULTADOS Y PERSPECTIVAS  
Tres concepciones de la revolución rusa *por León Trotsky*

- 11 STALIN, EL GRAN ORGANIZADOR  
DE DERROTAS (La III Internacional  
después de Lenin) *por León Trotsky*
- 12 ¿ADONDE VA INGLATERRA?  
Europa y América *por León Trotsky*
- 13 VIDA Y MUERTE DE LEON TROTSKY *por Victor Serge*
- 14 LITERATURA Y REVOLUCION *por León Trotsky*
- 15 REVOLUCION Y FOQUISMO  
Balance de la discusión  
sobre la desviación "guerrillerista" *por Guillermo Lora*
- 16 STALIN *por León Trotsky*

Impreso en Talleres Gráficos GRAN S.R.L.  
Paraguay 846 -- Septiembre de 1975  
Buenos Aires -- Argentina